3 1761 06742284 0

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO VII.

COMPOSICIONES JOCOSAS

EN PROSA

DE LOS SRS. HARTZENBUSCH, AYGUALS DE IZCO, RIBOT, VILLERGAS, BONILLA, LAFUENTE (FR. GERUNDIO), PRINCIPE, LOPEZ PELEGRIN (ABENAMAR) Y OTROS ESCRITORES CONTEMPORANEOS

O SEA

COLECCION DE LO MAS SELECTO QUE PUBLICO EN LA RISA

PUBLICADA

POR

A. HERRMANN.

LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1878.

LIBRARY
MAR 21 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
6263
H47

INDICE.

Ayguals de Izco (D. Wenceslao.)

Pág.

Costumbres gastronómicas 1
Arte de conocer á los hombres por las uñas 4
Arte de conocer á los hombres por el pelo 5
Gracias de los niños 14
Un dia de campo 26
Orígen del carnaval 92
Atractivos del invierno 116
Modas inglesas de invierno 132
Modas de Paris 143
Distracciones de Don Anacleto 155
A Fr. Gerundio 161

Bonilla (D. José María).

Mentiras al reves; cosas que no son 191
Meditaciones de un hombre sin dinero 281

Casilari (D. Santiago).

Defensa de las trabillas 61
Una estravagancia 173

Estofado (Don Abundio).

El cocinero del ambigú á los españoles 286

Flores (D. Antonio).

Cada uno en su casa y Dios en la de todos 101

Fr. Gerundio (D. Modesto Lafuente).

Calvas y pelucas 16
Fr. Gerundio á la comunidad de La Risa 163
Defensa del chocolate 318

Pág.

García de Torres (D. Juan).
Sacrificio de Fandilas 121

Guerrero y Pallarés (D. Teodoro).
La situacion 314

Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Mariquita la pelona 345

Larrañaga (D. Gregorio Romero).
La gastronomía y la literatura 235

Lopez Pelegrin (D. Eduardo).
El sombrero 338

Manzano (D. Julian).
Una calamidad pública 55
Abusos de la nariz 106

Mata (De Pedro).
Costumbres francesas 7

Menendez (D. Baldomero).
¡Mi suegra otra vez en casa! 303

Muñoz y Garnica (D. M.).
¿Qué es un jaique? 301

Ovejar (J.).
El hombre-barrena 21

Príncipe (D. Miguel Agustin).
Imperfecciones de la naturaleza 81
Mi criado y Hermosilla 329

Ribot y Fontseré (D. Antonio).
Melones y mujeres 201
Estrema condescendencia 223
Ventajas del que no tiene piernas ó del que las lleva de palo . . 241
El máximo y el mínimo 266
Un dia en el Parador del Sol 289

Rico y Amat (D. Juan).
Mi viaje á la Alcarría 318

Pag.

Rosell (D. Cayetano).

La noche de San Márcos 111

Villergas (D. Juan Martinez).

Las tertulias 29
Disparates 50
Un tronera 66
El amigo pegote 95
Una onza de oro 88
El senador 128
Costumbres rusas 144
Los reyes 150
El dia de San Isidro 150
Modismos y refranes 167
Viajes por esos mundos 179
La familia de los *vice*, de los *sub* y de los *ex* 196
¡El uno para el otro! 216
Incendio del polvorin 233
Un hombre célebre 258
El mozo de billar 324

De Autores desconocidos.

Modas 134
Una tunda á las modistas. C. F. 136
Modas de paseo 149
Noticias de España y del estranjero. A. y V. 171
Modas. A. 265
Escena patética. A. 388

COSTUMBRES GASTRONOMICAS.

En todos los países civilisados se come: en todas las naciones del mundo está prohibido con pena capital por la ley de la naturaleza el crímen de *no comer*; y ni uno solo de cuantos se han hecho reos de tan atroz delito, ha dejado de esperimentar el ejemplar castigo que tan inexorable ley le señala. Comamos, pues, en gracia de Dios: aunque no sea mas que para no aparecer culpables.

Siendo, pues, de todo punto indispensable *comer para vivir*, aunque hay algunos que parece prefieren *vivir para comer*, justo será confesar que la mesa es el mueble mas útil que ha inventado la humana inteligencia para la gente de educacion esmerada, para la sociedad de buen tono. La educacion, dice un antiguo refran, en ninguna parte se conoce como en la mesa y en el juego. No es mi propósito hablar del juego por ahora; pero con respecto á la mesa, no cabe la menor duda que es donde mas que en otra cualquier parte brilla la elegancia de un caballero, al paso que se descubre la rusticidad y torpeza de un gastrónomo mal educado. Hartarse sin compasion, es el único pensamiento que le cautiva, y preocupado con él no trata mas que de engullir. Miéntras sus voraces dientes destrozan lo que tiene en su plato, devora con los ojos lo que está en los platos ajenos. Todo quisiera tragarlo en un abrir y cerrar de ojos. Se ha sentado, por supuesto, muy separado de la mesa, se ha desatacado el pan-

talon para dejar libre el vientre, y ha colocado su plato mitad dentro y mitad fuera de ella, por manera que al ir á coger alguna tajada con el dedo pulgar quemado del cigarro y un pedazo de pan, se le vuelca el plato, le cae encima lo que hay en él, y se queda hecho un Lázaro, como suele decirse. A todo lo que le sirven sopla desaforadamente para que se enfríe cuanto ántes, y no obstante, se abrasa la lengua al primer bocado, lanza un grito ridículo, y escupe en medio de la mesa lo que tiene en la boca. Al concluir la sopa lame la cuchara por todas partes y la guarda junto al plato para comer con ella la carne y los garbanzos del puchero. Si queda un poco de caldo, se lo bebe con el mismo plato. Toma la sal con sus mugrientos dedos, y luciendo las ribeteadas uñas, para hacer ostentacion de su buena crianza, coloca dicha sal con mucho cuidado en el cuchillo, y desde él la arroja en la comida, ó bien aproximándose el salero, va metendo en él cuanto come á guisa de mano pecadora tomando agua bendita. La cuchara, el tenedor, el cuchillo, son muebles que maneja bruscamente. Todo lo agarra al contrario de los demas, se sirve de las fuentes de su propia cuchara que pasa mil veces de la boca á la sopera y viceversa, bebe sin limpiarse ántes los labios, dejando en consecuencia una guarnicion de ondas de pringue en el vaso, que da grima á los que tiene cerca de sí, á quienes favorece ademas con repetidos codazos. Despues de beber escurre el vaso en el suelo y lo vuelve á dejar boca ábajo, por manera que cada vez que le empina deja en los manteles una O de vino. De vez en cuando apoya el codo en la mesa y se limpia los dientes con el cuchillo y el tenedor. Dase de bofetones, ó hace ridículos gestos pegándose manotadas como para espantar alguna mosca que le está rodando, y es, que al sentarse á la mesa se metió la servilleta por el primer ojal de la levita, y le sale una punta muy tiesa que le hace contínuamente cosquillas en la barba. Tiene los brazos fijos en la mesa; y en vez de llevar con su mano la comida á la boca, baja esta á coger la carne que queda en algun hueso que mi buen hombre agarra con ambas manos como receloso que se lo quiten, y como haya tuétano en él, empieza á dar golpes

en el plato para que salga, cuyo ruido acompañado con los destemplados sorbos y chupetones del gastrónomo impaciente, forma un escelente duo que no hay mas que oir. Así se pone los dedos como si los tuviese untados de jabon; y como coge el vaso de nuevo sin limpiárselos, se le resbala de ellos y vierte el vino por la mesa que es un dolor. Si esto por casualidad no le sucede, acontécele otra cosa mil veces peor aun, y es, que como no quiere perder bebiendo, el tiempo que para comer necesita, hebe con ansia y precipitacion ántes de haberse engullido el bocado que masca, y se atraganta y se ahoga, y empieza á toser y á chorrearle vino de las narices, que recoge con el vaso para que no desperdicie. Si es agua lo que bebiendo estaba, á la primera tos vuelve la mitad al vaso y rocía á los demas haciendo mil asquerosos visajes. Pónese á trinchar un pavo que le hace crecer la saliva, y como no atina á dar con las coyunturas, suda y se afana por cortar el hueso, en cuya fatigosa operacion se le escapa con frecuencia el tenedor ó cuchillo, cae sobre la salsa la pieza que pretende trinchar, y salpica á todos los concurrentes que es una diversion. Decídese por fin en medio de las generales risotadas que atribuye mi hombre á la comun alegría, á coger con una mano una pechuga y la pierna con otra para romper el pavo que un tan pesado trance le ha puesto; pero el maldito está crudo asaz y se resiste á los esfuerzos del héroe. Afortunadamente puede muy bien irle en zaga otro bárbaro en eso de finura, que á su lado tenga, y le ofrezca su auxilio al alpurado compañero que quiso meterse en camisa de once varas. Ya me parece verlos asidos cada uno de una pierna de la víctima, que empiezan á tirar con vigor en medio del general aplauso y la comun risa que resuena ya por todos los ángulos del salon, hasta que rompiéndose una de las piernas del pavo, caen mis dos atletas entrambos á dos de espaldas, llevándose el uno manteles y platos y el otro haciendo saltar con el pié la peluca de uno de los convidados, por manera que aquello se convierte en Numancia destruida.

Para evitar, pues, tan horrorosas catástrofes debiera el gobierno establecer escuelas gratuitas en donde se enseñase

al prójimo á manducar con arreglo á los progresos de una época en que las mas célebres notabilidades comen á dos carrillos.

WENZESLAO AYGUALS DE IZCO.

ARTE DE CONOCER A LOS HOMBRES POR LAS UÑAS.

El que tiene algunos lunarcillos blancos en las uñas, es aficionado á todas las mujeres; pero tan enamoradizo como inconstante.

El que tiene las uñas muy arqueadas, es orgulloso.

El que las tiene separadas del dedo en su estremidad y que cortadas se quedan muy reducidas, dejando un sobrante de dedo mas que regular, no debe casarse, porque milagrosamente se escapará de ser víctima de la infidelidad de su mujer. Las uñas reducidas indican paciencia, hombría de bien, y sobre todo resignacion en las calamidades.

Las uñas largas á pesar de estar cortadas, que se nivelan con la estremidad del dedo, son el emblema de la generosidad.

Las uñas trasparentes y sonrosadas anuncian genio alegre, dulce, amable. Los enamorados de uñas trasparentes suelen apasionarse hasta el delirio.

El que lleva las uñas largas y puntiagudas es tocador de guitarra, ministro de Hacienda, sastre ó escribano.

El que las lleva algo largas, redondeadas y con ribete negro, es poeta romántico ó folletinista.

El que tiene en la uña del dedo pulgar de la mano izquierda varias rayas como si hubiesen picado tabaco en ella, es maestro de escuela.

Las uñas gruesas indican terquedad y mal genio.

El que lleva las uñas sucias por todas partes, es enclaustrado, filósofo, cajista ó tintorero.

El que tiene las uñas amarillas es hombre abandonado á toda clase de vicios; pero el que mas le domina es el de

fumar. Cuídese de no confundir á estos con los que mondan naranjas sin cuchillo.

El que lleva las uñas muy redondeadas y lisas, tiene genio pacífico y conciliador.

El que tiene la uña del dedo pulgar de la mano derecha algo mellada, es un gastrónomo voraz, carcoma de sí propio, que por no perder la costumbre de comer se roe las uñas, que es lo que tiene mas á mano.

Y por último el que las lleva cortadas sin igualdad es pronto y resuelto. Los hombres que no tienen paciencia para cortarse bien las uñas, suelen tener un fin desastroso: la mayor parte acaban por suicidarse ó por casarse que viene á ser lo mismo. En el último caso, si la mujer no se encarga de la operacion, se buscan una concubina con este objeto y hacen desgraciada á la consorte. Aconsejamos al bello sexo que no pierda de vista las uñas de los hombres, si quiere vivir con ellos como carne y uña.

WENZESLAO AYGUALS DE IZCO.

ARTE DE CONOCER A LOS HOMBRES POR EL PELO.

El pelo largo y mugriento, que deja pringue en el cuello del frac ó de la levita, pertenece al pretendido filósofo y á los aprendices de sastre y de barbero. El ente original con pretensiones de vivaracho suele llevar la cabeza rapada como un chino. Las melenas á la romántica están en boga entre los horteras mas elegantes, diputados á Cortes que no hablan, coristas y bailarines italianos, traductores de dramas y escritores de folletines. Su division por partes iguales, formando raya desde el centro de la frente hasta la coronilla, indica afeminacion. La raya á un lado denota pedantería. El pelo erizado es el emblema de la torpeza, de la terquedad ó del miedo. El pelo muy peinado, lustroso, lisito y pegadito á la frente denota paciencia y resignacion. Las grandes entradas significan orgullo. Los que llevan el pelo alto sobre la frente

y pegadito á los lados suelen ser galanteadores y injuriosos. El pelo rubio indica dulzura y sensibilidad, el negro ardimiento, el castaño moderacion, el rojo perversidad y el cano ..... vejez. La calva denota inteligencia cuando no se hace ostentacion de ella; pues en este caso significa estupidez; pero si por disimularla se adopta el medio de hacer subir hasta la frente el pelo del cogote, esto es ya una prueba infalible de imbecilidad. El uso de peluca está reservado á los hipócritas; por eso son tantos los que la gastan en este mundo engañador. El pelo gris es hijo de la misantropía ó de los placeres nocturnos. La abundancia de cabello que jamas encanece ni cae, denota calma, impasibilidad y bienaventuranza. Para tales cabezas ha dicho la santa escritura: *El reino de los cielos os pertenece.* Estos santos varones son los mejores maridos: están asegurados de incendios. Sus cabezas son terrenos tan fértiles y productivos, que á falta de uno suelen llevar dos signos de la abundancia. El pelo rizado y lustroso demuestra alegría ó empeño de pertenecer á la aristocracia sin haber nacido en ella. El que gasta grandes bigotes sin ser militar, quiere ocultar su mala dentadura, á no ser que pertenezca á la *benemérita,* que en este caso son indispensables para jugar á los soldados, y es preciso que vayan acompañados de su correspondiente perilla, siempre que el interesado no sea dueño de alguna lonja. El uso de la perilla no se ha introducido aun entre los fabricantes y vendedores de chocolate, jabon y velas de sebo. El bigote retorcido hácia arriba es señal de hambre. La patilla corrida por debajo de la barba está muy en uso entre los que quieren parecer bien al bello sexo y tienen la desgracia de llevar sendas calabazas. La patilla grande es signo de fanfarron: la corta de fanático, de aguador ó de capellan de regimiento. Las barbas á lo patriarcal, es decir la barba entera, enérgicamente pronunciada contra las navajas y los barberos, es propiedad de músicos y poetas incomprensibles, de cesantes desesperados y de mendigos de lugar.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

COSTUMBRES FRANCESAS.

El pueblo frances es sin disputa el que mas rie de todos los pueblos de la tierra. Por lo comun se rie de los demas pueblos. En sus novelas, en sus poemas, en sus folletines, en sus dramas y sobre todo, en sus zarzuelas ó *vaudevilles* siempre hay algun inglés que toma té, que está serio, que coge una turca, ó algun aleman que bebe cerveza, que fuma la pipa, que revuelve los tizones de la chimenea, ó que hace cualquiera de esas cosas que el autor frances ha visto por casualidad en algun individuo de la nacion de que se está riendo. Y es tanta la manía de reir en los franceses, que cuando no se rien de los estranjeros, se rien de sí mismos, y es menester confesar que en esta parte suelen ser sobresalientes, por poco exactos que estén en su retrato. Es que en Francia hay muchísimo ridículo; la faz caricaturesca de esta nacion es vasta, por no decir inmensa, y el que quiera reirse de los franceses tiene materia de sobra; la única dificultad que se presenta es, como ellos suelen decir, *l'embarras du choix.*

Riámonos pues tambien de los franceses; nosotros que, en su concepto, somos graves y recogidos como monjes cartujos, ó anacoretas tebanos, y riámonos de sus ridiculeces que son por cierto dignas y muy dignas de la caricatura.

Negar que el pueblo frances ha tenido y tiene una multitud de hombres grandes en todo género, seria demostrar prácticamente qne se ignora de todo punto la historia, ó que un ridículo espíritu de nacionalidad mal entendida estraviaria nuestro jnicio; pero acaso sea el pueblo que mayor número de necios y majaderos con pretensiones de sabios está abrigando, amen de una multitud de farsantes que en todas las esferas hormiguean, esplotando á las mil maravillas la boba credulidad de los que tienen la desgracia de escucharlos. Abre Paris escuelas de toda clase de conocimientos, donde se recibe sólida y abonada educacion de profesores beneméritos; pero eso mismo Paris tiene unos Campos Elíseos, donde se enseña, mejor diremos, donde se parodia grotescamente la

enseñanza de las aulas. Tan pronto es un descarado Dulcamara, vestido de turco, griego ó chino, que, montado en un cabriolé, estrafalario botiquin con visos de tienda ambulante de perfumes, llama la atencion del público con una orquestra formada de dos clarinetes, un bombo, un tambor y una trompeta, para anunciarle la curacion radical y momentánea de diez enfermedades incurables, por medio de un jabon que ni las manchas quita, demostrando su portentosa habilidad con legajos de certificados de academias, de curas párrocos, prefectos, maires, diputados, pares, comadrones y drogueros, y deslumbrando á la multitud, que atónita le escucha, admira y aplaude; primero con una arenga fogosa, luego con las monedas de plata y oro que vacía de una espuerta en otra, en ostentacion de una insignificante parte del producto de sus maravillosas curaciones. Tan pronto es un truhan que ha colocado encima de una mesa una mala máquina eléctrica, una botella de Leyden y otros instrumentos físicos de uso desconocido para él y su ayudante con cara de fullero que hace rodar el disco, ambos á dos andan buscando de entre el concurso á los imbéciles que quieran recibir la conmocion de un formidable chispazo eléctrico para librarse de todos los males pasados, presentes y venideros, por la miserable cantidad de un sueldo ó sea poco mas de cuatro maravedises. Aquí un charlatan que con una mala navaja y peores manos promete arrancar las muelas cariadas sin mas dificultad ni daño que si quitase de la guitarra sus clavijas, arrancándose sus dientes y los de sus compadres doscientas veces al dia, como prueba práctica y esperimental de su estraordinaria agilidad y maestría. El pobre recluta, el inesperto provincial y la incauta niñera que, rabiando de dolor ó acordándose de que algun dia lo ha tenido, se abandonan á la estúpida ferocidad del sacamuelas, adelantando el importe, ven á medio dia las estrellas y en las manos del bárbaro sayon una muela sana con un pedazo de quijada por apéndice, del cual podrian hacerse dos botones ó un doble as de dominó. El infeliz mutilado se aguanta, devora su dolor y su vergüenza y se retira con las manos en la boca, miéntras el asesino impávido y sereno pasea con triunfo por encima de las cabezas de los

espectadores la muela y el trozo de maxilar ensangrentado, asegurando con insolente cinismo que la sacó limpia, sin gota de sangre ni miaja de dolor.

Aquí se ofrece un teatro ambulante, compuesto de tapices viejos con un gran cartelon donde se ve pintada una mujer de antediluvianas dimensiones, un niño con siete cabezas y el combate horrible del primer Alcídes, del primer Hércules de Europa con un tigre feroz de Bengala al cual vence, sujeta y civiliza. Todas estas maravillas son anunciadas por cuatro histriones indecentemente cubiertos de despojos de teatro, que llaman á los transeuntes al son de un tambor y de una trompeta. Por un sueldo se ve tanto portento. El inocente espectador no puede resistir á tanta curiosidad; entra y por de pronto ve en la mujer Goliat á una mujer media pulgada mas alta que la generalidad de las mujeres; el niño de las siete cabezas es un rapaz, vestido de árabe, que tiene en la cabeza seis lobanillos de varia pero ordinaria dimension; el Hércules, el Alcídes es un embustero sin músculos y sin nervios, feo como un eunuco, pequeño como un lapon, roido de miseria con mas trazas de momia que de atleta, cuyo raquítico esqueleto se dibuja debajo del pergamino que la tapiza muy á propósito para ser estudiado por un cursante de anatomía; el tigre de Bengala es un cachorro de leopardo, y el gran combate consiste en coger las manos ó patas delanteras del animal, echarle, ponerle el pié en los hijares y volverle á la jaula, ántes de que se acuerde de que es una fiera y tenga á bien despellejar al gladiator follon con un zarpazo. Concluida la funcion, el Roberto Macaire, director de la compañía gimnástica, presenta á los circunstantes una bandeja para consultar su generosidad y escitarles á estimular al ingenio privilegiado.

¿Diríamos bien si dijéramos que la Francia es á la Europa lo que los Campios Elíseos á Paris? La comparacion acaso no seria de todo punto exacta, porque al fin y al cabo, si hay muchos charlatanes en Francia, abundan tambien las notabilidades de valor real en todo género.

Dejemos á las notabilidades y sigamos ocupándonos en los farsantes. Haylos de estos de todas clases y en especial

entre los literatos. En Francia todo vicho viviente es escritor. Basta concebir una idea para hacer un libro. La idea no ocupa mas que una página y esto aun porque el autor no la sabe emitir; y el librero que ha de esplotar esta idea necesita ó quiere un volúmen. El autor hace el volúmen robando desapiadadamente á los demas lo que ya los demas robaron á sus predecesores. Embadúrnanse las esquinas con anuncios colosales, llueven prospectos por todas partes, el autor se alaba á sí mismo en todos los periódicos, y á los quince dias véndese la obra á sueldo, perdida entre otras obras de igual mérito, en los puentes y bulevares.

La moda, tan poderosa en Francia, ha invadido tambien la literatura. Ningun escritor decente deja de escribir viajes. Sin moverse de Paris, sin ir mas que á una biblioteca ó gabinete de lectura, se escriben viajes á Oriente, á la India, á Groenlandia, al Perú, al rededor del mundo, y se describen las costumbres de los pueblos con una exactitud maravillosa.

España es uno de los países que tienen el honor de ser mas á menudo favorecidos. España es hoy en dia para los franceses un manantial fecundo de curiosidad y de interes. No hay escritorcillo que no pague un tributo de su péndola á la España. Muchos no tienen de la Península idea alguna; ni siquiera saben donde está, que punte geográfico ocupa; solo conjeturan que se halla mas acá de los Pirineos y aun esto lo saben porque han leido en los periódicos los partes telegráficos de los prefectos de los Pirineos orientales y occidentales relativos á la guerra civil. Esto no quita sin embargo que escriban sobre la Península y hagan de ella descripciones minuciosas. España es mentada en las memorias, en los viajes, en la historia, en los apuntes, en los dramas, en los poemas, en las novelas etc. etc. Todos los héroes se llaman Juan; todas las heroinas Juanita. El que de esta regla *sine qua non* se aparta, el que sabe mas, da á su héroe el nombre de Don Suarez, Don Osuna y á la protagonista el de doña Sol, ó doña Avellana ú otro por el estilo. Ya que tiene nombres que dar á los personajes busca los de los lugares. Madrid, Cádiz, Barcelona, Zaragoza, Valencia; hasta aquí llega toda su geografía. El que mejor le suena

al oido, este es escogido para la novela, folletin ó comedia. Sobre estos elementos se entreteje el asunto, y urde un cuento esmaltado de costumbres propias de un estudiante de Paris, de un mancebo de las tiendas de los bulevares, de un comisionista viajero, de una beldad fácil del cuartel Latino ó de una griseta de la calle *Vivienne*, *Saint Denis, Saint Martin*, ó *Poissonnière*, creyendo cándidamente el maldito autor que tendrá sabor peninsular su farsa porque los personajes se llamarán Juan, Juanita, Don Suarez, Doña Sol, Doña Avellana, y serán las escenas en Madrid, Zaragoza ó Barcelona. Otro se cree mas instruido en las costumbres españolas, porque ha visto en los teatros bailar la cachucha, en las tiendas algunas láminas de funciones de toros, y ha oido hablar de vinos y jaques de Andalucía. Todo esto es poético para este desdichado escritor, y hétele en marcha, digno émulo de Cervántes y del autor de Gil Blas, y en el primer capítulo de su bárbara novela nos describe un famoso baile en los salones de la Alhambra, donde las hijas de los duques, condes, barones y marqueses, vestidas como las bailarinas de nuestros teatros, están bailando con inimitable gracia é imponderable lascivia las seguidillas, la cachucha y el bolero. La señorita Avellana, de ojos negros y morena tez, es la que mas se distingue en repicar las castañuelas, y en el atrevimiento de sus posturas. Los condes, los duques y demas títulos, todos vestidos de majo andaluz, salen á descansar en un jardin de palmas y cocoteros traidos de América por Hernan Cortés, donde matan el tiempo los unos picando con larguísimas navajas tabaco para hacer un cigarro, cuyo papel sujetan con los labios; los otros tirando la navaja para clavarla en los troncos de las palmeras, en cuya tarea el conde de las Sardina, el amante de Doña Avellana, sobresale tanto que clava cada vez su navaja, la mas larga y afilada de todas, en las cicatrices de las heridas que hicieron en los árboles trasplantados las flechas de los Indios y los venablos y ballestas de los soldados de Pizarro.

En otro capítulo hay un magnífico banquete, porque es fuerza mentar los vinos españoles y el infeliz autor nos dice con admirable facundia: allí se veia saltar de las botellas á

los vasos el vino de Jerez, de Málaga, de Canarias, de *Tinto*, de *Generoso* y demas púeblos notables de la Península por su industria vinatera.

Esta exactitud de noticias la deben los autores franceses á su cuidado especial de tomar apuntes cuando viajan. Sale de Paris uno de estos autores en diligencia y tiene por compañero de viaje á un español. Toma su cartera y su lápiz y se pone en actitud de observador. El español se ha resfriado y estornuda con frecuencia. El solícito observador anota en su cartera: *Los españoles estornudan continuamente.* El españal estornudador lleva á su lado á su consorte, cuya nariz poco audaz y poco emprendedora se quedó casi al nivel de sus mofletes, y el frances de una lapizada condena á todas las narices peninsulares á la condicion etíope poniendo: *Todas las mujeres españoles son horriblemente chatas.*

En lo pintoresco son los franceses tan exacto como en lo escrito. ¿Hace ruido la guerra de la Grecia y figura en las noticias Colocotroni, Canaris, Mauro-Cordato? Se busca en Paris á algun oriundo de la Grecia. Un limpio-botas liones se da por griego y presenta una nariz aguileña y guedejas negras por documentos: se le da cinco francos, un mal artista le retrata, litografíase esta embustera copia y se vende á franco el retrato de Canaris. Cabrera, Balmaseda, Espartero se hacen célebres, un carlista tuerto de los depósitos es el modelo; sácase la copia como Dios quiere, añadiéndole un ojo, y el público admira en la lámina de Cabrera la mirada centellante de ese guerrillero célebre que indica por sí sola su genio y su violencia.

Concluiré este artículo refiriendo un hecho auténtico que acabará de caracterizar á los franceses. Un carlista catalan mostró á un frances redactor de un periódico semanal pintoresco, dos figurines de trajes de Cataluña. Agradáronle al frances y los pidió para su periódico. Concedido. Mas no bastando para su idea, preguntó por algunos pueblos del principado.

¿Barcelona? dijo el otro. — No. — ¿Gerona, Tarragona? — No. — Viendo que los en *ona* no le agradaban dijo,

¿Caldas, Vich, Ripol? — No. — ¿Manresa, Villafranca? — No. — Incomodóse el catalan y para mofarse del frances, le dijo: *¿San Miguel del Fay?* — Este, repuso el frances, este es magnífico, aceptó y se largó.

San Miguel del Fay no es ningun pueblo; es una cueva en cuyo fondo hay la imágen de San Miguel en una rústica capilla, y por encima y delante de esta cueva salta un arroyo formando una magnífica cascada que embellece este lugar agreste, montañoso y hermosamente pintoresco.

Pasáronse algunos dias y cuando ya no se acordaba el catalan de los figurines ni del frances recibió su número del periódico pintoresco y se encontró con gran sorpresa con una lámina en cuyo primer término habia los figurines y en lontananza una ciudad populosa con el nombre de *San Miguel del Fay.* Despues de la lámina seguia la descripcion en estos términos. «San Miguel del Fay es una de las ciudades mas considerables de la antigua Cataluña; cuenta de poblacion mas de cincuenta mil almas: hay en ella una catedral magnífica, seis bibliotecas, veinte conventos, un museo de pinturas donde se encuentran varias obras maestras de Murillo y de Ribera; una sala de armas que guarda la espada vencedora de Jaime de Aragon y los condes de Berenguer; una universidad, diez colegios, una bolsa y un puerto muy concurrido por desaguar en él la boca mayor del Ebro. Sus habitantes son gigantescos y valientes y sus mujeres hermosas é insinuantes con mucha aficion á los estranjeros y en particular á los franceses. Todas las noches se suele asesinar á un centenar de individuos, y las autoridades no hacen caso. Negocia en algodon y papel, higos secos y castañas. Los moros la conquistaron dos veces, y algunos restos romanos anuncian que estuvo sujeta á las órdenes de algun general de Scipion. Esta célebre ciudad es patria de San Miguel donde le dieron martirio por los años 200 despues de Jesucristo los soldados del emperador romano.»

Abandono á la consideracion de los lectores el efecto que esta descripcion haria en el ánimo del artista catalan. Como quiera, el periódico circuló, pasó las fronteras y acaso algun dia traduzca un editor español esta obra y se vean los

catalanes con una ciudad mas en lo mas desierto y escabroso de sus montañas.

PEDRO MATA.

GRACIAS DE LOS NIÑOS.

No hay placer en el mundo que compararse pueda al placer de ser padre, á no ser que sea el placer de ser madre. Esta verdad no es nueva, pero es consoladora, y muy á propósito para hacer que renuncian al celibato hasta los enemigos mas furibundos del santo matrimonio. Con todo, no temo yo declarar á la faz del mundo, que es mi opinion tan opuesta á la paternidad, que nada encuentro tan detestable en este valle de lágrimas como un niño desde que nace hasta los cinco años. Pasada esta edad de crísis, ya es otra cosa; los muchachos de uno y otro sexo hasta los quince años, son ya nada ménos que insoportables. Mirabeau y Napoleon han dicho: «*Il n'y a de pères de famille véritablement heureux que ceux qui n'ont pas d'enfants!*»

Todos saben lo que es un muñeco recien nacido. Desde que abre los ojos, no hace mas que desgañitarse llorando noche y dia, sin que nadie sepa por qué. Mas grandecito tiene la misma gracia, con solo la diferencia que ya entónces se sabe por qué llora el angelito Unas veces porque tiene dolor de tripas, otras veces porque quiere que su nodriza le dé la teta, otras porque se le antoja romper los cristales de los anteojos de su pare, y otras en fin porque quiere que su madre le dé la luna que ve reflejar en algun arroyo. El gran Newton, tan aficionado como era á averiguar el *por qué* de las cosas, hubiérase dado por muy satisfecho siempre que uno de estos mocosuelos hubiese podido esplicarle el *por qué* de su frecuente chillar.

Cuando el niño entra en el segundo período, del cual hemos hablado ya, esto es, la edad de cinco á diez años, el que es de carácter alegre, comete sin cesar tan estrambóticas travesuras, que no hay aguante para ellas. La menor de ellas

es atar á la cola de la perrita de su mamá un pucherito, y la desgraciada (entiéndase la perra) corre con su batería de cocina por esas calles de Dios hasta que suele ser víctima de las pedradas de otros angelitos no ménos traviesos. Se me contestará que esta y otras travesuras son hijas de la mala educacion. Verdad es; pero ¿cuál es el niño que no esté mal educado? Fuerza es, sin embargo, confesar que hay ciertos padres que no permiten á sus hijos moverse de su lado, ni les dejan correr por las calles para abandonarse á los juegos de la infancia plebeya. Pero no por esto dejan los inocentes párvulos de hacer ostentacion de sus gracias. Que un caballero respetable por los años que cubren su rizada peluca llega á hacer su visita á la mamá de dos amables criaturitas. La niña empieza por empinarse por las piernas de aquel santo varon, y sentada en sus rodillas se divierte en estirarle su voluminosa nariz, miéntras el señorito se sube por el respaldo de la silla, y levantando la peluca del paciente, le escupe en su venerable calva.

La tierna madre, feliz y orgullosa al contemplar la jovialidad de su prole, porque la jovialidad es indicio de salud, rie y celebra las gracias de sus querubines; y despues de haberles dejado martirizar completamente al pacífico ciudadano, dice al cabo de una hora: «Hijos mios, no seais molestos; acabaréis por enojar tal vez á este caballero.» Y el caballero se ve obligado á contestar: «Deje usted que se diviertan.»

La felicidad de esta tierna madre desmiente el dicho de Mirabeau y Napoleon, de que *no hay mas padres de familia verdaderamente dichosos, que aquellos que no tienen hijos.* Desdichados de los que tienen que hacer visitas á padres con angelitos.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

CALVAS Y PELUCAS.

Hé aquí dos cosas bien comunes y bien influyentes en la moral y en las costumbres de nuestra sociedad, y que á pesar de ser dos puntos tan *capitales*, no tengo noticia de que hayan sido tratados por ningun escritor bajo estas relaciones.

Siento que me haya sido reservada esta materia, á mí Fr. Gerundio, tan calva-trueno como el que mas. Sin embargo, procuraré tratarla con toda imparcialidad posible, prescindiendo de ser parte interesada. Convendrá para el mejor acierto proceder por el órden de antigüedad, en cuyo caso pienso que la aplicacion del derecho de primogenitura no debe ofrecer cuestion ni litigio, puesto que ni los legisladores, ni los moralistas, ni los físicos han dudado jamas que las calvas hayan sido anteriores á las pelucas.

Una calva no es siempre signo de ancianidad, ni tampoco procede siempre de la causa á que la atribuyó Plinio al decir aquello de *cito calvescunt.* No señor, calvas jóvenes hay de orígen bien honesto; pues aparte de las que nacen de enfermedades en que no ha tenido participacion la mala vida pasada, las hay tambien originadas del escesivo estudio y del mucho discurrir, lo cual diz que seca y consume el jugo del cerebro, de que resulta caerse el cabello al símil de las plantas cuando les falta el jugo de la tierra. Y no hace muchos años que la calvicie era tan honrosa, literariamente hablando, que una cabeza mondada era el mejor diploma para ser tenido par un gran doctor del gremio y claustro, y por el mas respetable y sabiondo padre maestro de la órden.

Una calva y unos anteojos eran los dos instrumentos fehacientes de la insondable ciencia de *Nos el doctor.* Para ser sabio á *prima facie* era menester ostentar por cabeza un melon, y no ver, como dice el vulgo, siete sobre un asno; aunque en verdad sea dicho, á pesar de mi buena vista yo jamas he podido ver este gracioso grupo.

De todos modos una calva, sobre el respeto que naturalmente inspira, es siempre el símbolo de algunas virtudes.

Por ejemplo, ¿cómo no ha de representar una calva la virtud de la franqueza? Con todo eso un calvo no es un hombre liso y llano. La lisura no puede disputársele, pero la llaneza no se le puede conceder.

Un calvo es tambien el emblema de la ocasion. Un calvo es igualmente un señor de coto redondo, en cuya posesion nadie puede intrusarse á cazar, ni aun el mismo dueño, porque no hay caza, porque no tienen donde albergarse los insectos y animales incómodos y dañinos, lo cual es una ventaja. Un calvo no puede tener pelo de tonto: de lo cual ha venido acaso el dicho vulgar de que ningun burro se ha vuelto calvo.

En cambio tienen los calvos no pocas cosas contra sí. Por juicioso que sea un hombre calvo le llaman calavera, y no puede demandar de calumnia. Las jóvenes le huyen, y por mas que lo sienta y rabie, no puede tener el desahogo de tirarse de los pelos. La cabeza de un calvo es un manantial de metáforas satíricas y burlescas. Toda cosa ovalada y lisa, toda figura redonda y tersa se compara á la cabeza de un calvo, y el término de asimilacion que mas frecuentemente ocurre es una parte del cuerpo de los niños, que solo en confianza permiten las leyes sociales nombrar, y que á semejanza de los jefes irresponsables de un estado, solo bajo muy embozadas alusiones puede entrar en el dominio de la prensa.

Nada hay en que con mas rigor ejerzan su influjo las afecciones atmosféricas que sobre una calva. Sin abrigo ni amparo que temple y modifique los ardores del sol y la crudeza de la escarcha, la cabeza de un calvo vive en verano bajo la zona tórrida, y en invierno bajo la glacial. Si el resto del cuerpo tiene una temperatura de 20 grados sobre 0, sobre el cráneo señalaria muy bien el de Réaumur sus 35. Agréguese á esto que las moscas, amigas de las superficies tersas y resplandecientes, y que al reves de las hormigas aborrecen los lugares subterráneos y gustan de maniobrar á campo raso como las tropas de caballería, escogen siempre las calvas para teatro de sus paseos, de sus juegos, y de

todas sus acciones naturales. Perseguirlas en tan escampado terreno es castigarse á sí mismo, es cachetearse sin piedad.

La calva por otra parte es un ramo de economía doméstica. Para un calvo son escusados los peluqueros: los aceites, pomadas y demas cosméticos sobran; los peines y cepillos están demas. Tres presupuestos no despreciables que desde luego da por suprimidos en su sistema administrativo interior.

Vengamos á las pelucas.

Las pelucas, aunque ménos antiguas que las calvas, no se crea por esto que han sido invencion de ayer. Y por mas que dijan que el primero que gastó peluca fué un abate del siglo XVII llamado *la Rifiere,* hay quien hace subir su antigüedad al tiempo de David, suponiendo que se hace mencion de ellas en el capítulo 19 del libro I de los reyes; y hay quien la remonta al tiempo de Isaías, fundando su opinion en el capítulo III de sus profecías. Muchos son de sentir que desde muy antiguo estaban en uso entre los griegos y los romanos. Mas lo que no puede dudarse es, que en el principio de la era cristiana deberian ser las pelucas mueble usual y corriente, puesto que San Pedro se tomó la liberdad de pedir pelo á Cristo, y este le respondió que no era peluquero: respuesta bien merecida á peticion tan indiscreta. Respuesta como de quien la dió.

Dice Manilio en su *Astronomicon* que los que han nacido en el signo de Tauro bajo la influencia de las pléyadas, están destinados á llevar peluca. Si es cierto, bien pueden decir los tales que el *toro* y las *cabrillas* son para ellos doblemente *malum signum.*

Las pelucas tienen tambien sus ventajas y desventajas, su moralidad y su inmoralidad. Una de las ventajas principales, ademas del abrigo, que por conocida se calla, es sin disputa la de rejuvenecer el rostro y cabeza del que la usa. Don Frutos, hombre de 55 cumplidos, que visto en su estado natural y al descubierto supondrá cualquiera que tiene á su hijo asegurado de quintas por padre sexagenario, se planta la peluca, se presenta y nadie se atreveria á darle su voto para senador suponiendo que seria nulo por no llegar á los 40 que

la ley exige en los que han de pertenecer á la alta cámara. Cinco ó seis lustros retrocedió en la carrera de la vida con solo plantarse la peluca.

Don Nemesio el calvo, es hombre que gusta de aventuras y á quien conviene muchas veces hacer el incógnito. Si Don Nemesio no gastara peluca seria siempre Don Nemesio el calvo. Pero tiene un repuesto de pelucas, unas rubias y clásicas, otras románticas y negras, y otras en fin color castaño oscuro, y alternando Don Nemesio de cabelleras, como diz que Aníbal para no ser conocido de los galos y poderlos sorprender, hace mil diabluras el tal Don Nemesio, siempre otro y siempre el mismo. Para él la calva es un recurso, la peluca un comodin, y hé aquí otra de las ventajas de las pelucas, la de fácil y variado disfraz.

Don Atilano viaja con su pasaporte en regla. «Señas del portador. — Edad 38. — Pelo negro etc.» Hace Don Atilano una fechoría . . . requisitorio . . . un hombre de estas señas . . . prenden á Don Atilano, pero Don Atilano ha tenido buen cuidado de arrojar la peluca en el camino, ó de guardársela en el bolsillo del sur-tout. «Señas del preso: edad unos 60 poco mas ó ménos, calvo . . . etc.» no es el que se buscaba. Don Atilano es puesto en libertad. Así las pelucas son muchas veces causa de la impunidad de los delitos.

En cambio las pelucas tienen tambien sus desventajas. Un descuido puede producir fácilmente una séria ruptura en las relaciones mejor entabladas y sostenidas, especialmente en negociaciones amorosas. Tres años llevaba mi amigo Don Dieguito de derretido galanteo y estrecha intimidad con Tomasita, la heredera presunta del conde de Camposeco. Las negociaciones iban tocando á un desenlace feliz. Pero una mañana de verano, hallándose en sabroso coloquio los dos amantes, antojósele á una atrevida pulga introducirse entre el cráneo y la peluca de mi amigo: sintió este la incomodidad de la picazon, y por un movimiento *primo-primo* que dicen los moralistas, de estos movimientos que no se premeditan por ser tan naturales, llevó súbitamente la mano á la cabeza, dirigió los dedos en busca del punzante insecto via recta del sitio picado, levantó la peluca, advirtiólo Tomasita que hasta

entónces ni siquiera habia sospechado que no fuese cabello natural, miróle en sorpresa, dióle un vuelco el corazon .... y adios negociaciones: desde aquella fecha tuvo Don Dieguito que hacer denuncia forzosa á la mano de Tomasita y á la herencia de Camposeco.

¡Y á cuántos azares como estos no espone un descuido en la peluca! Considerada en su relacion con las costumbres, indudablemente una peluca es una cosa inmoral. Ella es una mentira de pelo, no solo tolerada y consentida, sino autorizada tambien. Un hombre con peluca es un proyecto de falsificacion de los libros bautismales de la parroquia: es un suplantador de la fe de bautismo á quien nadie sin embargo castiga.

A veces se descubre la falsedad del documento por sí mismo; como acontece, y no con poca frecuencia, cuando en derredor de los bordes y límites de una peluca negra y lustrosa asoman unos cuantos cabellos naturales blancos como un armiño. En este caso la cabeza misma se va acusando del anacronismo de que adolece.

Otras veces sucede tambien que á las márgenes y orillas de una peluca rubia y dorada como el alambre (por cuyo color se suelen pronunciar comunmente los mayores en edad, dignidad y gobierno) se divisa tal cual mechon de pelo natural castaño ó gris. Discordancia fatal entre lo natural y lo accesorio, y recuerdo triste de la poca armonía que en nuestra época guardan las leyes orgánicas con los artículos de ley fundamental del Estado.

Cuando la calvicie no es general, sino parcial ó tópica, entónces en vez de peluca entera se gasta lo que llamamos *bisogné.* Una cabeza de esta especie tiene dos representaciones: con el *bisogné* puesto es la reforma parcial de un abuso, como todas las que nuestros políticos han alcanzado á hacer: quitado el *bisogné* queda un eclipse parcial de luna visible. Así los *bisognés* son signos alegóricos en política y en astronomía.

Tanto los *bisognés* como las pelucas reproducen, aunque imperfectamente, el sistema de la metempsicósis de Pitágoras; puesto que si no representan la trasmigracion de las almas,

representan á no dudar la trasmigracion de cabellos. Y tal habrá que lleve sobre su cráneo el pelo de una hermosa doncella, tal que vaya cubierto con la cabellera de su abuelo que murió de muerte prematura, y tal que marche adornado con las superfluidades del mismo mayordomo que le habia pelado á él .... ¡Admirable fusion hecha por la cooperacion de la casualidad y de la mano de un peluquero!

Espuestas las ventajas y desventajas, la moralidad y la inmoralidad, los defectos y las virtudes, junto con la respectiva influencia de las *calvas* y las *pelucas*, cada calvo optará por el sistema que mas á su gusto se acomode. Por mi parte no ha sido dudosa la eleccion, puesto que mas de una vez escribiendo para el público he hecho mencion honrosa de mi peluca, que con esta ocasion tengo el gusto de ofrecer á mis lectores, por si alguno gustare de ella: si bien creo será inútil el ofrecimiento, pues en vez de aceptarla, estoy viendo que mas de un calvo echaria de buena gana una peluca al autor del artículo.

FR. GERUNDIO.

EL HOMBRE-BARRENA.

El *hombre-barrena* se compone de dos brazos que se mueven sin cesar en todas direcciones; anda menudito y no para; los hay de todas dimensiones y estaturas, pero generalmente son bajitos: los hombres largos, por sola esta circunstancia, tienen cierta longanimidad que los hace ineptos para el género de vida del *hombre-barrena*. Por lo demas, este animal tiene mucha semejanza con el raton, entre el cual y la comadreja es un término medio. La principal condicion del *hombre-barrena* es la actividad; trabaja sin descanso, y no cesa de roer hasta que se hace un nido; tiene toda la movilidad de la ardilla y toda la tenacidad de la rata: estar á la espera y echársele encima, es el único medio de cazarlos: sin embargo, se domestican fácilmente; pero se debe tener con ellos mucho cuidado, porque son aviesos y se pintan solos

para amar tretas: despues de domesticados, sirven al amo con mucha eficacia, siempre que el amo no deje de estarles presentando continuamente el cebo, el cual con que sea de queso basta; porque no son animales carnívoros.

Esta especie de individuos ha degenerado mucho, pues sin duda proviene del *megaterio,* que tenia enormes uñas, y de cuatro zarpadas se hacia la cama; ahora sin embargo el *hombre-barrena* no se la hace sino á fuerza de constancia, trabajando poco á poco cuanto alcanzan sus fuerzas, hora por hora, minuto por minuto. El *hombre-barrena* inventó sin duda aquel refran de *poco á poco hila la vieja el copo;* al ménos si no lo inventó, lo ha aprendido de memoria.

Dadle al *hombre-barrena* una corteza de naranja, y hará de ella una casita; dadle una nuez, se comerá lo que tiene dentro, y de las dos cáscaras hará dos navíos; dadle un grano de uva, y hará vino.

El *hombre-barrena* se encuentra en todas partes: generalmente principia su carrera por ser pobre, en cuyo estado anda siempre husmeando donde cuecen habas; apénas las huele, ya está dentro y se ofrece á servir de marmiton. ¿Le encargais que espume y dé vuelta al puchero? No tengais cuidado, de repente es un cocinero completo, no se aparta del hogar, y todo lo hace á las mil maravillas. En cuanto ha comido se dedica á buscarle algun flaco al amo para aprovecharse del descubrimiento, á todas partes lo sigue, á todo está dispuesto: vuelve á casa, y apénas ha entrado, ya ha calculado donde hacerse la cama para dormir aquella noche: en seguida obsequia al ama; si recibe un sofion no se desanima, pasa á hacer el amor á la hija; si esta le desprecia, principia á capitular con la criada: al año ó año y medio el amo de la casa ya está comido por los piés. Verdaderamente el *hombre-barrena* es dañino y temible, porque á pretesto de una diligencia constante y de una servicialidad minuciosa, se apodera por el lado del interes de aquel á quien sirve, y bajo la capa de su devocion lleva escondido el agudo puñal de su astucia. No es esto decir que el *hombre-barrena* sea de índole perversa, sino que es de falsa condicion, hija de un deseo inmoderado de fortuna, junto con una inteligencia

reducida, de donde proviene que su corta comprension se ve en la necesidad de recurrir á una doblez mezquina, así como quien carece de fuerzas físicas echa mano de la simulacion y la maña.

Asombra lo infatigable que es el *hombre-barrena:* figuráoslo en medio de un desierto, y suponed que le dice Dios desde el cielo estas palabras: «Morarás hasta el fin de tu vida en este yermo donde solo musgo da la tierra, y nunca jamas verán tus ojos un semejante tuyo, ni quien de aquí te pueda sacar, ni cosa que te pueda valer, ni piedra donde reclinar tu cabeza en el sueño.» Ahora bien, uno cualquiera que se hallare en este caso, apénas oyera condenacion semejante no dejaria de decir cuatro frescas al mismo hijo del sol, en seguida se daria á todos los diablos, y haria frente á su desventura, y lucharia brazo á brazo con el destino como un gigante contra un gigante, hasta caer muerto y no rendido. El *hombre-barrena* trataria de reducir á su juez, y viendo que no habia remedio, temeroso de tener rabia, porque el otro, que podia mas, no se lo conociera, se sentaria hecho un ovillo y principiaria á girar sobre las posaderas como un molinete: al cabo de veinte años ya habria hecho un hoyo, al cabo de veinte y cinco ya tendria nido. Esto es tan verosímil que hasta las mismas tradiciones populares vienen en su abono, y así es que se cuenta de un *hombre-barrena* que en los primeros tiempos de Roma, queriendo heredar á un tio que lo tenia en su casa, se subia todas las noches á un cuarto somero, y por un agujerito que daba sobre la cama tel tio, le echaba á este en el cogote un par de gotas de agua fuerte miéntras estaba durmiendo, y cumplió con esta tarea quince años seguidos, hasta que el buen viejo se murió de una llaga incurable en la frente; lo cual sabido despues por el público, y en razon de haber tenido el tio un cogote duro como la piedra, dió márgen á aquel dicho tan antiguo de *gutta saepe cadendo cavat lapidem.* Por donde no tiene nada de estraño diga yo ahora que el *hombre-barrena* á fuerza de escupir al suelo hará un mar proceloso; y embarcado en un sombrero, si no halla barco mejor, se irá á comerciar por todas las costas del mundo, y se hará mandarin

de la China, y vendrá al fin á ser ministro de la monarquía constitucional de España.

Dadle lugar y tiempo á un *hombre-barrena*, y él socavará los fundamentos mismos del mundo; la accion suya y la del tiempo son iguales, lentas pero infatigables, con una continuidad que asombra. El *hombre-barrena* no duerme, no digiere, no fuma, no habla, no está sentado, no bebe, no come, el *hombre-barrena* no hace mas que roer, al mundo entero revuelve y aturde con su roimiento. ¿Oís gritar por las calles con cadencioso tonillo: aaa coomponeer tiiinajas, platos y fueeentes? es el *hombre-barrena*: ¿veis al pobre diablo anunciando de balde sus géneros en el Diario? el *hombre-barrena*: ¿oís charlar en el Congreso? el *hombre-barrena*: ¿leeis un periódico cualquiera hoy dia? el *hombre-barrena*: ¿veis el concurso que hay en casa de un capitalista? el *hombre-barrena*: ¿oís por la noche un pequeño ronco ruido, intermitente y acompasado en la madera vieja del catre? el *hombre-barrena*: el *hombre-barrena* donde quiera, múltiple, roedor, astuto, infatigable.

¡Oh prodigiosa mudanza de las cosas! ¡Oh poderosa mano del destino que tan lentamente modificando la condicion humana sin echarlo ella de ver, va labrando en la frente de la humanidad el misterioso emblema de un porvenir siempre escondido, arrojándola por una imperceptible pendiente hasta que tope y se rompa la crisma contra algun mal demonio que la esté esperando, ó bien se encuentre dulcísimamente mecida y bañada en algun lago que abajo pueda haber de agua rosada! y esta reflexion me la arranca el considerar que las antiguas sociedades, en que tanto predominaba la síntesis de las pasiones y afectos, fueron víctimas de la irrupcion de los bárbaros, y que las sociedades modernas, cuyo emblema es el análisis, son víctimas de una universal irrupcion de *hombres-barrenas*; en el antiguo mundo los bárbaros estaban fuera, en el moderno estaban dentro; y si comparais la condicion de aquellos dominadores con la de éstos dominadores tambien, no podréis ménos de esclamar como yo ¡prodigiosa mudanza de las cosas!

El *hombre-barrena* manda en el mundo, porque como es

múltiple con tanta estension y como siempre anda haciéndose casa, no hay punto donde no haya establecido sus reales. En los buenos tiempos del absolutismo, principió por establecerlos en el Rastro; hoy dia los tiene ya en los parlamentos inviolables. En los oficios, creó el de zapatero de viejo; en las industrias, la máquina de hacer alfileres; en el tráfico, creó el del ropavejero; en el comercio, creó las prenderías; en la imprenta, la prensa periódica; en la filosofía el eclecticismo; en la política el sistema representativo. El *hombre-barrena* es el inventor de la cola-píscis, de la piedra rasoria, de los gemelos, de los carteles de las esquinas, de las covachuelas, del arte poética, del modo de quitarse las pecas de la cara, de los candiles de cuatro mecheros, de los vestidos de arlequin, de las coberteras de hoja de lata, de los reyes constitucionales, de las casas de beneficencia y de los diamantes de vidrio.

¿Veis aquel animal débil, asustadizo y cauteloso que va disimuladamente detras de aquel leon para aprovecharse de los despojos de la pelea? aquel es el *hombre-barrena* que se ha apoderado de todo en este mundo, porque semejante al aceite que por todo poro penetra, como el mercurio que se come el oro, es fusible, sutil, tortuoso, semejante al calórico que en todas partes se mete ¿cómo pues estrañais que se haya apoderado de todo, hasta del imperio de las naciones? Ni podia ménos de suceder así; el *hombre-barrena*, que no puede volar, no hace mas que reunir piedras para construir una escalera: las piedras son las flaquezas de la inteligencia ajena y los defectos de la constitucion social; como esta presenta tantos intersticios al diente roedor de la polilla, la polilla corroyó las entrañas de la sociedad, y esta tuvo gangrena y gobierno representativo. El criminal lucha brazo á brazo con ella, el tirano la domina á la fuerza, el *hombre-barrena* la ulcera.

El *hombre-barrena* es la langosta, las chinches en catre viejo, las hormigas en la era, los ratones en el gabinete del sabio. ¿A dónde irá uno que logre escapar del *hombre-barrena*?

Concluiré este escrito con una observacion de mucho peso

en la historia, y así se sacará algun fruto de leerlo. Yo por lo que me he ocupado del *hombre-barrena*, no dudo que las plagas de Egipto no fueron siete sino ocho: me fundo en que habiendo querido Dios castigar á esta nacion, los *hombres-barrenas* que en ella hubiera la habrian castigado bastante; mas de haber Dios echado mano de diversas plagas, es preciso inferir que á quien quiso castigar era á otra plaga de *hombres-barrenas* que allí habia, con lo que mi aserto está probado. Y vean ustedes cuán incorrigibles son los *hombres-barrenas* cuando ni aun así han escarmentado, y siguen royendo el mundo.

En verdad, en verdad que del *hombre-barrena* se dijo: «capaz es de comerse á San Antou por el pié.»

J. Ovejar.

UN DIA DE CAMPO.

Nada mas delicioso que un dia de campo en familia. Don Simplicio salió el último domingo á disfrutarle con su cara consorte y sus adorados hijuelos. Lo que el buen hombre se divirtió, es difícil describirlo: lo ensayaremos sin embargo.

Desde el sábado empezó Don Simplicio á divertirse consultando su barómetro, su termómetro, su hidrómetro, sus callos y la jaqueca de su mujer, para saber si el dia siguiente haria buen dia. Sus callos anuncian buen tiempo, la jaqueca de su mujer vientos y el barómetro lluvias. El domingo apareció sin lluvias, sin vientos y sin buen tiempo, porque estaba calmoso y nublado.

Perfectamente, dijo Don Simplicio, así no nos achicharrará el sol. A las cuatro de la madrugada ya estaba en danza nuestro héroe. Entre él y su cara mitad limpian á los chiquillos, les ponen el vestido nuevo .... y al avío. Emprenden en ayunas la marcha, porque es preciso guardar el apetito para el campo. Toman la direccion del canal todos á pié; es muy divertido andar á pié: y sobre todo muy estomacal. El ejercicio es muy sano, y para comer como Heliogábalo,

no hay como hacer ántes un buen rato de ejercicio. A la media hora de estar en marcha, aparece el sol con toda su fuerza y esplendor. ¡Qué magnífico es el rey de los astros cuando perpendicularmente se deja caer sobre el caminante en lo mas riguroso de la canícula! ¿Quién no envidiará la diversion de Don Simplicio al verle sudar cada gota como una avellana, sin duda del placer que su partida al campo le causaba?

Ya llegó toda aquella familia feliz al sitio destinado para celebrar la suspirada comida. Despues de una hora de reposo sobre el blando suelo y al aire libre, porque no habia casa ninguna en todos aquellos alrededores, empezaron los nenes á gritar que tenian hambre. Don Simplicio no podia permanecer sordo á la voz de la naturaleza, y da la órden para que la comida empiece. Aparece un pedazo de vaca asada envuelta en un *Heraldo* que sirvió de mantel. Jamas habia estado tan interesante el *Heraldo:* su aspecto hizo palpitar todos los corazones: hablamos del aspecto de la vaca.

Mas ¡ay! en medio del entusiasmo general, repara Don Simplicio que se ha olvidado el pan en casa. Nada importa, es una diversion en el campo comer sin pan, así como se come sin platos, ni cucharas, ni tenedores, ni cuchillos, ni mesa, ni sillas, ni vasos, porque todo esto contribuye á hacer mas ameno un dia de holgura. ¿Hay placer que pueda igualarse al de beber todos con un mismo cacharro de alcaduz ó canjilon, y estarse repantigados en el santo suelo, llenándose de hormigas y asándose á los rayos del rubicundo Febo? Lo cierto es que Don Simplicio y su familia lo posaron grandemente en la mansion de Flora, muriéndose todos de hambre, de sed y de calor, al susurro del agua cristalina que serpenteaba en bulliciosos arroyuelos, salpicando las flores y cubriéndolas de perlas por el perfume con que embalsamaban aquella deliciosa morada, que hacian mas amena el ronco graznar de los ruiseñores y los dulcísimos gorjeos de las ranas. Despues de la campestre y opípara comida, abandónase la familia á otras diversiones semigimnásticas. Miéntras la madre daba la teta al nene menor, que lloraba el ángel de Dios porque seguramente no le mudaban los pañalitos,

cuyo aromático perfume hacia bastante contraste con el de las flores, el papá Simplicio ayudaba al mayorazgo en la nueva diversion de hacer volar la cometa, la niña mayor estaba cogiendo cardos, para ornar con ellos la frente de su caro papá, y el cuarto nene, que era otra nena por cierto, dábase prisa en atracarse de manzanas verdes que le dieron un cólico atroz, muy divertido para todos.

Así se pasaron algunas horas, hasta que sonó la del regreso á Madrid. El cansancio se habia aumentado con el goce de tantos placeres, y habia que andar dos horas *á patita*, como dice el vulgo. El cielo se habia nublado de nuevo, y empezaba á lloviznar. No era aun cosa de guarecerse debajo del paraguas. Cuando hace calor, no viene mal una rociadita.

Carga la madre con el nene mas chiquitin, y el padre toma en sus brazos á la niña del cólico. ¡Qué cuadro tan interesante y encantador para los que conocen al amor paterno!

¡Quién no envidiará la suerte de Don Simplicio! Ademas de la niña que lleva en brazos, lleva la cometa en la espalda y á su primogénito de la mano. El mocito tiene ya cinco ó seis años, y muestra una aficion decidida por la carrera militar. Gasta chacó de carton, y el enorme paraguas de su padre le sirve de fusil. De este modo emprende su regreso la familia feliz. Para colmo de diversion les coge un fuerte aguacero media hora ántes de llegar á su casa y aunque se apiñaron todos para guarecerse debajo del paraguas, no pudo este salvarles de aquel diluvio, porque el hijo de Marte empezó á llorar á mocos desplegados y no quiso soltar el fusil.

A las diez de la noche, tropezando, resbalándose, cayendo y levantándose, llegaron caladitos á casa. Figúrese el curioso lector con qué gusto se acurrucarian entre sábanas, soñando ya con el próximo domingo para volver á disfrutar las delicias de un dia de campo.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

LAS TERTULIAS.

ARTICULO PRIMERO.

En una noche larga como la esperanza de un pobre, fria como amor de vieja y tempestuosa como fiesta de bodegon: de aquellas noches de invierno en que el acompasado sonsonete de las goteras, el bramido del cierzo que zumba en las calles, silba en las rendijas y empuja obstinadamente á las puertas y ventanas como ladron inesperto ó como impaciente enamorado; cuando el cólera y el tífus y el bubon y todas las pestes que viven del calor, como el camaleon del aire, andan no por los cerros de Ubeda sino por los cerros de Africa, donde los rayos del sol caen perpendiculares á la tierra poniendo la atmósfera á una temperatura capaz de encender los fósforos de algunos fosforeros de Madrid, que han acertado á resolver un problema tan difícil como es el hacer un todo incombustible, compuesto de ingredientes ó partes combustibles: cuando no tenemos porque temer las susodichas pestes contagiosas, pero á cada paso nos vemos espuestos á ser presa de un constipado ó tabardillo que nos haga abrir la boca y cerrar el ojo (como quien guiña para despedirse del mundo, que es el peor de los guiños y la mas mala de las despedidas) la higiene aconseja á no respirar el ambiente helado de las calles, y la necesidad de entretener el ocio obliga á mendigar una racion de silla y un ladito de brasero en amable compañía de un honrado vecino, donde pasar alegremente las horas que median entre las cinco y media, las seis, seis y media, cuando mas las siete, á todo tirar las ocho hasta las once de la noche, hora invariable, porque ménos seria demasiado poco, y mas sacaria á la reunion del gremio de las tertulias de brasero para elevarla á las regiones del *soirée* de chimenea transpirenáica, baraja en mesa y botella en ristre.

El cuarto principal donde por lo regular vive la gente mas acomodada y que por esta razon es la mas incomodada por la vecindad, viene á constituir el centro ó antro, y si se quiere club de la familiaridad vecinal, hospedando las tres ó cuatro

mencionadas horas á la modista y discípulas del cuarto bajo, al empleado en loterías (con toda la familiota por supuesto) del cuarto segundo, y sucesivamente á toda la humanidad *sin tacha* que duerme bajo un mismo caballete y comparte con los demas una pieza de paso comun que es la escalera.

Los primeros dias de tertulia son variados y entretenidos sin mas que las eternas vulgaridades de «¡qué temporal tan perro! El calendario da lluvias en Capricornio.... No, pues falta hacia, porque los maldtios tahoneros están poniendo el pan en las nubes» y contar la aplicacion del niño mimado de la casa, que deletrea regularmente á los diez años de vida y cinco de colegio, ó en las agudezas de las señoritas presentes, en lo cual las madres tienen singular empeño y complacencia. Una dice: «¡Jesus! mi chica tiene unas manos divinas para el plegado.» Y es milagro que no dice tambien para echar pollos. — Otra esclama: «calle usted por Dios si la mia, todita, todita ha salido á mí. ¡Qué talento el suyo! da unas puntadas y hace unos pespuntes que la maestra está estupefacta.» Otra no teniendo primores que celebrar en su ojito derecho, encomia su docilidad, su virtud, que parece que en su vida ha roto un puchero, todos han sido platos. ¿Los hombres para ella? esclama, no los puede atravesar. En este instante está la doncella haciendo una seña al doncello de enfrente que viene á decir: «Mi madre no sabe de la misa la media, usted vale un Perú.» — Háblase luego de las mamás, y las señoritas corresponden á los obsequios recibidos. «Yo tengo el genio vivo; pero en sabiéndome llevar...» «Es una malva» contesta la hija: el padre niega con la cabeza sin chistar palabra. «Mi marido, dice otra, tiene buen sueldo; pero á no ser por mi administracion no habia para zapatos.» La hija aprueba el dictámen; el padre no le aprueba porque necesita algunas enmiendas.

Resuelta pues, que las mamás agotan todas las gracias, todas las perfecciones, de modo que cuando llega el turno á los papás, que siempre los papás son el postre de la comida, nada bueno queda que decir mas que «mi marido es un ángel, un bendito, un bonachon, un pobre hombre»; lo cual si á los ojos de ellas y ellos es una circunstancia recomendable, á los

ojos mios es un insulto desvergonzado. Hay gran diferencia del un hombre pobre á un pobre hombre. El primero es el que carece de medios, álias recursos, vulgo bienes de fortuna, por otro nombre pesetas, y esta es una calamidad horrible en una sociedad metalizada como la nuestra: el segundo, el *pobre hombre*, por otre nombre *alma de Dios*, vulgo bendito, álias bonachon, es lo que yo llamo un alma de cántaro; que es el hombre que dotado por la naturaleza de todas las cualidades y propiedades de marica, solo se diferencia de los niños en que ha crecido mas que ellos y de las mujeres en el traje y en las barbas. Un pobre hombre es un corderito cuando soltero, y un carnerito cuando se casa; nunca pisa la calle sin pedir permiso á la mujer quien le prescribe el itinerario y tiempo de camino, interrogándole á su vuelta como reo de alta traicion ante el tribunal que ha de juzgarle. Cuando vuelva á casa no ha de haber comprado botas ni chaleco, ni pantalones, aunque le hagan falta; pero cuide de no volverse sin un ferroñé, una sombrillita ó unos zapatitos de tabinete para la esposa, porque cuando las mujeres dicen: justicia y no por mi casa, no admiten otra ley que la del embudo.

Lo cierto es que de los elogios que las mujeres prodigan á sus maridos, ni aun siquiera puede decirse lo que del ungüento blanco, que ni mata ni sana; son halagos de erizo que sangra cuando acaricia, y no obstante, ellos los oyen con gran satisfaccion, y entre estas y las otras dan las diez y los vecinos aun conservan aquella compostura y quiestibilidad de rigurosa etiqueta. Se ha hablado de todos y han salido á relucir las habilidades de cada prójimo, y ninguno las ha manifestado, sin embargo, de que cada uno está rabiando por lucirse. El niñito de la casa porque le inciten á la lectura, cuando se habla de pintura, todo se le vuelve decir si tiene un Caton en pasta y un Fleuri muy bonito encuadernado á la holandesa, y ántes que el niño atraiga la atencion general, ya están las mocitas de la reunion hablando de los estudios de Aguado, si tocan la guitarra, y de los de Sobejano si tocan el piano. No hace falta mas que un atrevido dija: vamos, cante usted, fulanita, y en esto siempre la mamá se lleva la

delantera, y la niña hace como que no quiere, y quiere porque se va acercando al instrumento del mismo modo que los médicos dicen, «gracias, yo no lo hago por interes», cuando se están guardando la propina. La guitarra en tales casas suele andar por debajo de alguna mesa ó encima de un armario, mas empolvada que un labrador cuando limpia. Las clavijas ó han desaparecido, ó se han suplido algunas con mangos de cuchara que á lo mejor se resbalan y el concierto se queda á buenas noches. Las cuerdas rara vez están cabales, por lo regular falta la prima, y cuando de las seis no han quedado mas que dos, va se sabe cuál son; el bordon cuarto y el sesto, que seria menester para utilizarla la aparicion de un Paganini guitarrista. Acerquemos pues nuestra muchacha al piano, suponiendo que le haya en la casa, que siempre estará mas útil que la guitarra, bien que por lo destemplado y viejo semeje á una carraca. Como es muy posible que la niña toque mal y cante peor, es forzoso disculparla diciendo: «está constipada, ha tenido ronquera estos dias que á no ser por unas pastillas y unas friegas que se la han dado, amen de unas gárgaras á tiempo, no sabemos adónde hubiera llegado.» Si toca mal se disculpa con estar atacada de los nervios ó con haber sufrido dos sangrías y dos docenas de sanguijuelas en el brazo derecho. Cuanto mas gorda es la mentira hace mas sensacion, y casi casi enternece á los oyentes. La música no es nueva; pero eso no importa: los padres tienen buena salida con decir: «nosotros como todos los viejos odiamos las cosas del dia; chica, toca, toca el wals de Elisa y Claudio y el Mambrú se fué á la guerra, ó canta la Atala, el Gerineldo y la triste Corina.» Y no es maravilloso que esto se cante en el dia sino que haya quien lo oiga por primera vez, que todo es verosímil. Acábase la cancion, dan cuatro palmadas los circunstantes y once campanadas el reloj de la sala que suele ser cosa de gusto, como que tiene muñecos que bailan y un cuquito que sale de vez en cuando á decir *cu cu cu*, y empieza á desfilar la tropa para acurrucarse cada mochuelo en su olivo.

La despedida es una de las cosas ménos espuestas al vaiven de las innovaciones sociales. Cámbiase de gobiernos,

cámbiase de costumbres, cámbiase de trajes: hasta el idioma esperimenta de un año para otro visibles alteraciones; pero lo que es la despedida, Dios guarde á usted muchos años. Lo mismo nos despedimos nosotros que nuestros padres; estos imitaron á los suyos y creo yo que desde Adan hasta el dia del juicio la fórmula de despedida habrá sido un molde herméticamente adaptado á las exigencias de todas las generaciones. «Señora, á los piés de usted.» — «Caballero, beso á usted la mano.» Aunque mucho deban decirse y mucho tengan que decirse, viene bien un «nada tengo que decir á usted, esta casa es suya» (y para si la quisiera muchas veces el que la ofrece). Los vecinos ya se sabe. «Lo mismo digo, en el cuarto .... tiene usted su casa; si en algo puede usted disponer de nuestra inutilidad (no es malo el sastre que conoce el paño) puede mandarnos sin ceremonia. Mire usted nosotros somos muy francos y sencillos, como que yo soy natural de la Alcarría.»

— «Buena miel!» dice la señora de la casa que es algo golosa. — «Y mi mujer, continúa el vecino, se ha criado en Villalon», como si dijéramos, el riñon de Castilla la Vieja. La señora no sabe dónde cae Villalon, pero la gusta mucho el queso que viene de allí, y despues de darse las manos los caballeros y un beso en cada carrillo las señoras y decir abur, abur, que ustedes descansen, á la puerta de la escalera, se ha concluido la primera noche y el primer artículo de *tertulia*.

ARTICULO SEGUNDO.

Mirándolo despacio y aunque lo miremos de prisa, el primer dia de tertulia se diferencia de todos los demas así en la índole de los cumplimientos, como en el modo de pasar el tiempo; y por esta razon le hemos hecho objeto de todo un artículo. El segundo dia de tertulia tiene muchos puntos de contacto con el primero y participa de algo de los subsiguientes, así como un hijo se parece á su padre y este al suyo, sin que el nieto y el abuelo sean semejantes en nada.

El segundo dia de tertulia ya tenemos la confianza que infunde el conocimiento de las personas; pero falta la que inspira la familiaridad del trato. Ya no hay necesidad de tantas cortesías; pero aun es necesario no parecer idiotas. No es indispensable estarse en el asiento inmóvil como santo de estuco; pero seria grosero rascarse el cogote y orear las camisas sobre el alambre del brasero, y contar si el amo de casa tiene un divieso y el lugar en que le tiene. La señora ha estado todo el santo dia sacudiendo trastos con los zorros y desempolvando el techo y los rincones para enseñar toda la habitacion á los vecinos y aquí empieza un ojeo que parece procesion del Córpus. — «Miren ustedes, dice la señora, esta es la sala», que suele ser un complicadísimo mosáico en los adornos: los hay de todas razas y edades. Al lado de un canapé moderno de rica caoba, vemos un rancio taburete de esquisito pino. Encima de una mesa de mármol con elegantes floreros, suele haber una escribanía de estaño con el tintero de vidrio y la salvadera de barro ajicarado, y debajo de una magnífica rinconera, un sable de caballería del amo de casa que es nacional. No es difícil que haya alfombra en la sala, pero es probable que esté tapada, para que no se constipe, con media docena de peludos. Si es de los cuadros no hablemos, porque nos veremos precisados á colocar entre dos estampas francesas un espejito con clavos romanos, ó el abecedario bordado en linon por la señorita de la casa, ó una cosa que no se sabe si es cabeza ó cuerpo dibujado por el hijo mayor, el cual ha tenido muy buen cuidado de poner debajo: lo Yco Gulian bentosa vago La direcion de doN Uanbrosio Capatero.[1] — «Aquí está la alcoba, prosigue la señora, lo mejor de la casa.» Los casados siempre dicen que lo mejor de la casa es la alcoba: las doncellas *de saca* están por el balcon; y los viejos y los chiquillos dan al *comedor* la preferencia. Fuerza es confesar que los niños y los viejos y los casados dicen las verdades.

La procesion se va enterando muy minuciosamente de la alcoba con todas sus perchas y su cama casi cuadrada, lo

---

[1] Lo hizo Julian Ventosa bajo la direccion de Don Ambrosio Zapatero.

cual denota que allí no duerme una persona sola, del despacho del señor que no se sabe si es despacho de abogado, de músico ó de comestibles. Revísanse todos los dormitorios y piezas de paso y la despensa con sus chorizos, y sus jamones, y sus vasares, y sus alacenas hasta colarse en una pieza que tiene chimenea y fogon, y espetera, y fregadero, y tinaja para el agua. ¿Supongo que ya sabrán ustedes cuál es esta pieza? Pues la *señora* hace á los que la siguen tan avestruces, que despues de ver todo esto les dice: esta es la cocina.

Ya los vecinos se han posesionado de toda la casa con tanta franqueza como puede haber *al mes de la reunion* y con los cumplimientos de «Todo es de ustedes.» «Muchas gracias», resabios inevitables del *primer* dia.

Antes de dar á todos sentados en el gabinete porque esta no queremos hacerla cuestion *de gabinete*, conviene observar cierta distincion en los ofrecimientos por mas que se decante franqueza y sencillez. En los lugares cuando matan un cerdo solo se acostumbra á regalar morcilla á los que le matan tambien para que haya correspondencia de agasajos. Tambien entre los literatos se observa esto de dar un ejemplar al que pueda pagar con otro, sea de comedias ó de poesías; y esto mismo se retrata en los cumplimientos de tertulia. Al que manifiesta buena fortuna, se le ofrecen dos veces ó tres las cosas, al que va de mal pelaje basta y sobra con la primera. No hay hombre mas franco, que el que dice que no es franco.

Pero demos á la procesion descansando en el gabinete al rededor de una camilla con tapete verde y veamos qué clase de distraccion conviene á la segunda noche.

¿Se hablará del temporal? No; porque esto pertenece al primer dia. ¿De literatura ó política? Tampoco; porque las mujeres querrán meter su cucharada, y no hay cosa mas repugnante y mas tonta que una mujer hablando de política ó haciendo coplas. Dejaremos á los hombres que echen dos manos al solo ó al tresillo. (Por no desmayarme no he dicho que saquen la lotería ó el tablero de damas, aunque por lo regular suele ser el pasatiempo muchas noches de toda la

concurrencia.) Pero queriendo abreviar mi narracion voy á dividir la tertulia en dos partes, los viejos que juegan á los naipes, y los mozos y viejas que echan un juego de prendas. Todo es cosa de juego.

Mucho tiento es necesario en la eleccion del juego, y eche usted juegos, para que alguno no se dé por aludido. Pongamos en primer lugar el de apurar una letra y sea por ejemplo la c. Uno tira el pañuelo si le tiene, y si no, le pide, y este es un apuro del demonio, porque si uno le tiene puerco, otro le tiene roto, otro le tiene, pero es de yerbas, y no falta quien se vaya sin pañuelo. Dice pues el primero: *ha venido un barco cargado de....* y el que no lo recibe tiene que decir una cosa que empiece con c como cazcarrias. Señorita hay que necesita pensarlo una hora, y sale con *habichuelas* ó *tomates.* Y así se prosigue: *ha venido un barco cargado de.... cazurros.* El niño de la casa cree que lo dicen por él y se amosca: — *cargado de... coquetas.* — Las solteras se dan por aludidas y se enfadan: — *cargado de... calvos.* — El amo de la casa entiende que es pulla y se incomoda.

Variemos el juego. *Una vieja tiraba de un nabo, tira que tira y no pudo arrancarlo.* — A las viejas se las lleva pateta; — *vino un viejo, tiró de la vieja, la vieja del nabo, tira que tira y no pudo arrancarlo.* — Los viejos están que bufan. Mas valdrá cambiar de juego, no lo echemos todo á perder. *El arzobispo de Constantinopla .... el arzobispo de Constantinopla .... se quiere desarzobisconstantinopolitanizar...se quiere desarzobisconstantinopolitanizar. El desarzobisconstantinopolitanizador que le desarzobisconstantinopolitanizare, buen desarzobisconstantinopolitanizador será.* Aquí no solo lo daremos por concluido por el desasosiego en que están los gangosos y tartamudos de la tertulia, sino porque todos han dado ya prendas suficientes para pasar la noche con las sentencias.

La depositaria de las prendas suele ser una de las mamás que no han jugado, y este empleo que á primera vista parece insignificante tiene su intríngulis y hay en él sus cálculos y filosofías. Una depositaria de prendas ha de tener ojos de lince, para ver las prendas: tacto de jugador para conocerlas,

y olfato de perdiguero para barruntarlas. Cuando se sentencie á hacer *un ramillete de flores* saca la prenda del jóven mas bien portado é interesante por ver si luego de *bien atado* y escardando los *abrojos y ortigas* que le afean le regala á su hija. Si surte efecto la píldora, ya estamos corrientes: si no, no importa, en otro pez se clavará el anzuelo. ¿Qué sentencia usted como muy agraviado? — Que diga una quintilla. — Pobre poeta que se halle en la reunion: ya tiene la depositaria un pañuelo, una petaca ó un billete del Liceo que saca del almacen diciendo con candongo disimulo: ¡Hombre de Don.... qué casualidad!

¡Ea! que diga una quintilla, que la diga, esclaman todos. — Denme ustedes el pié. — Ahi va: *Por una casualidad.* No necesitó mucho tiempo el amoscado versificador para responder:

Señores, en caridad,
no quiera la gente incauta
probar mi capacidad;
que esta vez sonó la flauta
por una casualidad.

¿Qué sentencia usted? — Que haga un favor y un disfavor. — A Dios: tocó la suerte á la muchacha mas tímida y simple del corro. ¡Este sí que es apuro! ¿Qué dirá que no pueda ofender? La pobre chica encaja c por b lo que se la ocurre y siente, porque no se la alcanza mas. «Usted es buen mozo.... pero.... tiene una tercia de nariz.» — El hombre sin poderlo remediar se pasa la mano por la cara. — «Usted tiene talento.... pero.... es jorobado.» — Faltas hay que no se echan en cara, responde el paciente. — Por eso usted se la echó en las espaldas, contesta la madre de la doncella. — «Usted es gracioso pero algo jóven....» — Toma, esos son dos favores. — Dejarlo estar que mas sabe el cuerdo en su casa, que el loco en la ajena, y esta es una abrumadora perogrullada.

¿Qué sentencia usted? — Que contente. — Salga la prenda. — ¡Ay! del jóven que se lleva todas las miradas y atenciones de las muchachas. — ¿Se contentará usted (dice á la primera) con un plato de arrope? — No señor. — ¿Y con

que la toque el premio grande de la lotería? — Si no juego nunca. — ¿Y con casarse pronto? — Sí señor. — A otra. Poco mas ó mémos así se van contentando todas: hasta que llega á su pimpollo, con quien charla al oido cosas que no tienen que ver con el juego. ¡Qué bien has ido esta mañana á misa; te estuve esperando cerca de dos horas!... ¿Eh? — No. — Mañana te daré billete para un teatro casero ¿te dejará ir tu madre?... ¿Eh? — No. — Mira chica tienes unos ojos que me ponen malo. Tendrás en mí un esclavo hasta la tumba.. ¿Eh? — Me contento, dice la mocita con mucha naturalidad ¿qué ha de hacer una? Vaya que no saben salir de comidas y premios estos ambiciosos.

Largo de contar seria tanta sentencia como ocurre y la aplicacion filosófica de cada una: dejaremos por consiguiente á un lato el *tres veces sí y tres veces no*, el *soy, tengo y quiero*, el *poner cuatro piés en la pared*, el *testamento á oscuras*, el *si usted fuera gallo y yo gallina*, *¿dónde me picaria*? y otras infinitas. Bástanos asegurar que el juego de prendas es la alcahuetería mas decente que ha inventado la sociedad y que de un juego de prendas muchas veces resultan dos ó tres matrimonios.

Los del tresillo han acabado al mismo tiempo que las prendas. Dejemos que se retiren los viejos á dormir y los jóvenes á soñar, unos en esperanzas y otros en realidades. No será difícil que á los quince dias haya un par de bodas, y á los diez meses se aumente la tertulia con cuatro ó seis cabezas mas, entre niños y nodrizas. ¡Quién sabe si á mí y á los que lean estos artículos les sucederá otro tanto! ¡Quién sabe si Colon y Bonaparte y Copérnico debieron su existencia á las tertulias y tantos inmortales descubrimientos y tantas hazañas célebres, traerán su orígen de un juego de prendas?

ARTICULO TERCERO.

Pesadito se va haciendo esto de las tertulias; pero si al cabo y al fin hemos de hincar el diente en la sociedad ¿qué mas nos importa á nosotros morderla en las tertulias que en los paseos ó bajo cualquiera otra consideracion? Apurada-

mente todo es tertulia en el mundo. Las hay de noche y de dia, en las casas y en la calle, en el campo y en el templo: y si no, los amigotes que se reunen en el café por la noche á charlar por espacio de tres ó cuatro horas ¿me dirán ustedes que no están en tertulia, aunque no jueguen al solo ó á las prendas como dije en mi artículo segundo? y los que por costumbre ó casualidad se amontonan á todas horas del dia en cualquier punto de Madrid incomodando al prójimo transeunte que ora tiene que echar por el arroyo espuesto á sufrir tormento y muerte inquisitorial bajo la rueda de un coche, ora estrujarse entre la pared y los que el paso le impiden ¿me negarán ustedes que están en tertulia? Y los que se citan en el Liceo y atienden ménos á la funcion que á su negocio: unos porque tratan de amoríos y se dan celos y quejas y palabras de reconciliacion y regalos de *recuerdo*, otros si los fondos subieron en Lóndres y bajaron en Paris, si fulano hizo un empréstito de incalculables ventajas y mengano en el mismo asunto *se quebró*, es decir hizo quiebra ó bancarota. Aquí disputando cuatro copleros si el acento en los versos endecasílabos debe cargar en la cuarta ó en la sesta y si tal ó cual soneto es malo porque tiene sinalefas y cacofonías: allá pintores que quisieran imitar el claro oscuro de las Vírgenes de Rafael: acullá *hombres de estado* que barruntan una reaccion espantosa é infalible porque está apoyada hasta por la Divina Providencia. Todos estos señores repito ¿me dirán ustedes que no están en tertulia? Y los que acuden á las iglesias á decir con verdad: *Yo pecador* porque pecando están con su irreverencia y sus requiebros y sus coqueterías á los dos minutos de ofrecer el *propósito firme de la enmienda*, en términos de poderles aplicar aquello de — ¿Fuiste á misa? — Sí señor. — ¿Viste al cura? — No reparé en tanto. — Digan ustedes si van estas gentes á hacer oracion ó á estar en tertulia. — Y los que se arrellanan en las sillas del Prado formando círculo para murmurar de todo vicho que pasa. Si este tiene rota la levita: si aquella lleva un punto en la media, y si la de mas allá es castellana, americana ó *mundana* ¿están en paseo ó en tertulia? Luego es preciso convenir en que por cualquier pris-

ma que la sociedad se presente podemos, sin faltar á la verdad, considerarla en tertulia y por esta razon no deben ustedes estrañarse de que hable tantas veces de tertulias porque esto no es mas que hablar de la sociedad y la sociedad es materia inagotable.

Tan, tan. — ¿Quién? — Gente de paz. — ¡Oh señores! ¡tanto bueno por acá! Pasen ustedes adelante, caballeros. Las señoras tardan algo mas porque se están dando besos á la puerta media hora. ¡Es muy particular esa costumbre del beso! En primer lugar sea por celos sea por otras causas suelen las que se besan aborrecerse; pero ¡con qué frenesí!... En segundo lugar, que maldito el juego que chupan sus labios, porque como dice el refran «pan con pan comida de bobos» y cuando algo agradaran los tales besos seria el primer dia y nada mas, porque segun otro refran «todos los dias olla amarga el caldo.» En tercer lugar, la dentera que dan á los jóvenes que parece un reto al apetito desordenado; y así se les oye decir generalmente «¡ay qué cosa tan rica! Denme ustedes un beso en acabando» y aunque las señoras quisieran cumplirlo de buena voluntad contestan con pueril hipocresía: ¡Ave María Purísima! ¡Pues aunque estuviéramos locas!

El tercer dia de tertulia y todos los demas son de franqueza para la diversion general y así suele adoptarse lo que el primero propone. Si es juego, juego: si baile, baile: y aun suele probarse de cada cosa un poco. Hagamos círculo grande y tome cada cual un carton para la lotería. Las mamás cuidan esta vez mas que nunca de que sus hijas se sienten junto á los jóvenes mas lúcidos y apasionados. No importa que por debajo haya algun pellizco ó apreton de manos, con tal que el ciudadano pague por la hija, por la madre y por sí mismo, tres jugadores distintos y un solo *primo* verdadero. Sacan las señoras sus ochavos que no son muchos por si pega mal y los mozalvetes ponen sobre la mesa todo el caudal. El que tiene una peseta, saca una peseta, el que tiene una onza, saca una onza y si tiene mas, mas echa sobre la mesa, diciendo siempre aunque no le quede un cuarto en el bolsillo: en acabando esto sacaremos mas.

No hay quien quiera pasar la plaza de pobre delante de las mujeres; esto prueba la escelencia del dinero sobre todas las pasiones del bello sexo.

¿Veis aquel ciudadano que se está sin jugar porque dice que no le gusta el juego? Decidle que miente, que es porque no tiene dos maravedises para tomar un carton. ¿Veis aquel otro que se incomoda mucho de perder dos manos seguidas y dice que va á dejar el juego porque tiene mala suerte? Decidle que miente, que va á dejar de jugar porque no tiene dinero. ¡Maldito mundo que siempre ha de andar jugando al escondite con la verdad!

Las fichas suelen haber emigrado de la bolsa, pero en su lugar se inunda la mesa de judías ó garbanzos partidos para poder llenar los cartones de esa gente atroz que necesita una ficha para cada casilla. Los nombres de los números siempre se cantan de distinto modo. A lo mejor oye uno «y va la bola: *los capuchinos.* — ¿Cuál es? — El 44. — Allá va otra: *arriba y abajo.* — ¿Qué es? — El 69.» Y así van llamando *edad de Cristo* al 33, *edad de las muchachas* al 15. *los anteojos* al 8, *el abuelo* al 90, *la docena del fraile* al 13, etc. De todo lo demas, que se distribuya bien el dinero y que se llame *quinterna* á los cinco números de una misma fila, á los cuatro *cuaterna,* á los tres *terno*, á los dos *ambo* y al primero una cosa que no se puede pronunciar mas que al rezar la letanía, es cosa de poca importancia para que nos detengamos en ello. Haremos que lo dejen pronto y echen un baile. Afortunadamente hay quien toque aunque mal un rigodon, y el amo de casa entra en su alcoba á quitarse el gaban y ponerse el frac ni mas ni ménos que si fuera á enamorar entónces. La señora en cuanto él sale entra tambien; no crean ustedes que va á hacer alguna cosa mala, pero tampoco crean ustedes que va á hacer cosa buena. Va á registrar los bolsillos del gaban para quedarse con todo lo que encuentra en ellos. Yo pondria mujeres en lugar de hombres á las puertas de Madrid si fuera del gobierno, porque estoy seguro que sin necesidad de *pincho*, cogian las piezas de contrabando aunque fuesen del tamaño de un cañamon.

¿Qué quieren ustedes? dice el músico ¿wals, rigodon,

mazurca .... ¡Calle usted por Dios! dice la señora de casa, la sociedad de buen tono no admite ya mas que rigodon y wals. — No hay cosa mas necia y contradictoria que las pretensiones de la clase media. En las reuniones del Avapiés campa siempre la sencillez y la naturalidad. Creerian ponerse en ridículo si traspasaran los límites del *fandango* y *jota* y *seguidillas* y esto es plausible y encantador porque está en armonía con todas sus costumbres y modales. En las que llaman de *alto copete*, que como las del Avapiés pensamos otro dia tomar por nuestra cuenta, hay mucha tontería, pero hay mucha verdad. Hay la fatuidad heredada, pero no existe esa vanidad postiza tan repugnante en la clase media, por el contraste que ofrece á cada paso de hábitos plebeyos y humos aristocráticos. Por eso se ve á las señoras de la clase media en lo mas inspirado de sus sublimidades tónicas salir con un «¡Muchacha, cierra la despensa, no entre el gato y se coma la morcilla de mañana! ¡Muchacha! cuando venga el aguador díle que se traiga una cuba mas.» Y por esto se baila wals y rigodon, y no mazurcas, ni galops, ni britanos. La danza empieza con wals; esto es lo que satisface mas á la gente jóven porque es la poesía del baile. ¡Qué hermoso es tender la diestra mano á la esbelta cintura de una seductora hurí! ¡qué dulce y electrizador el contacto de las siniestras manos! ¡Cuánto idealismo, cuánta pasion, cuántos encantos para los corazones perdidos en ilusiones de amor! Los enamorados bailando wals son incansables: aunque por el estado de su salud no puedan andar dos pasos sin sofocarse, en oyendo el *tres* por *ocho* sus piernas adquieren una agilidad prodigiosa, y los pulmones el privilegio de vivir sin respiracion. Un tísico y un tullido enamorados creo yo que sanarian bailando wals ó moririan en éxtasis celestial al compas de las inspiradas melodías de Strauss .... Cuando los jóvenes acaban de bailarle, el corazon parece que no palpita por la rapidez de los latidos; pero esto y el sudor que por sus frentes resbala desaparece con el sosegado y estúpido rigodon que no sé por que lo llaman baile y no *variaciones de paseo ó evoluciones de sala.* El rigodon es el baile favorito de los señores machuchos. Aquí

es donde tienen entrada todas las edades, Doña Escolástica y Don Trifon, Don Cosme y Doña Polinaria. Es cosa singular esto de los nombres; parece que ellos marcan la edad de las personas, como si estas no se llamaran lo mismo á los ochenta años que el dia del bateo, y sin embargo se ve por regla general que las muchachas tienen nombres bonitos y sencillos como Matildes, Luisas, Josefas, Irenes etc., y las viejas casi todas se llaman Sinforosas, Estefanias, Atanasias, Mateas, Ciriacas ó Melitonas, y si son andaluzas nunca falta una Doña Angustias, ni una Doña Milagro, ni una Doña Consolacion. Yo creo que esto consiste en que el gusto ha variado y que los nombres que hoy nos parecen feos, chocaban ménos á la gente del siglo pasado. ¿Quién sabe si se volverán las tornas y cuando las Pepitas y las Matildes del dia sean nombre de viejas, volverán á estar en boga las Ciriaquitas, las Estefanitas y las Sinforianitas? Allá veremos si allá llegamos, y miéntras tanto notemos cuán satisfecho se manifiesta un Don Crisóstomo bailando rigodon y saliendo en la *Pastorela* con su Eduvigis á la derecha y á la izquierda una Doña Robustiana de esas mofletudas señoras que abundan en todas las tertulias, y de las cuales parodiando el refran «no hay funcion sin tarasca», se pudiera decir «no hay tertulia sin señora gorda.»

Pero héte aquí que el del solo colocado enfrente de Don Crisóstomo al tiempo de empezarle, se enreda los piés en una cuerda de retazos de cinta y de bramante con cada nudo tan gordo como los del cordon franciscano; ¿qué sogajo es este? pregunta. A Doña Robustiana la salen los colores de vergüenza; pero dice afectando serenidad ..... yo no sé ..... y á poco de decirlo tiene que largarse al retrete con una media arrastrando. ¡Una liga de cordel en una señora llena de oropeles y perifollos! Este es otro de los contrastes empalagosos de la clase media. Las mozas del Avapiés ó no llevan liga de esparto ó lo dicen, y si se ofrece se la atan en medio de la calle á la una del dia.

Miéntras unos bailan, otros hablan y este rato de descanso que tiene el rigodon de vez en cuando es una ocasion solemne para las conquistas amorosas; ¡qué bien baila usted, fula-

nita! Usted ha sembrado en mi pecho el volcan de las pasiones de un modo grato, pero irresistible, dulce, pero desgarrador. ¡Si usted correspondiera á mi cariño! — La chica sí que corresponde, pero esto no se debe decir la primera vez; lo mas que puede avanzar es á decir: ¡si eso se pudiera creer!.... A todas dicen ustedes lo mismo.... en fin, consultaré con la almohada.... Y efectivamente, consultan con la almohada el modo de decir que *sí*. El amante para estrechar mas y mas las relaciones, propone al acabar el rigodon una comida de campo, y al par de dias tiene usted á todos los contertulios comiendo como unos gañanes, bebiendo como unos coritos y brincando como unos corzos por esos trigos de Dios. —

ARTICULO CUARTO.

He tratado con alguna severidad á la *clase media* ya por la antipatía que ciertas cosas nos inspiran, como á mí todo lo que huele á *justo medio*, ya porque siendo la mas numerosa y la que conocemos mas á fondo, ha podido suministrarnos mas materiales. Llaman *alta clase* á los condes y marqueses, propietarios, millonarios y empleados de intendente para arriba; y llaman *baja clase* á los zapateros, colchoneros, jornaleros y casi todo lo que acaba en *eros* ménos *calceteros* que estos aunque lleguen á ricos ó mueran de pobres, ni son de la clase baja, ni son de la clase alta, sino de la clase media. Ignoro yo qué orígen traiga esta clasificacion de categorías, y tengo por un solemnísimo zopenco al que trocó los nombres y dió á cada uno lo que ménos le correspondia. Si se dice de los señores comparados con los que tienen ménos dinero: ese pisa mas alto, anda mas alto, ó sueña mas alto, se dice una simpleza garrafal; porque la clase alta generalmente ocupa los cuartos principales, la que le sigue que debia ir en descenso ocupa los cuartos segundos y terceros, y precisamente lo mas *bajo* de la gente *baja* suele andarse por las bohardillas.

Hoy nos toca invadir el piso principal despues de saludar al portero por aquello de: »Nadie pase sin hablar al

portero» en lo cual soy yo tan exacto que cuando no esta este señor aunque esté la mujer ó los hijos, me cuelo de rondon sin hacerles caso; porque así como siempre se acostumbra á decir: »el rey ó regencia, el presidente ó el que haga sus veces» para obedecer al sustituto debíase poner en los portales: nadie pase sin hablar con el portero, la portera ó los porteritos.

La casa donde ustedes entran es grande como un palacio, y complicada como el laberinto de Creta. Suele deberse al tapicero la alfombra, al almacenista de muebles la rica sillería, y hasta á la lavandera la cuenta de todo el año; pero eso no se conoce en la alfombra, ni en la sillas, ni en el camisolin del señor, ni en las enaguas de las señoritas. He sido un majadero en decir señor ó señora donde solo se reunen monsieures (aunque españoles) y madames y mademoselles (aunque españolas).

En esta casa la etiqueta, ó mas bien *la tontería,* sube á ochenta sobre cero del termómetro reamur. Es decir que es una tontería que hierve y despelleja. Se habla á medias palabras y estas altisonantes, y sobre todo que estén en boga aunque no digan nada. Cuando se trate de colores políticos no se ha de decir *colores* sino *matices.* A los monarquistas se les ha de llamar conservadores, como si por acá hubiera cosa digna de conservarse, y á los republicanos radicales. Esto provisionalmente. Está para discutirse el proyecto de introducir entre otros géneros de contrabando, el *tory* y el *whig* de Inglaterra. ¡Oh! si esto se lleva á cabo, la nacion española se salva. No hay miedo que necesite recurrir al gastado medio de los *pronunciamientos.*

En estas tertulias todo ha de ser violento; no se rasquen ustedes aunque les pique, ni se estiren aunque tengan sueño, ni se rian aunque tengan gana, y cuando miren atras han de volver el cuerpo al compas de la cabeza como los santos de yeso. En fin las tertulias de la clase alta son el camino del purgatorio, y apénas puede una persona racional resistir á la tentacion de dar de mojicones á tanto zanguango mozalvete como esclaviza sus sentimientos y sus instintos á la loca preocupacion de parecer *dandy,* vulgo elegante.

Pero vamos á ver por qué se tienen en tanta estima estas reuniones en contraposicion de las de la clase baja. Si es por el carácter de los concurrentes, en ninguna parte mas bondad, mas sencillez, mas generosidad que en la gente pobre. ¿Qué hay en los altos círculos mas que diplomacía é hipocresía? Allí está siempre la miel en los labios y la ponzoña en el alma. Sus diálogos van generalmente cortados por entreparéntesis ó *apartes* á uso de comedia.

Qué alta está la Concepcion.
(así se quedara enana!)
— Qué bonita es Feliciana.
(así fuera un escorpion.)
A fe de marqués os hablo,
venísme á honrar, coronel.
(Bien comprenderá este diablo
que el favorecido es él.)
— Me evanezco en la guarida
de tan poderoso enjambre.
(No he visto en toda mi vida
gente que pase mas hambre.)
— ¿Hay hoy drama? Estoy muy harto.
Yo por mi dama voy pronto.
— (¿Por su dama? Este es un tonto.)
— (¿Harto está? No tiene un cuarto.)

Esto en cuanto á la buena fe y armonía que debe haber entre personas que se visitan con frecuencia, que si vamos á las costumbres no tiene la llamada *baja clase* por que arrepentirse de no participar de las de la llamada *clase alta.* Es cierto que un jornalero entra en la taberna, pero los grandes señores van al café. Los primeros gastan cuatro cuartos en una copa de vino para adquirir fuerzas con que soportar el trabajo del dia siguiente; los segundos van á beber dos ó tres copas de rom, tal vez para hacer ejercicios gimnásticos en salon vedado. Esta es la diferencia que va del vino al rom, y del café á la taberna. Emborracharse á lo señor es una gracia; ponerse alegre á lo pobre es un vicio repugnante, es una vida relajada y soez. En todo es injusta nuestra sociedad.

Si entre cien matrimonios pobres hay uno desavenido que anda á picos pardos, entre cien matrimonios aristocráticos

hay noventa y nueve que andan á pardos picos. Si los primeros tiran la oreja á Jorge, es para jugarse al tute, á la brisca ó al mus, una libra de castañas ó un cuartillo de vino; el que sale aficionado al cané ó á los borregos, es tratado por los demas como un ente corrompido. En casa de los ricos se echan con la mayor frescura veinte y cuarenta mil duros á una carta, y hay quien pone la mujer á un *entres* y quien la gana con un *as de oros*. Aquí es servil y rastrera la gente pobre, porque celebra todos los vicios de los ricos por la sola razon de que son ricos; y es una desgracia para todos esta sumision aduladora del que necesita, porque así en esto como en otras cosas los hijos del pobre se van aleccionando en la escuela de la degradante humillacion, como los ricos engolfándose en la corrupcion que miran tolerada, tal vez en el crímen que ven aplaudido. Riñe el chico del casero con el del inquilino, y por aquello de que donde las dan las toman, el primero zurra al segundo ó vice-versa. En el primer caso el padre (que es el casero) »tienes razon, le dice al muchacho, has de dejarle sin muelas por atreverse contigo.» El chico se ensoberbece, se cree autorizado para todo, es valiente, arrojado é indómito. Sucede al reves la cosa, es decir que el del inquilino da cuatro mojicones al del casero. ¡Maldito! ¿qué has hecho? le dice el padre, ¿no ves que le debemos dos meses de alquiler y nos puede echar á la calle? Sube á pedirle perdon, y si se empeña en pegarte, pon las costillas sin decir esta boca es mia. Resultado: el chico del inquilino es cobarde desde entónces, cree que ha venido al mundo para doblar la rodilla al poderoso, y lo que nació un hombre se ha convertido en una mula de labor. Es de tal trascendencia esta conducta de los pobres que no solo perjudica á los intereses y dignidad racional de su descendencia, sino al presente y porvenir de toda una nacion. La gente rica es por lo regular la mas avocada al poder. Si una criatura arrullada en la cuna de los vicios ocupa la silla ministerial, sus instintos siempre son despóticos, la administracion de la justicia parcial, de favoritismo, y en una palabra, es la justicia injusticia. Y respecto de la administracion de la hacienda, figúrense ustedes la conciencia que

tendrá un ministro fabricado á la *banca*, limado con mozas y labrado á *ponche*.

Como las casas de los señores son grandes, y sus reuniones numerosas, no importa que una persona ó dos ó tres ó cuatro se vayan á las habitaciones interiores á diligencias propias. No es decir que esto se verifique á todas horas sino que está en lo probable. Lo que sí hay en las tertulias aristocráticas (ya se sabe que en todo hay escepciones) es muchísima alcahuetería en varios conceptos. Con achaque del *soirée* van cuatro embaucadores de profesion á robar las pesetas con singular destreza. No hay jugador que no esté provisto de barajas *domesticadas*, digámoslo así; algunos se avienen á jugar con baraja ajena; pero estos son mas temibles, porque llevan la seguridad en el manejo de los dedos. De cualquier modo se llevan el dinero miéntras la gente inocentona dice ¡Qué suerte de hombre! ¡Si todo se lo halla hecho!

Por aquí se ve que las tertulias son la alcahuetería de los juegos prohibidos.

Vamos á la parte política. Cuando vean ustedes retirarse con sigilo y disimulo al señor de casa y otros pajarracos de mal agüero, conspiracion tenemos. Allí va á decidirse la suerte del pueblo; he dicho mal, la suerte de ellos y del gobierno. La suerte de ellos porque casi todos los que conspiran tienen por objeto esclusivo ganar en intereses y posicion social. La suerte del gobierno se decide porque de allí ha de salir el golpe que por certero le destruya ó por mal dirigido le afirme mas en el poder. Y no se decide nunca la del pueblo, porque esa en guerra ó en paz ya está decidida desde que el mundo es mundo: hambre, esclavitud, latigazo y contribuciones.

No son solo los caballeros los que politiquean. Tambien son útiles las faldas, si no para tramar y discutir, al ménos para esplorar. Son sectarias de *Francisco Chico*, nombre célebre que ha personificado la policía secreta, como Cristo, Mahoma, Calvino, Lutero y otros sus religiones respectivas. Desgraciado el que cae bajo la férula de alguna jamonaza Metternich, que por fas ó por néfas ha de desembuchar lo que

siente, y á las pocas horas ya saben los pronunciados con quien pueden contar y las autoridades á quien deben perseguir.

Hasta aquí la alcahuetería de la política.

Vamos á los amores, y no á los amores de los jóvenes, porque estos son iguales en todas las clases y en todos los pueblos. Se ven, se entienden y ya tiene usted dos almas perdidas sin poderlo remediar. Pero hay en las reuniones otros amores de que debemos ocuparnos.

Por lo regular los maridos mueren mas pronto que las mujeres, y cuando las mujeres son así, cachigordas, cachialegres y campechanas, no hay años que las consuman. Tambien es regular que las tales mujeres hagan ahorros para la vejez: de suerte que á una señora bien curada como el tocino gallego, y con dinero para regalarse ¿qué la puede faltar sino un amante mimon y zalamero que la haga el rendibú? Por otra parte, las naciones han progresado en lujo todo lo que han perdido en dinero, y los muchachos casquivanillos que no tienen bienes, ni raíces, ni oficio, ni beneficio ¿cómo pueden alternar con la aristocracia sin reloj ni gaban ni frac? Remedio al canto: se busca un empeño para penetrar en las altas regiones; se coge asiento junto á una vieja verde, se la dice: ¡Ay Doña Estefania que remonona es usted! La vieja acepta, el jóven se remite á las pruebas, y al dia siguiente ella tiene querido, y él vestido nuevo.

Tal es la industria de algunos jóvenes del dia con mas orgullo que Don Rodrigo en la horca, y tal es tambien la alcahuetería de ciertas sociedades.

Con que sacamos en limpio de estas tertulias ganancia positiva para todos: miéntras unos resuelven el problema de asaltar los destinos de la nacion, otros despavilan los bolsillos de los demas á la banca. Los muchachos de buen estómago hallan viejas que les mantengan, y las viejas enamoradas se hacen por el dinero con paladares á prueba de jamon rancio. Buenas están las tales tertulias!

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

DISPARATES.

¡Gran novedad! ¿Qué otra cosa que disparates podíamos esperar de tí? dirán los que tengan la costumbre de mirar como yo la firma ántes que el epígrafe. ¡Alto aquí! Hoy voy á plagar mi artículo de disparates, y de disparates garrafales; pero entiéndase que no soy yo quien disparata; otros son los que disparataron, y tal vez llegue á manos de alguno de los que tienen la culpa de que disparate yo este escrito disparatadamente disparatado. Bastante disparaté hasta el dia: tiempo es ya de consolarme y divertirme con los disparatones ajenos; porque está visto que todo vicho viviente está comprendido en las conjugaciones del verbo *disparatar:* Yo disparato, tú disparatas etc.

No prosigo conjugando porque todo puede comprenderse en este resúmen: todos *disparatamos.* Pero en esto de los disparates hay sus distinciones. Unos disparatamos sin querer y otros queriendo; haremos esta separacion de materias. No hay cosa mas fatal que la distraccion en las imperfecciones morales del hombre. Ella es causa del papel ridículo que por lo regular hace en las calles como en las tertulias, él que por otra parte causa la admiracion de los que lo conocen. Un hombre sabio es siempre meditabundo, sinónimo de distraido, y un hombre distraido, así como tiene toda la frialdad hija de su enajenamiento para echar á andar por la calle con botas de montar y en mangas de camisa y saludar á los que no conoce y no saludar á los conoidos, así cuando habla saltan de su boca palabras estravagantes, incoherentes, aparecidas al acaso. Esta misma distraccion le hace parecer rústico como un foncarralero diciendo tal vez «beso á usted la mano» á las señoras, y «á los piés de usted» á los caballeros, ó equivocando las palabras sin sentir como alguno que yo conozco que dice *ojepto* cuando habla, y *objeto* cuando escribe; bien que esto pertenece al número de los disparates *sin querer*, sucede muchas veces cuando el que habla fija todos sus sentidos en la pronunciacion. Palabra hay que se masca cinco minutos y aun se queda alguna letra entre los dientes.

Pero esos disparates chocan solo cuando se oyen y pare usted de contar. Los disparates *sin querer* que no pierden nunca, son los del cajista: estos son los disparates generalmente conocidos con el nombre de *erratas*. Pocos ejemplos citaremos para dar á conocer la índole y la trascendencia algunas veces de estos disparates que con razon colocamos entre los inevitables.

Hablando un periódico dias pasados de las fracciones en que se divide el partido progresista, por decir la fraccion Olózaga, ponia la *faccion* Olózaga lo cual era un disparate maliciosamente significativo. Otro periódico refiriendo una reunion de contratistas en el ministerio de Hacienda dijo: «Serian las dos de la mañana cuando los *contrabandistas* desalojaron el ministerio»; y esto de contrabandistas tiene una interpretacion de todos los demonios. En una novela que yo leí, decia «el niño era el *embeleco* de su padre» por decir él embeleso. Y en un diario de la oposicion refiriendo como un empleado subalterno habia contestado con insultos al ministro, en vez de decir: «gran bofeton al oficio de S. E.» decia «gran bofeton al *orificio* de S. E.»

DISPARATES QUERIENDO.

Los disparates suelen cometerse á sabiendas, y esto sucede mas fácilmente en la gente de talento que en los tontos. Creen algunos que el *genio* consiste en la travesura y son traviesos ó quieren serlo, y casi siempre lo consiguen á fuerza de ensayos y de empeños. Pero las travesuras por imitacion son tan pálidas é insustanciales que con dificultad llenan una vez su objeto que es la *celebridad*. Líbrese un hombre travieso de no atraerse las simpatías ó las maldiciones de muchos; porque sus disparates serán calificados por la sociedad inexorablemente diciendo que pertenecen al *género tonto*. Los traviesos por instinto son vichos de mala especie, perjudiciales á la sociedad; pero sus atrocidades llevan un sello de graciosa originalidad que seduce. Vamos á los *disparates queriendo* de la gente no civilizada; de esos disparates que los

que carecen de instruccion ensartan cuando escriben, que si bien pudieran pasar por *disparates sin querer* puesto que no tienen los que disparatan obligacion de saber mas, llámolos yo *disparates queriendo*, puesto que hacen únicamente su santa voluntad, en vez de consultar con los inteligentes como pudieran y debieran hacer en ciertos casos.

Dejo á un lado los epígrafes y anuncios de los *diarios* de avisos, porque cada número daria materia para un artículo lo ménos: voy á dar cuenta de algunos disparates escritos en las puertas y esquinas de muchas calles de Madrid, y alguno que sepa de otra parte, porque no creo yo que en Madrid solamente se disparata.

Aquí se asan asados, dice un rótulo de la calle de Leganitos; es decir, que el que lleva un par de capones ó conejos crudos se fastidia, porque no se los *asan* miéntras no los lleve *asados.*

Aquí se pintan salones, dice un pintor en su muestra, y á fe que ni de balde habrá quien le dé trabajo, siquiera por no tomarse el de llevar los salones á su casa por esas calles de Dios dando que murmurar al mundo.

Se alquilan camas para matrimonios de caoba. Chúpate esa. ¡Qué bueno estaria un matrimonio de caoba, tendido á la bartola!

Colegio de niños y niñas de ambos sexos. Ya sabíamos que habia niños de ambos sexos, porque niños es una voz como *personas* que se refiere á ambos géneros masculino y femenino: pero segun el autor de esta inscripcion, niños pertenece esclusivamente al masculino, y para hablar del femenino es preciso decir niñas; y en este caso el disparate es mas enorme porque quiere decir *niños de ambos sexos y niñas de ambos sexos*: es decir, *niños hermafroditas y niñas hermafroditas.*

Tahona de Jesus y Tortas. Ya saben ustedes adonde está la Tahona de Jesus y pueden ver por sus propios ojos este disparate original. Siempre he oido decir Jesus Piadoso, Jesus Nazareno etc., pero Jesus y Tortas, nunca; porque es un apellido Tortas que solo cuadra á los tahoneros Zampa-Tortas.

En la calle del Carbon dice un letrero: *Aceite, vinagre, jabon y velas y demas comestibles.* Buen provecho hagan el jabon y las velas al que tenga buenas tragaderas, que lo coma ni mas ni ménos que si fuera pechuga de perdiz ó pata de pavo.

Subida al peluquero dice la muestra de muchas peluquerías. Tal puede ser la estatura de los peluqueros que necesite uno armarse de escalera de mano para poderle decir al oido: quíteme usted estas greñas.

Se venden cajas para difuntos completos. Esto querrá decir, cajas de marca mayor que pasen de cinco piés, para hombres y no para niños; pero la inscripcion tiene su filosofía, porque quiere decir para difuntos enteramente difuntos, no difuntos á medias. Bien sabrá el que le puso que muchos vivos son condenados por los médicos á morir enterrados, y que si pudieran romper la caja y levantar la losa que les cubre, tardarian muchos años en visitar el otro mundo.

Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid. Zapatos para hombres rusos ya era disparate, porque la construccion física de los hombres rusos es idéntica, prescindiendo del tamaño, á la de cualquier otro hombre sea español, egipcio ó americano; pero lo que merece la pena de examinarse es esto de *hombres rusos hechos en Madrid.* Aquí sí que viene bien aquello de *á pares como los frailes.*

En la calle del Príncipe hay una muestra colocada en tan buen lugar que lo que aparece en conjunto es:

Educacion de Señoritas
Asegurada
de
Incendios.

¡Caramba con la tal educacion! No hay miedo que se queme, que la empresa de seguros paga.

Aun me acuerdo de las últimas ferias de esta corte, donde entre otras cosas vi unas botas de montar de las cuales pendia un papel que decia, ni mas ni ménos que si las botas hablaran: *Nos venden.* Solo faltaba que hubieran añadido ¡traicion! ¡traicion!

Es muy natural esto de llamar á las calles y plazuelas que desembocan cerca de los Consejos ó de las Cortes, calle de las Cortes, calles y plazuelas de los Consejos: pero es gracioso que estos respetables nombres desciendan á dar tambien su denominacion á tiendas y despachos de cualquier género. Yo he conocido un *Café de las Cortes*, y esto es algo verosímil porque pueden muy bien los representantes de la nacion tener un café inmediato que les mate la sed .... pero y ¿qué diremos de la *Taberna de los Consejos?* Esto puede entenderse de dos modos ó taberna que surte de vino á los Consejos, ó taberna donde se dan consejos. En el primer caso ¡lúcidos estaban los consejeros! y en el segundo caso, ¡medrados estarian los aconsejados! Este letrero ha desaparecido por fortuna.

En Salamanca el año 33 habia el siguiente: *Cirujano y comadron de los voluntarios realistas.* Se entiende que seria cirujano de los realistas y comadron para las mujeres; pero él no se anduvo en chiquitas y por si acaso ocurria un lance milagroso quiso que los realistas de Salamanca tuvieran comadron á quien poder mandar.

En la calle de Atocha, frente al cuartel de la Milicia Nacional, hay un zapatero que tiene una muestra con varios zapatos pintados á cada lado de la puerta. La de la derecha saliendo de la casa tiene la cuarteta siguiente:

Si deseas equidad
la que los tiempos exigen
no dudes tomar entrada
pues no hay duda que aquí sirven.

En la otra muestra hay una mano pintada apuntando á la primera que está diciendo:

Lo que *aquel* dice es verdad;
y para hacerlo evidente
ninguno va descontento,
aunque suba mucha gente.

Cánsome de disparates y voy á concluir con una reflexion que tal vez será disparatada, pero que yo tengo la tontería de pensar que no lo es. Mas que tanto arbolado, por mucho

que engalane la poblacion, y mas que tanto empedrado y mejora de lápidas y faroles, por mas que sirvan de adorno y comodidad, importa á la capital de la nacion el dar idea de civilizacion y cultura. ¿Porqué no remediar entónces estos disparates que tan mal concepto pueden hacer formar á los estranjeros de nuestros adelantos? — ¿Y cómo evitarlos? dirá el ayuntamiento. — Muy sencillamente, respondo yo. ¿No tienen ustedes empleados que sepan ortografía y gramática? Pues establezcan una comision de censura y oblíguese á todo el vecindario de Madrid á que no escriba una letra en la pared, sin el visto bueno de dicha comision. Se contestará que los empleados tienen ya su negociado que les ocupa mucho, y yo replicaré que en un cuarto de hora se pueden revisar todos los letreros que se hagan en medio año para Madrid. Digo esto para que no se entienda que trato de crear una oficina con el santo fin de que me den un empleo, porque ni le necesito ni le quiero. Hasta otro rato.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

UNA CALAMIDAD PUBLICA.

Para servir á Dios y á ustedes, yo soy un quídam de cuarenta años. Bien conozco que esta noticia no está en la categoría de las interesantes, porque su importancia, si alguna tiene, se refiere solamente á mi individuo, y yo me precio de individuo que ya no puede interesar si no por sus doblones. Pero el decir mi edad secamente y sin que nadie me pregunte cuantos años tengo, sirve para participar á ustedes que soy anteindependientino, esto es, anterior á la guerra de la independencia. Apénas abrí los ojos, apareció esta señora con todo su aparato de perfidias, de heroicidades, de destrucciones y de miserias. Los buenos de los españoles se daban de cachiporrazos con los monsieures y andaba una tremolina de todos los satanases. Tenia yo un padre que dió en la manía de ser buen español, manía que le valió el envidiable derecho de pasearse por espacio de cinco meses ora á lo largo, ora

á lo ancho y á veces diagonalmente por el cuadrilongo pavimento de un fementido calabozo, propiedad absoluta de cierto castillo célebre por las bombas que arroja cuando ménos falta hacen.

Desde aquel calabozo salió huyendo como el Señor le dió á entender, y la prole detras: comimos el pan sin sal no amargo de la emigracion: no en el peñasco de nuestros amiguitos los ingleses, ni en la tierra que tales huéspedes nos enviaba para echarnos de casa, sino en la bienaventurada isla de Mallorca, á cuyos habitantes debia alzarse un monumento, no por su hospitalidad ni por otras muchísimas virtudes que los esclarecen, sino porque tienen el buen sentido de gastar *ab initio* unos magníficos calzonazos, que me rio yo de la tierra de Astorga. Seis años de guerra de independencia fué un comienzo mas que regular para un chicuelo apénas salido del cascaron; en fin, aquellos pasaron como pasan tantas otras cosas, haciendo un mal aquí, un bien allá, sacudiendo un coscorron á este, levantando á aquel un par de varas del suelo, llenando á unos, enjugando y esprimiendo á otros, entre ayes, lamentos, risas, soponcios, cadalsos, fusilamientos y demas alharacas peculiares de los tiempos escepcionales, que desde entónces comenzaron á llover como granizada de verano, para hacer una verdadera escepcion de la regla general.

Pasaron, como digo, los susodichos seis años, y en pos de ellos se coló un caballero muy serio diciendo que la habíamos hecho como unos gerifaltes; pero que en ciertas bromas representativas nos habíamos escedidos, y que aquello no valia, y que vuelta á empezar, y que conocia ciertos pícaros, y que era forzoso perseguirlos, y que los habia de dos clases, unos anaranjados y otros de color de grana. Los tales comenzaron la desfilada, porque tenian en grande estima la integridad de sus tragaderos y no era cosa de menguarla en un átomo por todo el oro del mundo, cuanto ménos por una causa en que el estómago no tenia arte ni parte. Torna, pues, á cargar con los trastos al hombro, y á salto de mata plantarse en la tierra clásica de la cerveza y del rom, sin saber ni una chispa del inglés, ni poseer mas blanca que la cara, el que no la gastaba trigueña, que éramos los mas. Entónces hubo aquello

de patatas á montones, sin mas guiso que el olor de algun bifstek ajeno; porque propios ni por las nubes. Otros seis años de broma y van doce; para mí diez y ocho y pico, que tantos contaba.

A renglon seguido, vuelta á casa: el horizonte se aclaraba y se oia en las Cabezas un grito que hubiera sido de salvacion á encontrar cabezas que lo encaminaran al bien; y gastámos cuatro años ménos pico, disputando y llamándonos bribones los unos á los otros, y armando una algarabía que ni para contada es. Vino un tercero en discordia hijo de un santo segun decian, y nos pacificó á su modo que no habia mas que apetecer. Fué preciso, para que fuera la paz completa, poner piés en polvorosa, buscando una tierra amiga que cargase con nuestra miseria. Hallámosla, gracias al Cielo, y por allá nos estuvimos de lustros clásicos, oliendo á cada instante la frontera que nos daba soberbios papirotazos en la nariz como si nos dijera: *oste que retejan.* Los diez y ocho de la cuenta vieja, mas los trece de la nueva, forman salvo error la suma de treinta y un años, deliciosamente invertidos en dímes y dirétes, en ir de aquí para allá como alma de Garibay, en aprender idiomas y no aprender á tener sentido comun, y en otras fruslerías de hambres, enfermedades, privaciones y demas entretenimientos tan sabrosos como yo me sé.

Pues señor, tercera vez á casa para comenzar el mismo ejercicio: que si tú eres verde, que si yo soy azul; que si tú mascas á dos carrillos, que si yo no como mas que con medio; que si han de ser dos grados ménos, que si han de ser dos grados mas; que manden ahora los mios, que los tuyos harto mandaron. Y en pos de esta barahunda se sopló de rondon una señora de muy dulce trato llamada *guerra civil*, que traia un escudero conocido por el nombre de *Cólera-morbo*, y una doncella de labor apellidada *No hay pagas*, y un paje á quien oí poner el apodo de *Incendio*, y un lacayo de uñas muy largas nombrado si no me engaña la memoria *Saqueo*, y otros tales individuos físicos y morales tan apetecibles como estos, formando entre todos una comitiva, que era cosa de chuparse los dedos. Pasó tambien aquello que

nos entretuvo deliciosamente por espacio de siete añitos horros, como suele decirse, para desensebar. Y van treinta y ocho cabales.

Luego todo quedó como balsa de aceite, salvas algunas leves escepciones de motines, pronunciamientos y otras zarandajas que constituyen el pebre de nuestra envidiable existencia; como cesantías, esclaustraciones, Dios nos dé que dar etc. etc. De este trajin van ya dos años, indispensables para la suma total de aquellos cuarenta, que, en el primer renglon dije á ustedes ser pintiparados los que se han ido acumulando en mi individuo, desde que tuve el honor de pertenecer á la honrada familia humana.

Creo que basta este sucinto relato para que ustedes se sirvan computar los quilates de la felicidad que he disfrutado en esta vida desde que la recibí. Pues bien: este cúmulo de calamidades que ora inflamaban mi corazon juvenil de patriótico entusiasmo, ora postraban mi espíritu arrebatando á la esperanza las ilusiones del porvenir, ora exaltaban mi bílis con los desaciertos de los gobernantes y la estulticia de los gobernados, ora me llenaban de terror porque los consideraba preludio de la social disolucion; estas calamidades repito, son un átomo imperceptible, una molécula impalpable, un casi nada comparadas con otra afliccion que me abruma sin descanso, que dia y noche me sojuzga, que amenaza acabar con la especie humana, si no se trata de pensar sériamente en su destruccion. Los horrores de la guerra, las discordias civiles, los odios políticos, las epidemias, los motines, las nopagas, los privilegios esclusivos de empleos, las emigraciones tienen un término: ó pasan ellos, ó se acaba el individuo que los padece, ó acaban ellos con él. Pero un daño que lento y á la sordina va minando las sociedades, porque conspira contra la constitucion física y material de la raza humana, porque cada vez se enseñorea mas de la voluntad general, que no suele estar unánime sino en lo que atañe á producir el mal de todos, este daño es mas temible y aflige mas el ánimo, en cuanto no se le ve el fin, á no obrar la Providencia alguno de aquellos raros prodigios que estremecen por su magnitud y trastornan la faz de las cosas por su in-

mensa influencia, dejando á los siglos honda memoria para escarmiento y correccion de las edades.

Esta calamidad son las trabillas.

Que uno inventase el toro de bronce para asar paulatinamente á sus enemigos, que el otro para despachar pronto millares de ellos, sin gastar pólvora, diese á luz la ingeniosa guillotina; que el de mas allá, para acabar con uno solo pero muy grande y poderoso, se armase de un fusil de veinte cartuchos, esto se comprende fácilmente, porque está en la índole de las venganzas. Pero que un sastre en mal hora nacido, tuviese la espantosa ocurrencia de adicionar el pantalon con las trabillas, martirizando á toda la raza europea y llevando su mortificacion hasta los confines polares, descargando sus iras en millones de inocentes que ni siquiera le conocian mas que para servirle, es el colmo de la barbarie, es el refinamiento de la crueldad.

Hágame usted el favor de irse á su casa á mudarse el calzado en un dia parecido á cualquiera de los deleitosos con que acaban de regalarnos los meses de febrero y marzo del corriente año. ¿Quiere usted quitarse las botas? Poco á poco: empiece usted por desabotonar el chaleco, luego los tirantes: bájase usted las bragas y comience usted el tira que tira de la embarrada bota unida al pantalon mas que la yedra al olmo, y quédese usted en camison, cual otro Don Quijote en Sierra Morena, muerto de frio y contemplando imposible la especie de pelele que el susodicho pantalon forma con las mencionadas botas; y si no tiene usted otro, lo cual es muy probable, emprenda usted la maniobra de desprenderlo de ellas, á riesgo de hacerlo jiras y poniéndose las manos hechas una gloria, si carece usted de criado como es muy presumible. En esta complicada operacion, llevada felizmente á término en unos veinte minutos de reloj, si no es usted torpe, que será un milagro; y luciendo las escuálidas pantorrillas, si se precia usted de elegante, se ha desesperado usted, se le ha pasado la hora de la cita, ha cogido un catarro, y se verá precisado á hacer cama, si la tiene, y á llamar al médico para que le cure, si quiere venir y sabe curar. ¿Y todo este

trastorno por qué? Porque á un sastre, que Dios confunda, se le antojó inventar las trabillas.

Sírvase usted bajarse de repente á recoger el pulido abanico que se le cayó á la dama de sus amores: ¡rrras! rásgase el pantalon en línea horizontal por la parte prepóstera, lanzando á los aires un tafanario mas negro que la pez ó un pedazo de camisa, salpicado ó sin salpicar, con celajes ó nubarrones segun disponga su buena ó mala fortuna. Sírvase usted en seguida tragar á mares la saliva, al oir la risita disfrazada de compasion con que recibe el empavesamiento de sus malhadados pantalones la misma belleza, ante la cual preferiria usted mil muertes al bochorno que tan en ridículo le pone. Despídase usted para ir á mudarse, en el caso problemático de poseer una reserva, abandonando tal vez el campo á un rival feliz que es hombre de pantalon á prueba de abanicos caidos. La dama puede enfriarse de contado y usted pierde un buen lance ó una decente colocacion, solo porque un sastre á quien ningun daño ha hecho, tuvo la humorada de construir pantalones con notas y comentarios para perdicion del género humano.

Y no hablo de aquella tirantez que afecta el estado normal de las rodillas, si usted tiene que permanecer sentado mucho tiempo; que obstruye la circulacion de la sangre estendiendo su tiránico dominio hasta los hombros, por la traidora simpatía que ejerce en los tirantes, atrabillando todo el cuerpo en sentido vertical, sopena de presentar una figura grotesca y destartalada, si se decide usted á usar con su cuerpo la punible condescendencia de aflojarlo de sus pesadas cadenas. Y tampoco miento el peligro de encontrarse el dia ménos pensado con una joroba incipiente, si por desgracia ha padecido usted de raquítis y es usted tan esclavo del buen parecer y del pantalon tirante, que á ellos sacrifique, no solo el bienestar de su cuerpo y la dulce tranquilidad de su alma, sino hasta el porvenir de su columna vertebral y la constitutiva colocacion de sus omoplatos. Y no recuerdo la pésima figura que hará usted cuando por un descuido de su sastre, salte la costura de la trabilla y ande usted luciendo sendos colgajos á cada uno de los lados del pié, á guisa de remos de barca

ó como dos barrederas que desentonadamente suben y bajan al echar el paso, denigrando su merecida fama de hombre *comme il faut* y arrastrándole acaso al suicidio; porque el que no se mata cuando se le rompe una trabilla, carece de sentido comun.

El hombre filantrópico que se sienta con ánimo suficiente para hacer un sacrificio sublime emancipando á la sociedad entera del mas insufribe de los yugos, merecerá mejor del género humano que todos esos que se llaman grandes hombres porque descubrieron mundos, ensancharon el dominio de las ciencias, conquistaron imperios, sujetaron naciones. ¿Y porqué lo hicieron? Porque en sus tiempos no se gastaban trabillas; que á gastarse, á su estirpacion hubieran dedicado todos sus conatos y no llorara la humanidad los horrores que solo deben atribuirse á la franquicia de su pantalon en todas las situaciones de la vida. ¡Oh! sí, yo lo vaticinio: vendrá ese dia feliz en que un genio magnífico desterrará esta calamidad de la superficie de la tierra: vendrá ese dia, pero tal vez para nosotros no: porque somos muy pertinaces en las modas necias y tan necios de todos modos, que nos llamamos libres cuanto mayor es nuestra esclavitud; no hay esclavitud mayor que las trabillas.

JULIAN MANZANO.

DEFENSA DE LAS TRABILLAS.

A vos, ciudadano Manzano, el de los cuarenta años y pico, llevada exactamente la cuenta desde que se publicó vuestro artículo hasta hoy dia de la fecha, á vos que valiéndoos de sofismas con un decir agradable habeis descubierto *una calamidad mas* entre las muchas calamidades que la naturaleza y los hombres vierten sobre los hombres y la naturaleza, como si fuera suegra y yerno; á vos me dirijo lleno el corazon de trabillesco fuego para exhortaros al arrepentimiento por el crímen de lesa-sastrería que habeis cometido, describiendo como calamidad pública el mayor beneficio que un

maestro de tijeras, y por lo tanto *concienzudo y justo*, ha podido hacer á la especie animal que concibe y raciocina.

En vano esforzado os habeis para convencernos de lo perjudicial de la *trabilla*, y si atendeis á mi relato forzosamente tendréis que convenir, que todos esos males imaginarios son nada en comparacion de los inmensos beneficios que reporta de su uso la especie humana. Empezaré pues, para lograrlo dándoos noticia de mi persona, así como vos la dais de la vuestra, y aun en esto veréis militar mas razones en favor de mi cliente la *trabilla*.

Para servir al que me sirva, yo soy un quídam (perdóneseme el plagio) de 25 años, 15 ménos que el señor Manzano, primera y poderosa circunstancia que alego en defensa de mi causa. Y por si alguno duda que así sea, razonemos un rato. Por confesion individual, el señor Manzano salió del vientre de su mamá 15 años ántes que yo, es decir, en una época de ignorancia y de fanatismo, puesto que no habia periódicos y sí frailes, aunque en cambio hubiese dinero, crédito y tranquilidad, que bien puede perderse todo esto por el gusto de decirle al prójimo cuatro verdades peladas, y no ver el repugnante espectáculo que ofrecia el hábito de los reverendos, unido al cerquillo y morrillo, que así daba el verlo envidia como ictericia.

Dice un proverbio, y á fe que lleva razon: *un jóven sigue su primera senda sin que la deje en la vejez.* Y siendo esto así, ¿qué afecciones podrá tener el ciudadano Manzano hácia una cosa que no existia cuando hacia el pompon y la mocita, ni mas tarde cuando andaba á gatas, ni despues cuando recibiera los azotes del dómine? Por el contrario; yo echado al mundo en época mas ilustrada, puesto que ya habia venido la *moza* (hoy vieja) y vuéltose á ir; desprendido por lo tanto de antiguas y perjudiciales preocupaciones, y libre el entendimiento para apreciar en su justo valor el constante progreso del siglo hácia su perfeccion, y consiguiente bienestar de la humanidad.

Es seguro que á haber yo comido el pan de la emigracion participaria respecto á *trabillas* y otros particulares, de las ideas que el susodicho pan impregnó en el cerebro de los

emigrados, debido sin duda á su calidad, que por ser de otra suerte fabricado que por la tierra de España se usa, debió producir todas esas ideas vagas como los monsieures, y metalizadas y machuchas como milords. Pero ¡gracias á Dios! no ha sucedido así; nacido en España y criado en la tierra de María Sma. habiendo hecho un viaje por la susodicha tierra á las grandes y numerosas poblaciones del Palo, Churriana y Torremolinos, todo sin necesidad de ómnibus aéreos que es lo maravilloso, si se considera la enorme distancia que media de unas á otras*), visto un sin número de cosas mas, todas grandes, todas sorprendentes y maravillosas, que es de apostar no las ha visto ni el emperador de los Estados-Unidos, ni el presidente de la república de la Rusia, y comido el pan siempre amasado por manos de graciosas lugareñas, mis ideas son todas al par constantes y desinteresadas, sabrosas y en armonía con la marcha de las cosas á su perfeccion. ¿Y qué cosa se hallará mas perfecta que un pantalon con trabillas?

Ni de Laocoon el grupo prodigioso
ni del mundo las siete maravillas,
obras útiles son cual las trabillas.

Noé plantando la vid y bebiendo el zumo de su fruto, sin precaver que con el tiempo habia de poblarse la tierra de Noés; Guttemberg, ensayando su invento que habia de producir á cientos las revoluciones; Copérnico descubriendo un nuevo sistema astronómico; Cristóbal Colon, un nuevo mundo, para no ser agradecido ni pagado; Kircher inventando el uso de la linterna mágica; Franklin el de los para-rayos; Le Roy su preciosísimo, si bien algo puerco brevaje vomi y purgante; Mendizabal destruyendo las campanas por amor al tímpano auricular y tantos otros célebres varones que pasaron los mejores dias de su vida trabajando para hacer su nombre eterno, son niños de teta comparados con el grande hombre, con el artista consumado y sobre todo amante de la decencia y de la elegancia, que á fuerza, sin duda, de rascarse la

*) Legua y media.

mollera y sostenerse ambos carrillos con las manos, logró adicionar el pantalon, colocándolo de esta suerte en el rango de ley ú órden emanada del gobierno español.

Que la aparicion de las trabillas ha causado una revolucion en las ideas del bello sexo, que no por ser bello deja de tener sus manías, es una verdad innegable; esto prueba su importancia. Que á virtud de esta revolucion el sexo barbudo, portador de las mencionadas trabillas, ha ganado mucho en el aprecio del femenino, es una verdad fuera de duda; esto prueba su escelencia. Un pantalon con trabillas denota elegancia, la elegancia finura, la finura educacion, la educacion el frecuente trato de la sociedad, este trato ingenio, discrecion, travesura, y sabido es cuanto agrada al sexo hermoso un hombre dotado de tan bellas cualidades. Por el contrario un pantalon sin ese precioso suplemento marca cuando ménos indiferencia, la indiferencia poca aprension, esta cualidad la ausencia de todo sentimiento noble, y sabido es tambien que no es el bello sexo quien ménos aprecio hace de las buenas dotes que constituyen á un caballero.

Pero si en lo *moral* la bondad de la trabilla es suma, lo es sin disputa alguna mucho mas en su parte material. Situaciones hay en la vida del hombre que solo puede hacerlas llevaderas la adicion del pantalon. Gaste usted zapatos con pico por detras, hoy dia de moda, y no lleve usted trabillas, y es seguro que no pudiendo resistir el pantalon á la influencia del pico, saldrá este por encima de aquel á guisa de velámen, y á trueque de no ir ridículo, ó bien tendrá usted á cada momento que llevar el talon del pié á la altura de la mano, para lo que tendrá que guardar un perfecto equilibrio, ó bien hacer de su cuerpo un arco de violin; á pique, en el primer caso, de romperse la crisma, y en el segundo de quebrarse: ¿á quién le gustan los bragueros y suspensorios? Pues no digo nada si tiene usted que asistir á alguna reunion y por necesidad sentarse; si lleva usted las medias limpias, que no es fácil, pase, aunque siempre presenta una figura fea; pero ¿y si las lleva usted sucias? y si por casualidad tienen alguna marra? Caso será este de morirse de vergüenza, y el modo de evitarlo es llevar trabillas.

La economía entra en mucho tambien en el invento sasteril y hé aquí sin duda á lo que se debe haberse generalizado. Un pantalon con trabillas deja solo descubierta á la vista unas dos terceras partes del zapato ó bota, que para el caso es lo mismo, y una ínfima del tacon; vayan ambas partes limpias y buenas y no importa que lo demas esté sucio y roto, resultando de aquí que con solo componer y limpiar el tacon y parte de la pala, puede durar el calzado toda una eternidad. — Que los pantalones con la tirantez se rompen. Remedio al canto: afloje usted los tirantes ó llévelos de elástico, que hoy es lo mas fácil de encontrar, puesto que hasta las Constituciones lo son, y el peligro no existirá. Mas aun dado caso que así sea, lo que se pierde por un lado se gana por otro; y es la mayor esbeltez que toma el cuerpo, y la fuerza y pujanza que adquieren los nervios de estar en continuo ejercicio; cuando ménos el vicio que muchos tienen de llevar inclinado adelante y á proporcion desde la cintura hasta la cabeza, á causa de esa misma tirantez, ha de desterrarse; con lo que se conseguirá que todos anden derechos como un huso, que á la verdad bastante falta nos hace, puesto que segun han dado en decir, las desgracias de la tierra de las anchoas provienen en su mayor parte de la pícara costumbre que todos tienen de ladearse: circunstancia poderosa para que se declaren las trabillas beneméritas de la patria en grado heróico eminente, ó cuando ménos se las dé una condecoracion.

¿Y á cuántos graciosos incidentes no puede dar lugar la rotura del pantalon desde la de un ojal hasta la de la misma trabilla? ¿Quién será la ingrata que al ver saltar un boton del pantalon de usted permita que los lleve caidos, ó bien vaya incómodo, y no enhebre una aguja y con sus pulidas ó toscas manos no se lo pegue? ¿Y cuánto no gozará usted miéntras dure la costura, y mas si la costurera es una morena chorreando gracia por todos los poros de su cuerpo, ó en su defecto una rubia que por todos los poros de su cuerpo chorree gracia?

Pero donde se deja sentir toda la necesidad de las trabillas es si tiene usted que montar á caballo, ocasion es esta

la mas crítica y angustiosa en que puede hallarse, dado caso que trabillas usted no lleve: no teniendo el pantalon sujecion por debajo, este se irá replegando por escalones y tomando por asalto las rodillas, hasta que la nueva posicion que sobre el animal usted adopte le obligue á capitular. Y ¿dónde se irá por un objeto mas soberanamente ridículo? Ridiculez que subirá de punto si es usted diputado, y hay una *Posdata* que lo observe. Llegado este caso no tiene usted mas que elegir entre levantarse la tapa de los sesos ó asfisiarse que es muerte mucho mas poética y está en moda. La trabilla es pues una condicion de existencia en ciertos casos; una condicion de felicidad en otros; una necesidad en todos; contradecir esto es una blasfemia en sastrería; negarlo una herejía trabillesca.

Concluyo sentando estas proposiciones que prueban hasta la evidencia lo sublime del invento que me ocupa.

El siglo XIX camina á su perfeccion; y siendo la trabilla una invencion de este siglo, necesario es convenir en su perfectibilidad.

El siglo XIX tiene una tendencia marcada en favor de la humanidad. Las trabillas son una invencion de este siglo. Luego las trabillas son en estremo útiles y necesarias.

Ojalá que estas ideas grandes, sublimes y luminosas, como el objeto que las produce, sirvan ya que no para estender el imperio de las trabillas, porque es infinito, al ménos para vindicarlas del ultraje, que una pluma mordaz y viperina les ha inferido!!

SANTIAGO CASILARI.

UN TRONERA.

DIABLURA ROMANTICA.

I.

Tronera es un hombre de trueno, alocado, como si dijéramos un calavera. De estos que hacen las cosas y luego las piensan, que quieren á un amigo mas que á su dama y

se desafían con él á muerte por una mala jugada de solo ó de billar. Que gozan en ver rabiar al prójimo y le dan una paliza sin mas intencion que la de divertirse. En fin, un calavera es un calavera y no digo mas porque todas las esplicaciones del mundo dejarian pálida é incompleta la definicion.

Pues hombre de este tenor era Don Félix Crespo cuando tenia veinte navidades, y estas veinte navidades no sé si las cumplió el año 1840 ó el de 1800. Es verdad que tampoco sé cuando nació; pero por un cálculo prudente se puede asegurar que nació veinte años ántes de cumplir las veinte navidades, y vengan Newtones y Mangiameles á demonstrar que este no es un evangelio aritmético. Pero lo que ménos importa es saber la fecha del nacimiento, de las veinte navidades y de la muerte de Don Félix Crespo, ni quiénes fueron sus padres (sobre este particular solo sé que su padre era un tal Crespo, hijo de otro que tambien se llamaba Crespo). Basta saber que Don Félix vivia en Madrid y tambien decia que estudiaba, cosa que no le vieron hacer jamas, sin embargo de que en los cursos que estudió de gramática, siempre salió sobresaliente segun las certificaciones, en filosofía sobresaliente, en matemáticas sobresaliente, y en seis años de medicina tenia SSSSSS que á fuerza de eses podia ser un Sabio, un Salomon, un Séneca, un Sófocles, un San Simon y hasta un Serenísimo Señor Senador, cosa bien estraña por cierto. Los profesores le perdonaban todas las faltas y le mimaban. Unos le achacaban á recomendaciones y otros á dinero; pero personas mejor informadas me han dicho con mucha reserva, y yo suplico á mis lectores que guarden el secreto, que Don Félix Crespo se presentaba á un catedrático y decia: si usted me reprueba le saco la lengua; si me da mala nota le crucifico y únicamente puede librarse de mis garras diciendo que soy un gran estudiante, el tipo de los estudiantes. El hombre que no queria verse sin lengua porque no le llamaran deslenguado, ni queria verse en la cruz porque no tenia vocacion de mártir, por toda contestacion tomaba la pluma y escribia: »Don Fulano de Tal y otras yerbas, caballero etc. y profesor etc.... Certifico: Que Don Félix Crespo ha seguido el

curso de este año con indecible constancia y aplicacion contestando en los exámenes como un papagallo á las preguntas que se le han hecho, por todo lo cual ha merecido la nota de sobresaliente, sintiendo yo que no haya otra mas sobresaliente que la de sobresaliente; pues en este caso bien la merecia el sobresaliente escolar Don Félix Crespo. Y para que conste doy esta que firmo en Madrid etc. — Fulano de Tal y otras yerbas.»

Don Félix Crespo era inclinado á todo lo raro y estravagante. Habia funcion en el Liceo ¿y se encontraba elegante? Pues se iba á casa ántes á poner el frac mas roto y remendado y la corbata mas pobre y el pantalon mas amanzanado, es decir ménos trabillesco. ¿Se trataba de ir á comer callos á una taberna? Allá se colaba Don Félix con rico guante blanco, frac negro de toda moda y pantalon Casilareño, es decir abotinado y oprimido como cintura de doncella. En el café nunca hacia cosa á derechas. Si pedia dulce se lo habian de servir en vaso; si pedia sorbete se lo habian de dar en taza, y si tomaba licores ó café era preciso que se lo dieran en la misma bandeja.

Sucedió un dia que paseando Don Félix por el Prado pasaba un respetable anciano con dos chicas como dos luceros. En las facciones se echaba de ver que las muchachas eran hijas de su padre y que era su padre él que las acompañaba. Así como á otro se le hubiera antojado enamorarse de una, á Don Félix se le antojaron las dos y sin andarse en chiquitas se encaminó hácia el papá y las hijas diciendo: ¡Oh queridos amigos! ¡cuánto deseaba ver á ustedes! ¿Dónde viven ustedes ahora? — «Donde siempre! calle de .... número .... cuarto ....» contestó el padre tartamudeando y dijo el cuarto, el número y la calle .... pero añadió «¿quién es usted? No tengo el gusto de conocerle.» — No es estraño, respondió Don Félix, yo tampoco he tenido la fortuna de conocer á ustedes hasta este momento venturoso, pero procuraré que nos veamos mas á menudo. Y se despidió dejando á una chica estupefacta, á otra en Belen y al padre en Babia. Le entró tal temblor al bueno de Don Agapito (así se llamaba el padre), que le sonaban los faldones como si fueran cascabeles. Vamos, vamos á casa, dijo, que

quiero dar órden de que llame quien llame no le abran la puerta.

Llegaron á casa y tiraron del cordon, nadie respondia; sin duda la señora mamá estaba tambien de bureo ó se habia dormido. Tilin, tilin, tilin. — Nada. — Tilin, tirilirin, lin lin tirilirin. — ¿Quién? — Abre, dijo Don Agapito muy incomodado; pero ¡cómo se quedó el buen hombre cuando vió que el que le abria la puerta era Don Félix Crespo, el calavera del paseo! A todo esto la señora salia de allá adentro llorando como una Magdalena. Una de las hijas se desmayó y se dejó caer en brazos de la madre, la madre se desmayó y cayó en los del marido, á este le dió una congoja y cayó en los de Don Félix, y Don Félix los tumbó á todos en el santo suelo diciendo á la muchacha que estaba punto ménos que para desmayarse: vamos que esto no merece la pena.

Y cuando los otros volvieron en sí no encontraron á la señorita ni á Don Félix Crespo.

Poco tiempo despues se dijo que Don Félix se habia espatriado con la hija de Don Agapito, pero nadie supo á punto fijo su paradero. Otros le daban en Madrid y suponian que habiéndose dejado crecer toda la barba y tapando sus espresivos ojos con unas antiparas verdes de cuando el rey rabió, era imposible conocerle. Todos los dias ademas habia noticias de calaveradas, poco comunes en la corte y todas ellas llevaban el sello diabólico del carácter de Don Félix. Por ejemplo se contó que habiendo visto á un tio cazador pregonando un conejo se conjuraron unos cuantos jóvenes para hacerle creer que era gallo. ¿Cuánto quiere usted por ese gallo? dijo el primero que salió. — No es gallo que es conejo, respondió el buen hombre y siguió su camino sin hacer caso de aquel tarambana mozalvete. Pero no anduvo muchos pasos cuando salió otro que le preguntó tambien: ¿Cuánto vale ese gallo? — No es gallo que es conejo, volvió á decir el hombre; no sin alzar la mano y bajar la vista por ver si no estaba en un error. Salió el tercero y le dijo: ¿Cuánto vale ese gallo? Volvió á mirar el conejo despues de restregarse los ojos el pobre cazador y decia para sí: ¿Si tendré yo la vista mala? Las orejas son de conejo, las patas son de co-

nejo, no tiene alas ni pico, vaya no es gallo, no, y prosiguió gritando: ¿Quién me compra este conejo? Salió entónces de un portal un hombre con muchas barbas, agazapado detras de unos anteojos verdes y por la gravedad del paso y del traje le tuvo el del conejo por un caballero formal. ¡Hombre, qué gallo tan hermoso! dijo este apareciendo súbitamente. ¿Cuánto vale? El del conejo volvió á mirar su prenda y despues de un buen rato de exámen y meditacion le alargó diciendo: dos pesetas.

Vivia en Madrid un boticario muy pobre llamado Don Matias que tenia roto un cristal del despacho, y no pudiendo componerlo de otro modo, habia puesto un papel en el hueco que era de tercia en cuadro. A la noche siguiente de empapelar la vidriera dicen que pasó un jóven, metió la cabeza por el papel y dijo muy sereno: Adios señor Don Matias. Puso el pacientísimo boticario otro papel que fué roto á la noche siguiente por la misma cabeza al saludo cargante de: Adios señor Don Matias. Amostazado el boticario juró vengarse y esperó al otro dia con un garrote de encina. El jóven calavera conoció que á la tercera podia costarle caro y dijo, si he de pagar yo que pague el demonio. Tenia en su casa una estatua no se sabe si era de algun sabio, de algun santo ó de algun diablo, cogióla debajo del capote y tomó el trote hácia la botica. Buenas noches, señor Don Matias, dijo metiendo por el papel la cabeza de la estatua. El boticario que esperaba muy armado de garrote levantó las dos manos y dejó caer la porra diciendo: ¡Págalas todas juntas arrastrado! Y dió tal golpazo en la dura cabeza de la estatua que al estremecimiento de las maderas cayeron todos los demas cristales hechos harina. Cuando el boticario buscaba á la puerta el cadáver del insolente mozo que le insultaba, ya estaba este contando á sus amigos el estropicio que habia causado al desventurado Don Matias.

Todas estas calaveradas que se divulgaban por Madrid hacian creer que Don Félix Crespo no andaba muy léjos. Sin embargo de eso al cabo de un año se decidió Don Agapito á ir á los toros y á la comedia con su única hija y su mujer.

Era dia de gran entrada: no sé si picaban Corchado ó Sevilla y si mataban Montes ó Romero, como que no me han contado tampoco la fecha de la corrida. Lo que sí me han dicho es, que los toros eran muy malos porque amaban al prójimo como á sí mismos. Los toros son como los médicos y los militares que solo á fuerza de asesinatos adquieren celebridad. El último de este dia fué de prueba. Cuatrocientos caballos quedaron tendidos sin contar los heridos y contusos. Mató cinco picadores, veinte banderilleros, tres espadas y un alguacil. El cuarto espada tiritaba como un tembleque. Todo se le volvia: suerte de aquí, treta de allá, volteretas, y mas volteretas, y á todo esto llovian insultos sobre su alma que era una maldicion. ¡Anda ladron! ¡Anda cobarde! ¡Anda feo asesino, borracho! de tal modo apurando su paciencia que no pudo ménos de decir: si hay algun valiente que se atreva con la fiera que baje.

No habia acabado de decirlo cuando un mozo atolondrado saltó la barrera, le quitó la espada y con gran asombro del público se dirigió lleno de impávida serenidad al animal carnívoro. En su vida las habia visto mas gordas; pero le sucedia lo que á muchos valientes que sin conocimiento maldito de la esgrima suelen plantar una cuchillada al hombre mas inteligente y esperimentado. ¡Entra! dijo al toro tirándole el sombrero, ¡entra y acaba con esta humanidad! y así que vió al toro cerca de sí esclamó: ¡Ah pobre zascandil que te gané por la mano!

El toro cayó cuan largo era, sin mover una pata siquiera. Una salva de ¡vivas! y una tempestad de palmadas del público impedian al presidente hacer oir su voz que decia: ¡Mozo, va usted á dormir á la cárcel por salir á la plaza sin permiso de la autoridad! El héroe de la fiesta era Don Félix Crespo para que por eso se acobardara: ¿La autoridad? contestó y salió de la plaza entre los *bravos* y *vivas* de la multitud.

¡Era ese hombre funesto! oyó decir á un viejo en la retirada; vamos, vamos léjos de aquí donde no nos vea. Entremos en un café, respondió la mujer, y despues veremos si todavía hay billetes en el Príncipe. La hora era avanzada y

cuando llegaron al teatro la funcion se iba á empezar, solo quedaban dos asientos de cazuela números 5 y 7 y un sillon de la izquierda que tomaron sin reparo y se colocaron inmediatamente. En el número 6 entre hija y madre habia una señora grave, toda vestida de negro y con el velo echado á quien instaron para si queria cambiar de asiento; pero era tan impolítica que rehusó dando por toda respuesta en seco: Estoy aquí bien. La cazuela estaba mas agitada que de ordinario, parecia que hasta por el olfato conocian la aparicion de algun animal anfibio. La comedia estaba llena de lances que hacian estremecer á la madre y á la hija; pero cuando llegaron á la escena en que un jóven atrevido asediaba á una casada virtuosa sin fuerzas para resistir: ¡Qué inmoral es esto! dijo la madre. Pero usted conoce muy bien que pudiera ser histórico, respondió la del velo: y la madre se dejó caer sobre su hombro desmayada. La hija no advertia nada de esto embebida en otro incidente dramático de mucho interes. El seductor de la madre robaba una de las hijas y la arrancaba del seno paternal acaso para siempre y ¿dónde la llevará? esclamó sollozando la jóven de la cazuela. Parece hermana de usted segun la interesa, contestó la del velo y la muchacha cayó tambien desmayada sobre el hombro derecho de la tapada. La cazuela era un laberinto, el teatro un guirigay, el escenario un galimatías. Don Agapito que presenciaba la catástrofe desde el sillon corria como un gamo á la cazuela. Cuando entró en ella todas las mujeres huian de la del velo como si fuera un basilisco. Don Agapito entró en sospechas y sin mas ni mas arrancó la blonda á la misteriosa tapada, dejando ver los ojos sarcásticos de Crespo y dos patillas como dos cepillos que hacian con el traje de mujer un espantoso contraste.

Una docena de hombres se lanzaron sobre él y aunque ninguno supo si le habia pegado ó no, se le encontraron accidentado y casi moribundo al levantarse. ¡Yo muero! decia ¡que me lleven al Hospital! Ninguno queria cargar con él; pero Don Agapito que hubiera deseado verle si era posible en la sala de los tiñosos, le tomó á cuestas y pian piano le condujo á donde solicitaba. Cuando entró en el

Hospital se dejó caer el fingido moribundo y dando una carcajada satánica le dijo al fatigado Don Agapito: ¿no es verdad que tengo mal peso para difunto? El viejo que conoció la pillada se quiso retirar avergonzado; pero Crespo se lo estorbó diciendo: Poco á poco; ahora me toca á mí. Y agarrando á Don Agapito por la cintura le condujo á la sala de los locos. Don Agapito porfiaba que estaba en su sano juicio; pero como Crespo era conocido del colegio por haber estudiado medicina, fué creido de los practicantes que encerraron al buen viejo, dejándole por mucho favor en libertad las piernas y los brazos.

La luna entraba por la ventana que daba á la parte de Atocha y á su tibio resplandor se divisaban causando horror y miedo los visajes de los maniáticos. Uno que se levantaba en camison á representar un pasaje del Edipo, otro que defendia un pleito, otro que cantaba el entierro de sus padres concluyendo con un solo de seguidillas ó jota aragonesa, cuando vino á interrumpirles una loca escapada de la sala de mujeres que de un brinco se plantó en los hombros de Don Agapito, de otro se abalanzó á un garfio pendiente del techo y metiendo el pincho por debajo de la barba sacó los sesos pegados en la punta. Todos los locos se arremolinaron á contemplar tan aterrador espectáculo y hasta el supuesto loco Don Agapito con los ojos encendidos y los labios vertiendo espumarajo cayó en el suelo sin sentido esclamando: ¡Hija mia! ¡hacia un año que mis brazos paternales no la acariciaban!!! Los rayos de la luna cada vez penetraban con mas esplendor en aquel asilo de desesperacion. Lágrimas frias resbalaban por las mejillas de Don Agapito y la confusion de su cerebro casi no le dejaba oir el ruido de una calesa que pasaba y una voz que gritaba ¡Don Agapito! ¡Don Agapito! Asomóse como pudo á la ventana y en el metal de la voz que pronunciaba su nombre conoció al infernal Crespo.

— ¿Y mi mujer? dijo el desventurado viejo

— No queria dejarme andar y la rueda de este calesin ha pasado sobre su pescuezo, contestó el caminante.

— ¿Y ha muerto?

— Toma, no que no.
— ¿Y mi querida hija?
— Aquí la llevo.
— ¿Cómo que llevarla? Es mi hija.
— Sí señor; pero yo me la llevo.
— Ella no le quiere á usted.
— No lo sé, pero yo me la llevo.
— Es usted un tunante, un galopin, un villano.
— Sí señor; pero yo me la llevo.
— Yo te maldigo ¡infame!

Aquí dió una carcajada Crespo que hizo erizar los cabellos del viejo, y partió con la calesa sin dar otra contestacion que ¡arre coronela! —

II.

Pasaron dias, pasaron meses, pasaron años sin tenerse noticia del paradero de Crespo y su querida. Don Agapito que merced á la buena asistencia y conocimientos de los facultativos habia curado de su locura, se entretenia por el dia en ir á caza ó á pescar al canal, y á eso del anochecer se metia en la parroquia á rogar por el alma de su mujer y sus hijas, víctimas las tres del insaciable tronera protagonista de esta fábula. Miéntras el viejo descansa un poco y contemplamos su aspecto sombrío, su gesto displicente, retratando al corazon que lucha con la cólera y el resentimiento; miéntras con paso trémulo concurre por la milésima vez á hincar la rodilla en el altar de su devocion, observemos no muy distante del templo una taberna graduada de botellería y con ribetes de fonda. Hay en Madrid muchas trampas de esta especie, merced á las preocupaciones aristocráticas de la sociedad. La sociedad no lleva á mal el que se beba vino, sino el que se pongan los piés en el umbral de una puerta, en cuya muestra diga: *Taberna* ó *Despacho de vino*. Así es que los taberneros que no han creido conveniente á sus intereses el desprenderse de la gente de levita, porque saben que entre la gente de levita hay tantos borrachos como entre la de chaqueta, han ideado un medio de hacer converger á os bebedores de todas clases y calibres, buscando para esta-

blecer su industria tiendas de dos puertas: en la una se ve el mostrador con dos jarras, una de vino tinto y otra de vino blanco, y los correspondientes vasos á las medidas de cuartillo y medio cuartillo que en el mostrador descansan boca abajo. Generalmente hay reloj de pared con la esfera estercolada por las moscas, y lo que no falta en abundancia son unos bancos de pino guarnecidos de grasa, comparables solo á las mesas de la misma habitacion. Encima de la puerta donde todo esto se encuentra, dice: *Taberna de vino*, como si fuera lícito decir: Taberna de chocolate! La puerta inmediata es un misto entre puerta y balcon. Parece balcon porque tiene persianas verdes, y parece puerta porque está en el piso bajo al nivel de las aceras. Encima de esta puerta-ventana se lee: *Cerveza*, y dentro hay tal vez todo cuanto se quiera ménos cerveza. Es el ambigú de la taberna donde los melindrosos aristócratas devoran chuletas de carnero, chorizos cocidos, sardinas con casaca y los sabrosos y grasientos callos que hacen á cualquiera chuparse los dedos, aunque no sea mas que porque no se peguen.

Tal es el sitio que ocupa Don Félix Crespo con otros varios amigos, en celebridad del último triunfo conseguido por aquel malvado. — »¿Oís?» — dijo á los demas llevando á la boca el vaso. No pudo apurarlo sin estremecerse, á la mitad del trago tuvo que descansar, se pasó la mano por la frente, tendió la vista á un entierro que cruzaba la calle y como animado de mayores fuerzas para el crímen apuró lo restante del vino esclamando: *á la salud de la difunta.* ¡Bravo! ¡bravo! gritaron los que le acompañaban, que eran dignos discípulos de Crespo en la carrera de la prostitucion, y orgulloso el maestro con el aplauso de aquella ebria sociedad, contóles la satisfaccion de su alma por la muerte de su última mujer, á pesar de lo repugnante que habia sido para él tan terrible asesinato. »Es la única mujer, dijo enterneciéndose, que he querido con frenesí. Por mucho tiempo ha ejercido sobre mí un poder ilimitado. Tan imposible me pareció ántes de conocerla hallar una persona capaz de enfrenar mi libertinaje, como despues de amarla romper las cadenas con que habia amarrado mis piernas, mis brazos y

mis pasiones. He tenido dias de cobarde letargo, en que á la manera de aquella serpiente que al sonido de un instrumento músico se deja matar, hubiera permitido al dulce alhago de su voz despedazar este corazon, que en el sepulcro han de respetar los gusanos. Pero se empeñó en que no habia de querer á nadie mas que á ella, y yo recobrando mis enervados brios la sentencié á no darme mas celos. Ya ven ustedes que lo he cumplido. Es la séptima de las que la iglesia permite.»

La séptima? dijeron los otros, pues es usted capaz de segar mas cabezas de mujeres que un gallego espigas.

En este instante pasaban de vuelta los sepultureros y demas que acompañaron al cadáver.

¿La habrán enterrado ya? No pueden haber concluido tan pronto, dijo uno.

— Vamos á verlo, respondió Crespo, y cinco minutos despues ya estaban escandalizando en la iglesia y fastidiando á los devotos que se marchaban á paso redoblado. Solo un viejo tuvo valor para permanecer allí, y por no ser interrumpido en las oraciones que al Todo-Poderoso dirigia, se zambulló en un confesonario. Los alborotadores lo observaron y con mucho silencio y disimulo le cerraron las portezuelas y ventanas, que clavaron para mayor seguridad. La gente despejó la iglesia, los calaveras tomaron el pendingue y el sacristan dió una vuelta á la llave y se fué dejando dentro una muerta guardada en una caja y un vivo sepultado en un confesonario.

El vivo era el buen Don Agapito y la muerta era su hija Eduvigis que ya es hora de que digamos su nombre.

Como las doce de la noche serian cuando un quejido lúgubre y penetrante, salido de hácia donde el cadáver estaba, vino á sacar al viejo de su éxtasis. Su acalorada imaginacion le dibujó mil visiones fantásticas en todos los ángulos del templo. Aplicó su pupila á la rejilla del confesonario y solo vió una lámpara moribunda al rededor de la cual revoloteaban las lechuzas sedientas del aceite que gota á gota habia sorbido la torcida. El aletazo de una de ellas dejó á

oscuras aquella mansion de horror, y segunda vez repitieron las bóvedas el triste eco de un gemido femenil.

El viejo, ántes cobarde y atolondrado, sacó fuerzas de flaqueza esta vez, rompió de un puñetazo la rejilla de su prision, y tentando aquí y tropezando allá, llegó á la mitad de la iglesia. Ya no habia luz en el templo ni luna en el horizonte, el tibio fulgor de las estrellas penetraba lánguidamente por las altas ventanas, esparciendo un crepúsculo vago é indefinible que apénas se diferenciaba de las tinieblas. Con tan escasa luz es imposible percibir un objeto apacible y sosegado; pero regularmente se nota el movimiento de los cuerpos. Don Agapito observó que el del ataúd levantaba la cabeza, y hubiera echado á correr si no temiera romperse las narices contra una tapia ó un facistol. Luego repuesto de su sobresalto se abalanzó al difunto queriendo sujetarle por las piernas; pero no bien tocó en las plantas de los piés, cuando la jóven amortajada dió un grito de rabia, y con un delirio inesplicable se precipitó en los brazos del viejo gritando: ¡Perdon! ¡perdon! ¡déjame vivir!!

Don Agapito se quedó atónito, la que él creia muerta estaba viva y su voz le habia herido en el alma: aquella voz le tenia confuso, necesitaba oir aquella voz y sin embargo desesperaba de volverla á oir, porque la jóven estaba otra vez cadavérica, y no podia conocer á quien tanto le interesaba porque la oscuridad no permitia divisar sus facciones.

Poco despues el padre y la hija se habian reconocido, y esta contaba con lengua balbuciente y apagada la despedazadora historia que el viejo interrumpia con lágrimas y besos. »Ha tenido esposa, decia ella, que no le ha vivido mas que veinte y cuatro horas. Escepto yo, todas han sido millonarias, y á estas fechas me atrevo á jurar que no tiene un cuarto, porque entre el vino, el juego y sus desenfrenados placeres es capaz de disipar mas de lo que puede adquirir.» Pensaba el viejo, como la mayor parte de la gente, que para matarlas las daria un veneno ó un pinchazo en sitio que no se pudiera descubrir; pero Eduvigis reveló el secreto que nadie conocia contando la muerte que Crespo quiso darla.

Dijo que despues de atarla los brazos y las piernas al catre, pretestando que era antojo, estuvo gran rato haciéndola cosquillas en las plantas de los piés que empezaban por rendirla y acababan por matarla. Sin duda asegurado de la infalibilidad del medio, habia Don Félix imaginado inevitable el fin, y esta seguridad le hizo no apretar tanto como tenia de costumbre. Por negocio de cuatro cosquillas ménos resucitó la presunta muerta, y fué por la corte divulgado el secreto de matar mujeres.

Avergonzado Crespo de sí mismo no podia presentarse delante de la gente porque sus remordimientos le tenian en constante zozobra. Todo lo interpretaba mal. En un semblante serio leia el rencor, el que pasaba distraido y no le saludaba, era que le hacia un desprecio, el que le saludaba afable le tenia miedo y el que se sonreia le hacia burla. Fatigado con esta inquietud solo anhelaba la muerte, pero no una muerte vulgar y cobarde. El suicidio estaba muy gastado y desacreditado; valia mas morir en un patíbulo. En el patíbulo perecian algunos hombres de bien, valia mas el suicidio. Uno ú otro habia de ser, y resuelto á ello empezó sus diligencias presentándose á la justicia. Los magistrados temblaban á la presencia de aquel monstruo, y en vez de prenderle le daban prudentísimos y loables consejos: ¿querrán ustedes creer que no hubo un solo juez que se atreviera con el convicto y confeso criminal? Si hubiera sido inocente y sin influjo de faldas ó pesetas, ya le ajustarian las cuentas.

Desesperó Don Félix de morir en garrote, cuyo espectáculo tanto le enamoraba por el carácter novelesco que él queria imprimirle. En primer lugar pensaba matar al cura que se quedara con él en la capilla; en segundo lugar trataba de hacer la tentativa de escaparse en el camino y presentarse luego, solo porque hubiera alguna corrida. Sentado en el tablado se le habria antojado regularmente almorzar bien para marchar con fuerzas al otro mundo, hubiera echado un trago de lo de Valdepeñas por dar un soplo si tenia espuma y decir como el otro: «fuera espuma que daña el hígado.» Y como esto no le fué posible, porque tuvo la desgracia de que ninguna autoridad atendiera á sus solicitudes para entregar

su cuello al verdugo, resolvió suicidarse; pero de modo que fuera imposible la salvacion.

¿Recordarán nuestros lectores aquel Don Matias el boticario de los encerrados de papel? Pues otra vez va á habérselas con Crespo el desventurado farmacéico. Uutna mañana que el buen hombre se afanaba en sus ungüentos y sus emplastos se presentó un hombre á quien no conocia con una receta, falsa tal vez, pero que por la identidad de la firma conocida le autorizaba para despachar un veneno. Don Matias observó al jóven los ojos espantados, el cabello descompuesto y mas convulso que agitado el pecho. No sabemos todavía si le inspiró horror ó compasion, despachóle despues de pensarlo bien y alargando el tósigo fatal murmuró entre dientes: »siempre es bueno obrar piadosamente.» ¡Adios señor Don Matias! dijo el tronera despidiéndose, y Don Matias arrepentido de su bondad al conocer la voz empezó á patear y tirarse de los pelos.

Paso á paso camino del canal se ve una pareja interesante que descansa de vez en cuando y aun así cree que Madrid y el canal han estrechado las distancias; tal será la conversacion, el cariño, los sueños de ventura ó los recuerdos de dolor que esciten aquella ansia de viaje.

A pesar de todo yo le idolatro, dijo á su padre la muchacha y los ojos de ambos se clavaron entre sí con espresion distinta. Hubiera Don Agapito acabado por prenderla si por demasiado próximos al puente que hay cerca de los molinos no se fijaran los caminantes en una escena trágica que borró todas sus impresiones pasadas.

Sobre la barandilla del puente estaba un hombre haciendo preparativos para el infierno. Primero le vieron beber un líquido de mal color que le hizo arrugar el gesto: luego se ató una soga al cuello con nudo corredizo y al otro estremo habia una piedra de dos arrobas cuyo peso le iba á poner la garganta como un fideo. Tenia en la mano una pistola cargada y estaba inclinado al rio para zambullirse en el agua en el momento de levantarse la tapa de los sesos. La muerte no podia estar mas bien desafiada. Si escapaba del veneno iba á morir del tiro, si este faltaba debia perecer

ahorcado, y últimamente de morir ahogado no podia librarse porque la profundidad era inmensa y Crespo nadaba como un manojo de martillos.

Cuando el padre y la hija oyeron el tiro y vieron caer al hombre rezaron por él un padre nuestro y se acercaron sin esperanza á socorrerle. Nada se divisaba en el agua enturbiada con el golpe del cuerpo, y solo en la superficie serpeaban las pompas y espumarajo que produce la respiracion del que se ahoga.

¡Válgame Dios qué trucha tan grande! dijo Don Agapito viendo una sombra en el agua: echó el anzuelo y tira que tira trajo el cuerpo exánime del desesperado mozo que dió en vomitar agua y saltó en tierra tan listo como ántes. ¡Es él! dijo la muchacha. ¡El es! repuso el padre. ¡Son ellos! contestó Don Félix, y arrodillándose les pidió perdon de sus pasadas locuras prometiendo enmendar sus errores. A sus juramentos y sus lágrimas ni el padre ni la hija pudieron resistir y los tres marcharon reunidos á casa donde vivieron muchos años en paz y en gracia de Dios. Por la noche se iban de tertulia á casa de Don Matias el boticario, agradecidos porque conociendo las intenciones de Crespo en vez de un veneno le dió otra bebida insignificante, y escepto lo del veneno y lo del anzuelo no pudieron saber mas acerca de la salvacion milagrosa del que tantos resortes tocó para abandonar la vida.

No se lo digan ustedes á nadie; pero yo que estaba detras de Crespo vi que al caer la llave de la pistola torció un poco el cañon y en vez de conducir la bala á los sesos, se deslizó por la superficie del pescuezo y rompió la soga que por estar atada á la piedra le hubiera hundido ó le hubiera ahorcado. —

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

IMPERFECCIONES DE LA NATURALEZA.

Al leer el epígrafe de este artículo confieso que habrá quien sospeche haberlo escrito su autor al salir del ambigú; pero en Dios y en mi ánima que no es así, y que estoy muy léjos de haber empinado el codo ántes de ponerme á escribir. En primer lugar, mis lectores saben ya que no soy aficionado á comer, y siendo esto así, mal podré haber perdido el juicio por una cosa tan bellaca como es tragar un poquillo, esponiéndome á la necesidad de beber despues, y consecutivamente á no saber lo que me hablo. En segundo lugar, eso del ambigú es para gente que tiene dinero, y si yo lo tuviera, no emborronaria papel á fin de escribir este artículo. Y en lugar tercero (que no siempre se ha de decir en tercer lugar), basta que yo les diga á ustedes que escribo en ayunas mi artículo, para que me crean de buena fe y para que no atribuyan al licor de la parra lo que á ustedes les pueda parecer á primera vista ménos conforme con mi formalidad y mesura ordinaria.

Digo y repito, pues, que la naturaleza es imperfecta, y que lo que dijo Don Alonso el Sabio del sistema solar de sus tiempos, á saber, que si él hubiera criado los cielos los hubiera dispuesto mejor de lo que estaban, segun Ptolomeo decia, eso mismo *mutatis mutandis* digo yo de todas y cada una de las partes de la naturaleza, y lo digo con formalidad. Pero para probar esta proposicion necesitaria yo millones de tomos, y ni creo que el lector tendria paciencia para leerlos, ni aun cuando tuviera yo la habilidad de escribirlos, deberia ir discurriendo por todas y cada una de las partes que constituyen este gran *todo*, para salir airoso de mi prueba. Bastará limitarme, pues, á un pequeño y estrecho círculo, pero que por estrecho que sea, no por eso dejará de ser el mundo en resúmen. El lector conocerá desde luego que el asunto que he tenido á bien elegir para el artículo presente es el *hombre* ni mas ni ménos, y como quiera que todos los filósofos hayan dicho de él que es un *mundo en pequeño*, no

podrán ustedes ménos de convenir en que las imperfecciones á él relativas son trascendentales al grande, con la sola diferencia de que si en el *mundito* de que hablamos aparecen los defectos en miniatura, las del *mundazo* de que no queremos hablar tienen que ser tan gordas como el puño y aun mas que el puño tal vez. Pero no crean ustedes ahora que para probar yo mi aserto voy á recurrir á tantos lugares comunes como se están esplotando continuamente por la turba moralista y filosófica. Léjos de ser así, las imperfecciones de que voy á hablar ninguno las ha notado hasta ahora, á lo ménos que yo sepa, y por otra parte seria muy mal mirado, ponerme yo á discurrir sériamente á la manera que lo hacen los susodichos filósofos, pudiendo yo sustituir mis barbaridades á las suyas con tanta ó mas razon que ellos, y con mas originalidad sobre todo, gracias, ya que no al genio (porque eso seria faltar á la modestia) al sublime talento que Dios me ha dado. Prescindiré, pues, de considerar al hombre bajo su aspecto moral, limitándome esclusivamente á la parte física, y sin citar para ejemplo de sus imperfecciones á ningun tullido, ni bizco, ni jorobado, ni cojo, sino al hombre que mas perfectamente formado se repute entre todos, un hombre como el Apolo de Belvedere, verbi gracia, un hombre si se quiere, como el mismo Adan en persona, ántes de morder la manzana. No me dirán ustedes que un tipo como ese les pueda parecer sospechoso, ó sea objeto de recusacion. *Milton* se deshace en elogios en presencia de tan bello ideal, *Milton* es sin embargo un niño de teta, y él sí que habia bebido cuando tales cosas decia. A haber tenido yo el cargo de formar al hombre, otra cosa saliera por Dios; pero para que ustedes puedan saber lo que hubiera salido, necesario será que entremos de lleno en nuestro asunto notando las faltas é imperfecciones de que hablo y que ustedes admirarán como otras tantas bellezas, ni mas ni ménos que el autor del *Paraíso perdido.*

Ante todas cosas yo hubiera formado al hombre con una costilla de mas, lo cual, sobre presentar mayor igualdad y equilibrio en uno y otro lado, me hubiera ahorrado el trabajo de formar la mujer con aquella malhadada costilla, y á la

consideracion de ustedes dejo cuanto hubiera ganado el hombre á poderse pasar sin mujer. Vean, pues, ustedes ahí una falta cometida por la naturaleza, á no ser que en materia de costillas crean ustedes que las *faltas* son *sobras*, en cuyo caso no tengo inconveniente en convidar á ustedes á comer un plato de chuletas á cualquiera hora del dia.

En segundo lugar, yo hubiera criado al hombre con dos puertas de ménos, con lo cual le hubiera evitado la golosina que le entró por la una, y no hubiera tenido tampoco ocasion de desmandarse por la otra, y si ustedes me arguyen ahora con que formado así el hombre no hubiera podido respirar, yo les respondré que ni todo lo que se respira merece salir de allá adentro, ni todas las funciones que con las tales puertas se hacen nos dan motivo para recordarlas de un modo satisfactorio. Ademas que para dotarle del don de la respiracion le hubiera puesto yo dos fuelles, uno debajo de cada sobaco, y era negocio concluido. De todas manerás, y prescindiendo enteramente de la cuestion posterior, la sola necesidad de comer es ya una imperfeccion tan grande, que casi todas las imperfecciones humanas dependen de ella, no siendo la menor la necesidad de escribir algunos artículos de vez en cuando para satisfacer esta maldita propension á comer, y así salen ellos.

En tercer lugar, yo hallo mal la nariz donde está, al ménos existiendo el hombre en los términos en que se halla formado. Yo se la hubiera puesto al lado de la otra puerta, y con eso cuidaria mejor del modo y oportunidad con que pone en juego el segundo de sus órganos respiratorios; y no que ahora comete setecientas barbaridades, porque como tiene la nariz tan léjos del mal que hace á las de los otros, lo que ménos tiene presente es la comodidad ajena, y todo por carecer de un indicador que regule sus tacañerías. Fuera, pues, la nariz de la cara, y encajarla en el polo antártico.

¿Y qué diremos de las pantorrillas? Que es la mayor atrocidad tenerlas en donde se ven, porque vamos á cuentas, señores: ¿hay golpe que duela mas que el que uno se da en la espinilla? Y todo por no tener la pantorrilla delante, en cuyo caso hallaria uno el consuelo de embotar el golpe en

aquella almohada, y esto no es indiferente por Dios. Los perros en cambio casi siempre acometen por detras, y vean ustedes una linda merienda para los muy atrevidos en las pobres y tristes pantorrillas. Encájome pues la espinilla detras, y que muerdan hueso y no carne. ¿Negarán ustedes ahora que la cosa se hizo al reves?

Tampoco me hallo bien con el pelo de que llevamos cubierta la cabeza, diga lo que quiera el autor que mas arriba nombré, sobre la cabellera de Adan. Yo hubiera formado esa cabeza tan lisa y pelada como un guijarro, y á buen seguro que entónces existiese un solo calvo en el mundo, ni se criasen en ella el *algo* y aun *algos* de que habla el señor Sancho Panza con aquella gracia y socarronería que ustedes tendrán bien presentes.

Pues ¿y qué diré de los dedos que la naturaleza nos puso en los piés, y que sin servir para maldita de Dios la cosa, lo único que producen es callos y otras pejigueras por el estilo? Pero ustedes dirán que quien los produce no es ella sino los malditos zapatos, á lo cual contestaré yo que estoy mal con las manos tambien: si la naturaleza no nos las hubiera dado, trabajo le mandaba yo al zapatero que quisiera calzarnos los piés. Mas ahora recuerdo que sin manos no me hubiera sido posible escribir el presente artículo, y esta es una razon mas que suficiente para hallarme contento con ellas. Eso sin embargo no me probará la utilidad de los dedos pedestres. La naturaleza podia habernos dotado de un casco, ni mas ni ménos que al rucio del que arriba menté poco há. De este modo hubiéramos tenido un calzado infinitamente mas barato que ahora y mas análogo sobre todo á la índole y circunstancias de nuestra especie, en su mayoría á lo ménos. ¡Harto mas protegida se hallaria entónces la industria, y no que ahora es una lástima el abatimiento en que yace la triste profesion de herrador!

Por lo que toca á las orejas, no las hallo mal donde están, pero las hubiera querido mas grandes, por una infinidad de razones: la primera, porque así las hubieran podido menear á toda su satisfaccion los que ahora las mueven á medias: lo segundo, porque siendo de cierto tamaño, los peores hom-

bres del mundo quedarian convertidos en ángeles de cabeza arriba, con solo cortarles el cuello: lo tercero, porque en caso de calor nos podrian servir de abanicos: y lo cuarto en fin, porquo así me parece á mí, y cada cual es dueño de tener las orejas que guste.

En cuanto á los dientes, claro está que hallándome mal con la boca, no deberé de estar muy satisfecho con ellos; pero ya que los habíamos de tener, fuese siquiera en el sitio donde coloco yo la nariz, y así cargaria él muy bellaco con esos dolores de muelas que nadie merece cual él. Con eso quedaban las nalgas convertidas en dos regulares mandíbulas, y nunca nos pareceria duro el asiento, aun cuando no tuviese mullido. A bien que la Diosa Cibeles tiene mas fortuna que yo: vayan ustedes al Prado, y allí la verán sentadita sin moverse de su carroza de mármol, gracias á su tafanario de piedra.

Los ojos me parecen mal donde están, á lo ménos el uno, y entiéndase que hablo de los de la cara. En lugar de tener los dos en la frente, ¿por qué no nos puso la naturaleza el uno de ellos en el tozuelo, y así hubiéramos visto á los que nos pegan por detras? Organizado así el hombre, hubiera podido dormir con el uno miéntras velaba con el otro, y vean ustedes cuanto hubiera ganado una policía secreta verbi gracia en tener esbirros así. Demas de eso, formado el hombre como yo digo, la mitad de los tuertos que ahora existen lo serian de la parte de adelante, y los otros de la parte de atras, lo cual hubiera sido la cosa mas divertida del mundo.

En cuanto á los codos me parece que deberian ser cuatro y no dos; quiero decir que cada brazo estaria mejor con un codo de mas, y á la parte opuesta del otro, y así podríamos doblar los brazos susodichos del modo que ahora lo hacemos, y en sentido opuesto tambien, lo cual no me negarán ustedes que seria una ventaja de mas, y ventaja inapreciable, para los torpes como yo, que á la menor indigestion que tienen se ven en la precision de llamar una vieja provista de su correspondiente jeringa, y todo por no tener uno la flexibilidad suficiente en los brazos para salir cada cual de su apuro sin ayuda de vecino.

Por otra razon semejante debieran ser cuatro tambien las rodillas. Personas conozco yo que no hacen otra cosa que tirar coces, y les vendria muy bien jugar las piernas hácia atras para sacudir el aire mejor.

Las manos no debieran ser calvas, sino peludas, y con eso ahorraríamos los guantes, comida demasiado cara para petimetres como yo, y sobre todo en Madrid. Verdad es que entónces seria moda raparlas, como es ahora llevarlas vestidas; pero moda por moda y exigencia social por exigencia, á mi rapamiento me atengo.

El guante de navaja costaria á lo sumo un real por mano, con escepcion de la gente plebeya que por cuatro cuartos podria afeitarse las dos, y aun por ménos si no se rapaba á dos aguas. Vayan ustedes ahora á comparar esa módica retribucion barberil con los diez y doce reales que nos cuestan los guantes, sirviendo solo para uno ó dos dias cuando del modo que digo bastaba afeitarse las manos de domingo á domingo, y andaba uno decente. ¿Y qué variedad no resultaria en las manos, á tener pelo como yo digo, y á exigir rapamientos la moda? Uno iria con la palma pelada y con el metacarpo vestido; otro pondria sus cinco sentidos en llevar rapados los dedos y cubierto de pelo lo demas; otro se raparia el pulgar y dejaria peludo el meñique; otro tendria la vanidad de nombrar dos barberos de cámera, el uno para la mano derecha y el otro para la zurda; y otro en fin podria salir á barbero por dedo, y aun á barbero por articulacion ó falange, ó como se deba decir.

En cuanto á los dedos de que hablo, hubiera hecho yo que cada uno de ellos tuviese por remate una campanilla ó cencerro ó cualquiera otra cosa que hiciese ruido, en cuyo caso no hubiera tenido inconveniente en dejar los ladrones con uñas.

Pero ahora que nombro las uñas, ¿sabrán ustedes decirme para qué diantre nos sirven los tobillos? Ustedes dirán que esta pregunta es una transicion espantosa, pues maldita la conexion que hay entre las uñas y los tobillos, á lo cual contestaré yo que en efecto dicen ustedes bien, pero tiendan ustedes la vista por mas de cuatro escritos de los que se

publican todos los dias, y si ustedes encuentran en ellos mas conexion que en el mio, contiento en que me arranquen ustedes los tobillos de que estaba hablando, y que nunca he podido saber para qué demonio son buenos.

Yo hubiera puesto la lengua en parte ménos húmeda que la que ocupa ahora, como dice muy bien Saavedra Fajardo, aunque á Hermosilla le parezca muy mal; y por lo que toca á la saliva, la hubiera hecho despedir por la oreja, para que así no me salpicasen algunos cuando me hablan. En este caso hubiera podido decir Arriaza hablando del jaque que llamaba al toro

Y escupiendo á traves por la orejiya,

lo cual no me negarán que seria infinitamente mas cuco que *escupir á traves* por el colmillo, como dice el susodicho señor y como puede hacerlo cualquiera.

Pero yo me estiendo demasiado: y para probar las imperfecciones de que adolece la naturaleza, basta y sobra con lo que llevo dicho. Ademas de eso me duele tambien la cabeza, y gracias á esa imperfeccion que se me olvidaba apuntar, me es imposible pasar adelante. ¡Qué no hubiera formado yo al hombre á lo ménos de cuello arriba! Diérale yo dos cabezas en vez de una, ó le hubiera dado una sola, pero amovible como la magistratura española, y con eso me quitaria ahora la que me está doliendo (la cabeza se entiende) para encasquetarme la de cualquiera otro exenta de tal pejiguera. ¿Qué ventajas no tendria uno entónces para lucirse como escritor? Y todo sin cansarse una pizca, porque con quitar la cabeza á Zorrilla, bastaba por ejemplo para sobresalir este humilde servidor de ustedes en el género lírico; y para lucirme como dramático pediria prestada la de Hartzenbusch, y para hacer un epígrama ó para escribir un artículo en el género *atroz*, arrancaba á Villergas la suya, y salia uno del paso. Verdad es que entónces podria dudarse si lo que yo escribia era mio ó ajeno; pero yo tambien dudo ahora si lo que otros escriben es suyo, y eso que no hay esa amovilidad de cabezas que yo quisiera en nosotros. Pero he dicho que me duele la mia, y habrán de disimular mis lectores si les he calentado la suya con tanta majadería y disparate. Yo que los reconozco como

el primero, no soy sin embargo el primer disparatador que entre nosotros se pone á escribir. Otro dia tal vez hablaré á ustedes mas despacio acerca del particular.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

UNA ONZA DE ORO.

En los tiempos que corremos el que tiene una onza de oro tiene diez y seis duros, que no es poco, ó trescientos veinte reales que parece mas y no lo es. A veces el que tiene una onza no tiene un cuarto, porque ó lo sabe un desollinador de cofres, vulgo ladron, y alivia el peso á su prójimo, porque tambien los ladrones tienen prójimos, ó lo averigua el gobierno y por si la industria y comercio de ajos ó cebollas ó versos, que usted ejerce produce tanto mas cuanto, se queda á buenas noches, por via de contribucion ó préstamo voluntario por fuerza, que son las únicas garantías estables consignadas en las constituciones modernas. Pero yo me rio de los gobiernos y de los ladrones en este particular. Tuviera yo muchas onzas de oro que poco cuidado me daria del mundo por mas enemigos del bolsillo ajeno que espiasen mis pasos.

El dinero es un antídoto universal que cura todos los males como Mr. Le Roi, y mejor. Y no se crea esto una observacion inútil por lo trillado, á pesar de cuanto dijo Quevedo y otros que no fueron Quevedos. El dinero ha sido en todos tiempos un caballero respetadísimo, porque ante su dignidad el mundo entero ha humillado la frente; pero el siglo diez y nueve, investigador á toda prueba, ha hecho descubrimientos importantes en la materia. El dinero en nuestros dias es la justicia, la religion dominante es el dinero, la moral el dinero, la política el dinero, y hasta el honor es un sinónimo de dinero. Antiguamente se revolucionaban los pueblos, en el dia se revoluciona el dinero. La aristocracia de la sangre, la del talento y otras aristocracias que caducaron, han dejado ancho campo donde enseñorearse pueda el

poderoso caballero Don Dinero. Para ser Senador es preciso tener cuarenta mil reales de renta, para escribir de política depositar cuarenta mil reales, para tener voto electoral pagar siete reales de habitacion y temblando estoy el dia en que hasta el santiguarse un católico entre en las contribuciones de cuota fija. No es nuestro objeto mezclarnos en la política; hemos citado estos ejemplos, no tanto por manifestar defectos en la Constitucion vigente, como para probar que en todo cuanto se elabora en el dia entra el metálico como ingrediente indispensable, como poderoso y general elemento.

Pero hay diferencia entre el dinero suelto y el dinero agarrado. No es lo mismo tener una onza, que tener diez y seis duros, y aunque parece que vale lo mismo porque segun los lógicos, *dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí,* y segun los matemáticos *él orden de factores no altera el producto*, y á pesar de que en caso de duda cualquiera preferiria los *muchos pocos* á los *pocos muchos*, á imitacion de aquel *Señor de mil pueblos* que renunció uno por ser *Señor de novecientos noventa y nueve*, que es ménos y abulta mas, y sin embargo estoy por la inversa y nada me importa no tener diez y seis duros con tal de tener una onza de oro.

En primer lugar una onza de oro como que solo es una onza, no pesa mas que una onza y se puede llevar sin incomodidad en el bolsillo. Lleve usted diez y seis duros y verá qué figura tan bonita presentá. Si se lo pone en el bolsillo del chaleco parecerá que tiene tetas postizas; si en el del pantalon, como estamos tan desmoralizados, se toma por cosa mala y si en los del frac no se puede andar porque los faldones juegan y las corbas pagan. Añadan ustedes á esto el inconveniente del peso y la posibilidad de que la tela se rompa y cada moneda se marche por su lado, de modo que cuando alcance una le hayan los transeuntes birlado las demas.

Otra ventaja está en el laconismo con que se puede espresar un ciudadano, como por ejemplo, cualquiera dice: apuesto una onza ó si me costara una onza, y nadie dice: apuesto diez y seis duros, ó haria una muerte si no me costara mas que diez y seis duros.

Otra ventaja es que para enseñar un hombre su dinero, puede sacar con cualquier pretesto una onza, pero seria una ridiculez para hacer alarde del dinero meter la mano en el bolsillo y sacar un puñado de duros. Luego, como el oro produce una sensacion tan viva y tan agradable, y como no se sabe si al que al descuido enseña una onza le quedan mas, es muy fácil pasar por rico y esta es una fortuna por no decir un mayorazgo positivo.

El que enseña una onza con el pretesto de no cambiar, tiene derecho para pedir prestado á todo el mundo. A uno le dice: ¿tienes una peseta que me hace falta? por no cambiar esta onza..; á otro: ¿me prestas un par de reales? Y como una peseta ó un par de reales entre caballeros es cosa en que no se repara, la onza de oro ha atraido con mágica virtud algunas cantidades que quedan á beneficio del último poseedor. Y como en una corte tiene uno tantos amigos y conocidos, resulta que puede una onza de oro redituar sin esposicion ni cargas de ninguna especie, tanto como una casa de cuatro pisos y doce balcones en la calle de Alcalá.

Hay mas; va usted con una onza de oro á comprar zapatos ó unos tirantes ó un pañuelo ó una corbata. Para eso no debe entrar en los grandes comercios donde tienen cambio no digo yo de una onza sino de mil. El especulador de la onza debe elegir las tiendas de mala muerte, donde no tengan para cambiar un Napoleon. Es claro que en cuanto vean echar una onza con arrogancia banqueril sobre el mostrador, tanto por ganar un parroquiano tan rico, como por no pasar la plaza de pobres, han de decir: «¡Ave María! ¡cambiar una onza por diez ó doce reales! Vaya, vaya, ya volverá usted por ahí.» El otro dice entre sí: «ya se ve que volveré... las espaldas» y contesta retirándose: «por aquí vendrá el lacayo con esos maravedises.» Pero la venida del lacayo tan esperada como la del Mesías obliga á cantar en la tienda:

El que espera desespera
y el que viene nunca llega:

ó acordándose de las coplas del Mambrú:

El lacayo no viene
no sé cuándo vendrá;
si vendrá por la Pascua
ó por la Trinidad.

Si es para los amores no hay atractivo como una onza de oro; aunque tenga un hombre ojos de pulga, juran las muchachas que le han visto ojos de buey, y sin mas garantías, ni mas recibo, ni mas fiador le entregan el corazon ó cosa que lo valga.

Pero donde se luce una onza de oro es en el café. Conozco yo un ciudadano, que es el que me ha dado materia para este artículo, que tiene tanto cariño á una onza, compañera de glorias y fatigas por espacio de diez años, que nunca se separa de ella por mas que lo amenaza todos los dias. En cuanto ve un corro de personas conocidas allá se encaja; trata de lo que tratan, come de lo que comen y bebe de lo que beben. Si pagan voluntariamente se aguanta como un zorro. Si no hay quien pague saca una onza y entónces no falta quien diga: no, no cambie usted, tengo yo suelto; y la onza vuelve á su sitio como la baqueta á la caja del fusil, como el pájaro á su nido, como cuerpo abandonado en el espacio que busca su centro. No para aquí la maña de mi amigo. Muchas veces encuentra á un camarada en la calle y le convida á almorzar ó á tomar café, por de contado con ánimo decidido de no pagar. Procura que el gasto no suba demasiado porque entónces faltaba el pretesto para dejar de cambiar la onza, y despues de engullir como una suegra, llama al mozo y le enseña su onza, y el compañero echa mano al bolsillo con la consabida fórmula de: no cambie usted, tengo suelto. Algunas veces insiste en pagar, hace que se incomoda; pero como el mozo alargue la mano pronto, retira la suya diciendo: bien, consiento en que hoy paguen ustedes, pero yo me vengaré. Y efectivamente se venga en hacerles pagar siempre que les convida ó le convidan.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

ORIGEN DEL CARNAVAL.

Repicando castañuelas,
redoblando el atabal
se nos viene con las risas
el travieso Carnaval.

Confesemos que es una singularísima cosa el Carnaval. No hay formalidad posible en cuanto él aparece. No hay gravedad que no vacile, ni prudencia que no titubee. Grandes y pequeños, hombres y mujeres, imbéciles y sabios, varones de reflexion y mozalvetes evaporados, todos se interesan con mas ó ménos ardor en su efímero tránsito; nadie se le muestra completamente abyecto. El Carnaval es un período de disipacion y de locura: atesora placeres para todas las edades, diversiones para todos los gustos, distracciones para todas las clases. Las máscaras, los bailes, los festines son los primeros elementos que satisfacen en estos dias toda suerte de exigencias.

La vida del hombre es un donoso mosaico, pero compuesto de piedras falsas: toda ella es una farsa ridícula que miéntras haya hombres seguirá representándose en este pícaro mundo. Ahí, sin ir mas léjos, tiene usted gentes que durante once meses y medio del año cifran toda su atencion y conato en parecer prudentes, discretos, reservados, sensatos y juiciosos en fin; que se martirizan acaso para ostentar un esterior que jamas pueda dejar concebir de ellos ni una idea de atolondramiento, de ligereza ó estravagancia. Cuando hablamos, cuando hablais vosotros mismos, lectores amados, sin que sea esto un agravio, cuando hablo yo.... cuando hablan todos, en una palabra, procuramos hacerlo con moderacion, con toda la reflexion posible para que no se nos tenga por tontos ó por escapados de alguna casa de Orates: pero héte aquí que llega el mes de febrero repartiendo á todo vicho viviente mascarillas y dominós y .... patatrás ¡Dios nos tenga de su santa mano! todos los andamios de las bellas apariencias esteriores de prudencia y circunspeccion se desploman.

Bien conozco que la gravedad de la vida reclama algun intermedio de desahogo. Es una necesidad confesada y atendida en todos tiempos y por todos los siglos. Un corto período de locura alarga la existencia del hombre: todos los pueblos han reconocido esta verdad. Los antiguos judíos tenian su *goral*, los persas y los babilonios sus *saceas*, los griegos sus *cronias*, los romanos, mas ardientes en todo, tenian no solo sus *saturnales* como los griegos, sino tambien sus *bacanales* y *lupercales*. Los judíos modernos tienen su *purim*, los musulmanes su *beyram*, los ingleses su *christmas* y los demas pueblos el *carnaval;* pero observad bien, mis amados lectores, que la esencia de todas estas fiestas antiguas y modernas ha sido siempre la mesa, el baile, las máscaras, las diversiones, la risa.

Celebrais el Carnaval en gracia de Dios; pero ¿sabeis bien lo que es el Carnaval? El Carnaval es una licencia para que toda persona decente pueda correr como un loco por esas calles de Dios con un rabo mas largo que el de Luzbel, y un pedazo de carton en la cara haciendo el oso delante de todo el mundo. Los primeros sacerdotes cristianos se desgañitaban declamando contra las bacanales; pero las locuras de aquella época habian echado demasiado hondas raíces en las costumbres para que las gentes renunciasen á ellas. Los catecúmenos no tenian inconveniente en someterse al bautismo y adoptar la nueva ley, con la condicion de que no se les privasen aquellas diversiones favoritas. El hombre era inseparable del neófita, y el neófita apasionado de aquellos placeres, á los cuales queria hacerle renunciar el bautismo. En esta lucha entre el ente positivo y el ente de razon, no siempre se llevaba el último la victoria. Se apetecia el bautismo sin renunciar á las máscaras. Tertuliano se queja de esto amargamente; pero hubo que ceder á la fuerza de la costumbre y transigir. Así es, que la institucion del ayuno preparatorio á la fiesta de la resurreccion, ó la pascua cristiana, imponiendo una dura penitencia de cuarenta dias de austeras privaciones, dió motivo á que ántes de entrar en esta rigorosa cuarentena, permitiese el cristianismo todas las locuras del Carnaval. Pero no solo eran permitidas en esta época Los

ministros de la religion eran los que mas se aprovechaban de semejante tolerancia para solazarse en cambio de sus privaciones, y llevaron el delirio hasta el estremo de disfrazarse en muchas circunstancias solemnes y hasta en las pompas fúnebres y entierros. Si no me creeis, consultar podeis los estatutos sinodales que Hincmar, arzobispo de Reims, dió en 853 á su iglesia. Este prelado prohibió á los religiosos de su diócesis el emborracharse (perdóneseme la espresion) la víspera del dia de los difuntos, de lo que puede lógicamente deducirse que aquellos santos varones tenian la costumbre de coger un lobo como un templo en aquel dia. Prohibióles, como digo, comer, beber, cantar y bailar la danza del oso. El Carnaval, jamas autorizado y siempre tolerado por la iglesia, se celebraba en las comunidades religiosas. Hace ya algunos siglos que el último domingo de Carnaval se celebraba en Roma una fiesta á la que asistia el papa á caballo, rodeado de todos los cardenales. Las gentes, á pié los pobres y los ricos á caballo (esta es costumbre de todas las épocas) iban en procesion al monte Testacio, donde se hacia un sacrificio solemne. Empezábase la funcion por inmolar un oso. Era el símbolo del diablo tentador de nuestra carne. Mataban en seguida unos becerrillos, que decian significaban el orgullo de nuestros placeres. Que el diablo fuese representado por un oso, fácilmente se concibe, su fealdad podia justificar la comparacion; pero que los inocentes becerritos fuesen el símbolo de la voluptuosidad y del orgullo, es difícil de concebir.

En el siglo XV tenian tambien los cardenales la costumbre de disfrazarse y pasearse por las calles de Roma en carrozas triunfales, con la cara tiznada, precedidos de trompetas y clarines: y como se disfrazaban en las iglesias, lo prohibió en 1456 el concilio de Soissons; y por último, el concilio de Toledo prohibió en 1565, que los eclesiásticos se disfrazasen; pero como los frailes de España han sido siempre alegres y aficionados á la zambra y gresca, fueron los únicos que continuaron en ciertas solemnidades, disfrazándose y bailando en el coro.

En algunos países se ven durante el moderno Carnaval,

particularmente en Italia, disfraces alegóricos que no dejan de tener mérito, ocurrencias felicísimas que divierten sin ofender á la sana moral; pero en esta bendita España, no obstante de que el Carnaval dura el año entero porque todo el mundo anda disfrazado, con máscara de hombres de bien los unos, de patriotas los otros, de liberales estos, de constitucionales aquellos, estando muy léjos de ser lo que aparentan; en España, digo, se reducen las felices ocurrencias de los aficionados, á hacer el oso por las calles, á vestirse de esteras y revolcarse por el lodo, á pasearse por el sol con paráguas rotos, á ponerse cucuruchos en la cabeza, á beber en un orinal (con perdon sea dicho) y decir cuatro picardías al lucero del alba.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EL AMIGO PEGOTE.

Así que por contrario de mas brio
tengo, querido Polo, al que me casa
que al que me saca al campo en desafío.

QUEVEDO.

Un amigo pegote es un verdadero enemigo; es el que arroja la piedra y levanta la mano con otra, y está continuamente hiriendo y preservando siempre del ataque por el velo con que encubre sus tiros. Los halagos de un amigo pegote son confites dados con trabuco que estarán todo lo dulce que se quiera, pero matan á corta distancia. No hay medio de deshacerse un hombre de enemigos así; porque no entienden las indirectas, y se hacen los desentendidos á los desdenes con tal serenidad de ánimo, que les autoriza para ejercer sus crímenes confiados en la impunidad. Al contrario sucede con el enemigo que no se disfraza, porque se le ve venir y se pone uno en guardia hasta llegar una vez á las manos; lo cual da á unos y otros carta de seguridad para en adelante.

Tengo yo un amigo de la especie de los enemigos disfrazados, cuya carga no me es ya posible soportar sin que me

ocurra medio de libertarme de ella; porque todos los he tentado infructuosamente. Ni las indirectas del padre Cobos, ni los insultos mas marcados bastan á librarme de su sombra que me persigue sin cesar, interpretando todas mis pullas y claridades como chanzonetas hijas del buen humor. Si alguna vez le avergüenzo delante de gente, todos nos ponemos colorados ménos él, y cuando esperan los demas que tome el sombrero y se vaya, salta muy serio: ¡Qué aprensiones tiene este demonio! ¿Ven ustedes eso que está diciendo? Pues es hombre que no se halla sin mí. — Y esta es una verdad como un templo, porque le encuentro en todas partes. Esto me da tanta ira que hasta de replicarle se me quita la voluntad, y entónces él engreido con mi silencio dice: ¿Ven ustedes? él que calla otorga. ¡Anda camastron! si no fuera por mí, ¿cómo te verias tú? — Y ¿qué quieren ustedes que se haga con un hombre así? No hay mas que dos caminos: ó dejarle ó matarle. Si le dejo me está dando cordel para ahorcarme el dia ménos pensado, y si le mato me ahorcan de fijo. Aquí viene de molde el cantar:

Si me miras me matas
y si no tambien;
de todos modos muero
con que . . . . . mírame.

Cuando vine yo á Madrid que no tenia ciertamente á donde volver los ojos para ganar una peseta, me veia lo que se llama entre espada y la pared. Andaba huyendo de todo el mundo por no verme en la afrenta de recibir obsequios sin poder corresponder á ellos. Dormia de dia y me levantaba al anochecer como murciélago, con mas vista que un lince, mas oido que los gatos, y mas coraje que los gorriones. Salia á dar un vistazo por esas calles para consuelo de tripas sin atreverme á concurrir á tertulia alguna. Los cafés eran sitios verdaderos para mí por dos razones; la primera por no verme en el compromiso de tener que convidar á alguna persona, y la segunda por si los mozos me equivocaban con otro que se hubiera ido sin pagar, y me daban una manta de las que no se hacen en Palencia. Aun en la calle peligraba mi seguridad personal, y eso que todavía no soñaba en escribir

el *Baile de Piñata*, y andaba con tanta cautela como reo de lesa majestad en un gobierno absoluto. Hasta los dedos se me hacian huéspedes; cuando de léjos veia uno que me parecia haberle visto en otra ocasion, me pasaba á la otra acera diciendo para mí: vaya con Dios, le desprecio. Al pasar por las tiendas, como siempre están iluminadas, bajaba la cabeza y levantaba el embozo de la capa hasta las cejas, mostrando que era frio lo que en realidad era miedo. Así pasé algunos meses como quien dice comiendo el negro pan de la emigracion, ó si les parece á ustedes, prisionero en mi propia casa, incomunicado para la sociedad, sin mas distraccion que los grillos que el hijo de mi patrona cogia en el campo, porque era en el mes de mayo, de suerte que ni el requisito de los grillos faltaba para ser un verdadero preso. Dos meses hacia una vez que no podia pagar á la patrona ni tenia esperanzas de adquirir dinero por ningun lado. Gracias que la infeliz era prudente y conociendo mi posicion la respetaba en medio de sus apuros; pero llegó un dia en que ya no pudo mas, y me suplicó la proporcionara algo aunque no fuera todo. Yo porque no dijera, tomé la capa y salí á ver si encontraba alguna cosa; pero ¿qué habia de encontrar si nada se me habia perdido? Por otra parte ¿á quién pedia yo prestado si todos mis amigos estaban tan tronados como yo? Salí sin embargo á hacer que hacemos, sin saber si tirar por la calle de la Paciencia ó por la Costanilla de los Desamparados; todos los caminos me eran iguales. Por fin me interné en el barrio de Buena-dicha, siendo yo el rigor de lo contrario, y no tuve tiempo para meditar en la crísis del momento, cuando vi un hombre que venia hácia mí con los brazos abiertos. ¡Gracias á Dios! dije yo, que sin duda encontré la buena dicha; pero cual fué mi tristeza cuando me encontré con un amigo de la niñez que me dijo: ¡Cuánto me alegro de ver á usted! porque acabo de llegar y no tengo casa conocida, y por un olvido involuntario me he venido sin dinero. Yo no sabia cómo evadirme del compromiso; porque de buenas á primeras decirle: duerma usted en la calle, era una atrocidad, y calculando que ofreciéndole mis servicios con frialdad no

aceptaria nada, le hice los cumplimientos de costumbre: Amigo, yo de poco puedo servir, no obstante en la calle de tal, número tantos tiene usted su casa.

— Con mucho gusto iré á hacerle compañía todo el tiempo que esté en Madrid; tengo amigos que me recibirian con los brazos abiertos, pero ántes quiero cumplir con usted que con nadie.

— Conmigo tiene usted cumplido; ademas yo no le podré ofrecer grandes cosas.

— No importa; si no hay mas que sopas, sopas comeremos.

Un sudor se me iba y otro se me venia: estaba resuelto á trocar las señas si volvia á preguntarme; pero el maldito no necesitó de esto que me dió la mano, y por cierto que me apretó la mia en tales términos que me la dejó entumida. Iba yo á decir abur y tuve que decir ¡ay! Me plantó en seguida un abrazo de aquellos que le dejan á uno sin respiracion por cinco minutos, y se despidió diciendo: ¿Con que calle de tal, número tantos?.... Hasta luego.

Cuando volví á casa ya estaba mi patrona mas consolada; pues habia hallado quien la prestara doscientos reales. No me determinaba yo á manifestarla el resultado de mi espedicion ni mucho ménos el desdichado hallazgo del barrio de Buena-dicha; pero el amigo me ahorró este trabajo dando un fuerte campanillazo y tomando despues posesion de la casa diciendo: amigo, dispense usted si me he detenido un poco mas; le habré hecho esperar demasiado. Tuve que perder la vergüenza y decir á la patrona el compromiso con aquel hombre y ella la pobre era de tan buena pasta que dijo: ¿Cómo ha de ser? Comerá lo que haya. Sacó un colchon y le tendió en el suelo para mí, dejando al otro por amo de la alcoba.

Pero el buen amigo era tan delicado que nada le venia bien: el dia siguiente se quejó de que la cama estaba dura, y la patrona que era una pobre vieja se resolvió á ponerle mi colchon diciéndome: no tengo mas que el otro donde yo duermo ¿cómo ha de ser? tendrá usted que dormir con-

migo. Y yo respondí ¿cómo ha de ser? tendré que dormir con usted.

En la comida todo se lo volvia hacer gestos y esparavanes; ya porque la comida estaba sosa, ya porque estaba salada y prorumpiendo en desvergüenzas á lo mejor concluia: yo no sé por qué sufre usted ese trato. Estas mujeres son unas puercas que no saben su mano derecha para nada... Yo estaba en brasas. Aseguro por quien soy que me iba cargando el huésped y tentaciones me daban de romper para siempre; pero esto era bochornoso para mí y le dejé que hiciera lo que le diera la gana, consolándome con la idea de que pronto arreglaria sus negocios y me dejaria en paz.

Un dia se levantó de buen talante despues de leer en la cama el correo (cuyo porte pagaba la patrona). Te voy á dar una buena noticia, me dijo: has de saber que mañana tendrás en tu casa á mi mujer, con el niño menor, la niñera y dos hermanos mios. Me apresuro á darte la nueva porque conozco tu genio y sé que te alegrarás. — Como si me rallaran las tripas, dije yo para mí, y él prosiguió haciéndome la descripcion de lo guapota que estaba toda su familia. Ya se ve, decia, si comen por los codos...

Lo que pasó de allí en adelante daria materia para muchos tomos. Considere el lector mis apuros y los de la patrona, buscando camas y que comer para toda aquella gente. Considere que así estuvimos cerca de seis meses, y dígame si me desempeñaré yo miéntras viva de las deudas contraidas entónces, y si merezco condenarme aunque muera en pecado mortal.

Salia yo una mañana de casa á tiempo que llegaba un hombre preguntando por mi amigo. Entró aquel hombre, y yo, anhelando saber algo que me librara de aquella plaga que habia invadido mi casa con tanta desfachatez, me paré á la puerta y escuché este diálogo:

— Vengo á que me pague usted lo que me debe.

— Hombre, me encuentro sin un cuarto.

— Es que si no, vendrá un alguacil y se llevará lo primero que encuentre.

— ¿Por qué lo ha de llevar, si yo ofrezco pagar cuando pueda? No faltaba mas que me dejase usted sin sillas y sin mesas y sin todo lo que hay en casa que es mio y á nadie le debe nada.

— Pues, señor, desde aquí voy á casa del juez.

— Hombre, aguarde usted unos dias. En cuanto venga mi criado, que es ese que salia cuando entraba usted, escribiré á mi mayordomo y....

No le dejé acabar la frase, entré como un desesperado diciendo: ¿Quién es su criado de usted? Ya pueden ustedes todos tomar la puerta ó les echo por el balcon. Y efectivamente desocuparon la casa pidiéndome mil perdones. El amigo al salir de casa me dijo: espero que este lance no entibiará nuestra amistad y me dió un apreton de mano tan atroz que todavía me resiento cuando tomo la pluma para escribir estos artículos.

A pesar del modo violento con que arrojé al amigo de mi, casa, por aquello de que cuando uno no quiere no riñen dos, no puedo una hora verme libre de su sombra. A las horas de comer le tengo á la mesa; cuando voy al café me le encuentro allí dispuesto á tomar un sorbete despues de quebrantarme la mano, y si huyo del café de costumbre y me meto en otro, parece que el maldito me busca por el olfato como perro perdiguero; no bien me he sentado cuando siento darme la palmadita en las espaldas diciendo: vengan esos cinco .... Escribo este artículo con el objeto de leérsele siempre que me visite; pero ni por esas, estoy convencido que no se dará por aludido y será capaz al verse retratado de esclamar dando una carcajada: ¿Será posible que haya hombres de tan poca vergüenza?

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

CADA UNO EN SU CASA Y DIOS EN LA DE TODOS.

«¡Pues estando Dios en todas partes, decia el confesor al penitente chicuelo, estará tambien en la cueva de tu casa!» — «No, padre.» — «¡Ergo pillete!» — «No pillete que en mi casa no hay cueva.» — Pero nosotros tenemos cueva sin casa ó mejor dicho, carecemos de ambas cosas á la vez, porque somos casi usufructuarios de un aposento á piso bajo, en calle estrecha, con mas un gigante de la arquitectura moderna enfrente, cuya funesta pantalla nos haria cegar ántes de tiempo, en el caso imposible, de que un edificio á la órden del dia, durase mas que nuestra vista, y en la actualidad es harto corta por desgracia. En cambio de esto jamas hemos dudado de la bondad divina, y con una verdadera fe á ciegas creemos que Dios se digna observarnos en nuestro humilde gabinete, desde cuyo sitio esperamos su ayuda para que corra con facilidad la pluma que con arreglo á lo prevenido en las escuelas de prima, se halla entre los dedos de la mano derecha. Y sépase aquí, como cosa de gran interes, que nuestras plumadas podrán ser malas, aunque seria de desear que fuesen buenas, pero proceden por línea recta del ala izquierda de un ganso, y esto cuando ménos no es moco de pavo. Ultimamente encomendemos á Dios la pluma y ya puede dictarnos el diablo mismo, que el triunfo no es dudoso.

Empiezo pues mandando (circunstancia precisa para que no me obedezcan) que no entre nadie en mi cuarto. La consigna no puede ser mas fácil, ni el santo y seña ménos susceptible de equivocacion: «Está? — No, señor.» Esta respuesta sobre llevar consigo todas las virtudes de obediencia y respeto necesarias, es algo mas breve que la oficiosa pregunta de: «Si yo supiera quién es usted — pero ya se ve, luego!...» — No tengas cuidado, dice el tarambana (porque en estos casos todos la dan de calaveras) y suele ser mi amigo F... que añade: «Para mí no se niega nunca; lo mismo hago yo con él.» (Hay que advertir que en las pocas veces

que he ido á su casa nunca estaba en ella). — «En ese caso, contesta el fámulo, pase usted adelante.» Y miéntras llevo diez minutos escasos de soledad y me felicito por los grandiosos resultados de mi negativa, oigo ruido en el pasillo que conduce á mi habitacion; tararean un aria intarareable, y el redoblante de la orquesta son los tacones de unas botas, duros por mas señas, mal que le pese á mi casero y al pavimento de su finca. La primer idea que me ocurre es encastillarme en la última línea de mi indefenso gabinete y la segunda ponerme en pié para dar una vuelta á la llave; pero la tercera parte de mi plan, ó la primera de otro, estaba á cargo de mi amigo que se adelanta á mis intenciones alzando el picaporte, y diciéndome por todo saludo: «¡Qué bárbaro!» Algo me asusta el apóstrofe pero no tanto que me impida protestar el endoso sin descuento y acto continuo le replico: «Qué bruto!»

Parodiamos despues, como complemento del saludo, las chanzas de los aguadores y mozos de esquina terminando los ejercicios gimnásticos por quitarse mi amigo la levita para que le cosan un rasgon que se hizo en la espalda (de la levita) al dar en tierra con mi tintero, mis libros y varias otras cosas, que cuando cayó el velador, no tuvieron un San Vicente que las dejase en el aire como al albañil de la historia. Acércase al espejo en mangas de camisa y le da por reir á carcajadas; yo me rio tambien porque me figuro que habrá motivo para ello. Una de las cosas que no creeré jamas es que haya quien tomando la risa por una ocupacion como otra cualquiera, mate el tiempo riendo. Desgraciadamente los muebles de mi cuarto no vuelven á su estado primitivo aun despues de restablecida la calma; y tengo esto por una desgracia, no porque yo sienta que mi escribanía no sea de plata sino porque quisiera que el vidrio no fuese tan frágil. Y ya que esto fuese inevitable seria muy útil que la tinta conservase su forma sólida, cuando se rompen las paredes del frasco en que se encierra; pero estas reformas caligráficas son para mas despacio, y casi es mejor habilitar un bote de pomada para que sirva interinamente la plaza del difunto (Q. E. P. D.) tintero de cristal.

Cesan las risotadas de mi amigo al ver en pié mi velador y que me dispongo á escribir. Suplícole silencio, y me le otorga; pero coge una pluma, y si estuvo feliz como mozo de cordel, no lo está ménos como criado de servicio ocioso, poniendo su nombre en cuantos papeles tienen la fatalidad de estar en mi mesa, y la desgracia de caer en sus manos. «Lástima, le digo, que no te llames Juan Perez, ó Manolo Fernandez, y fueses poniendo tu nombre con carbon en todas las calles de Madrid.» Y aquí lamentamos otra vez la poca estabilidad de los edificios modernos, que destruye este medio de pasar á la posteridad.

Concluye aquello por persuadirme yo de que es mucho mejor sacrificar la parte por el todo, y aunque los cascos del tintero y los papeles emborronados me denuncian como inmolada una parte de mi ajuar, conozco que es indispensable sacrificar otra por lo ménos, y despues de un detenido exámen, resuelvo en auto definitivo ofrecer mi persona á la disposicion de mi amigo; para lo cual escondo el cuello y parte de la jeta en una chalina, cubro la camisa con las solapas del gaban y ea «marchemos» digo. — *Allons,* responde el camarada, y *sans complimens* añade en tono de burla porque salgo el primero de la habitacion. Apénas ganamos la calle, me pregunta — ¿qué hacemos? — No sé, respondo, estoy á tus órdenes, desde que te empeñaste en no dejarme escribir ... creo que para ello tendrias tu plan. — No habia resuelto nada, pero improvisaremos algo en que pasar la mañana, iremos de visitas. — ¿De visita, á las doce, y con esta facha que yo llevo? — Igual á la mia en un todo. — Buen consuelo. — No te apures, hombre, serán visitas de *neglissé.* — Sea lo que quieras, le dije, y en el idioma que te dé la gana. Y á estas palabras siguió nuestra llegada á casa de las señoras de M... que por desgracia suya y fortuna de mis piés era la mas próxima; pero los criados de esta casa eran incorruptibles, y la consigna inviolable. Por mas protestas y hasta súplicas que empleámos, no conseguímos nada; ellos se quedaron diciendo: «No reciben» y nosotros nos fuimos con la incomodidad á otra parte.

Y en tal parte nos recibieron con mal gesto, gracias á que

cruzaba una de las señoras por la antesala, y aunque ella fiada en sus talones no se daba por sorprendida, nosotros la sorprendimos saludándola. Hízonos pasar á la sala, pretestando no estar vestida; pero para decirlo ocultó la cara en el pañuelo, y esto nos dió á entender que estaba tambien sin adobar. Hora y media tardó en salir, y no fué mucho porque los cosméticos se dan muy pronto, pero se secan muy tarde; y aunque nosotros (así se evitan interpretaciones maliciosas) no habíamos de estar tan á boca de abrazo que nos manchase el barniz, sin embargo no conviene secar esas pinturas al aire libre porque se hacen grietas, y el cútis sufre luego con la restauracion. A mí se me hizo breve la ausencia de nuestra jóven, porque mi amigo Joaquin (hora es ya que sepan ustedes su nombre) toca muy bien el piano, y á mí me gustan mucho los walses de *Strauss*. Allí nos comprometieron para un concierto por la noche y nos exigieron palabra de ir al Prado. Joaquin creyó hallar la piedra filosofal en lo mismo que yo veia un prolongado tormento; él no sabia en qué pasar la mañana y encontró distraccion para todo el dia.

Las dos ménos cuarto serian cuando dejámos aquella casa, y aun no habian pasado quince minutos, cuando llamámos á otra, algo recelosos de encontrar en la cama á sus dueños; pero nos sucedió tan al contrario que á tardar cinco minutos mas en llegar, los hallámos durmiendo la siesta. (Tal es la revolucion que han sufrido nuestras costumbres, hasta en la parte gastronómica, que nos causa estrañeza la familia que fiel á sus banderas tiene el laudable patriotismo de comer á las dos y cenar á las diez.) Apénas conocimos nuestro error quisimos botarnos á la calle, pero la campanilla nos obedeció demasiado pronto, y un sacudimiento metálico habia conmovido á la pacífica familia, en el momento crítico tal vez de estar humeando el puritano batallon de los veteranos garbanzos. Aquella pobre gente no tenia la franqueza necesaria para decir «no recibo» ni era bastante despreocupada para mover las mandíbulas en nuestra presencia. Hiciéronnos pasar á la sala y unos tras de otros, por disimular, fueron saliendo todos, esforzándose en repetir que no estaban comiendo, sin observar la servilleta prendida al ojal, que por distraccion

sacaba uno de ellos. Varias veces quisimos despedirnos y no nos dejaron, con cuya imprudencia dieron lugar á que uno de los niños dijese á su padre: «¿No es verdad, papá, que no acabamos de comer hasta que se marchen estos señores?» Figúrense los que alcancen á comprender todo lo terrible de esta situacion, cuál se pondria la madre, y paren un poco la atencion en imaginar los diferentes colores que tomarian las mejillas de las hijas jóvenes, que veian todo su prestigio por tierra, con aquella inocentada. Porque ya sabrán mis lectores que la hora de comer es una de las principales pruebas aristocráticas que exige nuestra moderna sociedad.

¡Miseria de mundo!... (esclamo aunque naufrague el estilo festivo en esta esclamacion) miseria de mundo, que se han de apreciar las personas segun las horas que tengan de aplacar el hambre, y ha de valer mas el que come á las seis, importando para ello una costumbre estranjera, que el castellano legítimo que fiel á los usos de sus mayores engulle el célebre cocido á las dos en punto de la tarde! De aquí nace esa turba de necios y necias que bajan al Prado á las tres, oliendo á garbanzos, contra los esfuerzos del *Pachuli*, y dicen que comen á las seis, apellidando plebe á los que encuentran de retorno para sus casas. Pero aplicando este principio con todo el rigor de la ley, nadie mas aristócrata que el infeliz cesante ó la pobre viuda que adquiriendo una peseta á las doce, pone la comida á la una, y cubre la mesa á las ocho de la noche!

Ultimamente conozco que á llamarme Dios por un camino, no es ciertamente por el filosófico, y dejo para otra clase de gente la sesuda tarea de regenerar sociedades; porque á mí me ocurre ahora imitar á cierto estudiante que comiendo á rancho con otro camarada, vió un hermosísimo trozo de carne en el polo ártico del plato, que era el de su compañero, y queriéndole trocar por una gran patata que habia en el antártico, hácia el cual estaba su persona, empezó á probar sus conocimientos geográficos diciendo que el mundo era una bola, y que daba vueltas y vueltas. Y á todo esto hacia girar la fuente hasta que logró cambiar los polos con sus respectivas tajadas. Pero el otro conocia bien la estrategía

y replicó: «Sí, todo eso es muy ci
conforme estaba.»

Esto quiere decir que yo me sc
la prueba de aquel dia era la únic
ner en planta una resolucion, que
al juicio de nadie, he resuelto imp
guisa de circular pienso repartir á
si acaso hubiese alguno, que por
ó por otras causas independientes
cibiese, he determinado reproducirl

Señor Fulano de tal.

De hoy en adelante, usted en
Dios en la de todos, hasta el val

ABUSOS DE LA

Hacia el comedio de la cara, u
bigotes; entre carrillo y carrillo, y
vamos de oreja á oreja, plantó la
protuberancia algo visible en los
table en los que desearian serlo.
cerró el órgano incomprensible del
zada del estómago y allí lo puso
testimonio de la bondad de las taj
ó negar la entrada segun traiga ó

netra el volador insecto que pretendiera acaso h
en aquellos cóncavos oscuros.

Si no miente mi fisiológica erudicion, creo
funciones y á la de prestar algun adorno al rost
tada la condicion material y social del bulto ref
vulgo conoce por el nombre pedestre de nariz,
sotros, la gente de letras, solemos aplicar la
minacion en plural, sea en el sentido recto,
figurado.

Como el oficio principal de este órgano visi
invisiblemente, por residir su busílis en la parte
se ofrece obstáculo alguno para que su forma
al infinito, segun la habilidad ó el capricho de
madre, ó segun las caidas ó capirotazos que ca
vaya recogiendo por esos mundos de Dios, que
á poco que se descuide. Por lo tanto, sin qu
resienta el órgano consabido, ni sufra demasiado,
hablando, la armonía de las facciones humanas,
á cada paso narices chatas como altramuces,
epígrama de hambriento, remangadas como hábit
de frailes (cuando los habia, se entiende, y ten
cocina y qué cocinar), mangas como San Basili
seis-avo como novela traducida, blancas como
radas como el pendon de Castilla, y hasta pias
de niño mimado. Otros articulistas de narices,
huella de nuestro inmortal Quevedo, han dicho ya
en prosa y verso acerca de estos varios acciden

que la torpeza, la depravada intencion y hasta el egoismo están produciendo todos los dias. Y para que el lector poco avisado no se esté dando de calabazadas en valde, pondré algun ejemplo de estos tales abusos transitivos.

Abusa de mas de cuatro narices, hiriéndolas mas ó ménos mortalmente, la débil viejezuela que armada de un paráguas de cinco leguas de diámetro cuyos bordes y puntas andan constantemente al exacto nivel de las narices propias de las personas ni altas ni bajas, que son las mas, sin reparar los destrozos que va causando, sigue impávida su línea recta con una tenacidad que de heróica pudiera calificarse. Verdad es que no hay vieja que no se crea dueña de la acera y de la calle, y que no desprecie á los que pasan, á los que pasaron, á los que pasarán y á los que pueden pasar.

Abusa de ocho ú diez mil narices, segun sea la concurrencia en el paseo, la elegante damisela que, por modo ó por necesidad de tapar algun hedor indomable que trasuda ó le mana de algun lado, se carga la ropa ó el pelo ó el pañuelo de esta maldecida confeccion moderna, llamada miel de Inglaterra, y que es pura y simplemente una variedad de la especie almizcle, que, segun Hoffmann, hace huir al mismo diablo.

Abusan los taberneros que frien en detestable aceite á la puerta de sus establecimientos, los carpinteros que calientan la cola en medio del arroyo, las castañeras, los molenderos de chocolate, los que encienden el fósforo pestilencial para quemar el hediondo cigarro de á seis maravedís, las pollerías, de las cuales procede, sobre todo en tiempo de calor, la nauseabunda emanacion de los corrompidos despojos; pero abusan tantos otros y tantos, que fuera no acabar el sacarles á todos á la colada.

Porque al enristrar la péñola, oh lector condescendiente, ha sido mi esclusiva intencion tratar de aquellos abusos que llamaré *reflexivos* por recaer la accion sobre el individuo que la ejerce, así como llamé *transitivos* á los que pasan desde el abusador al abusado; logrando de este modo suministrarte como de paso una tinturilla modesta de mis profundos conocimientos en gramática.

Hay hombres que se dan tono á costa de sus narices; es decir, hombres que no tienen otro medio de hacer papel sino el de atormentarse la trompa. Verbi gracia: llega de las Filipinas en ciento treinta y siete dias de navigacion la fragata *Sirena:* á los veinte y cinco, cuando mas, veréis á Don Onofre que era un buen mozo hace diez y siete años y literato hace nueve, sonarse los mocos quinientas veces en las doce horas útiles, si ántes de la llegada de la fragata se los sonaba solo diez ó doce, como se suena el vulgo. Y ¿por qué así? Porque el tal Don Onofre ya no es ni buen mozo, ni literato, y necesita ser algo para papelonear, y ahora (¡oh flaqueza y deleznabilidad de las glorias humanas!) se contenta con ser el primerito que usa los pañuelos chinos que acaba de traer de Manila la fragata *Sirena.*

Pues, ya que la palabra *literato* acabo de estampar ¿qué podré decir que él mismo no diga, de aquel público escritor, que asiendo la pluma con la derecha y colocando la nariz entre el índice y el pulgar de la izquierda, no pone una frase en el papel sin el sendo tiron de narices, que parece que se las vaya afilando para ordeñar mas fáciles las ideas de su desvirtuado cacúmen, y está sin cesar, tira que tira y soba que soba, hasta que dan fin ó la tarea ó el papel ó lo que es mas frecuente las ideas?

Por no remover los estómagos susceptibles, pasaré por alto á aquellos individuos, víctimas infelices de su pasion á la estatuaria, que dia y noche sin sosiego ni descanso, se barrenan las narices para obtener ciertos productos medio secos, á que dan luego varias y caprichosas formas con los dedos, arrobándose y estasiándose en esta maldecida operacion, cual pudieran al escuchar las melancólicas armonías de Mozart, ó los desgarradores ayes de Desdémona y de Norma.

Citaria tambien, y no lo haré por no ser pesado, á los que dejando cuatro sentidos cesantes, tienen concentradas todas las sensaciones en el del olfato, y huelen la camisa que se van á poner y la silla en que se sientan, y el paño que compran para una capa, y el aire para saber si llueve, y la llave de la puerta para conocer si vino alguien, y nunca hablan sino del hedor de los pasillos del teatro y del aroma que sale

de casa Fortis, y del que exhalan las rejas de las hondas cocinas de las casas de mi flor. Estos hombres narices son mas numerosos de lo que tú crees, lector benévolo, y á poco que observes, ahí te los encontrarás como llovidos.

Concluiré mi desapacible artículo volviendo la atencion á esa mayoría inmensa de gente tabacosa, que otro Dios no conoce, ni otro afan, ni otra delectacion que el incomprensible frenesí de meterse á cada triquitraque en ambas las ventanas aquellos átomos negros, comprados á buen precio, que si en el principio de su uso pudieron cosquillear agradablemente el olfatorio sentido, no sirven, al cabo de algun tiempo, mas que para atiborrar el conducto de la respiracion, producir un delicioso gangueo artificial, dar al público el espectáculo risible de una gota de color de ámbar en la punta de la nariz suspendida, y que al cabo cae en la pechera ó en el plato, que es peor; ó el otro espectáculo aflictivo de un pañuelo oscuro (claro daria márgen á correr), en cuyos senos confusos... tranquilizáos, lectores, no digo mas.

Compadezcamos á esos infelices que no pueden pasar agradablemente sus horas sin el auxilio de su nariz, que en la nariz ponen la vida y abusan de ella en todo momento sin acordarse siquiera de que no poseen mas de una, por mas que algunos vanidosos repitan sin hallar contradiccion: ¡oh! ¡tengo yo muchas narices!

JULIAN MANZANO.

LA NOCHE DE SAN MARCOS.

De una historia verdadera
cuyo autor calló su nombre,
ó por modesto, ú por hombre
que volaba en otra esfera
y fué historiador casual,
saco aventuras estrañas.
Siquier parezcan patrañas,
siquier leccion de moral.
Y pues el verso requiere
mucha calma y mucha cosa,
mejor será hablar en prosa
y salga lo que saliere.

¡Mal rejalgar te se vuelva! decia un ricote frances á su mujer en tiempos que nuestros amados vecinos, los que moran allende los Pirineos, comenzaban á enriquecerse de nuestras sobras, ó mejor dicho, de nuestras faltas. Y ¿quién podrá dar con la causa que movia al buen Gillet, que tal era el nombre del gabacho, para prorumpir en semejante denuesto? Ni ¿quién adivinar el motivo que obligaba á guardar silencio á la desventurada esposa, dado que no era muda, ni tímida, ni prudente, sino que á una competian en ella todas las perfecciones mujeriles? Pues era el caso que tenia divertida la boca con el hígado de un ave que daba ocupacion á sus mandíbulas; que el marido apetecia tambien aquel bocado, y que habiéndolo ella asido á tiempo y ganádoselo por la mano, dió orígen á aquella pendencia, mas bien parecida á una morisca zambra que á una mesa de cristianos.

Aquí tienen los quejumbrosos moralistas que andar á vueltas con la virtud como con moneda de cambio, haciéndose intérpretes de su valor y queriendo subirla á cada punto de antigüedad para doblar el peso de sus quilates; aquí tienen un matrimonio tan cabal como lo desean: un mismo gusto dominaba en ambos, ó como ahora se dice, unas mismas eran sus afecciones, llevando esta homogeneidad, simpatía ó como quiere llamarse á un estremo tal de coincidencia, que todas

sus disensiones provenian de esta completa uniformidad de pareceres. Vez hubo que se le antojó á Gillet vestirse la saya de su mujer, pues sin duda habia nacido para la toga ó las hopalandas; y no dejó esta en cierta ocasion de considerar cuánto mas útil era, aun para el paseo, el baston de su marido, que el engorroso abanico de que ella usaba.

Cuéntase pues que á veces no se contentaban con hablarse recio, sino que tambien venian á las obras, y habia puñada por la parte del marido, y pellizco por la de la mujer; pellizcos por cierto no muy parecidos á los que dan los tabacosos en caja propria. Con todo, en el lance del hígado consabido, se contentaron con desearse de todo corazon el uno al otro la muerte: y no pudiera dudar nadie de la sinceridad de su deseo con solo ver su negra catadura, y el horrible gesto que á su imprecacion acompañaba. Aconteció esto la víspera de San Márcos, santo á quien atribuian sus devotos el raro milagro de revelarles lo futuro, y era por lo tanto creencia del pueblo de nuestros héroes en aquellos dias, que el que hácia las doce de la noche estuviese en vela delante de su iglesia, veria ir entrando en el pórtico las sombras de todos los feligreses que fallecerian en el siguiente año. Nuestro famoso hacendado, aunque frances, creia á pié juntillas en esta supersticion, y desde el punto en que profirió el anatema mencionado, se le vino á las mientes que pues tan próxima tenia la fiesta de su buen santo, bien podia convencerse de si era su mal deseo tan eficaz como lo esperaba: y así no mucho ántes de las doce, salióse quedito de su casa, y á guisa de sepulcral fantasma, enderezó sus pasos hácia la iglesia. Ocurriósele en este tiempo á su mujer el propio pensamiento, y aguijada tambien por el mismo anhelo que su marido, se dispuso como pudo, y por distinta via concurrió al tenebroso misterio que debia celebrarse delante de la parroquia.

Estaba la noche del santo mas lóbrega que cueva de salteadores, y solo de vez en cuando dejaba ver la luna su rostro resplandeciente por entre las espesas nubes que de intento parecian agolparse para ocultarla. Rompióse una vez el tenebroso velo y ¡válgame Dios; ¿quién podrá decir el súbito

terror que se apoderó de sus almas cuando se vieron tan cerca el uno del otro, teniéndose por fantasmas? Baste saber que se quedaron mas pálidos que dos espectros, y que ambos se dieron priesa á guarecer en el pórtico de la iglesia; pero sobrecogidos de nuevo espanto, tan grande como el deseo que allí los condujo, se pararon y retrocedieron. Volvió la oscuridad á tender su manto, y á su favor pudieron recobrar el perdido espíritu.

Fácil es figurarse que cada uno creyó ser el favorecido á quien San Márcos habia marcado el destino de su compañero; así que con tan lisonjera idea, gozosos en estremo, marido y mujer partieron hácia casa por el camino que cada uno trajo á su venida; y como acostumbraban vivir aparte despues de todas sus pendencias, se metieron en distintos cuartos, sin sospechar siquiera en su recíproca aventura. En seguida llamáronlos á cenar, y en vez de mirarse en el antiguo ceño, se colocaron juntos, no sin gran regocijo en su interior por considerar respectivamente el destino que los aguardaba; y entre otros platos les sirvieron una chuleta de ternera esquisito manjar que de continuo les hacia en otro tiempo repelarse; mas ahora, aunque ella lo veia y se le antojaba, decia entre sí por el marido: come, come, que cuando mas solo te resta un año; — y otro tanto consideraba él en su interior. Ofreciéronse varias veces la tajada, hasta que por comun impulso guiados, compartieron la racion; y luego que hubieron concluido se retiraron pacíficamente á descansar, lo cual hasta aquella noche, no habian jamas logrado que se verificase. Al siguiente dia, que era casualmente el de cumpleaños de la mujer, obsequió esta á Gillet con el fatal hígado de la pasada contienda, bien porque se apiadaba de la efímera vida del pobrete, ó porque reflexionó que despues de muerto, esta y mejores cosas podria ella comer á su sabor en los siete dias de toda la semana si le placia. El marido por su parte tampoco se descuidó en hacerla varias finezas.

Continuaron así por espacio de seis meses, en cuyo tiempo, si no se acrecentó el amor que se tenian, mostrábanse al ménos condescendientes hasta un grado que no se conocerian tal vez algunos de nuestros mas enamorados matrimonios.

Mas frecuentes que nunca eran ahora los motivos de sus reyertas, pero ménos sérias y mas raras íbanlas haciendo ellos de dia en dia, como que miraban con indiferencia lo presente y se fijaban tan solo en el porvenir, considerándose el uno al otro tan sagrado como si ya hubiesen fallecido. A los diez meses llegó el cumpleaños del marido. Sentáronse á comer al mediodía; pero tan desganados estaban ambos, que los mejores platos quedaron intactos sobre la mesa. El, apoyando en ella los codos y metida la cara entre sus manos, atisbaba por entre los dedos el rostro de su mujer; y comenzando el escrutinio por los ojos, figurábasele que se escapaban de sus órbitas; despues creia ver como se iba consumiendo la carne de sus mejillas, y concluyó por transformar la femenil cabeza en un mero *caput mortuum.* La mujer, repantigada en su enorme poltrona, miraba de hito en hito á su marido, y entregada á las mismas ilusiones, advertia que le iban asomando los descarnados huesos, y el color rubicundo de su cara lo comparaba al blanco yeso de un insensible busto. No es pues estraño que caminando sus pensamientos por la misma senda llegasen al mismo punto donde el marido fué el primero que rompió el silencio. — Mujer, dijo, bien quisiera engañarme, pero pareceis una difunta. — Sobresaltóse ella al oirle, que aunque sus ojos no veian mas que la imágen de la muerte, estaba muy distante de concebirla dentro de sí misma; y por esto al ver convertida en contra suya su propia idea, se quedó cual si la losa de un sepulcro se hubiera desplomado sobre su cabeza. Volviendo no obstante en su primer acuerdo, y tomando el perdido hilo de su discurso, contestó con el mismo tono: Pues yo quisiera que vivieseis tantos años como á mí me restan. — Gillet entónces concibió el deseo de vivir algo mas tiempo, pues que segun sus cálculos á dos meses cuando mas se alargaria la vida de la cuitada, y esta reflexion le dejó algun tanto pensativo. — Pero como ya en los postreros meses se habian acostumbrado á respetarse sus gustos, á perdonarse sus estravagancias y hacerse mutuamente el sacrificio de sus inclinaciones, la mujer llegó á serle útil al marido, despues agradable y por fin querida, tanto que recordando su pere

cedera existencia, se lastimaba contínuamente y esclamaba conmovido que iba á ser muy desventurado cuando se hallase viudo. Mas ella no se dolia tanto de la pérdida, sino que estaba aturdida en considerar la ceguedad de aquel hombre que cada vez se deslizaba un poco mas hácia el sepulcro, como bastaban á demostrárselo, á mas de su entera fe en los milagros de San Márcos, los síntomas de muerte que tan claros en su semblante descubria. Por lo que, dando su cuerpo por perdido, creyó que los deberes de cristiana le imponian el dé avisar al que tanto descuidaba el alma, la proximidad de su postrer momento; y así con voz pausada, como la gravedad del asunto lo requeria, preparó la cuestion en los siguientes términos. — ¿Cómo estais, Gillet mio? — Fuerte como un toro, querida, (y ella meneaba la cabeza) y deseoso de que goceis de igual felicidad (él tambien imitando su meneo). Siguióse un profundo silencio que indicaba hallarse el marido muy ajeno de temer la muerte y de disponer el viaje á la eternidad; mas como hay siempre cierta propension á ocultar la verdad disimulando, la buena señora creyó ser esto lo que su marido hacia, y determinó por lo mismo desembucharlo todo de una vez, afirmándole que debia morir muy pronto. La sorpresa que estas palabras causaron en el ánimo de su oyente fué mucho mayor porque tenia la boca abierta para descubrirle este mismo secreto á ella; pero al punto conoció el oráculo de donde la infeliz habia sacado el vaticinio. Volvióse pues á mirarla y le preguntó con cierto asombro: ¡Qué! ¿estuvisteis en el pórtico de la iglesia? — Sí que estuve. — Y ¿me visteis ... así ... en forma de espíritu? — Como la noche estaba oscura solo descubrí vuestro semblante; ibais hácia la iglesia por el boquete de los zarzales cuando yo llegaba al cabo del plantío.

Al punto quedóse Gillet estupefacto, pero por fin desahogó su corazon oprimido tanto tiempo hacia con una fuerte carcajada. Largo rato permaneció así riendo y mas riendo, cada vez con dobles gritos parecidos á los histéricos acentos de la hiena; y la pobre mujer que aun no sabia cuál era la causa de su regocijo, mas bien lo tuvo por un delirio ó una boqueada de las que á la muerte preceden; y ya comenzaba

á retorcer sus manos y alzar el grito á los cielos, cuando él para acallarla le dijo: Mujer, tú estás loca: lo que viste allí no era mi sombra, sino yo mismo; yo te vi á tí tambien, deseoso de que Dios te quitase de mi lado, pero gracias á su bondad vives aun, y esto es cabalmente lo que hace diez meses no hubiera yo dicho sino con increible sentimiento. Ella nada le replicó, porque pasaban tantas cosas por su cabeza que no hubiera sabido esplicarlas; mas por último se arrojó á los brazos de su esposo, le estrechó fuertemente contra su pecho, y mostróle así que tambien ella participaba de su alegría. Desde aquel momento, ya absteniéndose de toda disension, ya tolerándose mutuamente sus impertinencias, llegaron á ser los dos esposos mas felices; pero débese advertir que su ventura no llegó á colmo hasta que se vieron sanos y placenteros ambos en el peligroso dia de la fiesta de San Márcos.

CAYETANO ROSELL.

ATRACTIVOS DEL INVIERNO.

I.

Pues señor, no hay que darle vueltas: la mejor estacion del año es el invierno. Las empresas de los teatros logran fácilmente buenas entradas. Los gastrónomos saborean ricas ostras; y así que empieza á helar, sacian su apetito con el sabroso besugo. Los ministros de la corona pueden infringir impunemente las leyes sin temor de asonadas ni motines, porque la sangre no hierve como en el mes de julio, y los patriotas prefieren asar castañas y calentarse en el brasero á pronunciarse entre lluvias y nieves. Los limpia-botas bailan de gozo porque tienen grandes lodos á su favor. Los médicos se hacen de oro con los constipados y pulmonías. Los boticarios venden pastillas pectorales que es una bendicion de Dios. Los estereros se hacen poderosos. Las doncellas hacen nuevas conquistas todos los dias con los francesitos que

se descuelgan del Pirineo á limpiar nuestras chimeneas y nuestros bolsillos con sus micos y sus órganos. Hay no obstante padres muy españoles, particularmente en las hosterías, y apénas ven que un franchute de estos camela á sus hijas, á escobazos me lo plantan en la calle. Así debian barrerse de España todos los estranjeros que esplotan la mina de nuestra ignorancia.

Los pretendientes sobre todo desean que llegue el invierno, porque los dias de Navidad son los dias del turron, y el turron es el alimento predilecto de los españoles. Si Jovellanos viviera en estos tiempos, mudaria el epígrafe de su célebre obrita de *Pan y toros* en el de *Toros y turron.* Pero ademas de todos estos y otros aficionados que tan poderosos motivos tienen para querer el invierno, hay otros apasionados á esta estacion que el vulgo ignorante califica de rigorosa. Estos apasionados son los verdaderos inteligentes en la materia, y á buen seguro nadie podrá negarles la razon cuando patentizan las ventajas de los meses de noviembre, diciembre y enero á los de mayo, junio y julio.

La monotonía del verano es insípida. El resplandor del sol alumbra siempre con sus mismos rayos. Las flores esparcen sin cesar idénticos aromas. Los campos siempre verdes ... Oh! esto es insuportable, esto es atroz. Dicen los aficionados al verano, que para eso están las tiernas avecillas que con sus trinos y gorjeos encantan á cuantos tienen un corazon sensible á las delicias de la armonía. ¿Y qué, decimos los defensores del invierno, puede compararse el débil canto del tímido ruiseñor, con los animados y penetrantes duos que en el mes de enero entonan de tejas arriba los enamorados gatos? Y la lluvia? Puede haber cosa mas deliciosa que la lluvia? Oh, cómo me entusiasma la lluvia! Hablemos siempre de la lluvia!

Algunos han dicho que la lluvia es monótona. ¡Bárbaros! Que se aplique este epíteto al sol, santo y bueno; porque al cabo, segun la definicion de Mr. Arnal, *le soleil n'est qu'un grand clou jaune fiché dans le firmament par la main d'un audacieux tapissier;* pero la lluvia monótona! Bah! ¿Cuándo han visto los que tal absurdo profieren cosa mas variada y

amena que la lluvia? La niebla, el rocío, el granizo, la lluvia menuda, el aguacero, la piedra, la nieve, la tempestad.... hó aquí un mosaico encantador de preciosidades.

¿Hay espectáculo mas grandioso que el de un recio aguacero... sobre todo cuando se le contempla desde una ventana detras de alguna vidriera perfectamente cerrada? Nada falta al golpe de vista. Cuando los cataractas del cielo (estilo bíblico) se abren en domingo, es cosa de alquilar balcones en la Puerta del Sol. Los que han tenido la imprudencia de salir de casa sin mujer y sin el paraguas, conocen entónces las ventajas que lleva el último mueble sobre el primero. ¡Qué placer no proporciona ver bajo un solo paraguas protector el pintoresco grupo de un matrimonio con chiquillos! Y digo, cuando la cristalina lluvia es de las que suelen caer acompañadas de un recio vendabal, contra el cual no puede resistir el mas impermeable tafetan, de ese furioso huracan que se lleva sombreros y pelucas.... oh! entónces la respetable pareja que se habia puesto en camino para ir á lucir el traje de los dias de fiesta, ofrece la maravillosa perspectiva de un lance verdaderamente romántico. Solícito el marido por su precioso paraguas, abandona el brazo de su cara mitad, y se clava en el suelo para salvar el susodicho mueble, que el viento le ha vuelto como un calcetin, y parece querer arrebatárselo de las manos, del mismo modo que acaba de arrebatarle el sombrero en el momento que cae de una azotea una maceta de flores y le abre el cráneo. La recatada esposa no hace caso de la catástrofe del marido, ni del chubasco que la inunda, y solo piensa en su angelical pudor, por manera, que para no dar en espectáculo sus contornos, toma la posicion de Vénus de Médicis y lucha contra el furor de Bóreas, que parece se empeña en descubrir á los espectadores las mas ocultas formas de la víctima.

Seria nunca acabar si quisiese hacer una minuciosa descripcion de todos los atractivos del invierno. Bastante he dicho hoy de las bellezas de la lluvia. En otro artículo me propongo demostrar los placeres del frio, las delicias de los sabañones y particularmente los heróicos lances del reuma cerebral, bien persuadido que una vez leidas las razones en que

fundo mi opinion, todos mis lectores dirán conmigo que nada hay comparable á los encantos del invierno

II.

Despues de las encantadoras escenas que presenciamos en el invierno y que algunas de ellas bosquejé en mi artículo anterior, qué cosa mas agradable y recreativa á los ojos del filósofo, que ver en un dia de aquellos en que se hielan las aguas del estanco del Retiro, estarse una madre junto al brasero, calentándose las rodillas y enfriándose el cogote, con su gatita en la falda, para que el animalito no se resfríe, y llorando un chiquillo á su lado á moco tendido, que se rasca con ferocidad los sabañones!!! Cada dedo del angelito parece un salchichon de Vich, y sus manos se asemejan á esas guantes monstruos que ponen los guanteros por muestra á la puerta de sus fábricas.

Si grandioso y magnífico es el espectáculo de los sabañones, vive Dios que en nada le cede el que ofrece la humanidad resfriada.

¡Eeeet..... chum!.... ¡Eeeet..... chum! grita con arrogancia el mortal dichoso que tiene la fortuna de coger un buen constipado, de los que califican los inteligentes de *encefalitis incipiente* que penetrando por las membranas *dura máter*, *pia máter y aracnóides*, no se contenta con la irritacion de las *meninges* ó *flógosis* cerebral, sino que simpatizando y haciendo cosquillas en la *pituitoria*, membrana situada en los senos frontales y fosas de la nariz, produce el estrepitoso estornudo .... el majestuoso ¡Eeeet ... chum! á cuyo eco atronador felicitan todos los oyentes al mortal constipado con las corteses frases de ¡Salud! ¡Jesus! ¡Dios os asista! ú otras que demuestran hasta la evidencia que el hombre acosado de una *cefalalgía* catarral merece las simpatías de todos los demas, cualquiera que sea el matiz político y literario á que pertenezcan. En una tertulia, en el salon de las Cortes, en el Senado, en la iglesia, dondequiera que resuene el ¡Eeeet... chum!

Todos rinden su saludo
con bondadosa eficacia
al que estornuda con gracia.
¡O poder del estornudo!

Y no se crea que solo en España merece bien el que estornuda. Los italianos le saludan con cierta esclamacion cariñosa que manifiesta lo mucho que se interesan *per la sua felicità.* Los franceses le tributan unos su *A vos souhaits!* otros *Dieu vous bénisse!* Lo mismo que los ingleses *God bless you!* No se muestran ménos corteses los alemanes manifestando *Hochachtung für die Gesundheit* del que estornuda. Y por este estilo saludan al estornudador en los demas puntos de todo el orbe; por manera, que para ser universalmente querido, no hay como coger un buen constipado de cabeza. Hasta Dios protege á los que adolecen de esta enfermedad; pues el refran dice que Dios ayuda al que estornuda.

Un autor *franchute* ha dicho no obstante, que el reuma cerebral es la mayor calamidad del mundo cuando establece su cuartel general en las narices de un actor, de un orador, ó de cualquiera persona obligada á hablar ó á cantar en público; pero yo replico que no perjudica nada al hombre, cualquiera que sea su posicion en la sociedad, el nunca bien ponderado catarro cerebral, que le pone la nariz abultada, majestuosa y colorada como un tomate, dándole el aire de ángel... esto es, de ángel mofletudo y lloron, con sus ojazos saltones ribeteados de coral. ¡Oh imágen encantadora y sublime! Y el actor? Y el orador? Si á la elocuencia de sus palabras se añade el sonido bronco de polichinela y el estampido del estornudo, qué mas se puede desear? Y si el héroe constipado se sienta en los bancos de la oposicion, qué ministerio por fuerte y parlamentario que sea, resiste á una andanada de estornudos? Dícese que el mismo Júpiter fué acometido por esta terrible enfermedad y que solo pudo librarse de ella á merced de un formidable hachazo que le aplicó Vulcano en las narices. Bien se conoce la ignorancia de los tiempos antiguos! El siglo presente, siglo de ilustracion y de progreso, aunque no sea mas que por la gloriosa invencion de los fósforos que han sustituido al pedernal, al eslabon y á la yesca; este siglo de mejoras positivas ha descubierto tambien como un gran remedio para las narices esclavas de un pronunciamiento catarral, inundarlas de sebo ar

diente, que cual bálsamo odorífico y consolador, aplicado ántes de acurrucarse entre sábanas, produce maravillosos efectos.

Con todo, penetrado de que uno de los mas bellos atractivos del invierno, es la multitud de reumas cerebrales que nos regala, me atrevo á aconsejar á cuantos sientan sus efectos en las narices, que por abultadas que las vean, por encarnadas y lustrosas que se les pongan, no hagan uso jamas de semejante remedio, y mucho ménos siendo casados, pues el sebo no huele á rosas, y podria el catarro tener consecuencias fatales para la cabeza del enfermo.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

SACRIFICIO DE FANDILAS.

Tengo para mas trabajo
dos cuartos bajos, y os digo
que muy de veras maldigo
los pícaros cuartos bajos.

VILLERGAS.

Pues señor: (de algun modo se ha de comenzar y este le recomienda el uso). Pues Señor, necesario es que yo escriba porque tambien me aqueja esta enfermedad tan generalizada hoy, como en otros dias la gripe ó el cólera. Solo podia detenerme una consideracion, y era la pequeña de si mi artículo produciria un efecto diametralmente opuesto al que me propusiese, y en esto no cabe vanidad, porque hablemos en razon, despues de tantas y tan buenas cosas como en este periódico se han leido, ¿qué debe parecer el escrito de mi humilde pluma? La pincelada de un restaurador, asesino del precioso lienzo; el sayon que no habla en un interesante drama; un remiendo, en fin, de paño de Bejar en el costoso fraque que, como argumento concluyente de su talento, presenta engreido Borrel al mas opulento de sus parroquianos. Mas afortunadamente para la civilizacion, La Risa es un lenguaje tan espresivo y generalizado, que no dudamos en afirmar que de no lograr se asome á los lindos labios de la

bella suscritora aquella graciosa mueca del agrado, alcanzará positivamente una de las sonrisas que cada uno es dueño de interpretar á su manera, y esto siempre es algo.

Cuán dichoso será, cuánta gloria alcanzará el afortunado escritor que pueda trasladar fielmente á la posteridad los sabrosísimos diálogos con el sastre que reclama el valor de una levita, que fué, las bruscas interpelaciones de algun usurero en escala menor, la tiernísima relacion de nuestra indefinida patrona, viuda provecta, que de continuo amenaza con hacer sonar la campanilla para despejar el salon si no escucha el sonido de la metálica; ó cualquier otra de las infinitas delicias con que se ameniza la vida de los afortunados hijos de Eva que desde 1800 al dia han visto la luz en esta bendita patria de los Padres Santos y de los niños de Ecija, sin traer la posdata de ser propietario mayordomo ó.... ó... asentista. Pero no faltará digno cantor que trasmita tan preciosos datos históricos á nuestros futuros prójimos, que se desesperarán por no haber podido alcanzar los tiempos de tanta ventura y bienandanza. ¡Paciencia!

Ya que no puedo yo entretener con tan agradables descripciones, les referiré un suceso, que calificarán como gusten aunque á mi juicio nada haya tenido de gracioso.

Creo habrán ustedes recibido, señores lectores, la atenta esquela que les he dirigido ofreciéndoles mi nueva habitacion; por lo tanto juzgo una redundancia el decir donde se halla situada *mi humilde choza*, *mi pobre alojamiento*, *mis cuatro paredes*, etc. He pensado sériamente en la razon que hubiese para dar el honroso dictado de *Calle* á la de mi domicilio que, con su perdon sea dicho, no pasa de una modesta callejuela, y solo he podido hallar la de que en una ú otra banda de la misma existiria alguna casa de propiedad de un regidor de la M. H. villa que convencido de la necesidad de darla importancia, (pues que hay notable diferencia entre que un pié de terreno valga tres reales ó ciento) entablaria negociaciones diplomáticas, y poniendo en juego todos sus conocimientos, lograria por último el feliz resultado de dar el nombre de calle al mísero callejon.

Era el primer dia que ocupaba el nuevo domicilio, el sol iluminaba una casa frontera á la mia, que está al norte, acababa de desayunarme, y dirigia errantes miradas por la estancia, pensando en dar diversas distribuciones á los escasos muebles de mi pertenencia; acababa de colòcar en un rincon mi sable, baston y paraguas, ó sea los tres poderes, como dice mi patrona, cuando en el dintel de la sala apareció un sugeto para mí desconocido, y cuya facha mostraba no pertenecer á ninguna de las once familias en que, segun un sabio naturalista, se hallan divididos los *hombres de mundo*: el personaje elevó su cabeza con orgullo, estiró la complicada corbata, llevó las manos al estrecho pantalon, y despues de infinitas cortesías dijo:

— Caballero, usted no me conocerá.

— Cierto que no tengo ese honor.

— Soy, para lo que guste mandar, el amante de Robustiana, la jóven que vive en el cuarto bajo.

— Sea muy enhorabuena, y celebro saber que en el piso bajo hay jóvenes.

— Y vengo á exigir de usted un favor.

— Vaya en gracia, murmuré, apénas he entrado en esta casa y ya andamos con favores.

— Porque el padre de Robustiana, que es un tirano, se opone á nuestra pasion y ...

— Es necedad por cierto la del tal anciano.

— Dice que nunca permitirá que se case ...

— Prodigio! dichoso usted, hombre de Dios, cuántos desearíamos encontrar un padre con tan poco comunes pensamientos.

— Es verdad, pero Robustiana se obstina en que es preciso casarnos.

— Y usted ¿qué dice?

— Qué cosas se ocurren á usted! Es el caso que durante el tiempo que esta habitacion ha estado desalquilada, nos hallábamos en la gloria ....

— Ya, y con la ocurrencia de venir á habitarla, les he trasportado al infierno, y eso quiere decir en buen castellano que desaloje, que ... vaya, vaya, que esto es muy grande.

— No señor, lo que es . . que ántes nos veíamos en este sitio, y ahora . . .

— Es imposible que lo verifiquen? pues crea usted que lo siento, y si pudiese . . .

— Sí señor que puede usted, y Robustiana me ha encargado le diga. . .

— No tiene nada de corta la tal niña.

— Si lo dice usted por mofa, sepa que Robustiana, aunque tiene 30 años, no solo no es vieja sino que . . .

— Concluyamos.

— El encargo es que tenga usted la bondad de permitir nos veamos en este sitio cuando á ella y á mí nos sea posible.

— Donosa ciertamente es la exigencia. ¿Usted cree por ventura? . .

— No señor, no creo nada; pero necesito ver á Robustiana.

— Y ha encontrado que mi casa es la mas adecuada para sus visitas nocturnas y criminales. Pues amigo se ha llevado usted un solemne chasco: no puedo ni quiero complacerles, y espero . . . . .

— Sí señor, debe usted esperarlo; á su cargo irán las consecuencias, porque es muy poca caridad, y si usted hubiera necesitado de mi oficina ó de mi ciencia, seguro podia usted haber estado de ser servido. Pero hay mucha diferencia entre un cirujano y un hombre como usted.

— Usted es cirujano, tal vez el de la esquina? . . .

— Sí señor, soy Fandilas . . . ¡ay Dios mio! ¿No escuchais unos golpecitos?

— Cierto, cierto: eso ¿qué quiere decir?

— Robustiana que viene.

— Pues digo á usted que no se detiene en pequeñeces; natural era que esperase.

— Tiene un carácter muy impetuoso: voy á abrir la puerta.

— No señor, lo que usted va á hacer es decirla tenga la bondad de volver por donde ha venido.

— Imposible, imposible; su padre puede sentirla y .... convénzase usted de la necesidad de....

— De que usted y esa señora se vayan al campo de Guardias, y no molesten á personas que no están para fastidiarse con semejantes sandeces.

— Silencio, por favor, no griteis, escuchad con qué temor llama: concededme esta gracia y os juro ... y el barbero se postró á mis piés costándome gran dificultad el reprimir la carcajada; miré á aquel hombre enjuto y estrafalario, con su fraque de ala de pichon y hombreras en forma de dragonas, y me convencí que no pertenecia á la clase en que se hallan vinculadas las calaveradas, y mucho ménos á la de los seductores. Fandilas me acosaba con sus súplicas, Robustiana impaciente llamaba con mas fuerza.

— Diez minutos es el plazo que concedo para vuestra entrevista; y estaré presente y...

— Mucho se lo agradezco á usted....

— Agradece á que mi patrona no está en casa.

Oh! si supiese .... pero no lo sabrá que aun debe tardar un buen rato. En esto apareció en la sala Robustiana. Figuráos, amables lectores, una mujer de la edad ya dicha, de tez acobrada, de mal gesto y aspecto desagradable, sobrecargada con multitud de adornos y cintas, cuya poca gracia y mala disposicion revelaban á tiro de ballesta ser obra de casa, y de casa de mal género. Despues de una reverencia, Robustiana condujo á Fandilas á un estremo de la sala, y comenzaron una animada discusion, aunque preciso es decir por honor de la verdad histórica, que ella únicamente hablaba, pues el cirujano solo contribuia con algunos monosílabos y multitud de inclinaciones de cabeza en señal de aprobacion. Por mi parte cantaba á media voz, y revolvia los papeles de mi mesa para distraerme del poco grato papel que estaba representando.

Transcurrieron algunos minutos cuando se escucharon desaforados golpes en la puerta, y aun mas desaforadas voces, que inmediatamente fueron conocidas, pues Fandilas se tapó los ojos y Robustiana lanzó un grito lastimero. El momento

era una verdadera crísis que yo juzgué lo mas conveniente que avanzase á su fin: resueltamente me dirigí á la puerta y di libre entrada al padre, que segun la facha y cierto olorcillo debia ser almacenista de aceite; el buen hombre sin cuidarse de mí, continuó gritando: ¡Donde se hallan esos infames, dónde están que los voy á asesinar!...

— Padre, perdonadnos.

— Sí, dijo el barbero, perdonadnos.

— Seductor, hombre sin conducta, ahora recibirás el premio de tus maldades, dijo y se lanzó al sable que estaba en el rincon; yo temiendo los efectos del furor paternal me interpuse, diciendo:

— Conténgase usted y respete se halla en casa que no es la suya.

— Tambien con usted me las habré, encubridor.

— Señor mio, lo que estoy yo...

— Es contribuyendo á la perdicion de mi hija.

— Cese usted en sus insultos, pues de no...

— Se lo diré á usted cien veces, sí señor.

Yo conocia que el hombre tenia razon y quise hacerle entender lo que habia ocurrido; pero el anciano no lo permitia, pues continuaba diciendo: — ¿Todos son ustedes contra mí? pues bien yo haré que se me respete, y abriendo el balcon comenzó á gritar con mas fuerza: ¡favor! ¡socorro! ¡vecinos! ¡socorro!...

— Escuche usted, hombre de todos diablos....

— ¡Padre!...

— ¡Vecinos!...

¡Oh! para colmo de la desesperacion, en aquel momento fatal se presenta mi patrona y escucha que el motivo de la algazara es una seduccion, y juzga que el reo soy yo, y que el templo donde se ha quemado el mal incienso es su casa, y grita tambien y patea y prodiga insultos y amenazas, y su furor crece hasta el punto de enarbolar mi baston, y yo aturdido de tantas voces y queriendo oponer alguna defensa al sable del padre y al baston de la patrona, alzo el paraguas y me pongo en ademan hostil...

¡Momentos de horrible confusion! algunas personas de aquellas que siempre encuentran un placer en ver renegar al prójimo, se habian introducido en la habitacion formando una barrera de carne humana, que difícilmente pudo romper un destello de la autoridad municipal, vulgo Alcalde de barrio, que no tardó en presentarse atraido por el alboroto. Gran triunfo consiguió con escuchar y ser escuchado, pues se mezclaban formando un coro infernal los agudos chillidos de Robustiana con los suspiros mayúsculos de su amante, los denuestos y amenazas en tono de sochantre, que espresaban la ira de la patrona, con los gritos del padre interpolados de asmáticas toses y mis espresivas interjecciones con los ruegos de algun oficioso redentor. Por fin, fueron entendiéndose y escuché á Robustiana que decia:

— Señor, este jóven y yo somos víctimas de una pasion...

— Tambien yo, murmuré.

— Y mi padre se opone á la realizacion de nuestros honestos intentos.

— ¿Ustedes quieren casarse? dijo el Alcalde.

— Sí señor, y Fandilas no es ningun perdido, pues tiene su tienda de cirujano muy acreditada.

— ¿Qué dice usted como padre que es de esta jóven?

— Debo decir, que si sus fines son esos... ¿qué he de hacer? renunciaré á mi venganza.... sean ustedes todos testigos: que se casen.

Y se mudó repentinamente la escena, mi patrona dirigia miradas de asombro al convencerse de su error; los amantes, es decir Robustiana, se mostraba gozosa, pues que Fandilas continuaba imperturbable tapándose los ojos. Respecto á mi persona solo diré que creí en conciencia que todo habia sido una trama diabólica para casar al barbero que era la verdadera víctima de aquel drama; mi patrona requirió con buen modo á los profanos abandonasen el terreno, lo que verificaron en estremo disgustados del desenlace de aquel suceso. Robustiana con gestos y monadas empalagosas me suplicó, en gracia de mi condescendencia, que asistiese á su boda, y deseando librarme de sus importunidades, ofrecí cuando quiesieron, y si ustedes, amigas lectoras, no están tan fastidiadas

como yo me hallaba en aquel momento, puede suceder que asista á la funcion para luego tener el singular honor de referírsela á ustedes.

JUAN GARCIA DE TORRES.

EL SENADOR.

Por último, aunque vamos á dar una idea de un personaje que tan directamente se roza con la política, no tengan cuidado los asustadizos fiscales, que no tratamos de entrometernos en terreno vedado, y mas bien que un ente político queremos bosquejar un tipo nacional, ya que hasta ahora no se ha dignado emprenderlo en su publicacion el editor de *los Españoles pintados por sí mismos.* Un senador es un miembro del senado. El senado es una parte del poder legislativo; el poder legislativo es un retazo del cuerpo político y el cuerpo político, en España, en nada se parece á los demas cuerpos, porque si atendemos á las dimensiones, ni tiene longitud, ni latitud, ni profundidad, y si observamos las cualidades que pueden hacer impresion en nuestros sentidos, difícilmente lo percibiremos, ni por el sonido, ni por el tacto, ni por el olor, ni por el color, ni por el sabor. Pero prescindamos de estas reflexiones, porque vamos penetrando en terreno vedado y no es nuestro ánimo rozarnos con la política.

Antes de hablar del senador *hecho,* diremos algo del senador *en ciernes* ó sea del candidato para senador. En primer lugar, el que aspire á merecer tal distincion necesita que le haya salido la muela del juicio. (La constitucion previene que tenga cuarenta navidades, es decir, que haya comido turron cuarenta veces.) En segundo lugar ha de tener mucha barriga, consecuencia de haber comido tanto turron. El senador que viene flaco se constituye en la obligacion de criar mucha panza, de suerte que, como las mujeres casadas, cuentan los progresos de la tripa por los meses del embarazo. Un senador en el primer mes aun conserva la forma regular, pero un senador de nueve meses apénas tiene banco donde repanchi-

garse. De lo dicho se infiere que no se sabe cuál circunstancia es mas precisa, si ser senador para criar barriga, ó criar barriga para ser senador.

El candidato para senador ha de tener cuarenta mil reales de renta, requisito indispensable mas que el saber y el talento para ser buen legislador en España. Porque vamos á cuentas: ¿qué ha de entender de códigos, ni de principios políticos, ni de presupuestos, ni de coaliciones un hombre que no tenga cuarenta mil reales? Esto es tan imposible como no poner fin nosotros á esta cuestion, porque vamos penetrando en terreno vedado y no es ánimo nuestro rozarnos con la política.

Desde que el senador, lo mismo que el diputado, entra en candidatura con probabilidades de triunfo, empieza por ensayar hasta en el trato familiar, las voces técnicas de legislador. Si disputa con el aguador, que no es difícil, porque tambien los senadores beben agua, por razon de categoría, quisiera tratarle como á un esclavo; pero como necesita estudiar su papel de senador, en lugar de «usted miente, vaya usted enhoramala» es capaz de decirle «S. S. se equivoca», ó «falta á la verdad el señor preopinante.» Cuando la mujer propone algo, no dice como ántes, me parece bien ó me parece mal. Si tiene gana de cháchara contesta: pido la palabra en contra; y allí ensarta un discurso muy formal sobre la conveniencia de comer arroz con pollos, sobre la necesidad de que las mujeres sean hacendosas y quieran mucho á sus maridos, ó en fin sobre lo que verse la proposicion. Si está de buen talante y no tiene gana de conversacion, ó hace una seña con la cabeza como para votar que sí, ó responde con mucha prosopopeya: aprobado sin discusion. Dios libre á los hijos de faltarle al respeto y mas á la mujer de inspirarle temores. ¡Oh! entónces la sesion es mas acalorada: amontona citas de Séneca, aglomera sentencias de Montesquieu y encaja c por b todas las fábulas morales de Campoamor. Miéntras tanto la mujer puede que esté murmurando los romances de Quevedo. Pero el senador tomando una posicion grave y en tono solemne, con majestad senatorial, esclama: con tales ejemplos de inmoralidad y de cor-

rupcion ¿cómo no entorpecerse y paralizarse las carcomidas ruedas de la máquina gubernamental? El matrimonio es una institucion salvadora; las *prerogativas* que ella concede al marido ó sea el *poder ejecutivo* de la familia, han de ser respetadas y observadas con religiosa escrupulosidad: de lo contrario los elementos de corrupcion cunden como el aceite y es de temer que se derrumbe el edificio.... Aquí la mujer y los chicos se estremecen, miran á las rendijas del techo y quieren tranquilizar al candidato diciendo: ¡ah! no hay nada que temer, el edificio está casi nuevo!... El senador tomando la campanilla de la escribanía y levantando el vozarron, esclama: ¡al órden! ¡silencio! ¡dejadme concluir! ¡al orador no se le interrumpe! tirilin, tirilin, tin, tin, tin.... quiero decir que se derrumba el *edificio social*, es una metáfora, son ustedes unos idiotas; bien se conoce que no están acostumbrados al rigorismo de las *prácticas paramentarias.*

Llega la época de las elecciones ¡qué intrigas! qué manejos para hacer triunfar su candidatura! todo se vuelve circulares á sus dependientes, cartas á sus amigos, recados á sus conocidos, y todo para qué? para entrar en terna y esponerse á no ser el preferido por la corona. Estraña manera de hacer senadores; que á cualquier hombre de opinion conocida imposibilita de serlo, porque cuando se conoce que un ciudadano ha de servir á los intereses y miras del trono, no le propone el pueblo, y cuando se consagra á los intereses del pueblo, no le elige la corona.

Ya es senador el candidato. Si no vive en Madrid tiene que trasplantarse con anticipacion: ménos por asistir á las juntas preparatorias que por lavarse la cara y las manos, comprarse peluca si es calvo, y si tiene pelo domárselo á fuerza de hierro y pomadas. En un hombre que tiene 40,000 reales de renta, es casi preciso comprar coche, y si ha de darse importancia de hombre grande, debe llevar gafas, lente ó anteojo de larga vista aunque vea como un lince. Los senadores como gente machucha y de dinero son moros de paz, y así no se desviven el dia de apertura por ocupar el *centro izquierdo*, ni el *centro derecho;* se sientan donde mejor les cuadra y se recuestan bien sobre el mullido respal-

do, y ya que no son tan ardientes patriotas que se desvivan por rozarse con la política, son tan cómodos señores que se recrean en rozar su espalda con el terciopelo del banco.

El senador, como cualquier hijo de vecino, es mas amigo de los ingresos que de los gastos: así es que las atenciones de su casa se van cubriendo con un órden admirable. ¡Quién dirá que los que tan celosos y entendedores se manifiestan en la economía doméstica, en tratando de la economía política no saben lo que pescan! Pero he dicho mal; pescan y saben lo que pescan, y algo mas diria de la pesca si no fuera por que entraríamos en terreno vedado y no es nuestro ánimo rozarnos con la política. Salgamos de tan cenagoso atolladero, y veamos como el senador atiende á las obligaciones de su familia. Regularmente divide la operacion en partes, y para ir en todo conforme con su *estudio parlamentario*, estas partes las llama *presupuestos* y así calcula:

Presupuesto de comida ..... tanto.
Presupuesto de zapatos..... cuanto.
Presupuesto de la lavandera.. tanto mas cuanto.
etc. etc. etc. ..... etc. etc.

Deposita los fondos en su mujer y no tenga que pedirle un ochavo mas para gastos estraordinarios; pues esta clase de contribuciones jamas son votadas por el cuerpo legislativo que, como el cuerpo ejecutivo, está reasumido en el cuerpo gordiflon del señor senador. Cuando la mujer le sorprende el bolsillo y se le descarga por via de empréstito no reintegrable, como hace todo gobierno con su nacion, el senador que quiere la fiel observancia de las leyes establecidas, exige de su mujer aquel mismo dia ó aquella misma noche un *bill de indemnidad.*

Hay senadores lo mismo que diputados de dos clases: charlatanes y mudos que tambien pueden dividirse en embrolladores y autómatas. Los primeros hablan en todas las cuestiones, sin formar opinion á salga pez ó rana. Tan pronto como se anuncia una proposicion ya están con el *¡pido la palabra!* Si otros la piden en contra el orador embrolla la pide en pro y *viceversa*, y algunas veces habla y mas habla sin que el público sepa en qué sentido, lo cual no es de estrañar porque el orador tampoco lo sabe. El senador mudo

ó autómata es un instrumento dócil del amigo mas audaz, y así se le ve siempre votar (que es lo único que hace) del mismo modo que su mas influyente amigote. Si este dice *haches*, él dice *haches*, y si *erres*, *erres*, y si el amigo se encoge de hombros, el autómata, por variar, tambien se encoge de hombros. A esto está reducida toda la ciencia de un senador de este calibre, aunque por lo regular suele darse importancia y hace creer que si no habla es porque no se le antoja. Solo que siempre le da la gana de lucirse en las cuestiones que sabe que no han de resolverse en el senado. Si los amigos de café le pinchan, sabe incomodarse y decir que el dia siguiente piensa hacer una furibunda y cáustica interpelacion; pero llega la hora, las tribunas están repletas de amigos del interpelante, por todos lados se anuncia con solemnidad y pompa que Don Fulano se va á lucir. Abrese la sesion y Don Fulano no parece, lo mas que hace Don Fulano es enviar una comunicacion al señor presidente manifestando que tiene una pierna mala, y necesita licencia por dos meses para ir á tomar los baños de Trillo. El senado queda enterado de la comunicacion; los amigos de Don Fulano quedan enterados de que no sabe hablar y por eso no se presenta, y yo quedo enterado de que Don Fulano ha ido la noche ántes al ministerio y le han *convencido* como á algunos que pudiera citar, si no fuera porque el artículo es ya demasiado largo y voy á ponerle fin, y sobre todo porque entraríamos en el terreno vedado y no es nuestro ánimo rozarnos con la política.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

MODAS INGLESAS DE INVIERNO.

Dícese comunmente que la Inglaterra marcha al frente de la civilizacion europea. Y esto por qué? Porque los ingleses son los entes mas *estravagantes* del mundo. Ergo se deduce de esta verdad que la ilustracion es hija de las *estravagancias* y que *La Risa, enciclopedia de estravagancias,* es madre

de la ilustracion. Es decir, que *La Risa* es el mejor periódico de España, al que toda persona decente debe suscribirse si quiere contribuir á la prosperidad de su patria y ponerla al nivel de la Gran Bretaña.

Dejáos pues, amabilísimos lectores de ambos sexos, de seguir las modas de Paris. Estravagancias hay tambien en Francia; pero no pueden ponerse en paragon con las de las ninfas del Támesis y de los elegantes de la soberbia Albion. Miéntras los hijos del Sena se arropan y acurrucan ante las marmóreas chimeneas de los salones de Paris para precaverse de los rigores del invierno, los ingleses hacen alarde de sus brios y desafían con sus estravagantes modas las intemperies de la sañuda estacion.

Así que anochece, todos los elegantes de Lóndres se aligeran de ropa en términos que se quedan en camisa. Los hombres en camisa de hombres y las mujeres en camisa de mujer, esplicacion indispensable, porque llamándose en inglés *Shirt* la camisa de hombre, y *Shift* la camisa de mujer, no puedo yo traducirlo con la sola palabra de *camisa*, porque si se dijese que las mujeres van en *Shirt* y los hombres en *Shift*, se diria que los hombres van en camisa de mujer y las mujeres en camisa de hombre; pero *poniendo la cuestion en su verdadero terreno*, el resultado es que la última moda es no tener frio, y como el alumbrado de Lóndres está mandado recoger por ser cosa muy antigua y de mal gusto eso de los faroles y del gas, los elegantes andan que beben los vientos por aquellas calles de Dios, con un candil en la mano *(a lamp)*.

La gente respetable sigue tambien esta moda, que parecerá inverisímil á los que no tengan un profundo conocimiento de las rarezas de los ingleses; pero si alguno de mis lectores no da crédito á las presentes líneas, puede tomarse la molestia de ir á Lóndres y como no encuentre á todos los elegantes en camisa, consiento en pasar yo por descamisado todo el resto de mi vida. Repito pues, que las personas de respeto van tambien muy sérias en camisa por las calles, y lo mas que hacen para calentar el cuerpo de vez en cuando, es detenerse en alguna taberna *(Public-House)* engullirse un

cacho de queso *(a bit of cheese)*, una patata *(a potato)* y luego *a gass of rum*, esto es un vaso de ron.

De este modo van matando el tiempo los tiernos esposos hasta media noche, que se reunen todos los elegantes en *Regent Street*, se zurran mutuamente el bullarengue, y se retiran calentitos y gordos cada mochuelo á su olivo, pero para meterse en cama y conservar el calor, el esposo se viste de coracero con su espadon, su casco, su coraza, sus botas de montar con las correspondientes espuelas, y la amable esposa viste tambien su gracioso uniforme.

En esta forma se acurrucan entre sábanas diciendo ella *Good night my ove*, buenas noches mi amor, y él *Good night my soul*, buenas noches alma mia, y al decir esto huelen á un tiempo un ramillete de ruda y se duermen como cachorros *(son of a bitch)*.

La palabra ramillete se compone en inglés de dos voces á saber: *Nose-gay*, nariz alegre, y vive Dios que si el ramillete es de ruda como los que están de moda en Lóndres, puede alegrar las narices, como los carros de Sabatini.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

MODAS.

Ya hace tiempo que los redactores de *La Risa* teníamos cierto desasosiego, cierta zozobra, cierta impresion inesplicable, sin que pudiéramos dar con el *por qué* ó sea la causa de estos efectos, ni mas ni ménos que cuando sale uno de casa dejándose algo olvidado, ni se determina á volver, ni acierta á andar, sabe que le falta algo, pero no sabe lo que le falta y suele caer en la cuenta á la mitad del camino, cuando la urgencia de su comision no le permite *retrogradar*: he dicho mal, retroceder, que viene á ser lo mismo, sin que pueda darse interpretacion política. Afortunadamente para nosotros y para nuestros suscritores, aunque hemos recordado tarde, no hemos llegado tarde, y por aquello de que *mas vale tarde que nunca* y lo de que *nunca es tarde si la*

dicha es buena; queriendo ademas cumplir con la mision clásica de deleitar instruyendo y vice-versa; deseosos de unir lo útil á lo agradable, y en una palabra dispuestos á hacer cuantas mejoras nos sea posible establecer, hemos resuelto crear una seccion con el epígrafe de este artículo, que tendrá á nuestros elegantes lectores y lectoras al corriente de los adelantos, noticias, figurines y demas concerniente al indispensable arte de *currutaquería.* Nuestros suscritores sin corresponsales franceses, ni ingleses, ni portugueses, ni rusos (porque aquí lo que queremos es *independencia nacional*) sabrán no solo la moda presente y la pasada, sino la futura, que es cuanta ventaja podemos ofrecerles y cuyas noticias, como es de inferir, no podríamos recoger nosotros sin cuantiosos desembolsos de correspondencia.

Moda corriente.

Como la estacion no consiente mucha ropa que digamos, así el traje de señora como el de caballero están puramente reducidos á lo esterior. Las señoras van sin camisa, ni refajo, ni enaguas, ni corsé. Llevan solo un vestido de tafetan sumamente fino con mucho vuelo bajo, sin ser palomino, dos esclavinas de vuelo tambien proporcionado con sus correspondientes guarniciones; birutas por tirabuzones y un sombrero de forma piramidal que con el resto del traje viene á presentar exactamente la figura de un embudo ó de un cubilete. Un alfiler con el retrato al óleo del novio ó del marido, sombrilla enana que apénas da sombra al pico del sombrero y guante blanco.

El traje de caballero es mas sencillo todavía. Consiste en un sombrero de tela, vulgo jibus. Saco blanco, abrochado todo el verano para no constiparse, y sobre todo cuidando de llevar las manos bien abrigaditas en los bolsillos. Botones grandes como tomates y pantalon ajustado hasta la oprimida bota. El que no rompa el pantalon á la segunda vez de ponérselo no es elegante, y lo mismo el que no quede cojo por las mordeduras del calzado.

Moda venidera.

Traje de corte. Para caballero: papalina, corbatin de suela con un letrero que diga «viva mi dueño», saca de verano

con un panecillo largo en el bolsillo, calzon corto blanco, medias negras caladas, alpargatas con espolines, y una vara de medir por baston. Unos llevarán el *saco* cerrado con lacre, otros con oblea, y algunos con cerrojos y candados.

Para señora: zapatos de aguador atados con tomiza, medias coloradas, casulla, collar de pinchos, guantes de caballería, bigotes postizos la que no los tenga naturales, y sombrero calañes.

Traje de paseo. Para caballero: descalzo de pié y pierna, en calzoncillos, frac verde con caponas, babero y bonete. Para señora: Chanclos, calzon de maragato, sobrepelliz y canana, paraguas colorado, melenas trenzadas y chacó.

Traje de camino. Para caballero: botas de montar y enaguas con guarniciones; faja encarnada, chaqueta de alamares y montera gallega.

Para señora: calzon de ante, estribos de madera con galgas, coraza y carabina, guante blanco, pulseras, ferroñé y sombrero de teja con escarapela tricolor.

Traje de montar á la inglesa. Pantalon de papel blanco; sombrero y caballo de castor, frac de hule, y una ballenita en vez de látigo. Las espuelas están mandadas recoger.

Estamos esperando unos figurines de que daremos inmediatamente cuenta á nuestros elegantes.

.....

UNA TUNDA A LAS MODISTAS.

¿Hasta cuándo, señor, hasta cuándo la ilustracion del siglo XIX ha de tolerar la maldita invencion del corsé? ¿Cómo en esta nacion, católica por escelencia, se consiente un ente que insolente y torpemente intente enmendar la plana al Omnipotente? ¡O obcecacion y ceguedad humana! ¡O modistas rebeldes y tenaces, y qué cuenta habréis de dar en el tremendo dia del valle aquel! Dios en el principio de los tiempos dijo: «sea Juana jorobada»; y vosotras, pronunciadas contra este decreto del Altísimo, dijisteis en vuestra in-

sensatez: «hagamos un corsé á Juana, y sea con él mas derecha que un huso.» Y tambien quiso el señor Dios que Juana fuese un vástago de la familia de Nuño Rasura: mas vosotras con impiedad inaudita dijisteis: «toma este corsé, Juana, y esclamen los que con él te vean: *meliora sunt ubera tua vino.*» Y el Señor, que sin duda quiso hacer un semidiablo, ordenó tambien que Juana no tuviese en donde ajustarse sus ropas, á no colgárselas de los hombros: pero vosotras dijisteis con insolencia: «ánimo, Juana, que ahí tienes un corsé que te dará caderas y cintura á pedir de boca.» Y ¿sabeis, modistas fatales, lo que habeis hecho? Oíd, oíd! Me habeis puesto en un insufrible potro, me habeis sacrificado, soy vuestra inocente víctima. Yo vi por mi mal á esa Juana, yo la creí un semi-Dios, yo la idolatré, yo (y esta es la mas negra) me casé con ella! ... Una noche, no: un dia, dia para mí fatal, dia desgraciado, dia de doscientos mil demonios! Un dia, digo, hallándome en la plenitud de mis derechos maritales, quise considerar en ropas menores á mi consorte, para alabar en sus perfecciones la sabiduría y omnipotencia divina. Pero ah! se habia despojado del malhadado corsé, y su espalda asemejábase al dorso de un dromedario. Quedaron invisibles sus caderas apareciendo en lo demas *tanquam tabula rasa in qua nihil est depictum.* En aquel instante mi ilusion se desvaneció juntamente con mi dicha. Lloré y maldije mi estrella; y abismado por el recuerdo del *ego vos conjungo*, falté para volverme loco.

Cuento á esta fecha diez años de martirio, y en ellos me ha regalado Juana tres hijas raquíticas y cuatro zambas. Ved ahí los perniciosos efectos de vuestra obra. Mas si creeis continuar siendo el azote del género humano, si pensais que se ha de consentir mas la plaga de vuestros corsés, os engañais ¡voto á brios! Pasaron ya los tiempos del oscurantismo, y vino un siglo de las luces.

C. F

MI VIAJE A LA ALCARRIA.

Una de las manías mas comunes en esta dichosa época de escritores, fósforos y motines es el escribir de viajes, sin que muchos de los que así escriben hayan pasado de las tapias del Buen-Retiro ó del paseo de San Vicente.

Publicó nuestro amigo fray Gerundio una curiosísima obra de viajes, é inmediatamente cundió la moda de tales escritos; y literato de nuevo cuño conozco yo que está concluyendo el sesto tomo, de grueso volúmen, de una obra de este género, en que describe un viaje que verificó á Carabanchel de Abajo, donde permaneció un dia, dando al anochecer la vuelta á la capital, de donde habia salido por la mañana en un caballo de alquiler.

Así es, que nada hay mas frecuente hoy dia que el leer en las esquinas anuncios de semejantes obras, ó el tropezar á cada paso en los periódicos con artículos de viajes que, segun las costumbres descritas en ellos, los cree el lector hechos por la Mesopotamia, mas bien que por cualquiera de las provincias de España.

Por no ser, pues, ménos que los indicados viajeros, voy á describir algunas de las que observé en un pueblecillo de la Alcarría, de cuyo nombre ni quiero ni debo acordarme.

La noche que llegámos á él otros tres compañeros y yo, fuimos convidados por un robusto mozo, gran tocador de guitarra, á acompañar á diez ó doce de aquellos rústicos galanteadores en las músicas y serenatas con que trataban de obsequiar á otra porcion de mozuelas no ménos rústicas que ellos. Reunida la comitiva en la Plaza, y armados todos los mancebos de gruesísimos garrotes, seguímos por una estrecha y oscura callejuela hasta la mitad de ella, donde habitaba la hija del tio *Sabañon*, dama del capataz de aquella gente: despues de un cuarto de hora ocupado en templar los instrumentos, con voz un tanto aguardentosa, entonó uno de ellos al compas de un desafinado violin y de dos ménos afinadas guitarras, la siguiente cancion que un zapatero poetastro de aquella tierra compuso á propósito para la funcion de aquella noche: decia así:

Despierta ya, *Sabañona*,
y asómate á esa ventana:
que con tu ausencia me pican
los sabañones del alma.

Siguieron á esta copla otras por el mismo estilo, y á poco rato la requerida doncella, abriendo la ventana, arrojó una gran torta con manteca y como medio celemin de avellanas que el correspondido galan recibió con cuidado en la manta que llevaba, distribuyéndolas entre los circunstantes: y dando en seguida las buenas noches á la alcarreña Dulcinea, se retiró esta de la ventana, y la alegre comparsa se marchó, como suele decirse, con la música á otra parte.

Hay entre aquellas gentes una costumbre sobre serenatas bastante rara, y que se observa con mas rigor que la constitucion que nos rige en España; esto es, que está escrita para todos los españoles aunque muchos, desde los ministros hasta los mas insignificantes esbirros, no han querido en ningun tiempo ser regidos por ella, que algo tiene tambien de rara como la costumbre que trato de esplicar: desde tiempo inmemorial está prohibido (no por la justicia del pueblo, sino por los garrotes de los mozos) á cualquiera mozalvete que no cuente catorce inviernos, pues no siempre han de ser primaveras, el dar músicas por la noche á otras jóvenes que como ellos empiezan ya á piñonear, voz tomada del diccionario de los andaluces. Cumplida la edad, los que tratan de obtener la facultad de rondar, entregan tres pesetas al presidente del dicho tribunal garrotesco, que se gastan por la noche en aguardiente, en celebridad del ingreso del jóven en el gremio de los rondadores; siendo castigado sin apelacion el que se atreve á usar de esta facultad sin los requisitos indicados. Una escena de esta especie presenciámos aquella noche al dejar en paz á la hija del tio *Sabañon*, cuya torta y avellanas les sirvieron de aliciente para apurar los sendos vasos de aguardiente, producto de las tres pesetas, y que el nuevo rondador sirvió á los demas sin probarlo él, por ser este el ceremonial, recibiendo de todas partes enhorabuenas por pertenecer ya á tan escogida é independiente clase. Concluido este simulacro de consagracion, siguieron todos calle

abajo, acompañando los mas de ellos aquella desentonada orquestra con estupendos y atronadores rebuznos, con los que anuncian su llegada á las amarteladas alcarreñas que al dia siguiente, para manifestarles el desvelo que pasan por ellos, les dan noticia de las veces que les han oido rebuznar, á la manera que las damas de otros tiempos contaban los suspiros que al compas de su laúd exhalaban los tiernos trovadores entre las amorosas y dulcísimas endechas que al pié de sus rejas entonaban; siendo lo mas particular entre estas damas de la Alcarría, que se engrían y muestren orgullo de que sus adoradores imiten con perfeccion en sus rebuznos al pacífico animal de quien son propios; y verdaderamente no deja de tener mérito esta habilidad de rebuznar; única circunstancia que falta á muchos que conozco yo, para asemejarse enteramente al cuadrúpedo en cuestion.

No habíamos aun andado veinte pasos, cuando uno de los directores de la fiesta insinuó que se debia preferir en la serenata á la sobrina de la *Conejera*, su adorada prenda; y así era preciso se dirigiese la comitiva á su casa con preferencia á las demas: pero á esta peticion le sucedió lo que sucede en el Congreso con la mayor parte de las que se presentan, pues encontró una oposicion decidida por parte de algunos de sus compañeros que reclamaban para sus respectivas prójimas un privilegio igual; alegando uno de ellos en abono de su demanda, haber gastado aquella noche diez cuartos para encordar una de las guitarras, por lo que reclamaba la preferencia de la música á favor de su novia, la nieta del tio *Lechuza;* y entre si habia de ser la privilegiada la *Conejera* ó la *Lechuza*, pasaron de las insinuaciones á las amenazas, de las amenazas á los insultos, de los insultos á los bofetones, de los bofetones á los garrotazos; y divididos los mozos en dos partidos, menudeaban los golpes de tal manera, que mis amigos y yo por prudencia nos retirámos con paso un tanto apresurado huyendo de aquel encarnizado combate entre *lechuzos* y *conejos*. A la mañana siguiente supimos que de la nocturna batalla habia salido dos cabezas abiertas y cuatro brazos rotos, amen de algunas contusiones en las espaldas, y que los que habian quedado sanos se hallaban en

la cárcel á disposicion del juez de primera instancia que habia empezado en este asunto por la prision de los agresores, y del escribano, que habia empezado por su parte por el embargo de sus bienes con la santa y caritativa idea de asegurar las venideras costas: único objeto y fin de la justicia entre esta clase de aves de rapiña que Buffon no se acordó de describir.

Haciendo reflexiones nos encontrábamos sobre la anterior ocurrencia, cuando el tio *Mediacapa*, en cuya casa nos hospedabamos, exigió de mí le acompañase de hombre bueno á un juicio de conciliacion que iba á celebrar con el tio *Vigornia*, actual cobrador de contribuciones: no pude ménos de acompañarle, de lo cual me alegré despues por la siguiente chistosa escena que tuve ocasion de presenciar.

Sentado el alcalde sobre una mugrienta silla, y teniendo delante un antiquísimo arcon que hacia las veces de mesa, al entrar nosotros, dijo con voz de autoridad, y sosteniendo la barba con la mano izquierda: — Se va á escomenzar el juicio; el tio *Mediacapa* diga pues lo que le dé la gana sobre el particular. — Entónces mi cliente, metida la mano derecha en el pecho y la izquierda en el bolsillo del calzon corto que usaba, se esplicó de este modo: — Bien sabe su mercé lo atrasado que me encuentro y la miseria en que viven mi mujer y los nueve hijos que Dios se ha servido darme y que creo llegarán muy pronto á diez segun he sabido esta mañana. Pues ha de saber su mercé que el tio *Vigornia*, que está presente, me buscó hace medio año para que condujere á Madrid á un comandante con su mujer y dos cadetes, diciéndome que él me pagaria el importe de los bagajes de los fondos de propios del Ayuntamiento que, con perdon sea dicho, por lo que voy viendo, solo son propios del tio *Vigornia*. Y así, señor alcalde, quiero que su mercé le mande satisfacerme esa cantidad, que ya podia haberlo hecho con lo que se está gastando con la mujer del *Chato* que segun malas lenguas.... — Señor alcalde, interrumpió el tio *Vigornia* enseñando los puños, no permita su mercé que me insulten; porque si no se me administra justicia, yo me la tomaré por mis manos; dejemos en paz al *Chato* y á su mujer

porque si no, yo tambien diré lo que el tio *Mediacapa* está haciendo con la hija del tio *Besuguillo;* dando que reir al diablo todos los dias, y escandalizando á todo el pueblo. — Basta ya, dijo el alcalde, de esos asuntos tan puercos, y vamos al que nos está ocupando; siga usted, tio *Vigornia.* — Ya no tengo nada que decir. — ¿Y usted tiene que decir algo mas? — Solo que su merced esamine bien ese documento que me ha escrito hoy mismo el sacristan, y en él verá el comprobante de mi pretension. — Leyó el alcalde el documento presentado por el tio *Mediacapa*, que yo copio del original, y no quiero defraudar de él á mis lectores.

Decia así: — Nota que yo Martin Moreno *Mediacapa* presento al señor alcalde de la cantidad que me debe el tio *Vigornia* por haber llevado á la corte los bagajes siguientes:

1.º Un comandante; un macho ..... 20 r.
2.º su muger; — una borrica 14
3.º dos cadetes; — dos pollinos ... 30
Total de bestias: cuatro. Importan.. 64 rs.

MARTIN MORENO.

Segun la redaccion del anterior documento, copiado á la letra del original, no se puede saber si el total de la cuenta se referia al comandante y su familia, ó á las bestias que los trasportaron á la capital.

El alcalde, oida la evasiva contestacion del cobrador de las contribuciones, mandó que este pagase inmediatamente la suma adeudada, amen de doce cuartos al alguacil que le citó, y tres reales á su merced por los derechos que, segun su legislacion particular, le competian.

Al dia siguiente nos llevaron á visitar los *pasos*, que son una porcion de magníficas estatuas de piedra que representan la pasion de Jesucristo, existentes en un oscuro subterráneo de una capilla estramuros del pueblo, y fabricadas por los cristianos refugiados en aquel sitio cuando los moros dominaban aquella poblacion, segun nos esplicó, refiriendo algunos milagros, el *Cicerone* que nos guiaba.

Preguntando uno de mis compañeros por qué una bella estatua de Júdas tenia las narices de yeso siendo lo demas de piedra, nos contó que de tiempo inmemorial se encontraba

de esa manera á causa de que una vez en semana santa, época en que el pueblo sube á rezar, un mozo indignado de que Júdas hubiese vendido á Jesucristo, le pegó un garrotazo, en su cristiana exaltacion, y le echó las narices al suelo; costumbre que se repite todos los años, siendo un triunfo entre los mozos el derribárselas primero, habiendo sucedido algunas veces grandes riñas entre ellos por atribuirse la preferencia en tan santa mutilacion, que dura todo el tiempo de la cuaresma; pues pasado este, le pegan al apaleado Júdas unas nuevas narices de yeso, que han de ser despegadas en el año venidero á impulsos de un nuevo garrotazo.

Algunas otras costumbres particulares y raras podia relatar en este artículo; pero ha salido ya demasiado largo, y bueno será dejar tela cortada para otro dia.

JUAN RICO Y AMAT.

MODAS DE PARIS.

Ya que pusimos á nuestros lectores al corriente de las modas de Lóndres: justo es que les enteremos de las que imperan en la capital de Francia. *Traje de paseo (toilette de promenade) para caballeros.* Los sombreros están mandados recoger. Solo se estilan en los salones de baile, en los términos que mas adelante esplicaremos. Para abrigo de la cabeza se llevan pelucas enormes, hechas de melenas de perro de aguas pintadas de azul celeste ó carmesí. Los fraques son de suela charolada. Ya no se estilan botones; en su lugar llevan todos los elegantes un par de huevos duros ó pasados por agua en medio de la espalda del frac. El pantalon es de grana con galones de plata y trabillas de papel. Nadie lleva camisa, chaleco ni corbatin, y para preservarse del frio, es de gran tono fumar en los sitios mas concurridos, para cuyo caso se lleva á prevencion una pipa en el bolsillo izquierdo del pantalon. Los guantes se usan

de damasco rellenos de paja. Las botas de paño negro. *Traje de baile para señoras.* El peinado á la *coup de vent* con una pluma de cola de gallo, está muy en uso *(est surtout fort en vogue).* Jubon negro de carton con manga corta. Vestido de mahon *(nankin)* con una almohada que abulte el tafanario. Medias azules de estambre y zapatos de terciopelo carmesí. Los ramilletes de flores naturales, las joyas y antiguos abanicos *(bijoux et éventails anciens)* han sido sustituidos por un gordo salchichon de Vich, que empuñan con una gracia singular las mas elegantes coquetas de Paris.

El traje de baile de los caballeros es sumamente sencillo. Consiste en sombrero, frac, pantalon, medias y zapatos, todo de hule y muy ajustado. El sombrero no se quita para bailar, pero se lleva bastante ladeado. El frac es de manga corta; los guantes blancos de algodon. Al romper la orquesta acompañan todos los elegantes de ambos sexos sus primeras piruetas entonando la cancion siguiente:

La vie est un voyage,
tâchons de l'embellir;
semons sur son passage
les roses du plaisir.
Tra la la la la la . .
Ave María
gratia plena
tra la la la la la.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

COSTUMBRES RUSAS.

San Petersburgo 6 de febrero de 1844.

Gracias á mis amigos, pude conseguir dinero para el viaje. Gracias á mi dinero logré un asiento en las Peninsulares, y gracias á estas, salí de la corte, no sin sentimiento de perder por algun tiempo los goces y guaridas que en Madrid me habian proporcionado mis diez años de permanencia. Metíme en la diligencia como Pedro por su casa, despues de calcular

y temblar y recelar y reflexionar qué clase de compañeros me tocarian. Decia yo, porque sabia que todos los asientos estaban ocupados legítimamente; si á cada uno le diera la gana de ser un hombre gordo, y quien dice un hombre dice una mujer, ¿qué seria de mi cuerpo y de mis brazos y de mis piernas atravesando en prensa tantas leguas? Y se conoce que mis compañeros de viaje, que ya estaban acurrucados cuando yo monté, abrigaban el mismo temor; porque cuando les anunciaron mi llegada, sacaron la gaita por la ventanilla y esclamaron con tono de satisfaccion: ¡Albricias, que tambien es delgado! Tocóme buena gente en honor de la verdad, y no aventuraré nada en decir que tambien yo simpaticé con los viajeros. A la media legua escasa de camino, todos sabíamos nuestras vidas y milagros; sacámos cada uno nuestra merienda, y tomámos aliento para conseguir con ánimo tan larga y penosa espedicion. Mi compañero de la izquierda, jóven del año setecientos y pico, abogado segun nos dijo, y no segun las apariencias, traia sumergido en un bolso del chaleco un frasco de licor de apio, que nos brindó sin duda de muy buena voluntad, y nosotros porque no dijera se lo bebimos con la mejor fe y sinceridad del mundo. Valia este ciudadano un caudal para compañero de viaje, sino fuera por un maldito mozo que tiene en casa, á quien él llama su *cachican*; porque sin duda le viste de deshechos, y aunque una prenda se le caiga de mugre, ántes que tirarla, prefiere ir incomodado todo el camino á que su *cachican* carezca de ella. Digo esto, porque cuando rompimos la marcha le vimos un sombrero entre las piernas, que desde que hay sombreros en el mundo no se ha visto cosa mas detestable. Era de una cosa que en algun tiempo fué seda sobre fieltro y ahora tenia honores de grasa sobre sebo. Si le hubieran arrimado una mecha, arde él, arde la diligencia y ardemos todos como hachas de viento. Era mas que viejo, porque los viejos solo se quedan calvos de la cabeza, y él no tenia un pelo en todo el cuerpo. El ala habia volado para siempre á pesar de que su amo le daba muchas alas con sus caricias: la copa era tan pequeña que no podria uno emborracharse aunque se la bebiera llena de ron; y por último, lo mejor que tenia era

la cinta de una seda blanca muy parecida al bramante. Picados todos de la curiosidad, preguntámos al camarada qué destino reservaba para aquel mueble tan inútil. ¿Cómo que inútil? nos contestó el amigo: si está casi nuevo, dejen ustedes que le pasen la plancha, y verán cosa de gusto. A fe que le está esperando mi *cachican*, que si no fuera porque va á contraer matrimonio, y le quiere estrenar aquel dia, maldito si yo enajenaba este glorioso recuerdo de mis antepasados. Y esto diciendo, le tomó con ambas manos con mas cuidado que si llevara un niño Jesus de cera ó un castillo de dulces. Entre estas y las otras, pasámos los Pireneos con un frio que nos soplábamos las uñas. Echámos un sueño, y cuando despertámos deseosos de tomar un refrigerio, y mas de estirar las piernas, preguntámos al mayoral que cuándo mudaban el tiro. Ya pronto, respondió el de la diligencia, en llegando á Moscow. ¡A Moscow! exclamámos todos los viajeros asombrados. ¡Sí señores, á Moscow! replicó el mayoral; y dando cuatro latigazos á las mulas, prosiguió la marcha cantando:

En Cádiz tropezó un fi
y en Sevilla se cayó.
Le fué rodando hasta Francia
y en Rusia se levantó.

Paró por fin el coche, bajámos á comer, y por unas patatas fritas con agua, que nosotros llamamos cocidas, nos hicieron aflojar un duro por barba. Nosotros decíamos que eran cocidas, y el posadero sostenia que eran fritas; y nosotros contestábamos ¡que no son fritas! y el posadero replicaba ¡que no son cocidas! y entre estas y las otras, y sobre si fueron fritas ó fueron cocidas, se armó una de palos, que ya me pesaba haber salido de Madrid, como á Don Frutos Calamacho haber abandonado á Belchite.

Harto de llevar las piernas encogidas, tuve por conveniente no volver á montar en la diligencia, y continué mi camino en el caballo de San Francisco. El termómetro apuntaba 10 bajo 0, y yo creí perder las narices de frio, como sucede por esta tierra á mas de cuatro. Encontré muchos

caminantes sin orejas, sin narices y sin dedos, y eso que se toman muchas precauciones, y apénas sale un hombre de su casa sin llevar un brasero en la tripa colgado como quien lleva una caja de fósforos; pero amigos mios, en Rusia hace mucho frio, principalmente en Moscow desde que le quemaron sus habitantes con motivo de la invasion de Bonaparte. Yo espero salir pronto de esta tierra de nieves, y aunque me derrita los huesos pienso no parar hasta la línea equinoccial donde los pájaros se achicharran de calor.

Cosas muy originales tengo que contar de Rusia. Sus costumbres son tan chocantes, que á cada paso ofrecen espectáculos increibles á los hijos de mediodía. Aquí come el que tiene pan, y el que no, ayuna; pero lo mas admirable está en que todos comen por la boca, huelen con las narices, oyen con las orejas y andan en dos piés, escepto algunos que andan en cuatro como en España, no sé si por instinto, ó porque no les han enseñado mas. Lo que no me estraña nada, porque estoy acostumbrado á verlo en mi tierra todos los dias, es que por acá los pobres son millonarios y los ricos piden limosna. Los jóvenes están todos con un pié en la sepultura, y los viejos empiezan á vivir. A los soberanos se les trata como si fueran verdugos, y los verdugos mandan y tienen vasallos y condecoraciones y tratamiento de Majestad. Hasta los virtuosos son malvados, hasta los liberales son serviles, y hasta los creyentes son ateos. Todo anda trocado por esta tierra, señor Ayguals: no venga usted por aquí, donde los literatos están podando viñas, y los labradores hablan de literatura, que es de ver á estos patanes criticar á los ingenios y dirigir la opinion pública. El año pasado un mozo de labor que era alcalde, metió preso á su amo. Es verdad que luego el amo le despidió, y desde entónces que no come; pero por un gustazo ¿quién no lleva un trancazo?

Lo que divertiria á cualquiera de esta tierra lo mismo que á mí, es el ver todas las profesiones trocadas. Es de ver al cura tomando el pulso á los enfermos, y el herrador cantando misa y confesando á los devotos. El sacristan afilando tijeras, y el boticario gritar por la noche en la calle

las doce en punto .... y sereno!!! Aquí cortan el pelo y afeitan los carpinteros con el escoplo y la azuela; y yo por mis propios ojos he visto á un sartenero estañar las patas á un galgo que se perniquebró cayéndose de la cama. Y pórque el perro no sanó, quisieron formar causa al calderero y embargarle los bienes, á lo que el pobre hombre contestó: ¿qué bienes, señores, si no tengo mas que una burra vieja, que está para entregar el alma al Redentor?

Me olvidaba lo mas interesante de las costumbres rusas, que es la parte de diversiones. He estado en el teatro de Moscow, que es un puerto de Guadarrama: he dicho poco, es el Polo Glacial; pero la compañía, no he visto cosa mas caliente y destemplada, no sabe hacer mas que tragedias. Algunas veces parecíame oir los versos de Breton de los Herreros y Don Ramon de la Cruz; pero luego me desengañaba de que lo que presenciaba no era sainete ni comedia de costumbres, porque en este género de composiciones no hay catástrofe, y las funciones que yo he visto, todas han acabado en una espantosa y sangrienta degollacion. Salió una noche el autor á anunciar que al dia siguiente se despedia la compañía con la representacion de Cárlos II. ¡Pobre Cárlos II! Los trajes no eran malos, pero habia anacronismos y contrastes tan graciosos como una Ines con ropaje antiguo y peinado á la moda, y un fray Froilan con barbas de capuchino y hábito de dominico. Sin embargo, la funcion fué completa; porque para darla mayor interes, convino la empresa en rifar ¿qué dirán ustedes? *¡un carnero!!!* Apénas podia yo creer lo que escuchaba. Se han visto en el mundo monstruosidades, como niños de tres cabezas y corderos con cuatro patas; pero rifar un carnero en una funcion dramática es un fenómeno que no han visto los nacidos. Merece ser embalsamado el autor de la ocurrencia, y ocupar un lugar preferente entre los bichos raros de la Historia Natural. Con mas miedo que si metiera mano en cántaro para salir soldado, presenciaba yo la rifa del carnero, rogando vivamente al cielo que no me tocara la suerte de llevar los cuernos á casa; pero no me valió. Parece que la suerte dijo para mí, al que no quiere caldo, la taza lena: y así fué, salió el 121 premiado, que era exactamente

el número de mi asiento. Corríme al pronto de vergüenza: pero luego dije: venga la pieza, que mas vale algo que nada: puede que, si Dios me ayuda, dentro de un siglo tenga una piara de dos ó tres mil cabezas de ganado; y estoy resuelto á dar al carnero una vida como un obispo. Ocurrióme alguna dificultad al tiempo de bautizar la criatura, porque llamarle Cárlos II hubiera sido rebajar la dignidad del carnero. Llamarle fray Froilan, sobre ser impropio, tiene algunos visos de reaccion; por lo cual determiné llamarle *el hechizado*. Solo me resta decir por hoy, que pian pian me vine con mi *hechizado* á esta aldea de San Petersburgo, donde permaneceré hasta que las nieves me dejen tomar otro rumbo. Aquí estoy sin saber de ustedes, ni de los compañeros de diligencia, ni del cachican cuyo sombrero tan alegres ratos me dió durante el camino.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

MODOS DE PASEO.

Los recien casados salen á paseo de bracero llevando un perrito galgo como símbolo de la fidelidad. La novia debe aparentar calor aunque sienta frio. De ahí proviene el llevar la capota caida. Las capotas á la *dernier* son embudos guarnecidos de papel dorado. Las sombrillas han ido reduciéndose hasta tal punto, que las señoras mas elegantes llevan un solideo unido á un saca-trapos. El chal es de estera fina de Elche. El vestido debe tener mucho vuelo para que quepa debajo el *armador* de corcho ó de algodon, y tan largo que no se vean los piés á fin de poder ahorrar el gasto de medias y zapatos.

Los caballeros llevan el sombrero de terciopelo carmesí, copa elevada, ala ancha y arremangada por detras. El uso de un gran cuello de camisa está tan en voga, que los mas elegantes se ponen el cuello en el cuerpo y los faldones muy almidonados salen de la corbata de suela que es tambien bastante alta. La barba á lo *patriarcal* es signo de buen

gusto, así es que los jóvenes de gran tono que son por naturaleza imberbes, la llevan postiza de esparto de Cartagena ó de Almería. Sigue la moda de los higos secos por botones y del baston de tambor mayor. Los guantes tanto para señora como para caballero son de damasco, el de la mano derecha carmesí y el de la izquierda amarillo. Se ajustan á la muñeca por medio de un bramante ó un poco de pan mascado.

Las señoritas solteras mas elegantes van por el Prado saltando sucesivamente una por encima de otra gritando:

A la una le daba la mula.

A las dos le daba la coz.

A las tres los tres hijos de San Andres; 1, 2 y 3

A las cuatro brinco y salto.

A las cinco salto y brinco.

A las seis machaca la vieja los ajos en el almirez; machácalos bien que son para comer, machácalos mal que son para cenar.

A las siete tente capiruchete etc.: miéntras que los papás y las mamás las siguen atracándose de melon.

.....

LOS REYES.

Habia en un pueblo de Galicia dos hermanos gallegos, que eran naturales de Galicia, pues tambien puede haber gallegos de otras provincias, y lo voy á probar sin catarlo. Cuando un castellano viejo, de Castilla la Vieja, echa una fanfarronada se le dice que es muy andaluz, si es testarudo, vizcaíno; y si tiene todas las cualidades que se atribuyen á los hijos de la ribera del Miño, gallego le llaman y con gallego se queda. No es mi ánimo ofender á los hijos de Galicia; ántes por el contrario, su carácter bellísimo y servicial, su corazon leal y fiel á prueba de bomba, y sus formidables costillas á prueba de cuba, les hacen en general acreedores á la consideracion de los españoles; pero voy á decir lo que todo el mundo dice de lo

gallegos, en lo cual habrá una mezcolenza de agrio y de dulce, de feo y de bonito, de grande y de pequeño, de malo y de bueno, de blanco y de castaño oscuro.

Cosas buenas que se dicen de los gallegos: estas equivalen á la mitad de las obras de misericordia que ascienden á siete, á saber: fieles porque raro es el gallego que espera hacer fortuna por malos medios, y es tal la reputacion que gozan en esta parte, que en Madrid, donde un ministro cuando quiere visitar á un amigo necesita llamar y decir quién es, y manifestar lo que quiere al criado que si no está bien seguro de la bondad del que llama no le abre la puerta; en este mismo pueblo, repito, los aguadores entran en las casas á todas horas del dia y de la noche aunque haya mujeres solas, y aunque las casas estuvieran embaldosadas con ochentines. (Entre paréntesis, me gustaria mucho vivir en una casa de tan buen piso.)

Otra de las buenas cualidades que se atribuyen á los gallegos de Galicia, es la de ser amables y esta proposicion creo que merece ser aprobada por unanimidad; la tercera es la de ser humildes; ¿se procede á la votacion? queda aprobado. Se dice en cuarto lugar que son trabajadores y en quinto que son honrados. Estas dos cualidades pueden confundirse en una, porque para mí un hombre honrado debe ser trabajador, y no concibo un hombre trabajador que no sea honrado. Es así que los gallegos son trabajadores, ergo los gallegos son tambien honrados á carta cabal.

En sesto lugar se dice que los gallegos son forzudos; los que se levanten dicen que sí, los que lo duden que vayan al patio de la aduana y hallarán hombres capaces de cargar con un carromato y llevárselo á cuestas hasta Paris de Francia, porque hasta Paris el de Madrid seria muy poca cosa. Y ahora que viene á pelo, vean ustedes que cosa tan rara; los forasteros creen que Paris es mil veces mas grande que Madrid; y los franceses llaman á Paris la gran ciudad, la capital del mundo, siendo así que Paris no solo cabe dentro de Madrid, sino que apénas ocupara en el paseo del Prado unos tres ó cuatro mil piés superficiales.

La sétima cualidad recomendable de los gallegos es la de

ser buenos soldados, y de esta hay quien quiere rebajar la mitad del valor, diciendo que son buenos soldados de á pié, pero malos para la caballería; esta parte en mi concepto debe quedar tambien aprobada con la enmienda y ya tienen ustedes discutidos y aprobados siete artículos que hubieran ocupado siete meses á un congreso de diputados.

Vamos á la parte lastimosa. Son acusados los gallegos de ignorantes; y en prueba de ello cuando se quiere referir un cuento en que el protagonista es, no un pobrecito sino un pobrezote, se dice que el lance le pasó á un gallego. Tambien se les acusa de tacaños, y es tan general esta idea, que cuando se trata de tachar á un hombre de interesado y roñoso, se dice que es como un puño ó como un gallego, de lo cual se deduce que los gallegos son iguales á los puños, por aquel axioma de que dos cosas iguales á una tercera, son iguales entre sí. $4+2=6$ y $3+3=6$, luego $3+3=4+2$, y está probado matemáticamente.

Y por último, se critica á los gallegos de tener fatales estremidades: malas manos y malos piés, y esto no carece de fundamento, porque una pisada de un gallego es capaz de producir una gangrena en piés castellanos, y respecto á las manos preguntemos á los jugadores de billar que cuando tienen una bola media vara de la tabla dicen que no hay mas que cuatro dedos de gallego.

Pero vamos al cuento: habia dos gallegos que ademas de ser gallegos eran hermanos: uno se llamaba Toribio y otro Bartolo, de los cuales el último decidió venirse á Madrid á ganar la vida como lo habian hecho sus padres y sus abuelos. Poco tardó en disponer el viaje; tomó Bartolo un morral con un par de camisas, unos calzones y la merienda, y echándose los zapatos al hombro tomó el tole hácia la capital de España. No habia andado Bartolo trescientos pasos cuando dió un tropezon y se rompió un dedo. Esto cualquiera lo hubiera tenido por una desgracia ménos Bartolo que, resignándose con el dolor fatal dijo muy conforme: «¡Oh qué fortuna la de ir descalzo! si llevo el zapato puestu me lu rompu!» Siguió maestro Bartolo todo el camino sin mas novedad pensando siempre en escribir á su hermano Toribio á quien

queria entrañablemente: con efecto, á los dos dias de estar en Madrid enristró la péñola y puso á su hermano la siguiente carta en su idioma, que yo me he tomado la libertad de medio traducir al castellano.

«Queridu hermanu Turibiu: Llegué á esta corte felizmente la víspera de lus Reyes y te voy á contare lo que pasóme. Dijérunme que en dia tal, todus lus buenus cristianus van á esperar á lus Reyes, y que para verlus megore, habia de cargare con una escaleira. Abracéme á la escaleira por ver lus Reyes el primeru, con tantu gozu como si te abrazaré á tí. La noche era fria y aindamais cain unos copus de nieve como mi monteira, y toda la noche andubimus de Heroides á Pilatus; mas lléveme u demu si lus Reyes nu estaban mas allá de Santiajo. Peru en fin me dierun bien de cenare; echámus un tragiñu de licore, y si bien me hicieron resfriare, bien el estómago calentéme. Ya soy venturosu; ya no envidiu á lus mas poderoisos de la nostra terra, saberás comu compréme una plaza de aguadore que te ofrece para lo que gustes mandare tu hermanu

Bartolumé.»

Efectivamente, hay en Madrid, en el pueblo mas culto de España costumbres tan ridículas y chocarreras que harian poco favor á la aldea mas miserable y atrasada. Una de las escenas grotescas que no ha podido destruir la ilustracion, es la que se ofrece en la llamada noche de Reyes. Vayan ustedes á la puerta del Sol y verán lo que es bueno y barato: desde léjos se siente un gran ruido de cencerros y zambombas que parece que va á pasar una procesion de demonios, y lo que pasa es un gallego cargado con una enorme escalera, acompañado por una multitud de granujas que le van alumbrando con sendas hachas de viento. Otros le dan una música infernal de cencerros, y trayendo y llevando al inocente que lleva la carga de aquí para allá y de allá para acá, atraviesan la poblacion doscientas veces en medio de las carcajadas y los silbidos de la multitud.

Yo no creo que la preocupacion llegue al estremo de que todos los que cargan con la escalera vayan de buena fe á esperar la venida de los Reyes magos; pero algunos estoy

convencido de que lo creen tan de veras, que cuando amanece el dia seis sin haber visto á los Reyes, se llevan un chasco solemne; hay otros que saben lo que pasa, pero si les dan de cenar y un par de pesetas, son capaces de cargar con la escalera haciendo á las mil maravillas el papel de tontos. Sea por preocupacion ó por malicia, me parece sensible que tales costumbres hayan sobrevivido á otras mucho mejores que han caducado.

Sin embargo, se conoce que Bartolo con solo entrar en Madrid se civilizó un poco, pues cuando estaba en su tierra se llamaba Bartolo á secas y luego hemos visto que en su carta se firma Bartolomé: lo cual no debió sentar muy bien á Toribio, que sin duda atribuyó el *mé* á un esceso de orgullo que su hermano tenia de verse en Madrid, con lo cual querria dar á entender que era mas que todos los gallegos que no habian abandonado la tierra. Digo esto porque á los pocos dias de escribir Bartolo á su hermano recibió la contestacion en estos términos:

«Mi estimadu hermanu Bartolu: Me alegru muchu que haigas llegadu con la cabal salud que para mí deseu; la mia buena á Deo gracias. Tambien me alegru que te diviertas tantu, y que puedas ya cargare cun la cuba, pues ya te consideru tan grande home comu Deo, que al fin cargare con la cuba ó cargare con la cruz todu es cargare. Solu sientu y me pesa lléveme u demu que tengas tanta vanidade porque estás en la corte, que te firmas Bartolu-mé y no Bartolu comu Deo manda, y lo que yo te puedo decir es, que si porque estás en la corte te firmas Bartolumé, yo que me estoy en mi tierra me firmu

Turibiu-mé.»

No he vuelto á saber nada de Bartolo ni de la correspondencia con su hermano: si por casualidad descubro alguna cosa mas se la contaré gustoso á mis lectores.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

DISTRACCIONES DE DON ANACLETO.

Don Anacleto está empleado en la aduana. Tiene la costumbre de desayunarse con una taza de té con leche, que al ir á la oficina, toma en el café nuevo. Suele con frecuencia meterse en cierta botica que hay inmediata al café, y dando un par de palmadas en el mostrador, grita muy serio: «mozo una taza de té.» Sale el boticario, y reconociendo Don Anacleto su equivocacion, le pide mil perdones, olvida su desayuno y se dirige precipitadamente á la oficina. Allí encuentra á su jefe, y ciego de cólera, le toma por el criado y le reconviene agriamente porque todavía no ha arreglado el brasero. Lo mas particular es que esto acontece en el mes de julio. En cambio entra en el despacho un mozo de cordel, y haciéndole Don Anacleto mil cortesías, le presenta varios documentos para firmar.

Rara vez deja Don Anacleto de llevar su pluma á mojarla en la salvadera, cuando escribe, y al concluir algun estado, carta ó factura que le ha costado algunas horas de ímprobo trabajo, coge muy satisfecho de su obra el tintero, y derrama sobre ella la tinta creyendo ponerle arena. Hay pues que empezar la tarea de nuevo, y como Don Anacleto es corto de vista, nada puede escribir sin antiparras. Las busca por todos lados, y las benditas de Dios no parecen. Se arrodilla y revuelca por debajo de la mesa mojándose las manos en ciertas cosas que relucen como los cristales de sus anteojos; pero estos no parecen, y el bueno de Don Anacleto se desazona hasta el punto de saltársele las lágrimas de rabia. Entónces para enjugarlas lleva una de sus manos á los ojos y tropieza con las benditas antiparras que creia perdidas y ha tenido impertérritas en sus narices.

El es de quien se cuenta que encontrándose un dia con uno de sus mas íntimos amigos, le dijo: «Señorita, con que su mamá de usted sigue difunta?» Y una vez que otro de sus amigos le notició la muerte de un pariente, contestó muy tranquilo: «Bah! yo espero que su enfermedad no será cosa de cuidado.»

Cuando anda por la calle, empieza su conversacion con un amigo, y á lo mejor se junta con otra persona siguiendo la misma conversacion; si esta persona le hace reparar en su distraccion, suelta Don Anacleto grandes carcajadas, retrocede algunos pasos y coge del brazo á un caballero que juzga es su primer compañero. Empieza á censurar la conducta de cierto Don Bonifacio su vecino, y á decir pestes del modo que se deja gobernar por su mujer, hasta que la cólera del agraviado que suele insinuarse con algun bofeton ó puñetazo asaz elocuente, hace ver á nuestro distraido que estaba hablando con el mismo Don Bonifacio.

Mi señor Don Anacleto es aficionadísimo á los huevos pasados por agua; no cena otra cosa. Sabe que, por regla general esperimentada por los mas hábiles cocineros, bastan cuatro minutos de submersion para que el huevo cocido tenga su verdadero punto. Pone mi héroe su cafetero en la lumbre, y cuando hierve el agua coge con una mano su reloj y con la otra un huevo; pero vagando su imaginacion por regiones aéreas, sumerge su reloj en el agua, y contempla maquinalmente el huevo para sacar el reloj bien cocido á los cuatro minutos.

Cuando Don Anacleto encuentra en la calle alguna pasiega que lleve en brazos algun niño de sus amigos, se acerca con amabilidad á la pasiega, la hace tiernas caricias, la da un beso, y luego dice al chiquillo: «Dará usted un recado á los señores.»

Jamas ha llevado Don Anacleto bien botonado el chaleco: regularmente coloca el primer boton en el tercer ojal.

Un dia que debió entrar no sé por qué negocio en uno de los aposentos de palacio, le hicieron dejar el baston á la puerta. A su salida estaba su baston junto al del mismo portero. Tomó el uno por el otro y se fué muy serio á pasear por el Prado hecho un tambor mayor.

Aunque algunas distracciones suelen darle malos ratos á mi distraido, no es esto lo mas comun, pues generalmente suele distraerse Don Anacleto en provecho suyo. Si toma algo con sus amigos en el café, nunca es él el pagano. Si su casero no está muy á la mira del vencimiento del alquiler,

á buen seguro que no será Don Anacleto quien se acuerde. Seria no acabar si tratase de enumerar todas las distracciones de mi héroe. Concluiré pues con la que le ocurrió al pié de los altares cuando estuvo á punto de casarse, y por una de sus distracciones acabó á monterazos, como suele decirse, la solemnidad del acto.

Don Anacleto se mandó hacer un traje de boda muy elegante. Estaban muy en boga los pantalones ajustados; pero el sastre se los hizo tan estrechos á Don Anacleto, que este estaba sufriendo lo que no es decible miéntras duraba la santa ceremonia. Maldita estrechez! decia repetidamente entre dientes el novio cuando sentia el dolor que le causaban sus elegantes pantalones. Yo estoy por lo ancho, añadia para sí el pobre Don Anacleto. En esto llegó el caso de hacer el cura al novio la pregunta de costumbre. ¿Quereis por esposa á Doña Hortensia?... y el pobre novio, á quien mas que nunca estaban atormentando sus pantalones, repitió: «No mas prendas estrechas! No quiero eso.» ¿Qué dice ese hombre? esclamaron todos atónitos, y él figurándose estar entre los aprendices del sastre «sí señores, repetia colérico, y no quiero eso: yo estoy por lo ancho, por lo ancho;» y á consecuencia de estas espresiones hubo una pelotera de San Quintin, y mi Don Anacleto perdió una novia riquísima, por no ser aficionado á pantalones angustos.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EL DIA DE SAN ISIDRO.

¡Anda salero! ¿Despues de tanto como se ha dicho del dia de San Isidro me vengo yo con estas once ovejas? .... ¿Y qué quieren ustedes? ó llego á tiempo ó no llego á tiempo; si llego á tiempo bien me pueden ustedes perdonar, pues á cualquier desdichado de este mundo se le dice: «Dios le perdone si llega á tiempo» y de esto á rondar un año, estoy por lo primero porque mas vale llegar á tiempo que rondar un año. Si no llego á tiempo, paciencia; harto trabajo es el

mio, y como decia un enfermo que tenia un grano muy gordo, viendo que el médico no le aplicaba remedio ninguno, entretenido en probar la escelencia de la paja para los sombreros: señor doctor, basta ya de paja; al grano, al grano.

Y el grano es San Isidro de Madrid que es un grano mas que regular y sino es mas que regular por lo ménos no es un grano de anis. Es el caso, que todos los lugares de España tienen un patron ni mas ni ménos que las modistas para hacer chalecos de moda, solo que los chalecos suelen parecerse á los patrones mas que los pueblos, y sino dígalo Madrid que teniendo por patron un santo de reja y arado es el pueblo ménos agricultor de toda España. Y ya que va de equívocos hasta en esto se diferencia el pueblo de la soldatesca: los pueblos se contentan con un patron y los soldados necesitan una patrona para cada jornada.

Estos patrones de los pueblos son obsequiados con gran pompa y solemnidad por sus protegidos todos los años el dia de su nombre. Solo que aunque son santos no admiten besamanos como otros que no lo son, y lo mas que hacen es conceder un par de dias de crápula y jaleo. En unas partes se celebra la funcion con novillos, en otras con dulzaina ó tamboril, y Madrid que está por lo positivo, con llenar el estómago de cosas que sepan bien y se peguen á los riñones. Esta es la ménos necia de las solemnidades *patroniles*.

En primer lugar notaremos que la funcion de San Isidro se divide en dos. Fiesta para los señores, y fiesta para la gente comun. Los primeros van la víspera por parecer señores aunque sea á pié y sin dinero; porque es mas tónico andar á pié la víspera que en coche el dia. El vulgo ó populo ó gentuza, como yo, vamos el dia 15 que es lo mas racional, y dejémonos de cumplidos. A fe que mas de cuatro van desertando de nuestro gremio y acabarán por confundir las clases; ó los señores, viendo que las chaquetas invaden el territorio de las levitas mudarán de parecer y se volverán las tornas. Sea como quiera yo estoy por ir cuando se me antoje, digan lo que digan; porque lo mismo hay que ver y que andar y que comer el dia ántes que el dia despues. El que tiene para pagar carruaje tiene todo lo que puede ape-

tecer, si ademas lleva merienda. Los que no tenemos mas que nuestros piés nos fastidiamos doble, porque sobre la carga del camino tenemos la del pontazgo, que aunque no se llame pontazgo es cosa de pagar, y de haber de pagar, lo mismo se me da á mí que se llame contribucion que pontazgo, que alcabalas, que lanzas, y que medias-anatas. Hablo de la contribucion de 8 mrs. de ida y 8 mrs. de vuelta, total 16 mrs. que tiene que aflojar un prójimo por pasar unos cuantos palitroques, por milagro del Santo sostenidos, á los cuales hay personas tan descaradas que dan el nombre de puente; pero los que le construyen para comodidad del público poco les importa que esté con todas las reglas del arte ó no, y lo que ellos dicen y dicen muy bien: tente puente miéntras cobro. El negocio es llenar el bolsillo con gajes de los demas y húndase el mundo y haya naufragios y gárgaras por fuerza, suponiendo que el Manzanares lleve agua á la sazon suficiente para hacer gárgaras y salga el sol por Antequera.

El puente no es moneda que echan en saco roto los mozalvetes y si hay apreturas ménos. Antes es esto lo que ellos buscan, y mas cuando por los cuatro costados hay muchachas con quien rozar la suave y cariñosa mano. Ménos inocente es el que miéntras ellos se entretienen con caricias de esta especie, se ocupa en quitar lo que llevan mal puesto, lo mismo al gato que á quien le atusa, pudiendo decir á la salida:

No me fué mal en la fiesta;
pero mal mi lengua dice,
Si buenos prodigios hice
buenos pañuelos me cuesta.

Por lo demas la pradera de San Isidro en este dia es el campo de la igualdad, el cuartel general de la democracía. No importa que duques y marqueses concurren á desvirtuar esta denominacion, á eclipsar este viso de popularidad: lo que hacen con esto es rendir un homenaje de veneracion al pensamiento preponderante del siglo XIX, porque tal vez un conde aquí, un baron allá y otros dos títulos, formando entre los cuatro un cuadrado perfecto, son elegantes adornos para recrear la vista de un enyesado albañil ó de un tiznado car-

bonero, que en el punto céntrico devoran en compañía de una palurda hembra, sus magras, mas sus tortillas, y una bota de nueve meses cargada. O al reves: todo un Escmo. Señor tiene que rozar su lustroso frac por todos lados con lo que ellos llaman *gente del bronce.*

Respecto de comidas no alcanzo yo que tenga de estraordinario el dia de San Isidro. Cuatro tenduchos á guisa de covachuelas portátiles, en mala alineacion colocadas como regimiento de reclutas, con varios géneros, unos líquidos y otros sólidos, pero que todos vinieron á este mundo con la mision sagrada de colarse por el callejon (con salida) que tenemos todos entre barba y nariz, para llenar el vacío que hay entre pecho y espalda: géneros todos compuestos con los mismos ingredientes, por cuya razon debian bautizarse y se bautizan con un nombre comun; pero viene luego el obispo que es el que rotula los comestibles y *bebestibles* y al confirmarlo hace diez ó doce familias de una sola casta. Los licores, por ejemplo, suelen componerse de aguardiente de Cañas, agua de la fuente del Berro y miel de la Alcarría: se divide la gran porcion en frascos dándoles distinto color, unos con zumaque, otros con azafran y no pocos con albayalde y tinta, y se les encaja despues un papelito á veces impreso y á veces manuscrito que diga *Noyó, Perfecto amor*, *Leche de Viejas, Aceite de Vénus* y otras zarandajas que fascinan á la multitud y si no la llenan el ojo la llenan el cuajo. Ademas que basta que un hombre se empeñe en estar enfermo para que se muera sin dolencia alguna; lo mismo es la gente para comer y beber: basta que una cosa se llame requeson para que aquello nos sepa á requeson aunque sea queso de la Mancha bien duro y bien colorado. Lo cierto es que cada frasco que tiene de coste dos ó tres cuartos, se vende á dos ó tres reales, usura que basta á vindicar á ese monton de contratistas que hoy tienen á centenares las fincas y hace seis años no podian pagar una habitacion de dos pesetas como se sucede á mí.

Nada diremos de los bailes improvisados, unos de carácter popular y otros mistos, porque es muy general en tales ocasiones ver un señor *frac* bailando seguidillas, que es el ana-

cronismo mas atroz que imaginarse puede. Tampoco hablaremos del *tio Vivo* que con sus caballos de madera ha dado mas dias de gloria á sus dientes, que otros á la patria con buenos caballos de carne y hueso, y jinetes de lanza en ristre embutidos en coraza y casco. Tres cuartos cuesta el dar dos vueltas en la máquina del *tio Vivo,* y por tan poca cosa seria una tacañería el dejar de columpiarse y hacer círculos concéntricos al compas de una *murga* que cuando se la ve tiene clarinete y fagot, pero cuando se la oye no aparece mas que el pom, pom, pom del bombo, y el chim, chim, chim de los platillos tan destemplados que parecen collar de cascabeles ó sonajero de niños.

Pero todo esto es grande por el entusiasmo que lo produce, y porque todo contribuye á dar animacion al gran cuadro cuyas angelicales bellezas encubren cualquiera imperfeccion y sobre todo, porque á mí me ha dado materia para emborronar papel en este que no tiene pretensiones de artículo de costumbres, sino un culto aunque humilde tributado á la festividad del dia de mañana 15 de mayo de 1843. Queda de ustedes hoy víspera 14 su afectísimo S. Q. B. S. M.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

A FR. GERUNDIO.

Reverendísimo Padre: al verle sacudir el polvo de los hábitos, acomodarse las mangas y la capilla, y echar mano al hisopo para conjurar los espíritus malignos, todos los hermanos que componen la comunidad de *La Risa* le desean mil prosperidades y recomiendan desde ahora vuestro seráfico celo, si es que de recomendacion necesitan las festivas producciones de Vuestra Reverencia, cuyo estraordinario mérito es reconocido y apreciado dentro y fuera de España. De todos modos, con el afecto mas sincero y por lo que pueda valer, exhortamos á todos los pecadores se animen á depositar en vuestra reverendísima manga la corta limosna de *ocho* reales al mes en Madrid, *diez* en las provincias y *vein-*

tiocho por trimestre para adquirir vuestros santos ejercicios, que desde el 5 del presente mes (junio de 1843) verán la pública luz cada cinco dias con el auxilio y misericordia de Dios.

Pero permita, Reverendísimo Padre, que con toda eficacia le supliquemos no abandone á sus hermanos de *La Risa*. Por las llagas de su padre San Francisco acuérdese de estos míseros penitentes, que sin su colaboracion quedarian cual descarriadas ovejas á merced de las tentaciones del demonio. Declare á los fieles en sus santas publicaciones, que para solaz de sus graves tareas nos favorecerá de vez en cuando con alguna produccioncilla á la manera de la de *Calvas y Pelucas* que publicó *La Risa* y que tan merecidos aplausos ha granjeado á Vuestra Paternidad Reverenda. Declárelo así en obsequio del acentrado afecto que le profesamos, y recomiende en sus sábias páginas las páginas de *La Risa*, si es que de su preciosa recomendacion le parecen ellas merecedoras.

Tampoco quisiéramos que vuestro apreciable lego echase la memoria de nuestro *Ambigú* en manga rota. En él se, hace soberbio chocolate y á *Tirabeque* lo mismo que á Vuestra Paternidad Reverendísima, se lo dará nuestro amabilísimo cocinero con esquisitos bollos, siempre que favorezcan con su presencia el *Ambigú* de *La Risa*, donde hay ademas para los buenos amigos abundantes provisiones de cuanto Dios crió.

Con este motivo, hermano Fr. Gerundio, me repito de V. P. M. R. atento obligado servidor Q. V. M. B.

A nombre de la comunidad de *La Risa*

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

FR. GERUNDIO

A LA COMUNIDAD DE LA RISA.

Risa, y placer, y gusto, y alegría, y complacencia, y satisfaccion, y contento, y deleite, y gozo me ha causado, hermanos risueños, á mí, *Fr. Gerundio*, la atenta y festiva invitatoria que á nombre vuestro se ha dignado dirigirme el hermano *Ayguals de Izco.* Protéstoos á fe de reverendo, y júroos por mi santo escapulario, que al propio tiempo que me habeis ruborizado con las inmerecidas laudes que vuestra bondad me prodiga, me obligais en términos que fuera yo el mas ingrato de los seres risibles, y que mereciera en castigo pertenecer á los entes llorones, si no dejara descansar algunos ratos el hisopo de conjurar y las disciplinas de sacudir espíritus malignos y políticos malandrines, para dedicarlos á reir con vosotros, y á solazarme con los hermanos de esa comunidad riente. Yo no dejaré tampoco de aprovechar la primera ocasion que se me depare para recomendar á la larguísima comunidad gerundiana en mis predicaciones las festivas páginas de vuestra *Risa;* puesto que ademas de merecerlo ellas, lo mereceis aparte los apreciables hermanos que constituís la comunidad. Y esto, no porque *La Risa* necesite mi pobre recomendacion gerundiana, que harto por sí misma se recomienda, sino por cumplir en ello el amistoso deber que con vuestras finezas á mi reverendísima habeis impuesto. Leí á mi lego *Tirabeque* la parte de vuestra misiva que á él iba dirigida y encaminada; y al oir que le convidabais con vuestro *Ambigú*, que le ofreciais nada ménos que soberbio chocolate con esquisitos bollos, con el apéndice de las abundantes provisiones de cuanto Dios crió, se le entreabrió la boca, y asomándosele á los labios una sonrisa que dejaba entrever la delectacion morosa en que se bañaba su alma y su cuerpo; «señor, me dijo, á esa comunidad serviré yo de buena gana, y si tales cosas tienen en el *Ambigúl* y con ellas me convidan con tan buena voluntad como parece, desde hoy pueden contar con que no haré un feo á su convite; ántes por el

contrario asistiré puntualmente á cuantos *Ambigules* quieran darme, cuanto mas que los hermanos de esa cofradía deben ser todos de humor alegre y jaranero hasta no mas, que es la gente con quien yo congenio.»

«Y dígales usted de mi parte, y perdone usted la confianza, que si hasta de hoy no me ha entrado la tentacion de asistir á la mesa de esa buena comunidad ha sido por dos causas; la primera porque hasta ahora no me habian convidado, y yo no soy de aquellos que se meten de rondon á comer de gorra donde no son llamados; y la segunda, porque no habiendo visto hasta el dia en su *Ambigul* mas que muchas sopas, muchos cocidos y muchas menestras, no se habia presentado manjar ni vianda que me tentara el cuarto sentido; pero que una vez que ellos aseguran tener tan buen repuesto en su cocina, cuenten con un plato y un cubierto mas.»

«Y en cuanto á lo del soberbio chocolate que dicen me dará su amabilísimo cocinero, dígales usted que pongan unos puntos suspensivos ..... que esta es materia en que nos veremos el cocinero de *La Risa* y el del *Fr. Gerundio*, y que estoy dispuesto á habérmelas no solo con él sino con los mismos padres maestros de la comunidad, y á liquidar quién lo gasta mas soberbio y quién sabe hacerlo mas soberbiamente. Y sobre esto añádales usted lo que guste, que yo no le digo mas, porque nos veremos y nos entenderemos.» Aquí teneis, hermano Ayguals, fielmente copiada la contestacion de mi lego *Pelegrin* al último párrafo de vuestra epístola, y de ella haréis vos ó la alegre comunidad el uso que mejor os parezca.

Por lo que hace á mi reverencia, digo como él que nos iremos viendo y entendiendo. Y en el ínterin, ofreciendo mi gerundiana capilla á todos los padres de la órden risueña, y dándoles las gracias por su afectuosa invitacion, queda alegremente á sus órdenes su atento servidor y capellan que con la risa en los labios no acierta á besar nada.

FR. GERUNDIO.

MODISMOS Y REFRANES.

Es verdad incuestionable para el autor de este artículo, que el primero y mas voluminoso, y mas verdadero, y mas ameno, y mas sublime, y mas detallado, y mas inteligible de todos los libros, es el libro del mundo: como que es un libro que da materia en cada una de sus páginas para elaborar un sin número de librotes en cuyas fuentes beben su inagotable ciencia, la inagotable prole de literatos, cuyos inagotables escritos, rebosando inagotables chispazos de inagotable númen y erudicion inagotable, son la admiracion del mundo mismo, orígen esencial de todas las concepciones intelectuales. Cada uno de los hombres somos sin reparar en ello una biblioteca ambulante mas ó ménos estensa, mas ó ménos superficial, de donde el filósofo y el artista, y el literato estractan en cada sesion un volúmen de observaciones científicas, un conjunto de historietas y anécdotas vulgares que engalanadas despues con los recursos que presta una imaginacion florida y escudriñadora, producen en todos nosotros una sensacion de la novedad. Que todas las investigaciones de los libros escritos por los hombres son debidas al universal libro del mundo, es cosa sabida; y por consiguiente las luces que los libros de los hombres prestan al humano entendimiento, como luces prestadas, son miserables reflejos, imperceptibles al lado de la antorcha que los produce. La luz de la luna nunca puede compararse en calor y brillantez con la del sol. Ahora bien podremos resolver fácilmente la cuestion de si los refranes son concepciones del poeta trasmitidas al vulgo ó si por el contrario, parto del vulgo que recoge el curioso observador para dar amenidad, y tal vez algun viso de originalidad á sus producciones. Yo creo que el vulgo inventa y el poeta no hace mas que pintar. El vulgo seria un escelente retratista, si poseyera el secreto del colorido. En esta parte el poeta tiene una indisputable superioridad sobre el vulgo.

Hay refranes en prosa y los hay tambien en verso, y en unos y en otros se advierte cierto desaliño que no solo hace presumir que sean aborto del vulgo, sino que muchos van

pasando de libro en libro, y de generacion en generacion sin siquiera sufrir la lima del poeta ni la del crítico, mil veces mas inexorable. De todos modos los refranes castellanos encierran unas verdades como puños, y apénas hay orador y escritor que no apele á su recurso como complemento ó como auxilio en medio del período mas lógico y mas elocuente que se puede concebir.

Ejemplos: Un periodista de la oposicion lamentando la suerte del pueblo y la mala eleccion de sus representantes dice «quien bien tiene y mal escoge, por mal que le vaya no se enoje» y quedaríamos tan satisfechos de esta sentencia si un periódico ministerial no replicase, concediendo que el gobierno sea un mal para la patria, con otro refran que nos deja estupefactos. El ministerio, dice, es un mal, pero la oposicion es otro mal y nosotros defendemos un mal contra otro mal, porque como dijo el otro: «baza mayor, quita menor» y sobre todo porque «del mal el ménos» y si nos apuran un poco añadiremos, que entre el mal y el bien optamos por lo primero, porque como dice el adagio: «no hay mal que por bien no venga.»

Tenemos efectivamente refranes muy exactos y que vienen bien en ciertos casos, como v. gr., se levanta un hombre de su asiento y al volver se le encuentra ocupado. Se librará muy bien de decir como nuestros revolucionarios turroneros: «quítese usted para ponerme yo», porque debe estar persuadido de que el que tiene el asiento no le cederá, con solo el derecho de propiedad que le da el refran tan conocido de todos «el que fué á Sevilla perdió la silla.» Y son los refranes una muletilla de que nos aprovechamos segun las circunstancias. Cuando á mí me dan una cosa la tomo al contado diciendo: «el que no es para tomar no es para dar»; cuando me piden dinero digo que soy estudiante y encajo aquello de «gente estudiantina, gente sin monedas»; si lo que me piden es algun libro, con todos mis ribetes de literato digo que no le tengo. ¿Que quieren ustedes? añado cuando se asombran de que yo no tenga un libro: «en casa del herrero cuchillo de palo.»

Si un sugeto se empeña en que vaya con él á alguna fun-

cion y no tengo ganas de su compañía, digo: «para lo que habrá que ver ya nos lo dirán de valde»; pero como me agrade la proposicion le acometo con una retahila de refranes, como estos: «Bueno es ver para no preguntar.» «Ojos que no ven, corazon que no siente.» «Dónde vas Vicente? — Donde va toda la gente.»

Algunos de los refranes admitidos como axiomas entre nosotros ó están muy distantes de la verdad, ó para llegar á ella necesitan de una hipótesis. En los que distan de la verdad comprendo yo el siguiente, no obstante su tono sentencioso y decisivo: «quien bien te quiere te hará llorar.» Los redactores de *La Risa* queremos bien á todo el mundo, y estamos muy léjos de desear que llore nadie; al contrario deseamos que todo vicho viviente se suscriba á *La Risa* porque decimos con cierto autor que ustedes no conocen y yo sí:

Lágrimas fuera; cese el pesar;
ríete Pedro, que eso es vivir.
Quien mal te quiera te hará llorar;
quien bien te quiera te hará reir.

Dice un refran que «mas valen pocos muchos que muchos pocos» y esto puede ser verdad y puede no serlo. Yo me atrevo á hacer un capital con muchos pocos, tan grande como cualquiera con pocos muchos. Para echar á un lado cuestiones diria yo: «mas valen muchos *muchos*, que pocos *pocos*», y esto no admite réplica.

«Mas vale poco y bueno, que mucho y malo.» Este y otros refranes parecidos son lo que una nuez vana y una bizca durmiendo, que hasta partir la primera, ó abrir los ojos la segunda no se nota el engaño. Podrá ser verdad que en ciertas ocasiones valga mas poco y bueno que mucho y malo; pero seria mas cierto aun el refran si dijera: «Mas vale mucho y bueno que poco y malo.»

«Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.» Tampoco transijo: la Perogrullada de primer órden estaria en decir: «mas sabe el cuerdo en su casa que el loco en la ajena.» Yo lo mismo digo del adagio: «mas vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.» Lo malo conocido ó

desconocido siempre es malo, así como lo bueno, es bueno siempre. Por eso quiero yo que desaparezca lo existente, porque es tan malo que cualquier otra cosa venga, por mala que sea, será mejor. Lo que yo necesito que me prueben para estarme quieto es, que lo presente es bueno, y que lo que venga será malo, y entónces me daré por feliz con lo que tenemos; porque como aficionado á las grandes verdades digo con Perogrullo: «mas vale lo bueno conocido que lo malo por conocer.»

Pero hay dichos vulgares, cuyo orígen desconocemos, tal como estos: «para las que hilan que yo devano.» «Yo me entiendo y bailo solo,» y las que acabo de citar «verdades de Perogrullo.» Solo se dice que hubo un Perogrullo que á la mano cerrada llamaba puño, y si esto es verdad el tal Perogrullo era lo que nos convenia en el siglo diez y nueve, porque ya estamos hartos de verdades á medias y de hipócritas, y de diplomáticas.

Daré la esplicacion de algunos modismos cuyo orígen ha llegado á mis oidos, aunque no respondo de la exactitud; porque no soy ministro, y solo los ministros son responsables de sus actos, segun la Constitucion vigente.

Se dice de uno que corrió en cuanto vió el peligro, que «tomó las de Villadiego» y este es un modismo que los estranjeros no aciertan á traducir. Hay frances que leyendo cierto pasaje del Quijote, dice: tomó las evillas de Don Diego. Si no me han informado mal, hay en España un pueblo llamado Villa-Diego, donde se hacen esquisitas alpargatas, y si esto es verdad, está esplicado el dicho vulgar, que quiere decir: tomó las alpargatas, porque sabido es que este calzado viene de molde para correr. He dicho que viene de molde y no sé la razon, como tampoco sé por qué se dice hablando de un sugeto revoltoso: «el mejor dia le ahorcan»; yo creo que el dia que ahorcan á un hombre es el dia peor de la vida para el ahorcado. Esto se parece á lo que decimos cuando estamos enfermos: si tenemos un divieso muy malo ó un constipado peor esclamamos: qué buen constipado tengo! qué buen divieso me ha salido en tal parte! Así como cuando á uno le han herido bien ó le han metido en un calabozo

donde está tan bien preso que no puede escapar decimos: «Fulano está muy mal preso; Mengano está muy mal herido.»

Por si mis lectores ignoran el orígen del dicho vulgar: «ahí me las den todas» voy á esplicarle tal como me lo hicieron tragar. Cuéntase que hubo un corregidor en una villa. Cuéntase que este corregidor tenia un alguacil muy tonto. Cuéntase que hubo en el pueblo una riña. Cuéntase que el alguacil mandado por el corregidor fué á poner en paz á los combatientes. Cuéntase que estos en lugar de respetar al alguacil, le arrearon cuatro bofetones y le echaron de allí con cajas destempladas. Y cuéntase que el alguacil volvió al corregidor, mediando entre los dos el siguiente diálogo.

— Señor corregidor, cuando yo voy á una parte á nombre de usía, no represento á usía?

— Sí hombre, sí.

— Y cuando represento á usía, no soy la misma persona de usía?

— Sí hombre, sí.

— Y si mi persona es la persona de usía, mi cara no es tambien la de usía?

— Sí hombre, sí.

— Y cuando pegan una bofetada en esta cara, no es pegarla en la cara de usía?

— Sí hombre, sí; pero ¿dónde vas á parar?

— Señor, á que los de la riña me han dado cuatro bofetadas en esta cara, que es la cara de usía, y por consiguiente usía ha sufrido tambien las bofetadas.

Entónces el corregidor con toda la formalidad que ustedes pueden figurarse dijo: ahí me las den todas.

Esplicaré tambien el dicho vulgar: «lo dicho dicho y la jaca á la puerta.» Dícese que andaba un rey cazando, vestido de cazador. Dícese que le encontró un sugeto que venia á pretender. Dícese que hablando con el rey incógnito, que entónces era un simple cazador, este le dió pocas esperanzas en el negocio. Dícese que el pretendiente aseguró al cazador, que si el rey no le hacia justicia le llamaria rey injusto, rey impio y otros insultos semejantes. Y dícese que al dia siguiente tenian el pretendiente y el rey estotro diálogo.

— Señor, yo vengo á pedir justicia.

— ¿Y si yo no quiero hacer justicia?

— Yo no puedo creer que V. M. tan benigno como es, deje de hacer justicia.

— Pero y si se me antoja no hacer justicia.

— V. M. el mas justo de los reyes no puede ménos de hacer justicia.

— Bien hombre; pero suponte tú que yo no quiero hacer justicia.

El pretendiente se le quedó mirando y conociendo que el que le hablaba era el cazador del dia ántes, le aplicó la boca al oido y le dijo: Señor, lo dicho dicho. ¿Sí? contestó el rey; pues mira, la jaca tienes á la puerta, ya estás aquí demas. Y el vulgo que tuvo noticia del suceso, dijo desde entónces en lances parecidos: «Lo dicho dicho, y la jaca á la puerta.»

Y esplicaré por fin las indirectas del P. Cobos, aunque esta es de aquellas cosas que por sabidas se callan.

Habia un padre guardian, no sé donde, que como todos, se tomaba unas jícaras de chocolate de padre y muy señor mio. Un amigote del fraile, aficionado al chocolate dió en visitarle á menudo y siempre á la hora en que tomaba su paternidad el chocolate, el cual padre era tan fino, que siempre mandaba hacer otra jícara para el amigo. Pero como el amigo estuvo abusando de la bondad del padre dias y mas dias, hubo este de quejarse del amigo pegoton á lo cual contestó el lego que quedaba de su cuenta echarle una indirectilla para hacerle perder la costumbre. Convino el padre guardian, y notó que el amigo no volvia por el convento, y deseoso de saber la indirecta del lego, que se llamaba el P. Cobos, le preguntó al cabo de quince dias, qué habia dicho á su amigo que no habia vuelto ni aun á visitarle. Una indirecta, le contestó el padre Cobos; le dije, mire usted señor Don Fulano, no sea usted bárbaro y váyase á su casa á tomar el chocolate; porque el padre guardian dice que es usted un gloton salvaje, y cada vez que usted viene le hace una gracia como si le rallaran las tripas. El amigo que oyó tales indirectas tomó el tole hácia su casa, sin decir esta boca es

mia, y cayó tan en gracia al padre guardian la indirectilla que la divulgó y desde entónces fueron proverbiales en España las indirectas del padre Cobos.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

NOTICIAS DE ESPANA Y DEL ESTRANJERO.

En Goatemala, caserío antiguo de Galicia, acaba de parir una vaca cinco chotos. El apuro para darles de mamar es grande; porque las vacas solo tienen cuatro pezones. Hay opiniones varias sobre el modo de compartir el sustento á los animalitos; pero los mas están contestes en que miéntras cuatro de los cinco hermanos maman, el infeliz sobrante los está mirando como un babieca.

— Un hombre cuyo nombre se ignora, que no se sabe de dónde es, ni dónde residia, se ha embarcado no sabemos dónde, sin saber á qué punto se dirige ni el objeto de su espedicion.

— Tambien se ha embarcado el emperador Nicolas en un zapato con toda su comitiva y ochenta mil caballos de la Guardia. Unos dicen que va á poner la república en Polonia y otros aseguran que viene á los novillos de Getafe. No se asusten ustedes de la gente que viene en un zapato porque es un navío que se llama «zapato» en el cual caben ochenta mil caballos de la Guardia con el emperador Nicolas y su imperial comitiva.

— Hay en Francia un lugarcillo marítimo en donde todas las mujeres tienen cara de pescado, cuyo prodigio ha dado márgen á interesantes comentarios entre los antiguos naturalistas que han tratado de averiguar el orígen de tan singular fenómeno. Mr. Alejandro Dumas asegura que proviene de que las mujeres no comen mas que pescado en aquel pueblecillo, de manera que si su alimento se hubiese limitado al bacallao, se hubieran quedado sin cabeza las pobres lugareñas. Esto no parece verosímil, porque si así fuese habria

habido en España ciertas comunidades religiosas compuestas de salmonetes y besugos con corona, barbas y capucha. Verdad es que no ha dejado de haber en todos tiempos valientes truchas con hábitos .... permítaseme esta chanzoneta sin malicia. Con todo, asegura otro sabio que el verdadero motivo del fenómeno en cuestion, es un castigo del cielo, porque allá en tiempos remotos se juntaron las mozas de aquel lugar el viérnes santo, y despreciando los preceptos de la iglesia, tuvieron la criminal humorada de merendarse una gran cazuela de arroz con pollos. Los demas sabios que han tratado esta importante cuestion opinan que las tales hembras pertenecen á la casta de la sirena, que como todo el mundo sabe es una *coalicion* de pez y de mujer. Si esto es así, confesemos que las sirenas de Francia son bien poco encantadoras. Lo mas positivo es que todo ello no es mas que una solemne mentira, inventada por los redactores de *La Risa* para hacer reir con esta nueva estravagancia. Si no se han reido nuestros lectores, querrá decir que hemos dicho sandeces en vez de chistes, cosa muy comun en el dia entre los que la echan de graciosos.

— En una accion muy reñida que han tenido en Méjico los generales Sta. Ana y Bustamente, se dice que una bomba pegó á un soldado en la cabeza y como es de inferir le dejó descabezado. Los periódicos americanos añaden que si conforme le dió en la cabeza le da en un pié, el pobre soldado regularmente hubiera tenido la desgracia de quedar cojo.

¡Prodigio de la prensa!

En Nueva-York va á publicarse un periódico enciclopédico. Está en prensa el número primero que contiene solo en el folletin la historia de Roma, la vida de los doce apóstoles y todas las obras de Scribe, Dumas y Victor Hugo, con los retratos de estos célebres literatos pintados al óleo. Las dimensiones del papel son estraordinarias: tiene cien piés de longitud y noventa y nueve y tres cuartos de latitud. Constará de seiscientas páginas, cada una de las cuales lleva veinte columnas y millon y medio de grabados. La letra mas chica del periódico es como una alpargata, y las del título,

que es *the Gnat* [1]), son cada una como tres veces la campana de Toledo. Saldrá dos veces al dia y se suscribe por dos reales al año.

A. Y V....

UNA ESTRAVAGANCIA.

¿Qué cosa es pensamiento? Hé aquí una pregunta que á mí mismo me hago, y que á pesar de toda su lisura, apuradillo me veo para contestármela. En efecto ¿quién es capaz de hacer la definicion de este caballero, antojadizo cual niña de quince abriles, ridículo (y no es amor propio) como el que esto escribe, y feo á veces como el estracto que de su persona, hábitos é inclinaciones ha hecho el demócrata Ayguals de Izco? Y ya que por incidencia he tocado este particular, permítaseme que de él deduzca, que si *La Risa* causa risa, se debe solamente á la fealdad de sus redactores, mejorando los presentes. Mas vuelvo á mi asunto, y salga como saliere, que no es cosa que en el siglo de lo positivo se pare ningun hijo de Adan en pelillos, porque de lo contrario menester seria que me dejase la cabeza, y ainda mas, como de pedernal un plato; lo que no entra en mis cálculos, porque este servidor de ustedes es en estremo aficionado al bello ..... sexo, se entiende; y admírense ustedes lectores de la consonancia que guarda con el pelo este bello. Por lo tanto, lectores, mirad oblicuamente hácia la derecha, luego hácia la izquierda, y de derecha á izquierda volviendo los ojos, leeréis lo que á mi soberana voluntad le place escribir y á la de *La Risa* publicar.

Es el pensamiento .... ¿qué será el pensamiento? En cuanto á mí, no me queda duda que es algo, pero en el algo está la dificultad ..... Es el pensamiento ... ¡calle! ¿Y ya se ve qué es? ¿quién lo duda? ¿Pero, qué es? ahí está

---

[1]) *The Gnat* significa en inglés *el Mosquito* . . ¿Donde iriamos á parar si se titulase *el Elefante?*

el busílis .... Es el pensamiento .... Ya di en el busílis y en la dificultad! El pensamiento es una cosa invisible, inodora, sin color ni sabor, en fin una cosa igual al pensamiento; y ¡vive Dios! que nadie me diga lo contrario, que capaz seré de recomendarlo al ciudadano Villergas como pié para un epígrama; porque nadie puede hablar mejor de la boda que los novios; y tengo para mí que si el pensamiento es parte integrante de mi existencia, como cristianamente creo, y tengo sobre él algun derecho, nadie como yo, podrá hablar de sus propiedades. ¡Propiedades! Y ¿cuáles son las propiedades del pensamiento? Muchas sin duda; pero entre ellas sobresale esa espantosa volubilidad de que da tan repetidas pruebas, que no parece sino que nació para ser patriota del siglo XIX. Condenado siempre á no gozar de reposo, tan pronto se remonta hasta el Empíreo, y se entretiene en decirle cuatro piropos á Vénus y en echar una mano de conversacion con Capricornio, ó bien en jugar á la gallinita ciega con las siete cabrillas, como desciende á las profundas y lóbregas mansiones del Averno, y mide las dimensiones del rabo de Pluton, ó contempla el pudibundo candor de su consorte Prosérpina (que si tiene pensamiento no dejará de fijarlo de vez en cuando en el famoso suplemento que al dorso su esposo tiene); cánsase de esto, y fija su dominio en el espacio; y allí .... allí es regular que juegue con los insectos: luego se recrea con la muerte, á pocos segundos se halla en la batalla de Marengo con el gran capitan del siglo; al instante goza con *la hormiga que en guardar se afana;* á poco en el águila que remonta su vuelo hasta las nubes; y así en descensos y ascensos y quedando en medio, y pensando en la muerte y en la vida, y refocilándose con el doncel ó con la doncella, que será segun el sexo del individuo á que pertenezca, viene á fijarse en algo que lo absorbe todo por largo rato, aunque el asunto no sea digno de que en él se fije ni el tiempo necesario para decir ah! Y esto cabalmente me sucede á mí ahora.

¡Ojalá que en cambio mi pensamiento se ocupara en ser canónigo: aunque no .... de esto fuera bueno que se hubiese ocupado años atras, pero ahora seria una locura, ni ménos

en ser ministro, que cosa seria esta para tirarse de los pelos y ya he manifestado que á los mios los estimo quizas en mas de lo que valen (y cuidado que son rubios) puesto que cojo un tabardillo cada vez que tengo la desgracia de poner mi cabeza entre las pelicidas manos del diplomático barbero. Pero me distraigo, cosa que nada tiene de estraño, cuando tan de moda se han hecho las distracciones, que nadie está en lo que hace. Ya se ve, y como falta un presidente que me llame á la cuestion! Pero al caso.

Es el caso peliagudo como barba de romántico; es el caso mas grande y estupendo que ha ocupado pensamiento humano; es un caso monstruo, y dicho está lo bastante para probar su importancia. Redúcese á nada ménos que á demostrar un gran secreto en el que nadie hasta de presente ha fijado la consideracion, un elemento poderoso que existe en la sociedad, y que pasa desapercibido, como pasan tantas otras cosas grandes y maravillosas al propio tiempo que otras de menor cuantía mueven una zambra estraordinaria. Y prueba de ello ¿á qué no adivinan ustedes cuál es el medio mas espedito que tienen los hombres para comunicarse? — A qué sí? la lengua. — Pues están ustedes equivocados, no es la lengua, es cierta quisicosa que acerca á los hombres sin conocerse, y obliga á hablarse á los que con otra vez que se vean se ven dos veces. — No diga usted mas, que ya sabemos lo que es . . . la simpatía. — No, que es el peligro. — Tampoco: es la concomitancia. — ¡Jesus! ¡qué disparate! lo que acerca unos hombres á los otros, es el genio. — Ríase usted, de eso; lo que los acerca es . . . . — Vaya, dígalo usted niña. — Si me da cortedad. — ¿Se dan ustedes por cachifundidos? — Sí, nos damos; mas dígalo pronto. — Poquito á poco, que no estamos en ningum ventisquero, y miéntras mas tarden en saberlo, mayor será su curiosidad.

Entre los muchos y prodigiosos inventos que ha hecho el ingenio humano para acercar á los hombres, merece un distinguido lugar este de que trato. Mayor es su virtud que la del vapor, porque si bien este sirve para salvar pronto largas distancias, no tiene el poder para que de buenas á primeras se vaya fulanito derecho á menganito y le hable. E

invento que me ocupa, viejo como la risa, es un vehículo poderoso para las relaciones mutuas de los individuos en sociedad: es un medio gastado sin que por ello haya caido en desuso (y en esto conocerán ustedes todo lo que vale) para igualar las condiciones sociales; es en fin un poder que establece la mas justa libertad, y que pone á nivel y une por un momento al clérigo con el militar, al escribano con *el escribano*, al periodista con el fiscal, al ignorante con el sabio, y etcétera. Y es de admirar que una vez de por medio de este poder, guardarse todos podrán de dejar desairado al que lo invoca, que capaz será por la negra honrilla de armar una de todos los diablos y convertir en campo de Agramante el sitio en que se encuentre: ni es para ménos el asunto porque cada cual tiene su aquel como Dios se lo haya dado, y bien merece que se guarden algunas consideraciones al nivelador de las clases.

¡Oh invento de los inventos! yo te saludo y tu poder admiro! Ahora bien: supongo que ya quedarán ustedes enterados, y habrán venido en conocimiento del objeto que motiva este artículo, pero si por la mucha torpeza de ustedes no comprenden una cosa tan clara y tan esplícitamente manifestada, forzoso me será sacarlos de duda.

Encender un cigarro. Hé aquí el gran caballo de batalla de este artículo; hé aquí el medio poderoso de comunicacion; hé aquí lo que acerca á los hombres sin conocerse; hé aquí, en fin, en lo que nadie ha hecho alto, á pesar de ser materia para escribir gruesos volúmenes, y digna de que los vates templen sus cítaras para cantar sus merecimientos! Oh, tú, el primero que enseñaste que era cosa lícita que mi cigarro en el cigarro de otro se encendiera! Oh, tú, ingenio cual no otro claro! Oh, tú, civilizador de la humana especie, recibe este corto tributo de admiracion que dedica á tu memoria el que mas de una vez ha tenido lugar de probar todo lo que vale *encender un cigarro! pedir la candela!!!*

No hay que asombrarse, lectores, de este mi entusiasmo fumatérico. Atended á las causas que lo incitan, y tendréis que confesar de buen ó mal grado, que es justo y como justo noble, y á fuera de noble desinteresado. Porque ese invento

sublime no queda reducido á lo manifestado: hay un millon de cosas mas para probar su escelencia. *¡Pedir la candela!* Y en ese hecho ¿qué hay de particular? dirá alguno. Pues es nada: figuráos que el pedir la candela es un barómetro seguro para conocer los puntos de educacion y de finura que el pedigüeño calza. Encienda usted un cigarro y colóquese en sitio público; y verá como al olorcillo se le dejan venir encima mas de un aficionado á echar por boca y narices humo; y desde este momento puede usted dar principio á sus observaciones. — Amigo, ¿me hace usted el favor de que encienda este cigarro? Alce usted la cabeza á esta invitacion, y mire quien se la hace; y aunque usted no quiera, se encuentra frente á frente con un hombre templado á los tiempos del rey Favila, que en buen hora sea dicho, ha sido el único que ha sabido morir como á los de su clase conviene. Le da usted la candela, y luego que enciende, se la devuelve á usted con el correspondiente «agradecido, amigo.» Por su llaneza y por la minuciosidad con que le pide á usted la candela, tiene usted forzosamente que venir en conocimiento que el tal individuo es un hombre formalote é incapaz, por lo tanto, de faltar á las reglas de buena crianza. — Caballero, ¿tiene usted la dignacion de participarme sus ardores? Y usted al oir esto cae al momento en la cuenta de que el que le habla es un elegante á la *dernier*, un fatuo, que mejor se dejaria cortar las narices que espresarse de un modo natural. — ¿Me permite usted? le dice á usted otro: un modo de pedir tan conciso revelará á usted al punto que este ciudadano es poco amigo de gastar saliva, y tiene en mucho su estómago para estragárselo fuera de tiempo. Por de contado, que para comprender lo que el tal ciudadano pide, necesario es mirarle á las manos, y que el cigarro supla con su elocuencia muda y tabaquera el fin de la frase. — ¿Me hace usted el gusto? Quien así pide la candela pone en duda el sexo á que pertenece, porque lo que es á mí, varon desde que mi mamá me echó al mundo, no me ha ocurrido jamas la idea de pedir que me hagan el gusto, á ningun individuo de mi sexo, y supongo que á ustedes les habrá sucedido otro tanto. — Y qué no le dará á usted que pensar de la

educacion de aquel que con voz ronca le diga: Camaráa, me da' esté la candela? Con todo y á pesar de que por buena lógica se convence usted de que tal modo de pedir imperativo, y mas que imperativo un tanto si es ó no amenazador, no es el mas á propósito para que usted acceda á su deseo, es seguro que no le hará usted esperar mucho tiempo, por aquello del canguelo. — Pues, y el ¿señorito me hasosté favor? dónde me lo deja usted? Quiere usted una prueba mas clara y positivamente positiva, de que el aficionado al cigarro es un pedazo de alcornoque con ojos, que no ha podido salir de la miserable condicion de mozo de mulas; y quien dice de mulas dice de usted ó de cualquiera otros que tengan ó hayan tenido mozos.

Y no es solo en el mero hecho de pedir la candela donde se conoce la condicion y finura de cada quisque; lo es tambien en el modo de coger el cigarro: gaznápiros serán los que le cojan con el auxilio de los cinco dedos; entreverados los que lo tomen con tres; elegantes los que lo hagan con solo los dedos pólice é índice, y finos de toda finura los que el cigarro coloquen entre el índice y el del corazon. Largo seria enumerar las diversas maneras con que se pide candela; largo seria tambien una relacion detallada para hacer mas palpable la esencia de este descubrimiento, que acercando á todos los hombres, engendra amistades lo mismo que disputas. Y nadie se estrañe de esta última parte de mi proposicion.

Las mejores instituciones siempre se corrumpen en manos de los hombres: ¿cómo habia de librarse la que me ocupa de dar en este escollo? Así es que no todas son flores; y ocasiones ha habido en que por una negativa á dar candela se ha armado la de Dios es Cristo. Mas esto nada vale, ni tampoco la incomodidad que usted á veces sufre por causa de esta peregrina invencion. Supongamos que usted es casado, y que á su cara mitad le ha dado jaqueca, verdadera ó ficticia, que esto no es del caso; supongamos que usted la quiere mucho y que al momento se atortola y sale á la calle en busca de remedio; supongamos que lleva usted un cigarro encendido, y siguiendo en la suposicion, que enmedio de su

carrera sale un quídem y le intercepta el paso dirigiéndole la palabra en cualquiera de los modos que van espresados; ¿qué hará usted en este caso? negarle la candela, no, porque daria lugar á disputas; no tiene usted mas remedio que dejarle el cigarro y abstenerse de fumar salvo el consuelo de maldecir en su interior al importuno. Pues ¿y si usted va por el Viático para su suegra, y mas si es rica y no tiene mas hija que la pichoncita de usted y sale un cualquiera y le pide candela? Se desesperará usted porque no es cosa de perder un momento en asunto de tamaña importancia, que crecerá si en lugar de ir por el Viático, va á avisar á la parroquia que vaya por el cuerpo de la difunta.

Mas como quiera que estos no sean mas que lunarillos imperfectos, casi imperceptibles al lado del grandioso y civilizador invento de *pedir la candela*, convengan ustedes todos conmigo en que el cerebro que tal concibió merecia estar engarzado en diamantes, si ejemplo hay en la historia de haberse engarzado en diamante algun cerebro.

SANTIAGO CASILARI.

VIAJES POR ESOS MUNDOS

Puerto de San Miguel Arcángel á 33 de febrero de mil ochocientos treinta y catorce.

Salí de San Petersburgo, soplándome las uñas de frio. Nevaba si Dios tenia qué, y martirizábame la idea de tener que atravesar una dilatada y escabrosísima sierra; porque aunque en mi silla de manos nô llevaba capote y sí capota, decia para mi capote: si aquí nieva ¿qué será en la sierra? Encontré por mi desgracia en el camino un hombre chiquirritin llamado Pedro, que desde que nació por ser negro como un tordo le pusieron Perico, y despues, atendiendo á su humanidad liliputiense dieron en llamarlo Periquito. Díjome que no teniendo bienes de fortuna, sus padres le dedicaron al estudio. Hubo grandes discusiones acerca de la profesion que mas le convenia, y conociendo su natural aversion al

trabajo y su inclinacion á las muchachas y al chocolate, le metieron en un convento; y estando en el convento, le hicieron profesar, y cátate Periquito hecho fraile.

Iba fray Periquito montado en una burra parda, que tenia la tripa como todas de color de nube. Por eso cuando quiere llover, decimos que está el cielo de color de panza de burra. Llevaba unas alforjas muy grandes, que le servian de estribos para resguardar los piés del rigor de los hielos, cuando sentímos un alboroto que á mí me puso en gran cuidado, temiendo que nos asaltase alguna cuadrilla de bandoleros; pero el fraile me disipó el miedo diciendo: denme lugar á sacar los piés y aunque nos ataque un regimiento de facinerosos, no sabe usted quien soy yo cuando saco los piés de las alforjas. Echó pié á tierra, y la burra delante, que tomó por aquellos cerros el trote del cochino. Yo rogaba á fray Periquito que no soltara el ramal, porque decia para mí: este maldito fraile será capaz de alguna barbaridad si se le va la burra. Obedeció mi mandato, con tanto mas celo, cuanto que el alboroto campestre crecia por momentos. ¿Quién sabe, decia fray Periquito; hoy se casa un vecino de la inmediata aldea, llamado Camacho: puede que sean las bodas de Camacho lo que nos tiene sobresaltados, y cosa de bodas parecia; porque vimos atravesar una piara de cabras que iban huyendo de un lobo, y detras del lobo ladraba un perro, y detras del perro trotaba el pastor, que aunque nada llevaba roto, gritaba como un descosido: ¡que se me van las cabras!

El pastor, el perro, el lobo y las cabras desaparecieron: una densa niebla inundaba el horizonte, y nosotros proseguímos nuestro camino hasta encontrar con un rio que debia ser millonario de puro caudaloso. Fuimos á pasar por el puente, y no me atreví porque estaba roto. Buscámos el vado, y vimos atravesar un animalucho de mala catadura, que á pesar de su estraordinaria magnitud me pareció una rana: hizo un cuarto de conversion, y se me figuró pez; y decia el fraile: no, pues el animal no es rana: y contestaba yo: pues no me parece pez, y en la incertidumbre esclamábamos á duo: ¿si será pez? ¿si será rana? Por si no era lo uno ni lo otro, no me determinaba á pasar el vado, ni

me resolvia tampoco á atravesar el puente; pero el fraile gritó: ¡miedo! y yo respondí preguntando: ¿quién dijo miedo? y añadí: el rio se ha de pasar, con que al vado ó á la puente: y no pareciéndole bien al fraile, tomámos el tole por el rio abajo hasta dar con una barca cuyo barquero se llamaba Calderon. El fraile le hizo mil reverencias pensando que aquel hombre era nuestro famoso Calderon de la Barca; pero yo nunca creí tal cosa, porque me consta la fecha de la muerte del poeta español. Toda la orilla del rio estaba cuajada de nieve, y de vez en cuando topábamos con montones de cenizas de las hogueras que hace el barquero para calentarse dia y noche; y yo viendo tantas cenizas, y diciéndome el barquero que eran suyas, esclamé: ¡Válgame Dios, á dónde han venido á parar las cenizas de Calderon de la Barca!

Encontrámos unos gitanos, y como yo iba á pié me dirigí al mas viejo, diciendo ¿cuánto quiere usted por ese pollino? El gitano no quiso entrar en ajuste hasta que yo no probara el valor de la bestia, y al efecto mandó á un muchacho manco que montara, y le dió una lesna para que se la clavara al burro cuando hiciera el remolon. Montó el muchacho, y el borrico, que solo tenia un ojo abierto, á pesar de estar á punto de cerrar al ojo, dió tal carrera que bebia los vientos. El chico, aunque manco, le metia con disimulo la lesna hasta el corazon [1]), cantando por lo bajo la doctrina cristiana de esta suerte: contra estos siete vicios hay siete virtudes: contra lujuria, castidad; contra pereza, una lesna .... Y el padre respondia: ¡aprieta manco! Y yo que conocí la treta, procuré no abrir la bolsa ni cerrar el trato, diciendo que el burro era viejo, porque tenia mas bigote y pera que un cabo de gastadores, á la que contestó el pícaro viejo: no señor, el burro no tiene pera ni pero. Conociendo yo la debilidad del burro, tiré del rabo y hice andar ocho piés á lo cangrejo. ¿Cómo quiere usted, le dije entónces al gitano, que compre yo una bestia que recula con tanta facilidad? Y el tuno de gitano, que para todo tenia salida, me contestó:

---

[1]) Los burros tienen el corazon en la parte posterior.

señor, déme usted doble dinero: ¿pues qué mas quiere usted que tener una bestia que anda tanto hácia atras como hácia alante? Lo cierto es que no hicimos chamba, y fray Periquito y yo llegámos á un lugar *de cuyo nombre no quiero acordarme.* Pidió fray Periquito una baraja: yo le dije que si se trataba de jugar al mus, y él me contestó: no hay mus. Pusímonos á jugar á la *malilla*, y uno decia: ¡si fueron triunfo las copas! y otro: ¡si fueran triunfo las espadas! hasta que dijo el fraile: oros son triunfos. Y como el fraile que iba compañero mio, queria atender á mi juego y yo al suyo, uno de los contrarios que se llamaba Anton Perulero, nos gritó: ¡manda Anton Perulero que cada cual atienda á su juego! Lo que mas me desesperaba, era que siendo todas mis cartas malas tan en grado superlativo, que rayaban en malazas, malotas y malísimas, no hubiera ninguna en diminutivo como *malillo.*, Luego el de mi izquierda, que se llamaba Birlibirloque, tenia un modo de jugar, que chupaba los cuartos á todos; y no digo que nos los chupaba sin sentir, porque demasiado lo sentíamos nosotros. Juraba yo que aquel hombre nos ganaba por arte del demonio, y él porfiaba que no, que era por arte de Birlibirloque. Al fraile le iban tan malas cartas como á mí; pero se consolaba llenándose las narices de rapé, y diciendo ¿cómo ha de ser? A mal dar, tomar tabaco.

Las cartas son lo mismo que las de Madrid, escepto los reyes, que todos tienen una cachiporra al hombro, de suerte que en lugar de decir el rey de bastos, dicen la porra de bastos, y como los reyes en todas las barajas valen doce, de ahí viene sin duda el decir: porra y tres quince. Mi compañero perdia el dinero como un bobo, y yo como otro bobo; de suerte que el bribon de Birlibirloque dijo al despedirse con nuestros maravedises: entre bobos anda el juego. Quedámos con luz y á buenas noches, sin mas dinero que lo justo para tomar un bizcocho y un cortadillo de vino para toda la noche; y como á las ocho del dia siguiente habíamos de romper la marcha, esclamábamos mi compañero y yo al tiempo de beber: ¡Válgame Dios, con esto y un bizcocho hasta las ocho!

Llegó la hora y las tripas se me afligian; por lo cual me resolví á pedir á la moza un poco de pan que ella me dió de muy mala voluntad, tratándome de tonto; pero yo dije: tú dáme pan y llámame tonto. Tal fué mi aturdimiento, que no me atreví á salir del pueblo: el fraile que habia vendido el alma al demonio, se fué tan listo como alma que lleva el diablo.

El mesonero, que tambien es herrero y alcalde constitucional del pueblo, es un tio Lila que sabe mas que Merlin, y voy á contar algunos lances que presencié en pocos dias.

Andaba un pobre tio vendiendo espárragos, y le dijo el herrero: ¿cuánto quiere usted por la mitad de los que lleva? El esparraguero, aunque no era cubero bueno ni malo, hizo un cálculo prudente á ojo de buen cubero, de lo que valia la mitad de sus manojos; y le contestó: una peseta. Corriente, dijo el herrero; y cogiendo un cuchillo, que por cierto no era de palo, y eso que dicen que en casa del herrero cuchillo de palo, empezó á partir los espárragos por la mitad, quedándose él con lo de la punta y devolviendo al vendedor el tronco. Clamaba el tio que aquello era una injusticia; y respondia el herrero: yo he ajustado la mitad, y lo ajustado ajustado; y como ademas de tener razon era alcalde, quedó la cosa así. Bien conocia el alcalde que era una injusticia; pero decia como todos los mandarines del mundo: justicia, y no por mi casa.

Juróselas el esparraguero, pero en valde, porque el infeliz tuvo que abandonar su comercio y se puso á vender paja. Un dia que el buen hombre pasaba por casa del herrero con un gran saco lleno de paja, le dijo este: ¿cuánto quiere usted por ese saco de tierra? y como el otro le contestó que era de paja, replicó el herrero: pues mire usted que á mí no me habia parecido saco de paja; pero supuesto que es paja se la voy á comprar con condicion de que la han de comer mis machos; y si no, me la ha de dar usted de valde. Quedaron corrientes, porque decia el pajero: ¿cómo no han de comer mi paja los machos? y uno y otro se fueron á la fragua á hacer la prueba. Los herreros llaman machos á

los mazos grandes de hierro con que ellos trabajan: así es que aunque la paja era buena, no la comian los machos del herrero; y él decia con mucha sorna: ¡qué mala paja! ¡no la comen los machos! Amostazóse el pajero y le dijo: ¿cómo han de comer la paja si los tiene usted muertos de sed? Y esto diciendo los arrojó en un pozo de ochenta varas que habia en la fragua; y el que quiso sacar de valde un saco de paja que no valia ocho cuartos, tuvo que gastarse un doblon en sacar los machos del pozo.

Convidáronme á un ojeo de liebres en la mar, y en este puerto pienso permanecer hasta que el herrero me escriba; pues se ha encargado de hacer un camino de hierro para Madrid, de modo que miéntras no se acabe la obra, pienso no ver á mis antiguos amigos.

CONTINUACION.

Medina del Campo 24 de marzo de 1844.

Como yo tenia mas ganas de ver mi patria que de comer, me despedí de los nevados campos de Rusia, ántes que el herrero de quien hablé en el artículo anterior concluyera el camino de hierro para Madrid; porque al paso que va, creo que nunca si Dios quiere se acabará la obra. Bastará la razon de ser útil á España para que no tenga fin el tal camino. Hay en la corte un teatro de Oriente que ha costado á España mas pesetas que una revolucion, pero cuando estaba casi concluido, dijeron los que manejaban el tinglado: ¡alto aquí! y el suntuoso edificio naufragó á la orilla, quedando útil solamente para tragedias de malas costumbres, simulacros legislativos y ensayos de sesiones, interpelaciones, revoluciones, suspensiones y disoluciones. *Quevedo* empezó el chistosísimo poema de *Orlando Furioso,* y *Espronceda* el *Diablo Mundo,* admiracion de la literatura contemporánea; pero Quevedo y Espronceda dijeron: ¡alto aquí! y nos dejaron solamente la muestra del paño que estarán vendiendo en el otro mundo. Pero eso cuando yo oigo decir que se trata de grandes

empresas de navegacion, canales y caminos, digo para mí: todo requiere acabar en lugar del adagio que dice todo quiere empezar; y que somos moros y muy moros por mas que nos jactemos de cristianos, puesto que todas nuestras obras, si no en la solidez, al ménos en la duracion, son obras de moros. Pero volvamos á mi viaje. Era el amanecer cuando tomé las de Villadiego hácia Castilla la Vieja. Habria andado un cuarto de legua, cuando despues de atravesar un rio, me encontré con el consabido fraile de las alforjas, que iba muy lentamente en el burro miéntras yo á pié corria como un torero.

— Mucho corremos, me dijo.

— Poco andamos, le contesté. A lo que él añadió:

— Tanto andamos como corremos. Y prosiguímos nuestro diálogo.

— ¿A dónde va usted con las alforjas?

— A Castilla la Vieja.

— ¿A Castilla la Vieja? Yo pensé que iria usted á algun pueblo vecino.

— Pues ya .... para ese viaje no necesitaba yo alforjas.

— ¿Y á qué lugar va usted?

— No me acuerdo del nombre; pero ya daremos con él. Allí tengo un primo llamado Pascasio Jimenez, con quien pienso permanecer hasta que me den la conveniencia que perdí. Por ahora, dijo, no tengo miedo á la suerte; porque anoche gané mil quinientas pesetas á la banca.

— ¡Dichosa suerte!

— ¡Dichosa maña! Tenga usted un cigarro á la salud de las mil y quinientas. Y me dió una petaca que tenia en la tapa un espejo, de lo cual inferí que el fraile habia robado á ojos vistas. En eso empezámos á subir una cuesta muy alta, que nos dejaba sin aliento; y yo, viendo que el burro del fraile iba á paso de tortuga, entoné chungueándome la seguidilla siguiente:

El burro de Fr. Pedro
Dios le bendiga,
Mas corre cuesta abajo
Que cuesta arriba.

A lo que el fraile, viéndome sacar una cuarta de lengua como perro en agosto, contestó en el mismo tono:

Para andar cuesta arriba
quiero mi burro,
que las cuestas abajo
yo me las subo.

Mas deseoso de alhagar que de complacer al fraile, le ofrecí un huevo crudo, que por haber atravesado el rio, ya era *pesado por agua;* pero él lo rehusó diciendo: mil gracias, he almorzado ya dos veces, y ademas es dia de ayuno .... Me admiré de que al amanecer hubiera almorzado ya dos veces, y le pregunté si comia mucho, á lo que contestó: «no señor, soy muy arreglado en las comidas. Mire usted, prosiguió, suelo tomar el chocolate en la cama, y despues duermo un rato. Me levanto á las nueve, y me tiro al coleto una tostada con manteca y leche: me pongo á rezar hasta las diez que es la hora del almuerzo. Entónces sí acostumbro á zamparme un par de pichones, una tortilla de jamon y poco mas de una pata de carnero. Se supone que entre bocado y bocado echo un sorbito en un vaso grande, como de cuatro dedos de gallego. Salgo á dar un paseo, y vuelvo á las once; saco el chorizo de la olla, y me lo como. No entra en mi cuerpo mas en toda la mañana, y ya me tiene usted como un reló hasta las doce, que es la hora de comer.»

Al oir esta prueba de su arreglo en la comida, no pude ménos de recordar un chascarrillo histórico que conté á su paternidad, y referiré á ustedes.

Pues señor (el *pues señor* es introduccion indispensable en todo cuento), sabrán ustedes que en mi lugar hay una cuesta que llaman la cuesta del Cuco, por la cual atraviesa un camino, y por el camino pasaban unos carreteros en cierta ocasion (que la ocasion en los cuentos aunque sea dudosa, siempre se ha de decir cierta). Llevaban carros de carbon y, como es consiguiente, para subir la cuesta necesitaban buenos pares de bueyes. Efectivamente cada animal podia calcularse que pesaba sobre treinta y seis á treinta y ocho arrobas: he visto muchos animales de cuatro orejas, pero pocos de tan buena marca. Admirábanse todos los transeuntes de ver unos bueyes tan colosales, porque á no haberlos visto sin trompa, cualquiera los hubiera tenido por elefantes. Uno de

los carreteros, cargado de tanta exageracion, dirigiéndose á los que tanto se pasmaban de la inmensidad de su ganado, les dijo: «señores, esos bueyes no son tan grandes como parece; y en prueba de ello, que entre mi compañero y yo nos comemos uno.» Apostaron los pasajeros una onza á que no, y el carretero iba á depositar la suya cuando recordó que tal vez en aquel dia no podria verificarse la apuesta, porque su compañero estaba convaleciente de un cólico. «Sin embargo, añadió, vamos á ver qué dice.» Fueron todos al pueblo inmediato, donde estaba el enfermo cadavérico, punto ménos que espirando. Pero á pesar de todo, era tanta la confianza que el estómago de este inspiraba al otro, que le enteró del compromiso. Entónces el enfermo se incorporó, y con voz trémula y flaca reprendió al compañero en estos términos: «pero hombre ¡qué te hayas metido en este berengenal! El estado de mi salud es peligroso, y los médicos han ordenado que esté quince dias á dieta: no obstante, por no dejarte mal, lo mas que yo puedo hacer, es comerme los dos cuartos traseros y el menudo.»

Entendió el fraile la aplicacion del cuento, y medio sonrojóse al pronto como buen doncello; pero pasóse el enojo, y andando andando, y yendo dias y viniendo dias, entrámos en España, donde vimos á toda la gente en movimiento, como amenazada de una general conflagracion. Todo se volvia corrillos y murmullos desde que vieron los hábitos del fraile. Unos hacian esparabanes de júbilo, y otros de melancolía. Decia yo: ¿si será mi compañero el Mesías que tanta animacion produce su venida? Llegámos á una tienda de géneros, y dijo el fraile al comerciante con esa altanería y superioridad de *padre de almas:* ¿tienes guantes de seda? El de la tienda, que era hombre ya de barba en cara y pelo en pecho, arrugando el entrecejo, contestó al de los hábitos en el mismo tono: Sí: ¿cómo los quieres, dobles ó sencillos? — Sáquelos usted dobles, dijo el fraile. — Téngalos usted, respondió el comerciante. — Al subir de la tienda, noté que la casa tenia fachada de convento: hicimos un saludo no tan frio como el del comerciante, que nos despidió con ceño de comprador de bienes nacionales.

Proseguímos nuestro camino: el fraile se quitó los hábitos, conociendo que no era bien recibido todavía este traje, y descubrió un trabuco entre naranjero y limonero. Yo le manifesté el grave riesgo que habia en llevar armas, y él me sacó de cuidado, diciendo que se fingiria oficial del reemplazo; y nos vino bien la treta, porque como á la sazon se estaban reuniendo los oficiales de la provincia de Valladolid en la Nava del Rey, hácia donde caminábamos, nos dieron crédito los alcaldes de monterilla.

Hay ántes de la Nava un pueblo que llaman Villaverde, donde ocurrió una cosa digna de contarse. Pasaban, el dia ántes que nosotros, unos oficiales, y viendo dos palomares á la entrada, preguntaron á un hombre llamado Juan Molina, ¿cuál era el del señor Pedro Fernandez? Este ciudadano, dueño del otro palomar, les dijo: aquel de la derecha: mátenle ustedes todas las palomas, que es un pícaro revoltoso. Pero le salió mal la cuenta, porque los oficiales dijeron, que ántes bien querian saber cuál era el palomar de Fernandez para no hacerle daño; y se fueron al de la izquierda, que era el del mal intencionado Molina, donde creo que hicieron gran destrozo.

Tuvimos noticia del lance, y fray Periquito ofreció vengar el ultraje hecho á un amigo político: en efecto, cerca de Villaverde puso su trabuco en regla. Dió la casualidad de que á la entrada del pueblo hallásemos al referido Molina, á quien no conocíamos, y el fraile le preguntó cuál era el palomar de Fernandez. Escamado Molina del dia anterior, trocó las señas y apuntó al suyo con el objeto de que le respetásemos; pero ¡cuál fué su sorpresa al ver correr á mi compañero hácia su palomar, gritando como un desaforado: ¡que no le quede una paloma á ese bribon! Corrió Molina tras el fraile que al oir decir «son mias» entendió que aquel era Fernandez, le dijo: pues bien, primero voy á matar á usted, y despues á las palomas, y echándose el trabuco á la cara, dió á correr tras el buen Molina, que se refugió en la iglesia como criminal que se acoge al sagrado, miéntras el religioso le mataba la mitad de las palomas. Bien libre está Fernan-

dez de que su contrario vuelva á dar esplicaciones cuando le pidan las señas de su palomar.

Y ahora, le dije á mi compañero de viaje ¿cómo saldremos si toma cartas en el juego la comision militar? — Buscaremos la salvacion en la fuga, me contestó; y cuando esto no sirva, apelaré á las *mil y quinientas*, que es tribunal que tengo en el bolsillo, y no me puede desairar.

Llegámos al lugar, donde fray Pedro tenia el primo, y llegámos como cura que dice misa, es decir, entre dos luces. El pueblo es un caserío libre de ladrones; porque aunque pasen cerca no pueden dar con él. La calle mas larga es mas corta que el vestido de una manola: las casas parecen bocas de conejos; al tejado todo se va en caballete, pero tan sútil, que cuando se sube algun gato, tiene que guardar el equilibrio como si bailara en maroma floja. La torre no tiene veleta, porque la robó un enano. No puede haber secretos en el lugar, porque aunque uno hable bajo en su casa, le oyen todos los vecinos. En fin es un lugar que debiera llamarse *Cañamon*, pues no dudo que el mejor dia se lo almuerza un jilguero. Para que se vea que siempre el mas miserable tiene mas humos, han dado á todas sus calles nombres altisonantes á uso de corte. Hay *calle de Cantarranas, calle de las Platerías, calle de la Independencia, calle Mayor*, que es mayor el letrero que la calle, y para leerlo se necesita microscopio. En medio de una rendijita imperceptible que llaman *Calle de Pompeyo*, hay una casa que tiene encima de la puerta una inscripcion escrita á dedo con polvos de horno, que dice:

Casacon
sistorial

Y como el renglon de abajo se ha borrado con el aire, nosotros preguntámos á una mujer que pasaba por allí, si en esta casa vivia algun hombre que se llamara el tio Casacon. Y diciéndonos que era la casa de concejo, la preguntámos por el tio Pascasio Jimenez, y no nos supo dar razon, á pesar de ser el pueblo tan chico. Fuimos casa por casa preguntando, y todos se encogian de hombros, sin duda porque en los lugares á nadie se conoce por su verdadero nombre.

Nos decidímos pues, á averiguar la casa del cura, y este nos informó de cómo habíamos de acertar con el tio Jimenez, que fué preguntando por el tio *Pajalarga*. Así lo hicimos y con efecto le encontrámos en casa, que nos recibió con mucho cumplimiento lo mismo que su mujer, que era justamente la tia á quien preguntámos por Pascasio Jimenez, y no supo dar razon por ignorar el nombre de su marido.

Bendito sea Dios, dijo el tio Pascasio, que han venido ustedes en un dia en que tengo buena cena. Como habia militado tiene ciertos terminachos soldatescos que engañan; y así es que al pronto nos dió un alegron refiriendo los pormenores de la mesa. Saca, la dijo á su mujer, saca esa fuente de *tumba-navíos*: y eran peces como alfileres, que entran ciento en cada cucharada, solo que tuvimos que comerlos con los dedos por no haber otra cosa. Disimulen ustedes, dijo la mujer, que desde que nos robaron las cucharas de madera en la guerra de la independencia, no me he acordado de comprar otras. Pidió el marido despues de los *tumba-navíos* una *perdiz-económica*: yo tenia ganas de verla en la mesa para apoderarme de la mejor tajada; pero ¡cuál fué mi pesadumbre al ver que la tal *perdiz-económica* era una cebolla asada! Gracias que la rebozaron con miel; pero como no habia con qué lavarse las manos, se nos quedaron los dedos pegados para toda la noche.

Acabóse la cena: el tio Jimenez empezó á dar gracias á Dios, y nos encajó mas Padre-nuestros y Ave-Marías que dias tiene el año. Por el alma de nuestros padres, por el ángel de nuestra guarda, porque nos libre Dios de malas tentaciones, por los que mueren en pecado mortal, y qué sé yo cuantas cosas mas. Por decontado besó el pan, echó la bendicion á la mesa, y nos mandó á la cama con el correspondiente saludo de «hasta mañana si Dios quiere.»

Dormímos juntos mi compañero y yo en un jergon que tenia la paja tan corta, que se nos clavaba en el corazon. ¿Quién dirá, esclamábamos nosotros, que este jergon es del tio *Pajalarga?* Ademas el entarimado era el ladrillo, y como la ropa era vieja y mal cuidada, creyendo estar solos nos en-

contrámos con doscientos mil compañeros vírgenes que nos hicieron mártires; de suerte que estuvimos toda la santa noche sin poder pegar los ojos ni despegar los dedos.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

MENTIRAS AL REVES: COSAS QUE NO SON. CUENTO ESTRAVAGANTEMENTE INAUDITO.

Erase un pueblo sin casas, situado en las ilusorias riberas de un rio seco y su límpida corriente, cuyo paradero se ignoraba, jamas habia serpenteado entre los montes llanos que no se elevaron en medio del hermoso paisaje que ofrecen á la admiracion del espectador ausente las escarpadas llanuras que casi estuvieron á punto de circundarle cuando reventó el terremoto de Oran. Allí, sin jamas estar, vivia media familia, porque la otra mitad que debian formarla los que faltaban, no habian nacido.

Esto sucedia en el año 1999; es decir, á últimos del siglo que viene.

Felizmente esta familia fué siempre desgraciada, y por una casualidad traida á propósito, ninguno de sus miembros se parecia ó asemejaba en el rostro, á no ser en los ojos, las cejas, la frente, la nariz, la boca, la barba, los carrillos, las orejas y la cúspide que casi eran iguales. Y digo cúspide, porque en aquellos tiempos se llamaba así la cabeza, por ser lo mas elevado de los talones.

A dicha media familia pertenecian varios animales, como un gatito muy mono que habia muerto algunos años despues, un perrito lindísimo que tampoco habia nacido, y un lorito muy parlanchin, la hembra de los dos únicos primitivos que salieron del arca de Noé. Pero dejemos los animales y agarremos las personas.

Los principales personajes, pues, de la media familia, eran una madre que se llamaba Doña Semíramis (la cual no habia tenido abuelo) y una hija que no tenia nombre. Habitaban una casa sin paredes, techo, puertas ni ventanas. No-

tábase que la mamá era mas jóven que la hija; bien porque la hija tuviese mas años que su mamá, ó bien porque la mamá no contase tantos como la hija. Lo cierto es que á entrambas servia un criado fiel que enviudó siendo soltero, hombre de estatura colosalmente enana, secamente gordo, cojo de vista y bizco de las piernas.

Una noche, muy tenebrosa por cierto, serian como entre diez y tres de la madruga, cuando el sol alumbraba el globo con todo el fulgor de sus rayos abrasadores en el mes de julio, la nieve se desprendia de la atmósfera en copos tan grandes como mantas de Palencia, y los habitantes de aquella comarca bailaban el trípili de puro frio, entró saliendo el criado, y dijo á la señorita sin nombre con una voz tan enteramente apagada que no formaba el mas leve sonido: «señorita: un hombre desconocido que ni vino ni se fué, ni he visto ni veré, acaba de no entragarme esta carta con cierto ademan de misterioso secreto, y con un vozarron mas ronco que un trueno sordo, diciéndome sin hablar que á ningun ser futuro la entregase sino á usted.»

La jóven tierna como pezuña de buey cansino, y sensible como el peñon de Gibraltar, abrió la carta que no estaba escrita en papel ni cosa que se le pareciera ni se vislumbraba en ella una sombra de letra humana; y leyó las siguientes palabras: «mujer corpulenta! un hombre invisible os ama con la odiosidad mas frenética que engendraron los siglos futuros en un corazon volcánico. Adios: — Posdata. Dentro de catorce minutos os espero en el torrente de los Alamos, ó moriréis. Juro respetar tu voluntad hasta el catafalco de las horcas Caudinas, donde serás inmolada á dogal colgando con el mayor entusiasmo de una pasion inspirada por Satanas para ser enterrada en la Transilvania si á la cita faltais. Adios, hija del Antecristo; ¡os espero! ¡os espero! al torrente de los Alamos.»

Por curiosidad quisiera yo ver á alguno de mis lectores en la prensada situacion de la jóven sin nombre, suponiendo que dentro de catorce minutos era forzoso presentarse en el torrente de los Alamos, que dista de allí cuatro mil quinientas cuarenta y tres leguas y media de mar y tierra, y con-

tinuando suponiendo que entónces no eran conocidos los vapores marítimos ni terrácueos, ni siquiera los globos atmosféricos.

Sin embargo, aunque los historiadores que dejaron de escribir sobre este hecho que no sucedió, ningun pormenor nos trasmitieron acerca de los medios que empleó la jóven sin nombre para acudir exactamente á la cita, lo cierto es que ántes de los catorce minutos ya estaba ella roncando sobre la espuma del torrente de los Alamos cansada de esperar á su trovador.

Por tradicion de los difuntos que murieron desde aquel siglo hasta fines del actual, se cree que un trasporte tan veloz lo verificó la jóven á caballo en un relámpago; cosa muy posible en verdad si se considera la gran diferencia que existe entre los relámpagos de entónces y los relámpagos de ahora, ó bien sea entre las exhalaciones antiguas y las exhalaciones modernas, como lo demostraron el rey Doña Uraca y la princesa Nabucodonosor en sus tratados sobre la transformacion de los cuadrúpedos, de la cual escluyeron á los españoles, comparando nuestro desgobierno con la eternidad.

El reloj de la catedral de Carabanchel de abajo anunciaba á los rusos las trece del dia (porque en aquellos tiempos todos los relojes tenian en el horario las 24 horas del dia, y las señalaban todas unas tras otras del modo que podian unos mal y otros bien, como en la actualidad que hay relojes á propósito para no saber jamas la hora que es), y el de la torre del diablo en Quebec apuntaba las 18, lo que demostraba que el de la catedral de Carabanchel no corria tanto como el de Quebec, cuando el trovador invisible aparece en el torrente de los Alamos, se arroja sobre la mujer sin nombre, y le da un beso en cada codo, segun costumbre de aquel siglo en que la mayor prueba de cariño era besarse los codos los amantes, y permanecer asidos recíprocamente de las orejas con ambas manos miéntras hablaban. «Yo soy, le dijo él á ella, un recuerdo espantoso del diluvio universal; ignoro quiénes serán los que vengan á darme el ser, porque aun no he nacido, pero será muy regular que me dé á luz una princesa que se llamará Margarita de Borgoña. Vengo de

las tinieblas á cumplir mi destino que es achicharrarte. (Entónces el amor se llamaba chicharron, amar era achicharrar.) Si correspondes al chicharron que te profeso, prosiguió el invisible, veré calmada la dicha mas desastrosa que alcanzó la posteridad: si no me achicharras con todo el vital entusiasmo que me aniquila, concédeme el favor de darme un fuerte soplo por detras, y me verás desaparecer entre las altas nubes que arrastran por las catacumbas.» — «Yo te adoro con la mas recóndita execracion que te consagra mi alma, replicó la hermosa horrible, yo te achicharraba cuarenta y dos años ántes de conocerte; cuatro lustros ántes de ver la luz pública; mas ántes aun de tu venida al mundo te idolatraba en el resplandor oscuro de la nada, porque comprendí que tú habias de ser algo; que habias de ser el ser que activase la idolatría con que te abomino.» — Y bien, mujer; ¿conoces la eternidad? — No: jamas estuve allá. — ¿Por qué no has ido? — Porque no sé el camino. — Pero tu padre estará allá. — No. — ¿Qué hace que no se muere? — No puede morirse: no ha nacido: tambien mi padre es póstumo. — Me lo habia pensado. — Pues entónces, sígueme.

Al pronunciar la jóven estas palabras, un trueno espantoso que dejó de oirse en todos los puntos del globo y del espacio retumbó con la mas dulcísima armonía en los anchos torreones de la inexpugnable ciudadela de Albacete, al cual siguió un relámpago oscuro que apagó todas las luces del teatro del Príncipe, acompañado de un eclipse de sol visible en el puerto de Almansa y en Miraflores de la Sierra que disolvió todo el requeson que estaban elaborando en aquella láctea comarca. La lluvia se desprendia de las nubes á cántaros, pero sin llegar á tierra, de modo que los transeuntes veian llover sobre sus cúspides, y no se mojaban pizca ni media. Esto inundó de horror delicioso á los habitantes de la Nueva Celandia, miéntras los dos amantes atravesaron á pié en dos minutos y medio el mar glacial desde el cabo del Norte en la Laponia, tocando parte del mar de Karskoé, el de la América septentrional, el de Penjinsk, el del Lama, el del Japon por la manga de Tartaria y el mar de Jeso, el Jonio y el de

la China, el grande Océano oriental, por el archipiélago de las islas Carolinas, y el de Salomon, y el del Espíritu Santo, tocando parte del mar equinoccial, atravesando bajo del Capricornio y del Trópico en el mar de las Indias, costa de las islas de Madagascar y línea de Ecuador, á entrar en el golfo arábigo, corriendo al trote por el mar Rojo y golfo pérsico, el mar Negro y el Caspio, el Mediterráneo, el Adriático y el Báltico hasta la casa de Doña Semíramis.

Apénas esta jóven anciana mamá vió llegar á su hija sudando de frio y asida de un hombre de aire, se cubrió el rostro con los piés, lanzó un aullido melodioso, y se puso á bailar en la azotea repicando los talones y dando volteretas como una loca.

Era preciso aprovechar aquellos turbios momentos, y los amantes no sabian cómo organizarse ni dónde esconderse, porque al trovador invisible le atacó un sueño tenebroso que le hacia dar cabezadas en los hombros y orejas de su querida. No habia mas tio pásame el charco que dormir, y en la casa solo tenian un catre de 85 piés de elevacion, al cual se subia en un gran cesto pendiente de un largo y grueso macarrron italiano pasado por una garrucha. «Entra en ese hermoso cesto, le dijo ella á él: yo te subiré al catre donde velaré tu sueño, y luego me subirás con mucho tiento, que no soy para colgar.» Hízose la primera operacion; despues subió él á ella; mas ¡cuál fué el espantoso placer de esta feliz desventurada, cuando en vez de su amante solo encontró en la azotea del catre un esqueleto ensangrentado, sin mas traje que unas botas de andar á pié con espolines, y una casaquilla de raso inglés carmesí! La desgraciada leyó el esqueleto, y decia: «tu madre no es mujer.» Un pacífico rapto de desesperacion se apoderó tranquilamente de su alma, y sin respetar los 85 piés de camino perpendicular que habia desde la boardilla del catre hasta el pavimiento, se arroja de cabeza cual otra Safo, da de cabeza en medio de un cesto lleno de huevos frescos que hacia tres años estaba recogiendo su mamá para hacer un pastelon de rábanos, pero desgraciadamente quedó sin lesion por caer en blando, aunque los huevos lo pagaron. Se levanta y corre con mucha calma á

contarle á su mamá todo el suceso, la cual le contestó: «pues bien; si ese brujo te ha revelado que tu madre no es mujer, yo te revelo que su esqueleto va corriendo en este instante hácia el cementerio del desierto. Asómate á esa ventana y lo verás correr.»

Efectivamente asomóse; lo vió y partió tras él sin pronunciar palabra, y lo alcanzó porque se le enredaron los espolines en los sarmientos al atravesar una viña. Allí renovaron sus iracundos amores, y viendo que la mamá los perseguia amenazándolos con una caña en cada mano, huyeron sin parar hasta el cementerio del desierto, donde tuvieron que desenterrar un cadáver que habia muerto ahogado en el incendio de Babilonia, para ocultarse la jóven y el esqueleto prófugos. En aquella tumba encontraron una caldera rota, una flauta, dos pares de calcetines, unas parrillas, un redoblante, un melon, un paraguas de lienzo color de tórtola, y un plato de crema. Como los amantes no habian comido desde el 26 de agosto del año anterior, pusiéronse en cuclillas y comenzaron á sorber crema á duo, sosteniendo el plato á cuatro manos; mas aparece la esfinge de Doña Semíramis sobre sus cabezas dándoles sendos cañazos en los talones y en las orejas; les echa tierra encima á borbotones; los sepulta, y cuando conoció que estaban difuntos los enterrados, se enterró ella tambien en la misma sepultura por no ser ménos que los otros.

Así comenzaron á morir aquellos tres seres dichosos, cuando todavía les faltaba cerca de siglo y medio para nacer.

José Maria Bonilla.

LA FAMILIA DE LOS *VICE*, DE LOS *SUB* Y DE LOS *EX*.

Todo en el mundo es música. Esto no quiere decir que el mundo es una sinfonía ni que todo en el sea música celestial; lo que quiere decir esto es que el mundo está com-

puesto de escalas con sus puntos y medios puntos, bemoles y sostenidos. Si se consulta á los naturalistas, hallaremos que desde el reino mineral al vegetal hay muchos cuerpos que se confunden entre la inercia y movilidad de tal modo, que nadie sabe definir á qué reino pertenecen. Los hay que por una escala la mas lenta imaginable se van separando de la materia inerte, hasta llegar á la mas perfecta de las plantas, y los hay que, teniendo mas vida y mas espontaneidad en el movimiento, pero con una forma estraña á los animales y á las plantas, vienen á ser cuerpos anfibios ó hermafroditas entre el reino animal y el vegetal. Sucesivamente y por escala rigurosa se observa la marcha progresiva de los seres hasta el mas perfecto conocido, que es el hombre: pero de modo que de uno á otro animal es tan corta la diferencia como sensible, cuando entre dos puntos de comparacion quedan dos ó tres intermedios. De un europeo, por ejemplo, á un negro de Guinea, no hay mas diferencia que la del color; así como hay monos que distan muy poco de los susodichos negros; y sin embargo comparado un mono con un hombre se advierte una inmensa diferencia. Yo tengo para mí que al cabo de los siglos ha de venir otro ser mas perfecto que el hombre por razon de esa escala de perfectibilidad, y que á medida de la perfeccion en la forma humana, será tambien mas aventajado en sus cualidades morales.

Tratando solo de la escala del hombre con relacion á su categoría en la comunion social, que es el objeto de este artículo, lo primero será hablar de los puntos musicales, fijos, determinados é inalterables, y lo segundo de los modificados, intermedios, mistos ó furrieles, es decir, entre cabos y sarjentos.

Desde luego todo cuerpo necesita una cabeza, toda nacion un gobierno y toda sociedad chica ó grande un centro directivo: parece que he dicho tres cosas, y no he dicho mas que una. Al que representa la primera dignidad de una reunion de hombres, se le llama director porque dirige, ó presidente por presidir; pero como un hombre solo no puede reasumir todos los poderes en sí, claro es que necesita otros agentes subalternos para dirigir la máquina social, y de aquí nace

ese eslabonamiento de jerarquías que, semejantes á una progresion geométrica decreciente, cada una va teniendo mas valor que todas las inferiores juntas.

Ahora bien: una sociedad ¿podria regirse con los empleos absolutamente necesarios? Claro es que sí, y claro es que no, y haré ver que ninguna contradiccion envuelve la respuesta. Cuando el hombre fuera tan virtuoso como le concibiera Rousseau en su mundo ideal, justo en el ejercicio de sus derechos y dócil á los deberes, es evidente que la sociedad no admitiria un cargo superfluo; pero como por desgracia hasta el dia estamos dotados de pasiones mezquinas y miserables; como nos devora la ambicion de figurar, de donde viene la avaricia del oro, ha sido preciso satisfacer con empleos lucrativos y honores pueriles, las exigencias de los mal contentos con un órden de cosas justo, racional y equitativo.

Un presidente y un secretario bastan para regir un cuerpo legislativo; pero así como un chiquillo tiene envidia cuando la madre acaricia á sus hermanitos, y una mujer siente los agasajos que á otras se dispensan, tambien hay hombres que sienten no ser los predilectos. Estos hombres me parecen á mí niños que han crecido mucho, ó mujeres vestidas de hombres. Sean lo que fueren es preciso contentarlos, y para conseguirlo debió crearse el innecesario cargo de vice-presidente; y no satisfechos con halagar á uno, prolongaron la escala de la vice-presidencia hasta el infinito, contando algunos congresos vice-presidentes á docenas.

La familia de los *vice* es hermana carnal de la de los *sub*, ó lo que es lo mismo la familia de los *sub* es la misma que a de los *vice*, que trae el mismo orígen, hace el mismo papel y solo se diferencia en la pronunciacion. Se dice v. gr. vice-rector, porque no se pronunciaria con tanta facilidad sub-rector, á pesar de que no es tanto el trabajo que le cuesta al pueblo el pronunciar vice-presidente, vice-secretario, vice-cónsul, sub-secretario, sub-director, sub-prefecto y subdiácono, como el mantener á una familia tan numerosa como la de los *sub* y los *vice* reunidos. Hay disputas sobre cuál de las dos razas es mas perjudicial á los intereses del pueblo;

yo creo que *las dos son peores*, como decia el inmortal Fígaro; y que si marchar de los *sub* á los *vice* es ir de Pilátos á Heródes, ir de los *vice* á los *sub* es volver de Heródes á Pilátos. Sin embargo, la raza de los *sub* es á de la los *vice*, lo que los antropófagos á nosotros en sociedad, lo que el veneno al azúcar, lo que los gobernantes á los gobernados, lo que los frailes á los hombres.

El *sub* es un ente fantástico que recorre todas las clases de la sociedad para atormentarla. Es el símbolo de la inquisicion; penetra por la menor rendija de las casas, intercepta toda comunicacion y escudriña y tasa todos los artículos comerciales é intelectuales sin conocer los artículos de la fe. Fácilmente inferirán ustedes que el *sub* de que voy hablando es el *sub*sidio. No sé cómo hay hombre que quiera comerciar teniendo que pagar el *sub*sidio de comercio; y alguno conozco sumamente industrioso, que se hace el tonto porque no le saquen el *sub*sidio industrial.

Si la nacion no prospera: si la patria no se desempeña, ni consigue ni conseguirá la suspirada nivelacion de los gastos con los ingresos; culpa es del *sub*, que á imitacion de los rios grandes que se aumentan sorbiendo el agua de los pequeños, con el dinero de muchos pobres llena la bolsa de pocos agiotistas. Este *sub* tan aristocráticamente parcial, tan injusto y tan enemigo del tesoro público es un *sub* femenino llamado «*sub*asta» que ha parido muchos hijos varones llamados «*sub*arriendos» tan parecidos á la madre, que entre todos han sumido el estómago de los pobres en un mar de viento donde infaliblemente serán víctimas del temporal, si Dios no lo remedia. A esto de *sub*arriendos y *sub*astas dan la disculpa los *sub*arrendatarios y *sub*arrendadores de que amor con amor se paga, y que un *sub* mata otro *sub*, porque sin una *sub*asta el gobierno no podria *sub*venir á las necesidades, ni *sub*sanar los perjuicios de una *sub* levacion.

Vamos con la familia de los *ex* que es la mas numerosa que se conoce, como que de trece millones de habitantes, puede que pasen de quince millones, los seres que pertenecen á esta raza, y lo probaré. Claro es que un hombre no es

mas que un individuo; pero como hay Fulanos García de García ó Lopez de Lopez y duques, grandes de España seis ó siete veces, tambien hay españoles emparedados en tabiques de *ex*, ó que tienen el *ex* por todos cuatro costados. Puede uno ser ex-realista, ex-nacional, ex-diputado y ex-ministro, y si por la prodigalidad de títulos y tratamientos, es ademas excelentísimo señor, cuenta un *ex* por cada sentido.

La familia de los *ex* es el vice-versa de la de los *sub* y de los *vice;* porque esta impera miéntras aquella anda de capa caida, y así se les conoce á todos hasta el rostro. Un hombre en el mando es una flor en la primavera, un hombre en la desgracia es un árbol en otoño. ¡Qué satisfaccion! ¡qué superioridad hay en la cara de un poderoso! ¡Qué melancolía en las facciones del que no tiene dinero! ¡Qué distinto horizonte presentan las cosas á los unos y á los otros! A un pobre todo le sienta mal; si llueve ¡malo! porque no tiene mas sombrero que el que lleva encima y otro, y el otro es el que lleva encima. Si no llueve ¡malísimo! porque se perderá la cosecha y andará el pan por las nubes. Juzga del humor de todos por el de sus tripas, y cree que nadie tiene gana de broma, porque él no la tiene, y así cuando llega alguna festividad, como ahora la de San Isidro, suele decir: no, pues este año poca gente irá á San Isidro, no está el tiempo para diversiones; y precisamente aquel año se desploma el pueblo de Madrid en la campiña del santo. ¿Viene el aire gallego? malo, porque se helarán los trigos. ¿Viene solano? peor, porque se quemarán los garbanzales. ¿Oye un pregon en la plaza, ó ve un bando en las esquinas? Corriendo á ver qué dicen, por si mandan barrer las puertas de la calle á todos los pobres, ó arrojarse por el balcon, á fin de obedecer ántes que pidan un ducado de multa. El rico al reves; ¿llueve? que llueva, nos soplaremos en el coche y los caballos y el cochero serán los que se mojen. ¿Hace calor? no importa miéntras haya nieve en los pozos. ¿Pregonan? que pregonen, con los ricos no se han de atrever, y si se atreven todo lo arregla el dinero. ¿Le convidan á un entierro? entretiene á los del pésame con cuentos y chascarrillos. En fin, ve alegría donde el pobre tristeza; imagina delicias donde el pobre disgracias; y así

como para el pobre todo es luto y desolacion, para el rico todo bataola, boda ó bateo.

Así cuando vemos un rostro compungido y exánime decimos: qué cara de exclaustrado tiene ese hombre; parece un alma en pena, murmurando para sí: tal me verás que no me conocerás.

Por último los *ex* dicen á los *vice* lo que los viejos á los niños: allá llegarás ó la vida te ha de costar; porque no hay empleado que no pare en ex-empleado y á fe que bajo este punto de vista no sé quién de las dos familias es mas gravosa á la nacion; yo creo que la de los *ex* por ser mas numerosa y porque trabaja ménos, pues todas las rentas de España no bastan ya para pagar á ex-jefes políticos, ex-ministros, ex-claustrados y ex-cedentes.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

MELONES Y MUJERES.

I.

— ¿Quiere usted que yo se lo escoja? me dijo Don Basilio en el mercado de Murcia, viéndome atafagado y lleno de incertidumbre, á la manera de un hambriento colocado con todo su arrollador apetito entre las dos sopas de una mesa opípara, delante de una compañía de melones que acaba de hacer allí *en su lugar descanso*. Se va usted á chupar los dedos. — ¿Con qué usted lo entiende? le dije yo, sin figurarme que esta pregunta debia herir su amor propio, como heriria el de Hartzenbusch cualquiera que preguntase á este distinguido literato si entiende de dramas. — ¿Si lo entiendo, ha dicho usted? ¡es original la pregunta! ¡me pregunta usted si yo lo entiendo! ahí es un grano de anis! Mi padre y mi madre son de Guardamar; mi abuelo y mi abuela eran de Guardamar tambien, y lo mismo mi bisabuelo y mi bisabuela paternos y maternos, y los que á ellos les engendraron y parieron, y los que engendraron y parieron á los que engendraron y parieron á ellos, y yo nací en Guardamar, y en

Guardamar me bautizaron, y me crié en Guardamar, de suerte que el conocimiento de los melones se puede decir hereditario en mi familia. ¡Y me pregunta usted si yo lo entiendo. — No me habia tomado la molestia, le dije yo, de encaramarme por su árbol genealógico de usted y tal vez haya dicho un disparate. — Sí señor, lo ha dicho usted muy garrafal! ¡Toma! ¡si entiendo de melones! (Estas últimas palabras las pronunció con un tono que revelaba perfectamente la compasion á que le movia mi ignorancia.) Vamos á ver, añadió. ¿Cuántos quiere usted llevarse? — Hombre, uno ... — ¡Uno! ¡qué miseria! dos al ménos se ha de llevar usted. ¿Pues? si aunque se lleve usted dos docenas no le ha de dejar usted probar á su mujer lo que dice una pepita. ¡Si hasta la corteza se va á comer usted! Y empezó á palpar un melon tras otro hasta haberles palpado todos. Se me figuraba un visurador de quintos ó un frenólogo examinando cabezas de varones ilustres. — ¡Acabáramos! dije yo al recibir de sus manos un par de melones selectos. — ¡Qué almíbar se lleva usted! — ¡Qué almíbar me llevo yo! — En efecto, llegué á mi casa; probé los melones, que creí eran la obra maestra de las meloneras de Guardamar, y se los di enteritos á mi mujer; mi mujer los probó y se los dió enteritos á la criada; la criada los probó y se los dió enteritos al cochino, y el cochino, mas inteligente en la materia que mi criada, que mi mujer, que yo y que el mismo Don Basilio, ni siquiera los probó, no hizo mas que olfatearlos.

Al dia siguiente, Don Basilio me hizo muy de mañana una visita, con el solo objeto de recibir los elogios que su feliz eleccion debia haberle granjeado. ¿Qué tal le han parecido á usted los melones? me dijo. — ¡Oh! ¡escelentes! le respondí, y él no comprendiendo la ironía, — ¿pues? ¿no se lo dije á usted? prosiguió, ¿meloncitos á mí? Mi padre y mi madre son de Guardamar ..... (Interrumpíle con viveza, temiendo que me obligase á hacer de nuevo un viaje genealógico.) — Pues señor, los melones eran detestables. — ¡Detestables! ¿qué está usted diciendo? no .... ¡usted se chancea! — No señor, hablo con toda formalidad. — No puede ser, le digo á usted que no puede ser. — Le digo á usted

que eran un par de solemnes calabazas, y en el corral les encontrará usted faltando de ellos ménos de lo que á nosotros nos queda de Constitucion.

Como fundaba toda su vanidad en su craneología melónica ó digamos en su melonología, quiso atribuir á malicia su ignorancia, aunque debiera indisponerse conmigo muy sériamente. — Con qué, me dijo, eran malos... ¿eh? Demasiado lo sabia yo; quise divertirme y darle á usted un chasco... (Esta mentira reclamaba otra.) — Pues señor, le dije, el chasco se lo llevó usted; los melones eran escelentes. — ¡Toma! lo que dije ántes; como que yo los escogí... — Pues señor, repliqué, sepa usted que eran muy malos. — ¿En qué quedamos? replicó él casi mareado; ¿eran malos ó eran buenos? — ¿En qué quedamos? repuse yo, ¿quiso usted escogerlos buenos ó malos? — ¿Buenos? — Pues entónces eran malos. — ¿Malos? — Pues entónces eran buenos. — Así, dijo amostazado, nunca sacaremos en limpio lo que han sido. — Así, le contesté yo, nunca sacaremos en limpio lo que usted ha querido que fuesen.

Era cosa de no acabar, y Don Basilio se fué.

Lo mismo y aun mas que de los melones puede decirse de las mujeres. Un calavera hace cocos á una pisaverde de ojos negros é insinuantes que devoran á cuantos paran por la calle con sombrero. Cansado ya de hacer calaveradas, el calavera echa el resto y se despide de ellas con la mayor que puede hacerse. Se casa á salga lo que saliere con la de los ojos negros, sin examinar ningun antecedente, ni derivar ninguna consecuencia. Tenia otras cien muchachas á su disposicion, pero toma aquella á bulto, como yo hago con los melones si no encuentro á Don Basilio, y todas las gentes de tertulia le auguran un porvenir desastroso. Se engañan de medio á medio. El tronera sin pensarlo ha unido su suerte á la de un ángel, que tiene un corazon bellísimo y que solo piensa en labrar la felicidad de su esposo.

Al contrario: un filósofo, uno de esos hombres sistemáticos que andan, como suele decirse, con piés de plomo hasta por el piso de su alcoba, que suben y bajan las escaleras sentando las dos plantas en cada escalon y sin soltar jamas la

barandilla, que se acuestan siempre á la misma hora y siempre á la misma hora se levantan, que no beben ni comen sin haberse dado ántes de todo esto la razon de ciencia, y que examinan un tratado de higiene ántes de quitarse y ponerse la levita; uno de esos hombres relojes, que todo lo hacen con puntualidad y tiento, meditacion y parsimonia; desconfía de todas las mujeres de las ciudades, y se va á Sierra-Morena donde, segun sus cálculos de toda la vida, ha de encontrar á la elegida de su corazon, á la casta paloma, á la doncella que le conviene. La ruborosa vírgen que nunca habia visto un filósofo, toma el traje por la persona, y al divisar á nuestro héroe, huye de él á cien pasos de distancia, sin duda porque vestido como está, le considera un animal de distinta especie que la humana ó cuando ménos de distinta raza que los habitantes de Sierra-Morena. Tambien puede ser que siga en esto la costumbre de todas las demas mujeres, que tienen miedo á los hombres .... desde léjos. Esta fuga, esta incontestable prueba de modestia y castidad ha hecho concebir al filósofo las esperanzas mas lisonjeras, y se presenta muy cercano el suspirado término de sus escursiones matrimoniales. La purísima niña se fortifica en un casucho, donde entra, sin necesidad de bombardear, el denodado pretendiente despues de una gloriosa resistencia, que le oponen dos anárquicos mastines simultáneamente pronunciados como un solo hombre, quienes capitulan, ó por mejor decir, suspenden sus hostilidades, luego que se presenta el jefe de la plaza en ademan de recibir un parlamento. Sabido es que los parlamentos son siempre respetados. El jefe de la plaza es una cosa algo parecida á un hombre de mediana edad, con una barba recia, impermeable al jabon y que podria serrarse ó al ménos afeitarse con una podadera; sus facciones tienen algo de comun con las de los mastines pronunciados, de suerte que solo al verlas parece que se les oye ladrar; y quizas no seria fácil resolver si aquel hombre es un mastin perfeccionado ó si son aquellos mastines unos hombres degenerados. El jefe en persona introduce el parlamento; este saluda con cortesía, al llegar á la fortaleza, á un segundo personaje que viene á ser el segundo cabo de la plaza, y

cuyo sexo no determinaria fácilmente nuestro filósofo á no habérsele dicho de antemano que aquella cosa vieja era la mujer del jefe. Con todo, necesidad tuvo el recien llegado de un particular estudio para no confundir los artículos gramaticales. Dió una mirada al rededor y no vió á su futura; no vió mas que un par de ruecas arrimadas á la pared como los fusiles al armero de un cuerpo de guardia, medianamente provistas de cáñamo, y no parecia sino que la vieja habia colgado de ellas dos ejemplares de su peluca. A primera vista la vieja y las dos ruecas se miraban como cantidades homogéneas y daban tres ruecas por total.

El filósofo despues de un corto preámbulo entró en materia, reveló sus castas pretensiones y pudo vanagloriarse muy pronto de los mágicos efectos de su elocuencia, pues vió, á medida que iba desentrañando la cuestion, dulcificarse las fisonomías salvajes de sus oyentes, que le escuchaban con la boca abierta. Hasta los mastines al parecer habian perdido su natural feroz, y besándole las manos y acariciándole con la cola, manifestaron arrepentirse de su conducta hostil anterior. Aquellos halagos caninos en idioma humano solo podrian traducirse con un acto de contricion. Las palabras del alado Olózaga, ó sea del ángel embajador, que reveló á los pastores la venida del Mesías, no tuvieron mejor acogida que las de mi filósofo. La vieja sobre todo estaba loca de alegría y llamó á su hija que permanecia acurrucada, escuchándolo todo, tras una cuna en que, segun apariencia, debia en ella haberse mecido Abel, y la obligó á abandonar la última barricada en que la habia parapetado la cortedad de su genio. Prescindamos de las cualidades físicas de la niña y pasemos por alto los sentimientos de vergüenza que paralizaron hasta la accion de sus pulmones al verse arrastrada delante del filósofo. Basta saber que el filósofo y la niña se casaron, que dieron su último adios á Sierra-Morena, que él por espacio de dos meses obligó á su cara mitad á tomar diariamente un baño de limpieza, y que cuando la inmaculada vírgen se hubo desprendido de las infinitas capas de mugre que ponian su cuerpo en incomunicacion hasta con la atmósfera, que ni la hubieran dejado sentir la picadura de una avispa,

que duplicaban su peso y su volúmen de modo que parecia que aquella mujer, hasta entónces, habia crecido como los minerales por *justa-posicion;* cuando aquella tortuga quedó despojada de su concha, cuando ya no se podia arar en aquella cara en que poco tiempo ántes se hubiera podido sembrar maiz, en una palabra, cuando dos meses de baños generales habian provocado una solucion de contigüidad entre el cútis de la recia casada y la armadura fosil que la cubria enteramente, se levantó entre los dos esposos una causa de fulminante divorcio. ¡Oh decepcion cruel! Nuestro filósofo sorprendió *in flagranti* á la ex-vírgen de Sierra-Morena embebida en amorosas pláticas con su propio criado, apesar de las sábias precauciones que tomó de antemano para no añadir un nuevo guarismo al número de los *predestinados.* ¡Su propio criado! ¡quién lo habia de decir! Era mas feo que una pulga mirada con un microscopio solar, y habia sido donado de un convento... ¡Desengaño tardío! Hasta entónces no conoció el filósofo que cuando todas las precauciones son pocas, lo mejor es no tomar ninguna.

Estos hechos positivos que acabo de sujetar á la meditacion del público, son el tipo de otros muchos análogos de que todos los casados y aficionados á melones, que mas presumen de entendidos, se habrán dado cuenta mas de una vez. ¡Qué petardos se lleva uno con los melones y con las mujeres! Con respecto á los primeros he individualizado un suceso en el cual yo mismo figuro como víctima; otro tanto haré tambien con respecto á las mujeres, pero no será en este número, porque me he estendido demasiado y perjudicaria mucho al señor Ayguals invadiendo con mis sandeces un terreno en que siembran sus gracias los Bretones, los Villergas y otros célebres literatos.

II.

Saturnino Penea rayaba en los 26 años, cuando á su padre y á su madre se les ocurrió saber que gazetas estraordinarias venden los ciegos en el otro mundo, y tuvieron la humorada de morirse ambos en un mismo dia, con tan pocos instantes de diferencia, que es bien seguro que el alma del

último que murió, alcanzó, por poco que corriese, á la del que murió primero, ántes de que tirase del cordon de la campanilla de las puertas celestiales. Bien es verdad, que el uno espiró en Madrid en manos de un médico madrileño, y el otro en Zaragoza en manos de un médico zaragozano, y no sabemos de cuál de estas capitales está el cielo mas distante; pero piadosamente debemos creer que Dios ha querido colocar sus reinos á igual distancia de todos los puntos de la tierra. Ambos al parecer hicieron el viaje de muy mala gana, pues para ver si les era posible retardarlo, ella, que murió en Zaragoza, mandó á buscar su médico de Madrid, y él, que murió en Madrid, mandó á buscar su médico de Zaragoza. Pero ya era tarde. El médico de Madrid la encontró á ella difunta, y el médico de Zaragoza le encontró á él difunto tambien. «Si desde el principio hubiese estado á mi cargo, dijo el médico de Madrid, la enferma andaria en la calle.» «Si ántes me hubiesen llamado, dijo el médico de Zaragoza, el infeliz estaria en la tienda despachando.» Uno y otro mutuamente se trataron de cuadrúpedos, y es muy posible que uno y otro tuviesen razon. ¿Quién sabe si un curandero, aplicando remedios sin ton ni son, hubiera salido mejor del empeño? Peor no podia salir, y á menudo sucede tambien con los métodos curativos lo que con los *melones* y con las *mujeres*. Un barbero curó desde Billescas á una señora que se hallaba en Paris desauciada ya de todo el protomedicato, sin examinar siquiera los síntomas para diagnosticar la enfermedad. La de que adolecia la paciente, segun dictámen de todos los facultativos inclusos los de cámara, era una hidropesía esencial, y el barbero la curó radicalmente prescribiéndola un compuesto que no sabia de que simples se componia, pero que le habia empleado con buen éxito contra los dolores de muelas. Cuantos médicos me han oido referir este caso, han afectado no darle crédito, pero los de Paris, que fueron testigos oculares del hecho, han preferido á confesar su ignorancia, decir que nada tiene de particular, atendidas las simpatías que estableció la naturaleza entre las muelas y las vísceras abdominales. ¡Lo que son las simpatías! A un calesero que le cogió debajo la rueda de

un coche le amputaron una pierna y nunca mas se quejó de un callo que tenia desde mucho tiempo en el dedo pequeño del pié correspondiente á la pierna amputada. Esto se concibe fácilmente. Lo que no es tan fácil de comprender como calmó un célebre operador los dolores que sufria una marquesa á consecuencia de un cáncer en el labio inferior, estrayéndola un cálculo de la vejiga urinaria . . . . Bien es verdad que la desdichada murió en el acto de la operacion.

Pero estoy divagando, y á falta de presidente es necesario que yo mismo me llame á la cuestion. Volvamos pues á Saturnino.

Con la muerte de sus padres, le sucedió á Saturnino una cosa que desde tiempo inmemorial ha sucedido á cuantos han perdido sus padres, que todos sin escepcion alguna se han quedado huérfanos, pero como las penas con pan son ménos, nuestro huérfano tuvo motivos de consolarse de esta catástrofe que le dejaba posesor único y esclusivo de dos acreditadas tiendas de varios géneros situadas la una en Zaragoza, nada ménos que en la calle del Coso, y la otra en Madrid, nada ménos que en la calle de Pontejos, muy cerca de la puerta del Sol. Diciendo que Saturnino era comerciante, no se necesita decir mas para dar á entender que era avaro como una hormiga, aunque como todos los comerciantes se revelaba á menudo con ciertos rasgos de generosidad aparente, siquiera para servirse de ella como de un prospecto de sus riquezas y conservar de esta manera el crédito necesario á todas las casas de comercio. Así es que dispuso se hiciese á los autores de sus dias un magnífico entierro y aplicó á la salvacion de sus almas cantidades que mas de cuatro las quisieran para salvar sus cuerpos. Su físico tenia tan poco de particular que ni una plumada dedicaria á su prosopografía, si supiese que no la han de echar de ménos mis lectores, á quienes la rutina les hace considerar necesaria la descripcion minuciosa de todos los caractéres que distinguen á los personajes históricos. Saturnino era ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo, ni hermoso ni feo; habia en su físico un verdadero equilibrio de poderes; era una teoría constitucional, la personificacion viva y encarnada de los sistemas mistos, un justo

medio de carne y huesos. Amigo de la tranquilidad y embebido esclusivamente en sus negocios mercantiles, ni una sola vez se le oyó disputas acerca de formas gubernamentales; no estaba suscrito á ningun periódico, y descifraba con mas prontitud una regla de tres compuesta, que un artículo de la Constitucion. Si hubiese sido diputado de las Constituyentes y su opinion hubiese prevalecido en la asamblea, es seguro que hasta el preámbulo y el título del código vigente estarian escritos en guarismos. A pesar de esto pertenecia á la Milicia nacional, á lo que debia no pocos resfriados y ratos de desazon, y daba vivas y mueras á todas las cosas á que se los daban los demas. Hay muchos Saturninos en el mundo.

Nuestro interesante huérfano se hallaba en una posicion difícil. Una tienda en Madrid y otra en Zaragoza le obligaban á reproducirse, si puede decirse así, á estar á la vez en las dos partes. Dejar una de las tiendas á discrecion de los dependientes, en estos tiempos en que el mas honrado sirve para ministro de Hacienda, era declararse en abierta rebelion con todas las máximas de economía doméstica, y de esto no era capaz el buen Saturnino que sabia demasiado que el ojo del amo engorda el ganado. No tenia mas que un remedio, casarse. Pero queria su mala suerte que, lo mismo que á mí, le gustasen mas las hermosas que las feas, y esto era una atrocidad para un hombre desconfiado y celoso como un gato. Lo mismo que de sus tiendas queria ser de su mujer único posesor, y un robo de un dependiente ó una infidelidad de su esposa eran dos calamidades, que solo al considerarlas posibles le trastornaban el juicio, sin atreverse á decir cuál le parecia mayor. En este conflicto suplicó á Dios que le hiciese enamorar de una mujer fea, de una mujer que espantase á todos los hombres que no fueren á su tienda con la esclusiva intencion de cambiar en dinero sus mercaderías. Dios le oyó. Dios es Todo-Poderoso y quiso en efecto que se prendase Saturnino de una cosa que así remotamente remedaba una mujer, pero una mujer tan fea y de una fealdad tan antidiluviana, tan única en estos tiempos, tan reconocida por todos los poderes del Estado, que deberian hacerse

rogativas públicas para que muriese sin sucesion y no quedase en el mundo un solo ejemplar de aquel original tan espantoso. Sus fisonomías borrascosas y anárquicas se pronunciaban contra el sentido comun y, en verdad lo digo, si supiese que alguna vez habian de aparecérseme en sueños, no me acostaria en todos los dias de mi vida. Saturnino encontró en ella aquel *no sé qué* con que nos pudren los oidos todos los amantes amartelados: se enamoró muy particularmente de los agujeros de sus orejas, y de una voz que tenia en efecto mucha modulacion y dulzura. Fué realmente capricho de la naturaleza encuadernar tan á la rústica una laringe digna y muy digna de magníficas cubiertas, digna de estar encerrada en una garganta de alabastro. Cualquiera que oyendo á Celestina (que así se llamaba la fea) tuviese la debilidad de mirarla, no sabia esplicarse cómo á Dios se le ocurrió poner los pulmones de un ruiseñor en el pecho de un javalí. La voz de Celestina salia de una horrible boca á la manera de esos chorros de agua cristalina que escupen los espantosos monstruos de granito colocados en todas las fuentes por el genio de la arquitectura. Sin embargo la fealdad de su futura no le pareció al celoso huérfano un seguro de suficiente garantía contra los incendios de la lujuria. No dió la mano á Celestina sino despues de haberla sujetada á todo género de pruebas; la hizo requebrar por tres ó cuatro de sus compañeros, alquiló un pisaverde pobre, pero bien parecido y magníficamente ataviado, para que la rondase la calle, y cuando la vió superior á todas estas provocaciones, la obligó á ir á Barcelona con el objeto de que la examinase el señor Cubí, que se hallaba á la sazon en aquella capital. En efecto, el célebre frenólogo encontró en la cabeza de Celestina muy deprimida, muy poco pronunciada la *protuberancia occipital esterna* que es en donde reside, segun Gall, el órgano de la lujuria, y de consiguiente tenia Saturnino un nuevo motivo para convencerse de la fidelidad de su fea idolatrada. Despues de todos estos esperimentos y minuciosas precauciones se casó con ella; á los dos dias la dejó en Zaragoza, y á los cuatro él en persona se hallaba detras del mostrador en su magnífica tienda de la calle de Ponteios. ¡Ah!

¡quiera el cielo que aquella mujer no sea prolífica! ¡quiera el cielo que no se hagan de moda aquellas horrorosas fisonomías! Si por desgracia se generalizase un gusto tan depravado, si por desgracia la diesen los padres en engendrar monstruos tan horribles como Celestina, tamaño abuso minaria por su base el matrimonio, que es la mas santa de las instituciones, y los mas apasionados defensores de la libertad generatriz bien entendida pedirian hasta para parir censura previa.

Saturnino vive sosegado y tranquilo. Sabe bien que la fealdad de su mujer le garantiza la posesion esclusiva, conoce que en aquella fealdad está perfectamente abroquelado su honor, se persuade con razon de que aquella fealdad es una centinela que dice *atras* á todas las invasiones bastardas. ¿Pero se hizo cargo de que aquella fealdad podia menoscabar sus intereses mercantiles? Celestina ahuyentaba de la tienda á toda la juventud célibe de Zaragoza, á la manera que ahuyenta de un campo á los pájaros el espantajo que en ellos colocan los labradores. Bien es verdad que en cambio todas las casadas celosas obligaban á sus maridos á proveerse de sus utensilios en el mostrador de la feísima tendera. Vaya el uno por el otro. Seguramente Saturnino habia de antemano echado este cálculo y sacado una regla de proporcion examinando la estadística de la *siempre heróica* para saber el número de sus solteros y casados, porque ninguna circunstancia por insignificante que sea se escapa á la penetracion de un hombre dotado de genio mercantil.

¡Ya están casados! No pasa correo sin que en el camino de Madrid á Zaragoza se crucen dos cartas llenas de protestas de fidelidad matrimonial, embebidas en otras tantas reglas aritméticas que vienen á ser un estado detalladísimo de las entradas y salidas de cada una de las dos tiendas. Solo despues de un año de ausencia vino á interrumpirse esta envidiable armonía. Llegaron á Zaragoza dos ó tres correos, sin recibir Celestina la suspirada correspondencia. Empezó á roer su corazon el gusanillo de los celos, y como un proyecto dictado por esta pasion terrible se ejecuta con la misma rapidez que se ha concebido, tomó Celestina asiento en la dili-

gencia, dejó la tienda al interino cargo de un hermano suyo y preparó á su esposo una entrevista fulminante. En efecto, la sesion de los dos esposos fué borrascosísima, pero hubiera tenido una solucion feliz si un improvisto accidente no hubiese venido á complicar la crísis.

Puesto el caduceo entre los consortes, disponíase Celestina para regresar á Zaragoza enteramente tranquilizada por las discretas escusas con que supo ahogar sus resentimientos el bondadoso Saturnino. No, nunca mas volverá á perturbarse la paz de que goza aquel enamorado matrimonio. ¿Lo crees así lector? Pues oye y tiembla.

Acababa Saturnino de hacer una diligencia precisa y por la calle de Alcalá se volvia á su casa con la velocidad de un marido que va á buscar la comadrona, cuando tropieza con un amigo suyo á quien hacia dos años que no habia visto: — ¡Saturnino! — ¡Gines! ¡tú por acá! ¿cuándo tiempo hace? — Diez ó doce dias. — ¿Vienes ahora de Lérida, no es verdad? ¿qué tal el viaje? — Malo, muy malo. Y no eches la culpa á la carretera, ni creas que me hayan asaltado ladrones, ni que haya habido vuelcos: nada, nada de esto, todos los viajeros lo han pasado perfectamente ¡todos ménos yo! Ni presumas tampoco que tuviese á mi lado algun chiquillo, algun barrigudo, algun mareado, algun fumador, alguna embarazada. Desde Lérida á Zaragoza lo pasé bien, es decir, lo pasé como puede pasarse en una diligencia. Pero al llegar á Zaragoza en la *fonda de las cuatro naciones*, se me antojó como á otros muchos dejar la diligencia de la *Coronilla de Aragon* y proseguir mi viaje en una de la empresa de las *Peninsulares*. Me dejé seducir por los elogios que de la empresa de las Peninsulares me hizo uno que supe despues ser de los empresarios... ¡ay! lo supe cuando el mal ya no tenia remedio. ¡Y yo que le creia de buena fe considerándole tan indiferente como yo á los beneficios de la empresa! Eran las doce de la noche cuando me senté en el banco de los ajusticiados. Permíteme que dé este nombre al asiento de la diligencia. No habia en la rotunda mas viajeros que yo y una señora cuyas facciones no me permitió descubrir la oscuridad de la noche. La diligencia arrancó con brio y, como lo

hacen todas para formarse una buena reputacion, siguió su rápido progreso miéntras estuvimos en la ciudad, pero luego que salimos de ella empezó á estacionarse á la manera de un revolucionario rabioso luego que se ha calzado con un destinillo que vale la pena. A mí me importaba muy poco ó, por mejor decir, me complacia la marcha crónica de la diligencia, porque habia de dilatar los goces con que me brindaba la circunstancia de hallarme en la rotonda solo con una mujer. Dos jóvenes de distinto sexo tardan mucho en dormirse hallándose encerrados solos y á tiro de beso. Entablecí conversacion con mi compañera de viaje, y tuve el placer de oir su voz que es la mas dulce que ha vibrado en mis oidos. No quise gastar pólvora en salva; sabes que soy vivo de genio. Destanqué bien pronto una guerrilla; adelanté uno de mis piés y con él toqué suavemente el suyo. Nada de resistencia. Adelante. Trom, room, rom, torom.... Mi pié á la manera de un grumete se fué encaramando por su pierna como por una cucaña. Luego mis manos desearon entrar en accion y catatic, catatac, catatic, catatac, á paso de ataque fueron ganando terreno. Los labios siguieron su ejemplo; el movimiento se fué propagando rápidamente, y en un instante todo mi cuerpo quedó pronunciado en masa. Somaten, nan, nan nan.... ¡Alto el fuego! Me dormí en seguida; llegámos á una parada, la diligencia se detuvo... ¡qué horror! ¡Saturnino, qué horror! Al tibio resplandor de los primeros crepúsculos del dia descubrí las facciones de mi compañera de viaje... ¡era un monstruo, un espantoso monstruo! — ¿Una vieja no es verdad? preguntó Saturnino. — ¡Qué sé yo lo que era! respondió Gines. La fealdad absorbia su bautismo; los años parecian desleidos en aquellas fisonomías monstruosas. ¿Quién adivina á simple vista la edad de una culebra, de un tiburon, y sobre todo un monstruo que se ve por la primera vez? Para conocer si un animal es viejo, necesario es poderle comparar con otro jóven de la misma especie y *viceversa*, y yo jamas habia visto un animal de la especie de aquella mujer. Seguímos adelante nuestro camino; hubiera dado la mitad de los dias de mi vida para convertir la diligencia en vapor ó convertirme yo en milano. Hasta entónces no habia

fijado la atencion en la lenitud del viaje; el carruaje me parecia un peñasco y los caballos se me figuraban tortugas. — Parece que ha descansado usted perfectamente, amigo mio, me dijo ella con dulzura. Nada la respondí; los desdenes de una hermosa son mil veces ménos repugnantes que las caricias de una fea. Cerraba los ojos para no verla, y en todas las paradas me apeaba para respirar el aire libre, para respirar una atmósfera no infestada por el aliento de aquel monstruo. Pero ella habia jurado no dejarme en paz, y se apeaba cuando yo me apeaba. Pregunté al mayoral si habia un asiento desocupado en el interior ó en la berlina, y me dió una respuesta negativa ... ¡Qué desesperacion! Tuve que resignarme con mi suerte y permanecer con los ojos cerrados hasta llegar á Madrid. — ¿Y era casada? dijo Saturnino. — Así al ménos decia ella, contestó Gines, pero no puede ser que haya habido un solo hombre de tan depravado gusto. — ¿Y te ha dicho su nombre? ¿comó se llamaba? — Catalina... no, un nombre así acabado en ina ... Serafina ... no. — ¡Celestina tal vez! — Sí, sí, Celestina. — ¡Qué horror! ¡era mi mujer! — ¡Es posible!

En esto llegaron á la tienda donde se hallaba Celestina, que al ver á Gines lanzó involuntariamente un espantoso grito. ¡Ella es! clamó Gines tapándose los ojos con ambas manos — ¡ahí está el documento original de mis pecados! Y huyó como una saeta hácia la *Puerta del Sol.* Celestina estaba sin sentidos: Saturnino fuera de sí sacó una pistola de un cajon y con ademan resuelto se dirigió á la *Fuente Castellana* donde no habia mas gente que unos cuantos toreros embebidos en una conversacion relativa á las dificultades de su arte filantrópico. Como á seis pasos de ellos se paró Saturnino, y despues de haberse asegurado con la mayor sangre fria de la carga de la pistola, amartilló el arma terrible y se puso junto á las sienes la terrible boca. — ¡Qué se va á matar! gritó uno de los toreros. — Déjale, Curriyo, respondió otro, no le quites el gusto á nadie. En efecto, todos se llamaron quietos; Saturnino tiró del gatillo y *chec* chasqueó el piston, pero no salió el tiro.... la pistola estaba descargada. — Tome usted; esta no hará falta, dijo uno de los

toreros, dándole á Saturnino una navaja tan larga como una espada sable, pero cuidado con echarla á perder. — ¡Gracias! dijo Saturnino ¿me he de matar dos veces? ustedes mismos son testigos de que si no me he levantado la tapa de los sesos es porque la pistola estaba descargada; por lo demas.... la intencion basta. Dijo, y regresó á Madrid, siguiéndole largo trecho la rechilla de la cuadrilla. Al llegar á su casa encontró á su esposa vuelta en sí de su terrible pataleta. — ¡Hé aquí tu obra, mujer ingrata, esposa pérfida! ¡Vengo de suicidarme! — ¡De suicidarte! clamó ella, ¡qué horror! — Sí, de suicidarme. — Pues bien, repuso Celestina con esa tranquilidad y estoicismo aparente que demuestra el esceso de la desesperacion, pues bien, yo no te he de sobrevivir .... ¡adios! ¡adios! Con paso mesurado se dirigió hácia la cocina. Los dependientes quisieron detenerla. — Dejadla, dijo Saturnino, no quiteis el gusto á nadie. En una mesa de la cocina habia un cuchillo y seis ó siete chirivías; tomó Celestina el instrumento terrible y asestándole contra su pecho, dióse una cruel puñalada.... pero no fué una puñalada, fué una *chiriviada.* La infeliz en la ceguedad de su desesperacion no acertó á coger el cuchillo y cogió una chirivía. — Toma el cuchillo, la dijo su esposo entregándoselo con la mayor atencion y cariño. — ¡Gracias! respondió ella, ¿quieres que me mate otra vez? Tú mismo has sido testigo de que si no me he traspasado el corazon es porque en lugar del cuchillo he cogido una chirivía. Por lo demas, la intencion basta.

Creo, lector, que este trágico desenlace ha de ser para tí una leccion que no la echarás en saco roto. Aprende, aprende en las desgracias del desventurado Saturnino. Los hechos, que son mas elocuentes que las palabras, te dicen lo que son *melones* y lo que son *mujeres.* Escarmienta en ajeno daño; no olvides aquella máxima de un filósofo antiguo: *Bonum est ex aliorum erratis melius instituere vitam nostram;* ni aquella de otro filósofo mas antiguo todavía: *Feliciter is sapit qui alieno periculo sapit.* Napoleon decia que en todas las empresas debian confiarse tres partes al cálculo y una á la fortuna, que el que confiaba á aquel mas de tres partes era un pusilánime y el que confiaba á la fortuna mas de una era

un temerario. Este pensamiento célebre no puede aplicarse á las *mujeres* ni á los *melones*. En estas materias es necesario dejarlo todo á discrecion de la suerte. Si aciertas tanto mejor para tí, y si no, suicídate, pero procura suicidarte con una pistola descargada ó con una chirívía.

A. Ribot y Fontseré.

¡EL UNO PARA EL OTRO!

CUENTO ESTRAVAGANTE, ROMANTICO E INVEROSIMIL.

Era el año 33. Era el pueblo de Alaéjos y eran amantes Venancio y Dòrotea, van tres mentiras justas y cabales porque ni eran amantes Dorotea y Venancio, ni era en el pueblo de Alaéjos, ni era el año 33. La aurora de la guerra despuntaba en el horizonte de Navarra. Esta es tanta verdad como que el cáncer de la paz amaneció en el abrazo de Vergara. Aurora da siempre idea de lo bello y cáncer de lo horrible, yo me entiendo y bailo solo. El estampido del cañon retronaba en las orejas de los pacíficos moradores de Alaéjos. Esta sí que es gorda. Desde Alaéjos hasta donde sonaron los primeros cañonazos hay lo ménos sesenta leguas; pero ellos dijeron que lo oian y ¿qué sabemos? puede que los vecinos de este pueblo tengan mejores oidos que nosotros, porque así como nacen algunos sordos como una tapia, que no oirian una descarga de fusil á 15 pasos, puede que nazcan otros de tan buen oido que á su lado parezcamos sordos los que no lo somos, y no dudo por este principio que los alaejanos oyeran los tiros de Navarra si se cumple esta proporcion geométrica: un sordo es á uno que no es sordo, como nosotros á los habitantes de Alaéjos.

Venancio fué de los primeros que sintieron el crujir del bronce atronador como dicen los poetas. Valiente como su padre (su padre enfermó de susto y murió de miedo) sin-

tióse con ánimos Venancio para tiritar de canguelo á los primeros síntomas de guerra. Creíanle unos servil y otros liberal: él era del partido que no le hiciera tomar las armas durante la campaña y del que saliera victorioso en concluyendo. Miró con tedio por consiguiente el restablecimiento de las libertades patrias y declaróse un carliston coma una loma. Esto era en Alaéjos; para hacerle liberal hubiera bastado llevarle á los órdenes de Zumalacárregui. En fin á cada uno le tienta el demonio por distinto lado, unos se chupan los dedos de frio y otros de gusto. Venancio se los chupaba de miedo. Pensó en casarse y lo consiguió. El matrimonio es el empleo mas fácil de alcanzar. El que se empeña en ser obispo no siempre lo consigue porque no siempre hay proporcion. No todos los que quieren mandar un regimiento lo logran porque no siempre hay vacante; pero el que se empeña en ser ministro ó casado se sale con la suya, y esto consiste en que no hay cosa mas de sobra en el dia que mujeres y sillas ministeriales.

Pero hasta en esto era Venancio original. En toda tierra de garbanzos el que no se casa por amor, se casa por el interes. Venancio aunque se casó en Alaéjos, que es tierra de garbanzos, ni se casó por el interes ni por amor tampoco. Venancio se casó por miedo á las quintas.

Frente á la casa de Venancio vivia Dorotea, huérfana de padre y de madre con un capitalito decente (en los lugares el de 500 rs. es aristocrático) y con un esterior que tenia alborotados á todos los jóvenes de cinco leguas en contorno. La pobre chica tambien casó por miedo, pues como jóven y sin amparo de nadie la daba una pena de dormir sola que ya, ya! Sabia Venancio que le tenia aficion porque él era lo que se llama un buen mozo, y zas! como quien no quiere la cosa la envió una carta que decia: «Amiga Dorotea: ya habrás advertido que no me pareces saco de paja, mi salud buena á Dios gracias. Estoy hecho un camello por tus pedazos, díme si me quieres y tan amigos como ántes. — Venancio.» Dorotea le contestó: «Amigo Venancio. Solo á un bruto animal como tú se le ocurre el no haberme dicho ántes algo con tanto tiempo como hace que nos conocemos. Yo

te amo: pero si hubiera venido otro ántes que tú, no hubiera podido resistir á la tentacion de llamarle esposo. Que el que fué á Sevilla perdió la silla, y el que no llora no mama, y mas vale llegar á tiempo que rondar un año. Yo buena para lo que gustes mandar. — Dorotea.» Dicen que una mala moza siempre lleva un buen mozo, y al reves un mal mozo siempre consigue una buena moza. Aquí mintió el adagio; porque si Venancio era un chico como unas perlas, Dorotea era una criatura como un sol. Cuando iban camino de la iglesia decia la gente: Dios les haga bien casados; parece que han nacido el uno para el otro.

No me detendré en los pormenores del enlace ni en los de la gran comilona que caracteriza á las bodas de los lugares, ni hablaré del baile de aquella tarde en ruda sala, de ruda concurrencia, con castañuelas rudas y al son de ruda pandereta. Allí se baila por la tarde, y aquí por la noche: en esto somos nosotros mas rudos que ellos. Bien se conoce que Madrid no es buena tierra para garbanzos, como Alaéjos, porque la noche en toda tierra de garbanzos se ha hecho para dormir ó por lo ménos para acostarse. Así lo hicieron los recien casados y no hicieron mal, porque á no haber aprovechado el tiempo no hubieran disfrutado las delicias de himeneo.

A Dios prenda, dijo Venancio por la mañana estampando un beso en la rubicunda frente de la angelical Dorotea. — ¿Tan pronto te vas, querido Venancio? — Sí, esposa mia: voy al majuelo de mi tio Farrugo por una cesta de uvas para tí. No tengas cuidado que pronto vuelvo; ya sabes que hemos nacido el uno para el otro. — Sí, el uno para el otro, murmuró la soñolienta Dorotea, y puso en la mullida almohada el carrillo derecho dejando ver una garganta fresca como la nieve eclipsada á intervalos por la destrenzada cabellera que daba gana de enviar al otro mundo en busca de Rafael por no privar á la gloria artística de una vírgen mas.

Nunca desaparecerán de los pueblos ciertas creencias rancias que los padres van legando á los hijos como legan su nombre y sus haciendas. Dorotea soñó y el sueño de Dorotea fué tan romántico y fantástico que dejo la tarea de describirle á los amigos Gutierrez y Zorrilla. Yo diré lisa y

llanamente que Dorotea soñó con una mujer seca como un espárrago, calva hasta el cogote, ojos bizcos, desiguales y en forma de ángulo, nariz honda por arriba, alta por en medio y con el pico de punzon, boca larga hasta las orejas, pero escondida hácia el medio porque la punta de la barba y la de la nariz parecian enamoradas, pues, siempre se iban besando; los carrillos tan chupados que se la podian sacar las muelas sin abrir la boca y tan trasparentes que metiéndose una cerilla encendida y cerrando los labios podia su boca servirla de linterna. Con las cejas se podia hacer tirabuzones y aun rodetes y las orejas eran tan pequeñas que nadie la haria caso aunque apostara una oreja. Soñó, pues, Dorotea que esta mujer era bruja y cuando supo que se llamaba la tia Calesparra ya no dudó que al salir de la iglesia, ó les habia hecho mal de ojo á ella y á su marido, ó les habia echado una maldicion horrible. Un miedo sobrenatural se apoderó de su mente y de un alto se plantó entre sala y la alcoba. Allí vagaba una sombra que habiendo entornado las maderas clavaba sus ojos echando chispas en los de la espantada Dorotea. Oyes, dijo á la recien casada poniéndola sobre los hombros las descarnadas y huesosas manos. Tu marido ya no existirá! y se deslizó por el callejon de salida dejando á la muchacha petrificada. Cuando volvió en sí, no supo decir mas que ¡él no existirá: me lo ha dicho la tia Calesparra! No, no habíamos nacido el uno para el otro.

Ocho dias pasaron sin que Venancio volviera á casa. Ya en el pueblo se habia divulgado la causa de su ausencia. Una partida de facciosos le cogió en el majuelo cuando iba por uvas para su mujer; pero nada se decia de su paradero. Dorotea erre que erre en que la tia Calesparra tenia la culpa, y se fué á buscarla decidida á darla una puñalada. Llamó una vez, llamó dos, llamó hasta cuatro veces á la puerta de la tia Calesparra y viendo que nadie respondia, se dirigió á la ventana para hacer lo mismo. Las ventanas de los lugares no tienen vidrieras, lo mas que suelen ponerlas es un encerado de papeles para que no entre el viento. El encerado de la tia Calesparra era un número del *Eco de Comercio* y dió la casualidad que Dorotea fijase la vista en el siguiente epí-

grafe: *Desgracias en Alaéjos.* Dos lágrimas como dos luceros cayeron de los ojos de Dorotea: sacó el pañuelo, se enjugó los párpados y leyó con avidez: «Una partida de facciosos se ha llevado á un jóven recien casado de la villa de Alaéjos. Dícese que habiéndole instado á que tomara las armas y no queriendo él servir á tan mala causa murió fusilado á pocas leguas; la mujer está en la mayor afliccion: la *Gaceta* de ayer trae mas pormenores del suceso.» Un frenesí mortal se apoderó de la presunta viuda: en el delirio de la desesperacion llevó las manos á sus ojos y clavando sin piedad las uñas rasgó los párpados dejando colgar el pellejo desunido hasta cerca de la mejilla. Un calenturon espantoso la acometia en aquel momento y cuando á las cuarenta y ocho horas quedó despejada su cabeza, se encontró con todo el cuerpo y la cara hecha una plaga de viruelas.

Volvamos á Venancio. Efectivamente los facciosos le quisieron fusilar; pero él viendo que iba de veras se vino á razones y se plantó su bóina y la canana, y en esta situacion le tenemos en las cercanías de Oñate. La tia Calesparra que comerciaba en higos habia salido de casa el dia que Dorotea llamó á su puerta y la casualidad la toca á la supuesta bruja vender una libra de higos al faccioso Venancio. ¡Tia Calesparra! dijo este tendiéndola los brazos, déme usted noticias de mi querida Dorotea. Pero el sentimiento no la dejaba respirar á la pobre vieja, y llora que te llora se marchó de allí sin decir palabra, dejando á Venancio los higos en un papel envueltos. Quedó el faccioso desconsolado y pensando en que el silencio de la tia Calesparra daba á entender la muerte de su esposa, y para echar el susto fuera deslió el cucurucho y se puso á comer higos. El papel del cucurucho era la *Gaceta* de Madrid. Ansioso de noticias empezó á leer: *Actos del Gobierno. — Noticias estranjeras. — Crónica de las provincias. — Desgracias en Alaéjos.* Aquí tiró el higo que tenia en la boca, se limpió el polvo de los ojos y leyó con ansiedad: «No se sabe el paradero de un jóven recien casado que hace pocos dias cayó en poder de los facciosos. La mujer ha muerto de sentimiento y fué enterrada al dia siguiente.» ¡Pobre Venancio y pobre Dorotea! ya están

muertos el uno para el otro. Los periódicos son en todo el mundo la mentira impresa. A sacar por ellos la cuenta de nuestros triunfos en los siete años de guerra civil, el número de facciosos muertos ascenderia á quinientos ó seiscientos mil; el de los heridos á un millon; el de los prisioneros á media España, y en esto no van descaminados porque en España hace ya tiempo que todos somos prisioneros. Lo cierto es que los periódicos mienten sin licencia de Dios, y ellos tienen la culpa de que Dorotea y Venancio creyéndose viudos tomaran el tole por esos mundos en un vértigo de locura.

Ocho meses y medio habian trascurrido. A pocas leguas de Alaéjos hay un monte y en el monte un convento que llamaban de los frailes de Aniago. En este convento habia encontrado colocacion el desertor Venancio que tenia media nariz ménos y una porcion de cuchilladas en toda la cara. Habíase ademas dejado crecer la barba de modo que en nada se parecia el monstruo demandadero al galan antiguo de Alaéjos. Tenia hecho voto de no volverse á casar si no encontraba mujer mas fea que él, para poder merecerla, y el mismo juramento habia hecho Dorotea que habiendo consumido su pobre hacienda andaba de pueblo en pueblo y de puerta en puerta pidiendo una limosna. Ambos se habian mudado el nombre para no ser conocidos de nadie.

Una mañana que el lego repartia la sopa halló el feo ideal de sus ilusiones. Una pobre mujer con los ojos saltando de las órbitas, todo el pellejo rasgado y comida la cara por un granizo de viruelas que la habia puesto el cútis hecho una criba, se le presentó con la cazuela en la convulsa mano, implorando de su caridad el precioso alimento. Esta, dijo el ex-faccioso, es la mujer que me conviene. ¡Válgame Dios qué criatura tan horripilante! — ¡Ay qué hombre tan feo! dijo la de la cazuela tambien; de buena gana me casaria con él. — El que repartia la sopa se decidió, llamó aparte á la infernal fantasma, y con una vehemencia sin límites empezó su relacion en estos términos: «Mujer horrorosa sobre todas las mas horrorosas mujeres; mi corazon apetece una fea; mi espíritu deseaba hallar un escorpion; mis ojos buscaban con

anhelo un cocodrilo humano. Tú eres mas fea que todo eso y por eso te adoro con delirio. Si me quieres seré el mas feliz de los mortales.» Ella respondió: «Grajo sin alas; demonio en figura de hombre; espantajo viviente: yo te idolatro porque en mis ensueños me habia seducido la imágen del javalí. Te quiero porque somos los dos entes mas repugnantes de la tierra, y por si es cierto el refran de *Dios los cria y ellos se juntan*, debemos haber nacido el uno para el otro.» Y al dia siguiente recibieron las bendiciones en secreto. Hacia nueve meses justos que se casaron por primera vez.

Como la muchacha llevaba una bata de andrajos sumamente holgada, no se la conocia el embarazo y lo que parecia era una mujer gorda, de esos tinajones que vemos todos los dias, anchos por arriba, anchos por en medio, y anchos por abajo. Si el ex-faccioso ex-lego hubiera reparado en esta circunstancia de seguro no se hubiera casado; y así fué tal su cólera aquella noche, que se acostaron dos y amanecieron tres, que en una borrachera de celos, despues de llevar el chico á la inclusa, cogió una soga, ató á su mujer por el pescuezo y echando tambien un lazo á su garganta, se precipitó en el Duero que pasa por allí cerca.

Tragaban agua los esposos como un borracho vino, y hubieran dado cualquier cosa por no tragarla cuando la cosa no tenia remedio. Perdóname mujer, dijo el asesino. Quiero confesarle quien soy. Yo me llamo Venancio, nací en Alaéjos. ¡Basta, basta! esclamó la pobre esposa. ¡Yo soy Dorotea! — ¡Tú Dorotea!! — ¡Tú Venancio!! y un abrazo y un sorbo de agua privó del sentido á los dos veces esposos. ¡Socorro, socorro! gritaban en la agonía. A este tiempo se apareció una vieja con un gancho y una cuerda, prendió desde la orilla en el vientre de Venancio y tira que tira les pudo sacar á tierra cuando acababan de exhalar el último suspiro. Desde entónces, dice el barquero, que todas las noches se aparece en aquellos contornos el grupo de los esposos abrazados, y sobre una densa nube la tia Calesparra que murmura cuando en cuando: ¡pobres! ¡habian nacido el uno para el otro!

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

ESTREMA CONDESCENDENCIA.

ESPANTOSO FATALISMO.

Hallábame en Barcelona tomando café en el *del Espejo* con un amigo mio que tuvo la bondad de convidarme, y que por esta razon le llamo amigo mio, cuando entró y se sentó á una mesa inmediata, al lado de dos compañeros que al parecer le estaban aguardando, uno de esos hombres gacetas que recogen, Dios sabe cómo, cuantos sucesos políticos y domésticos tienen lugar diariamente en la poblacion en que habitan, y luego los refieren de pe á pa en todos los puntos donde concurren curiosos que no hayan quedado satisfechos con haber aprendido de memoria desde el título hasta el nombre del editor responsable, todos los periódicos del dia. El hombre gaceta que entró en el café en que yo me encontraba, es en su género una verdadera notabilidad. Sabe todas las noticias mucho ántes que las autoridades que las reciben por estraordinario, de suerte que parece tener á su disposicion un telégrafo invisible, por cuyo medio se le comunican cuantos sucesos ocurren en la Péninsula. Sabe al mismo tiempo dar á las noticias tan rápida circulacion, que él solo vale mas para el caso que todo el enjambre de ciegos que se destaca de la imprenta nacional apénas ha hecho provision de gacetas estraordinarias. Con mas razon que el *Historiador* podria titularse *todos los periódicos en uno*; y en verdad, no podemos esplicarnos cómo á un hombre de esta naturaleza se le permite salir sin hacer depósito, y sin sujetarse á todos los demas requisitos de la ley de imprenta. Y no se crea que se ocupe solamente en noticias que tengan alguna relacion con la política. Conoce todo el vecindario y las estravagancias de cada vecino, y se complace en darlas á conocer á todos los demas importándole un pepino de las reputaciones que su lengua sacrifica á la curiosidad de su auditorio. Este es siempre numeroso; los hombres en general desean reirse á costa de sus semejantes, y de consiguiente no es estraño que los cafés, á que habitualmente concurre nuestro hombre gaceta, estén llenos de gente que le aguarda con ansiedad.

Entre varios sucesos y ocurrencias pertenecientes á la crónica local, refirió una anécdota que prueba hasta dónde puede llegar la condescendencia de un buen marido.

Pancracio Moron, jóven aragones, hijo de una casa pobre pero honrada, dejó su familia en Balbastro para emprender en Barcelona la carrera de cirujano sangrador. Su buena madre le adicionó la chaqueta con un par de faldones para elevarla á la categoría de casaca; le hizo poner medias suelas en los zapatos; le equipó con seis pares de calcetines; le entregó dos pares de pantalones de mahon con trabillas de lo mismo que no tenian de ancho un traves de dedo; tres camisas de hamburgo; el sombrero ménos viejo del padre de su padre, ribeteado de mugre, de anchas alas y de voluminosas dimensiones, como acostumbran usarlo los barberos para meter en él el jabon, las navajas y demas accesorios del arte, completó su estuche con las únicas tijeras que ella tenia para sus labores domésticas, y con lágrimas en los ojos le dió un adios, un abrazo y su bendicion. Pancracio, apénas llegó á Barcelona, se matriculó, sufrió el exámen de reglamento y entró de mancebo en una barbería de la calle del Conde del Asalto. Debiendo solo á la navaja sus medios de subsistencia, no gozaba en verdad de comodidades que hiciesen envidiable su suerte; pero tocaba la guitarra como pocos, y esta habilidad le abrió las puertas de un porvenir mas lisonjero que el que tenia derecho á prometerse ....

En el primer piso de la casa de enfrente vivia una soltera con mas años de los que ella queria y con mas gana de casarse que de rejuvenecerse. Habia visto una tras otra pasar del hogar paterno al tálamo nupcial siete hermanas, y se moria de calor y de envidia viéndose condenado á quedar en el mundo para vestir imágenes. Ella era la mayor de la familia, y esta circunstancia la hacia rica, por lo que la hubiera complacido sobre manera si al mismo tiempo no la hubiese hecho vieja. Cuantos polvos se han inventado para limpiar la dentadura, cuantos pomadas se han encomiado para conservar el pelo, cuantos cosméticos se han preconizado para desarrugar el cútis, figuraban en el tocador de la solterona, que muy emperejilada y cubierta de perifollos, horas y horas se ponia de

cimbel en el balcon, manifestando con los ojos á cuantos pasaban por la calle con sombrero, que allí habia una habitacion desocupada. Nuestro novel barbero fué el único que se dejó seducir por las insinuaciones de Enriqueta. Este era el nombre de la solterona. Notó Pancracio que cuantas veces tocaba la guitarra, Enriqueta alargaba el cuello, como el cisne que busca un caracol en el fondo de un estanque, ansiosa de salvar la distancia que de él la separaba. Supo que era rica y no tuvo necesidad de mas para enamorarse como un Torcuato Tasso. Hubo trueque de miradas, gestos mutuos y señas recíprocas; por espacio de dos meses el telégrafo de los dos amantes estuvo trabajando todas las horas de sol que tiene el dia. Pancracio no pensaba mas que en Enriqueta, y de tal modo tenia ocupada la imaginacion, que cuando afeitaba á algun parroquiano, fijaba la atencion tan poco en la operacion que estaba practicando, que á menudo le hundia hasta los huesos la terrible navaja.

El amor no es una ciencia especulativa, y todas las teorías le cansan si no puede reducirlas á la práctica. Así es que el platonismo de su pasion aburrió muy pronto á nuestros dos amantes que hijos ambos del siglo XIX, marcharon en derechura á lo positivo. Quisieron emplear otros medios de comunicacion mas seguros que los telegráficos, quisieron verse mas de cerca y revelarse verbalmente. Esto no dejaba de ofrecer grandes obstáculos, pero ¿cuáles no allana el amor, y sobre todo el amor de una mujer? Con Enriqueta vivia no mas que su padre y una criada; su madre hacia algunos años que habia pasado á mejor vida. El padre y la criada se querian como un cura y su ama, y una criada querida del padre no se deja fácilmente sobornar por los hijos. Al contrario, estos en ella encuentran constantemente un fiscal de todas sus acciones. Así es que Enriqueta no se atrevió siquiera á ensayar ningun medio para corromper á la fámula, y con su auxilio introducir á Pancracio en la casa en ocasion que estuviese el padre fuera. El padre no dejaba de salir de casa todos los dias, como que estaba empleado en el real patrimonio; pero quedaba constantemente la criada hecha un Argos de la pobre Enriqueta. Para el barbero, de con-

siguiente, todas las puertas estaban cerradas; no veia ningun camino para conducirse á su objeto. Mas Enriqueta, con el ingenio aguzado por el amor, encontró uno y fué el siguiente.

El padre de Enriqueta era un hombre pulcro, era uno de esos viejos para quienes la vida no tiene invierno, y que hasta á la tumba quieren bajar con las botas limpias y la camisa bien planchada. Afeitábase todos los dias, y sin haberse hecho la barba no hubiera ido á la oficina aunque le hubiese costado el empleo que, sea dicho de paso, para nada lo necesitaba, y que hubiera venido perfectamente á mas de cuatro infelices que están pereciendo de miseria á pesar de su idoneidad y de una hoja en que constan sus buenos servicios. Desgraciadamente el padre de Enriqueta se afeitaba solo, y de consiguiente ningun barbero frecuentaba su casa. A hacerse necesario el barbero se dirigieron principalmente todos los conatos de la enamorada niña. Conseguido esto, de modo se lo habia ella de manejar que fuese el barbero de su padre su querido Pancracio. Al efecto, en ocasion en que su padre estaba fuera y la criada ocupada en la cocina, entró en el gabinete de aquel, cogió el estuche, sacó las navajas, y pasándolas y repasándolas de corte por el borde de un tintero de laton en breve consiguió mellarlas é inutilizarlas completamente. Luego las volvió al estuche y lo dejó todo como si tal cosa.

Al dia siguiente hubo la de Dios es Cristo. Don Emeterio, el padre de Enriqueta, quiso afeitarse, estaba ya enjabonado, abrió el estuche y vió la terrible metamórfosis que sus navajas habian sufrido. En lugar de navajas encontró sierras. Alborotó, refunfuño, gruñó; llamó á la criada, llamó á su hija, fulminó contra las dos cargos muy graves: pero la firmeza con que ambas rechazaron la acusacion, dejó á Don Emeterio sin palabra. Bien conocia este que precisamente una de las dos habia de ser la culpable, porque en su casa no entraba nadie mas que ellas, absolutamente nadie, pero al mismo tiempo á ambas las juzgaba incapaces de una accion propia solamente de chiquillos, repugnante al carácter de una y otra, y que consideraba sin objeto, porque él no lo sabia adivinar. Apaciguóse, y apénas estuvo tranquilo, le

dijo Enriqueta con afectada amabilidad: — Pero, padre mio, ¿cómo lo hará usted ahora sin navajas? ¿va usted á salir sin afeitarse? ¡cuán feo está usted así! ¿quiere usted que llamen á un barbero? — Mucho lo siento, hija mia; pero no tiene remedio, que lo llamen. No bien habia dicho estas palabras Don Emeterio, cuando Enriqueta estaba diciendo á la criada: dice padre que vayas á la *tienda de frente* para que venga *alguno* á afeitarle desde luego. Don Emeterio no habia localizado el punto de donde debia venir el barbero, ni habia dado la preferencia á ninguno, pero Enriqueta tuvo á bien mandar por el barbero de enfrente para .... ahorrar pasos á la criada. En esto no hay malicia.

La criada entró en la barbería, cumplió con su comision y se fué. Pancracio, que ya habia recibido por telégrafo noticia de lo que estaba pasando, salió tras la criada pisándola los calcañares. Ambos llamaron á la vez en casa de Don Emeterio; Enriqueta les abrió la puerta y experimentó una sensacion inesplicable al ver tan de cerca al objeto de sus ansias. Le pareció hermoso y vestido de última moda. Su corazon saltaba como si quisiera salirse del pecho, y la dió tal temblor de piernas, que casi no acertaba á andar ni á tenerse en pié. Introdujo en el cuarto de su padre á Pancracio, el cual procedió desde luego á la operacion por la que habia sido llamado. El buen mancebo hizo cuanto pudo para granjearse la confianza de su futuro suegro, y realmente le consiguió. Aquella rapadura fué una obra maestra del arte. Prendóse Don Emeterio de la ligereza de la mano de Pancracio, de suerte que le asalarió para lo sucesivo y le pagó un mes adelantado, que el mancebo hubiera rehusado de buena gana, si no hubiese temido revelar con su generosidad el amoroso interes que debia disimular á toda costa.

Tenia Pancracio un no sé qué bondadoso que fácilmente cautivaba todas las voluntades. Así es que á los pocos dias de frecuentar la casa de Don Emeterio, logró á hacerse á los ojos de este simpático sobremanera. Cuando tuvo el terreno bien preparado, aguijado por su amor y por las exigencias de Enriqueta, pidió la mano de esta á su padre, que no solo la rehusó, sino que le echó de su casa á cajas destempladas.

Sin embargo, no por esto murieron las esperanzas de los dos amantes. El amor de Enriqueta era demasiado profundo para sacrificarse á las exigencias paternas, y el de Pancracio estaba cifrado sobre cálculos demasiado positivos para ahogarlo en su corazon ó, por mejor decir, en su cabeza; pues mas era amor de cabeza que de corazon; sin haber ántes procurado vencer cuantos obstáculos se le oponian. Volvieron los dos enamorados á establecer sus telégrafos, como único medio de comunicacion que les quedaba y del cual se vieron tambien privados á los pocos dias. Mandó el padre cerrar todos los balcones que daban á la calle, y prohibió á su hija formalmente abrirlos aunque pasase el viático. Estas medidas rigurosas y escepcionales no hicieron mas que avivar la pasion de la muchacha, que no pudiendo sobrellevarla, empezó á ponerse flaca como un cadáver hasta el extremo de dar á su padre mucho cuidado. Esta circunstancia, el cariño que habia profesado á Pancracio y la fatalidad de no haber encontrado otro barbero que con tanta maestría le hiciera la barba, le obligaron por fin á acceder á la voluntad de los dos amantes, lo que hizo despues de haber consultado la de la criada y haber obligado á admitir á Pancracio las dos siguientes condiciones: afeitarle todos los dias aunque estuviese casado con su hija, y vivir con esta separados de su casa. Esta última condicion fué atribuida por el vulgo murmurador á la criada, que sin duda la impuso para obrar mas á sus anchuras con su amo y participar mas abiertamente de su soberanía.

Pancracio y Enriqueta se casaron. ¡Dichosos ellos! decian los hambrientos condiscípulos de Pancracio que solo en las riquezas veian la felicidad! Desgraciados! decian los que solo la veian en la posesion de la hermosura. Nosotros nada decimos. Si fueron desgraciados ó felices, poco tardaremos en saberlo.

Enriqueta era rica. Su padre tenia muchas fincas urbanas y rurales que todas debian pasar á su poder y de este al de sus hijos, si tenia la fortuna de tenerlos. De otra suerte todos sus bienes pasaban á su segunda hermana, y en este caso el marido si la sobrevivia se quedaba, como suele decirse,

á la luna de Valencia. ¡Cuán grande, pues, no debia ser el empeño de Pancracio en tener hijos! Su mujer no gozaba de muy buena salud, y por otra parte tenia mucho mas edad que él, por lo que segun todas las probabilidades debia sobrevivirla. Sobrevivirla y volver á la vida de pobre despues de haber gozado todas las comodidades que las riquezas proporcionan, era una cosa atroz, una cosa que solo el pensarla le hacia estremecer. ¡Qué no hizo el buen Pancracio para tener sucesion! Al primer año de matrimonio su mujer se hizo embarazada y abortó; y al segundo le sucedió otro tanto, y otro tanto al tercero, hasta que por fin pasó otros tres sin dar la mas mínima señal de fecundidad. Pancracio estaba desesperado. Se asesoró con todos los facultativos de mas nota; hizo mudar aires á su mujer, la obligó á visitar ciertas capillas y á beber ciertas aguas á que atribuye el vulgo supersticioso las mismas facultades que al Espíritu-Santo; pero todo en vano. Por fin, cansado de la infructuosidad de sus tentativas, pasó con su mujer á Galicia, donde dicen que raras veces se encuentra una mujer estéril. En efecto estableciéronse en Comarinas, y á los dos meses de estar allí, notó Pancracio que el vestido de su esposa por detras crecia y se acortaba por delante. ¡Qué felicidad! Como el objeto que les detenia en Galicia se habia ya conseguido, regresaron inmediatamente á Barcelona, donde con ansiedad estuvieron aguardando el dia del bautizo. El padre de Enriqueta debia ser padrino y madrina la madre de Pancracio, á la cual mandó este al efecto una buena cantidad de dinero para que se presentare con lucimiento á sacar de pila el futuro fruto de su amor.

Segun cálculos de Pancracio, que debemos suponer exactos (dijo el hombre gaceta que en 4 de enero del año pasado estaba refiriendo esta anécdota en el café del Espejo), ayer entró Enriqueta en el sétimo mes de su embarazo. Sabidos son los deseos estravagantes y singulares caprichos de una mujer embarazada, los cuales son tantos mayores, cuanto mas fácilmente con ellos se transige. Pancracio, tratando á toda costa de impedir un aborto que hubiera aguado las esperanzas de toda su vida, accedia á los antojos de su esposa con

una docilidad de que no hay ejemplo en los anales matrimoniales, y si alguna vez manifestaba no hallarse dispuesto á doblegarse á alguna exigencia demasiado repugnante, su mujer le hacia ceder á la fuerza amenazándole con el aborto. A esta palabra terrible Pancracio sentia erizársele el pelo y despegársele la carne de los huesos, y le faltaba valor para la resistencia. ¡Cuánto abusaba Enriqueta del dominio feroz que debia á esta amenaza! Largo seria enumerar todos los abusos de autoridad de Enriqueta no ménos que los ejemplos de condescendencia que ha dado el buen Pancracio, y que el hombre gaceta refirió con aplauso de sus oyentes, por lo que yo en obsequio á la brevedad, me contentaré con esponer uno que vale por todos, y que tiene la circunstancia de ser el mas reciente.

En la tarde del dia en que entró Enriqueta en el sétimo mes de su embarazo salió á paseo con su esposo, por haberla aconsejado los médicos que hiciese diariamente un rato de ejercicio moderado para precaver el aborto. Ya casi era noche, cuando volviendo á su casa por una de las muchas travesías que desembocan en la magnífica calle del Conte del Asalto, al tibio resplandor del último crepúsculo divisó Enriqueta los tristes despojos de un gato muerto. Tambien las miradas de Pancracio tropezaron con aquella asquerosa carroña y se desviaron con horror. Como es natural, los dos esposos siguieron adelante su camino; pero apénas habian dado cuatro pasos cuando Enriqueta, exhalando un suspiro, dijo: — ¡Ay Pancracio! ¿no has visto? ¿no has visto, Pancracio? — ¿Qué? respondió este. — ¿No has visto cuatro pasos atras, en la acera de la derecha, un conejo muerto? — No tal, si es un gato. — ¡Ay! ¡un gato! ¡qué gusto! Vamos á buscarle, Pancracio. — ¿Estás loca? — Vamos á buscarle. — Pero, mujer... — ¡Vamos á buscarle ó aborto! Palideció Pancracio; retrocedió los pasos que le separaban del fétido cadáver; le asió lo ménos que pudo con solo dos dedos; le despegó de la acera, y le presentó á su esposa, revelando sus ascos con un gesto que no se puede definir. Hizo que su esposa acelerase el paso todo lo posible para llegar pronto á casa y desprenderse de aquella carga inicua que le pesaba mas

que una cadena, sin augurar el desdichado las nuevas calamidades que le aguardaban. Apénas se habia Enriqueta quitado la mantilla, cuando la dijo Pancracio: — ¿Qué quieres que haga de este animalito? ¿dónde quieres que lo echemos? — ¡Echarlo dices! ¿estés en tu juicio? corre, Pancracio, con él á la cocina, desuéllalo, límpialo bien y fríelo. — ¡Como! ¿quieres comerlo? — Pues es claro. — ¡Qué horror! — Pronto, dáte priesa. — Es imposible, imposible. — ¿Imposible, dices? ¿con qué estás empeñado en que yo aborte? — ¡Oh! no, mujer; Dios nos libre de semejante calamidad; se hará lo que tú quieres; llama á la criada... — ¡Cómo! ¡la criada! tú mismo lo has de limpiar, tú lo has de desollar, tú lo has de freir. — ¡Jamas! ¡jamas! ¡eso es ya demasiado! — No lo hagas, ingrato, no lo hagas .... ¡Qué dolores son esos, Dios mio! ¡no hay remedio, yo aborto! Y se puso ambas manos en la arqueada barriga, y casi sin sentidos se dejó caer en un confidente. ¿Qué podia hacer Pancracio en tal conflicto? Llamó á la criada para que trajese agua y vinagre, y miéntras esta socorria á su señora, él se entró en la cocina, desolló el gato, le hizo tajadas, lo lavó, lo frió, y lo presentó en un plato á Enriqueta que ya habia vuelto en sí de su desmayo. — Toma, hija, come, la dijo. — Quiero, dijo ella, que comas tú ántes una tajada. — ¡Yo! — ¡Bien! ¡no la comas, cruel! mas ¡ay! ¡yo aborto! — ¡Abortas! ¿con que no hay mas remedio que comer yo una tajada ó abortar tú? ¡Está bien, la comeré, la comeré! Cogió la tajada que le pareció ménos asquerosa, y con el estómago revuelto cerró los ojos á la manera del desesperado que se precipita de una gigantesca torre, y consumó el espantoso sacrificio. Luego le acosaron náuseas, su rostro tomó un color térreo, y con voz apagada dijo á su esposa: — Toma, come tú ahora. — Yo no quiero, respondió ella con ira poniéndose de piés. — ¿Pero por qué? — ¡Porque tú te has comido el mejor bocado! — ¡Llévete el diablo! refunfuñó Pancracio entre dientes, y se encerró en su gabinete, donde es fama que hasta las tripas echó por la boca.

Hasta aquí la anécdota tal como la contó el hombre gaceta. Ahora yo debo añadir que Pancracio Moron era el

mismo hombre con quien estaba yo tomando café. Por esta razon sin duda, no queriendo ser testigo de las afrentosas risas de los concurrentes, apénas oyó que el hombre gaceta pronunciaba su nombre y apellido, se zampó de un sorbo todo el café que le quedaba en la taza, se levantó, dió un Napoleon al mozo, y sin esperar que le diera la vuelta se escurrió como un raton acosado y me dejó sin decirme adios. Sin volverle á ver pasé dos meses, al cabo de los cuales le encontré abismado en profundas meditaciones en un estraviado sendero de la montaña de Monjuí. Me pareció que estaba muy melancólico, y preguntándole la causa de su tristeza, me respondió que no podia por mas tiempo sobrellevar el peso de la vida. Me dijo que cuando estaba persuadido de que su mujer habia entrado en el noveno mes de su embarazo, los médicos acababan de disipar todas sus ilusiones, asegurándole que su esposa no estaba embarazada sino hidrópica. ¡Qué horror! dije yo entre mí, ¡aprender esta verdad terrible despues de haber comido gato para evitar un aborto!

Al dia siguiente entre estrepitosas carcajadas estaba el hombre gaceta en el mismo café del Espejo refiriendo lo que me habia dicho Pancracio el dia ántes. ¿Por qué conducto lo supo?

Treinta dias despues el mismo hombre gaceta estaba arrancando lágrimas á un numeroso auditorio refiriéndole la horrorosa catástrofe de un jóven cuyo cadaver encontraron en la *mar vieja* algunos pescadores. El cadáver estaba espuesto á las miradas públicas en la *Columna* [1]). Fuí á verle, y reconocí en sus facciones á Pancracio Moron.

Si el infeliz hubiese tardado dos dias mas en quererse suicidar, seguramente no se hubiera conducido á este terrible acto de desesperacion. Los médicos que calificaron de hidropesía la preñez de su esposa se equivocaron de medio á medio. Tan bárbaro fué su diagnóstico, que al dia siguiente de la muerte de Pancracio, su mujer dió á luz nada ménos que dos hijos rollizos y sanos como una manzana. Parecian

---

[1]) Sitio en el hospital civil de Barcelona donde se depositan los cadáveres desconocidos ántes llevarlos al cementerio ó á la sala de diseccion.

un bollo de manteca, si bien uno de ellos nació con un gato en la espalda, á consecuencia sin duda del deseo que tuvo su madre en la época del embarazo y que no pudo satisfacer por haberse zampado Pancracio el mejor bocado.

A. Ribot y Fontseré.

INCENDIO DEL POLVORIN.

Todos los periódicos al dar noticia á sus lectores de este notable acontecimiento, lo han denunciado como arma de partido; como si fuera posible que los hombres de partido apelasen á tan impolíticos medios. Los redactores de *La Risa* se puede decir que somos el directorio, la representacion de un partido inmenso que ha de arrollar á todos los demas partidos, esto es, del partido del buen humor. Y por eso habíamos de incendiar el polvorin para esterminar á los taciturnos? Eso seria bueno cuando los taciturnos vivieran todos en un barrio ó en una misma casa, pero no cuando para matar á veinte contrarios nos espusiéramos tambien á acabar con la vida de otros tantos amigos. Nosotros sabemos y vamos á denunciar el nombre del autor de tan horrible desacato, y esperamos que el gobierno, sino quiere que *La Risa* le haga de hoy mas una oposicion virulenta y sistemática, castigará con mano fuerte al perpetrador de un crímen que no tiene ejemplo en los anales del mundo. Pero ántes daremos noticia á nuestros lectores del suceso.

La capital de Madrid no existe; ha desaparecido del catálogo de los pueblos, segun los rumores esparcidos en la mañana del 23 de setiembre, dia de San Lino y Santa Tecla, *Témpora, Ordenes Sol en Libra y entrada del Otoño*, todo lo cual recordamos por el influjo que pudo tener en que volase el polvorin. Cuando los habitantes de la corte abrieron los ojos, dispertados por el estrépito de la inaudita detonacion, lo primero que creyeron, y así lo respondian al que preguntaba la causa de aquel ruido, fué que se habia hundido la casa inmediata. Y como el vecino del número diez decia que

se habia hundido la casa número once, el de once decia que la del doce y así sucesivamente, resulta que Madrid se quedó sin casas aquel dia por confesion esplícita de sus moradores.

Hay quien asegura que tan horrible proyecto estaba preparado por una coalicion de vidrieros y albañiles, para tener que hacer otro Madrid, y ganar dinero á costa de la ruina de sus semejantes; pero esto no lo podemos creer porque aunque los vidrieros han hecho su negocio con los millares de vidrios y cristales que han tenido que poner despues, ni estos, ni los albañiles han podido coaligarse con el verdadero autor del atentado.

Dicen que el daño causado en algunos edificios fué bastante grande; yo no creo tal cosa: al ménos no les oí quejarse y mas bien tuve el gusto de ver una porcion de casas bailando rigodon de contento. Aquí se encontraba un guardacanton haciendo un paso de gabota; allá un chimenea haciendo cortesías. Uno se quedaba sin frac que se escapaba á las nubes, á otro se le desertaba una oreja, á otro venia un casquito de granada y le quitaba la nariz sin duda porque no oliera la pólvora. Lo cierto es que á muchas leguas de Madrid se ha visto diluviar por espacio de dos dias una espantosa granizada de cabezas, dedos, piernas y otros miembros de especie racional. A un caballero que iba á tomar leche de vacas, le pegó una casa que iba á galope tal porrazo, que le echó por tierra el sombrero y la peluca, y uno y otro se quedaron bailando un padedú.

Las municiones voladas segun relacion de otros periódicos, consisten en una tapia del polvorin que no es municion, pero parece de municion; 700,000 cartuchos de fusil, 1,000 de cañon, 16,000 espoletas, 800 granadas y 125 quintales de pólvora. Ojalá no hubiera quedado nada en el mundo de este enemigo mortal nuestro; aunque no sea mas que por lo que hace llorar. El mayor daño que este incendio ha ocasionado, parece que ha sido en un melonar de Chinchon, del cual volaron una infinidad de sandías que parecian bombas por el aire, y estos sin duda han sido los síntomas de pronunciamiento tan cacareados por los periódicos. Hay melon que todavía anda por las estrellas. No quisiéramos nosotros que nos

cogiera debajo cuando caiga! Tambien ha perjudicado á las embarazadas, y hay mujer que malparió y no ha vuelto á ver el chiquillo. ¡Con qué violencia saldria la criatura! Puede que ande tambien por los aires comiendo melones á costa del pobre melonero de Chinchon. Y si tales han sido los estragos del polvorin, ¡qué hubiera sido si se hubiera llamado polvoron!!!

Ahora que hemos detallado las calamidades que ha producido el incendio del polvorin, vemos á nombrar al delincuente por mas que nos sea repugnante hacer el papel de delatores. El autor de tantas desgracias no es ayacucho, ni progresista, ni republicano, ni albañil, ni vidriero: es un exfraile malvado de la órden de San Francisco, llamado fray Bertoldo Schwartz, aunque el padre Feijoo dice que Schuvart: pero yo creo que Feijoo se refiere al mismo que yo, porque ambos nos referimos á un religioso franciscano aleman, que allá por los años de 1378 tuvo la desvergüenza de inventar la pólvora. Pero á bien que el cielo castigó su delito no dejándole vivir hasta mediados del siglo XIX ¡qué mas hubiera querido el tal frailote que recrearse en el incendio del polvorin!

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

LA GASTRONOMIA Y LA LITERATURA.

En una época que se llama de progreso, y cuando tantos adelantos se han hecho en la mayor parte de las ciencias, es imperdonable que se haya desatendido el estudio de la mas útil, sana y provechosa acaso de todas.

La gastronomía, objeto sencillo y encantador, ofrece en sí tan *agradables materias que ver*, y tan *dulces principios que probar*, que es hasta un cargo de conciencia el que no se los profundice. Y no hay en esto exageracion, pues si el hombre de lo primero que debe cuidar es de su individuo, y la gastronomía proporciona al dicho individuo nutrimentos sanos y deliciosamente condimentados, en lo cual no se deteriora el estómago, en vez de guisotes mal cocidos y groseros, con lo

que no solo padece el cuerpo sino hasta el espíritu puro, claro es, y por consiguiente hay lógica en afirmar, que es un cargo de conciencia el desatender la ciencia peregrina que puede proporcionarnos mas larga y duradera vida en tan sabrosas lecciones, y con tan apetitosos ejemplos.

¡El arte de cocina decae entre nosotros! Pasaron los hermosos tiempos en que se comia (déjenme los lectores concluir el período, pues ya sé que en el dia comer es tambien un ramo de primera necesidad, y que aun los cesantes y esclaustrados, que por el gobierno están dispensados de padecer tan ruines deseos, aun esos, cuando no tienen otra cosa, como en el dia se comen las uñas ó los codos, si se los alcanzan). Pero, pasaron, repito, aquellos deliciosos tiempos en que se comia tan descansadamente. Y digo descansadamente, porque no eran cuatro ó seis horas las que se destinaban al agradable ejercicio de menear mandíbulas y quijadas, sino que eran muchos dias los que duraban algunos convites; y apelo de esta verdad al testimonio de *Valerio Máximo* y de *Ciceron*, ó téngaselos de lo contrario por embusteros de á folio, es decir, grandes. Pero como no tiene gracia que la fama de tan buenos señores padezca, á bien que recordaré á los lectores incrédulos á las palabras de aquella gente profana, los libros de la Escritura, y veremos entónces qué cristiano viejo nos lo niega. Pues, como iba diciendo, sépase que en el libro de Ester se cuenta de un tal Asuero, que debió ser un rey de *tomo* y *lomo* (cada lector se descifrará el tomo y lomo á su antojo), lo que yo quiero decir es de muchos humos, porque era espléndido hasta dejárselo de sobra; y ahora veo que una comparacion en que entra la palabra *lomo,* y una esplicacion en que empleo la palabra humo, son muy propias de cocina, y muy del caso en artículos de gastronomía. Pues sí, amable lector, el rey Asuero, que dominó desde la India hasta la Etiopia, dió un espléndido banquete á los magnates de su imperio que duró ciento veinte dias: y en seguida dispuso otro convite para el pueblo que duró siete dias, y en el cual el servicio de la vajilla era nada ménos que de plata, y las copas de oro. Aquellas eran otros tiempos, vuelvo á decir; vayan hoy á poner copitas de plata ni

vasitos de oro, cuando los mozos de café se ven y se desean en nuestro adelantado siglo para que no les cercenen las cucharillas de estaño ó los azucareros de peltre del café. Pero no divaguemos; recomiendo á los aficionados al arte gastronómico la lectura de los viajes de Anacársis, para que se contenten el ánimo con las animadas descripciones de los banquetes de Dinias, y á que recorran las antiguas obras de Herodoto, en las que hallarán pruebas convincentes de lo que han degenerado nuestros cocineros y nuestros gastrónomos.

La gastronomía es un ramo de lujo; el hombre que sale dotado de ese especial y esquisito paladar que le hace encontrar en los platos (no seamos materialistas, en lo que contienen los platos) el refinamiento de los placeres, ese hombre será el mas infeliz de los mortales, en los siglos de decaimiento en que yace el arte culinaria. Cada recuerdo de las antiguas orgías será para su corazon una espina mas punzante que la del pez espada que se le atravesará de medio á medio. Recordará que en Esparta y en Creta habia comidas públicas, costeadas por el erario y en que se sacaba el vientre de mal año, cuando en el dia hasta la gazofia que se repartia á la puerta de los conventos ha dejado de repartirse, para la razon convincente de que la mayor parte de los conventos ya no tienen puertas, y esto por la no ménos clara razon de que ya los van echando por tierra. Recordará aquellos romanitos que, para no lastimarse á comer con holgura, lo hacian sobre mullidos lechos, llegando su pulcritud á poner sobre las mesas doseles de damasco para que no les cayese el polvillo del techo, y su sensual apetito al estremo de irse poniendo coronitas de flores, combinados sus aromas y perfumes de modo que los olores contribuyeren ó á retardar los efectos de sus *turcas* (vulgo borracheras), pues está visto que se *dejaban correr* tambien los antiguos, ó á animar sus sentidos escitándoles á impúdicos y desordenados deseos. ¡Vayan ustedes viendo qué comparacion hay con los tiempos que alcanzámos! Recordará el baño que tomaban los susodichos romanos para ir fresquitos y bien dispuestos al *cenáculo* ó sala de comer, mejor dicho, de cenar. Las esencias que se quemaban para aromar las salas: las aguas olorosas

con que se rociaban los asientos, y hasta el rato de lectura con que se entretenia á los golosos señores, que por no fatigarse en discurrir y no dar descanso á sus fauces, se dejaban arrullar con amenas y entretenidas historias, á las que formaban un bajo sostenido con el martilleo de sus dientes.

Esto me hace pensar que el verdadero refran antiguo, que sugirió sin duda al célebre Jovellanos su *Pan y toros*, ántes seria *Pan y letras*. Bien hizo Jovellanos en sustituir las palabras. El pan y las letras, aunque el pan tiene muchas amigas desengañémonos que no las hacen: las letras han nacido para perdidas, puesto que en manos de todos andan; aunque no por eso bien quistas ni mejor paradas: hasta no hace muchos años han pasado por locos ó desocupados, quizá porque á pérdidas se dirigian, los que teníamos la aprension de que el escribir era una ocupacion como otra cualquiera, por no decir mas útil que las demas, puesto que adelantaditos estaríamos si no hubiere habido Cicerones, Fenelones, Licurgos y otros de su calaña, que aunque sin oficio ni beneficio, hubiesen esplicado cuantos oficios son esplicables, dando á su país inmensos beneficios en la ilustracion, conocimientos y consejos que en sus libros les enseñaron. En el dia ya empiezan los artistas á formar clase, y á considerarse un estado, aunque sin posicion; y aquí, lector amigo, consiste el busílis, en la posicion; y no de tercera y cuarta como de baile, sino de empleo ú ocupacion productiva, de modo que aunque hayamos adelantado un pasito en punto á considerársenos ya una clase de hombres que no son como hasta hace poco, ni desocupados, ni locos, ni mal entretenidos, aun no hemos conseguido una posicion en el mundo, por cuanto el trabajo no es como un pagaré que representa siempre dinero tangible.

Algun lector se preguntará á sí mismo: ¿pero y esta nueva digresion á qué viene? Pues viene á probar que, desde que han desaparecido los verdaderos gastrónomos y los duchos cocineros, ha degenerado tambien el amor á los libros. La vida es corta, señores, y para los que han nacido con una intencion firme y decidida de hacer en un todo su santísima voluntad, apénas hay tiempo en el mundo mas que para divertirse: aun á los que les falten los medios para satisfacer

todos sus caprichos les sobran los ánimos para desearlo; de modo que es un axioma constante que el hombre prefiere siempre dos fiestas á un domingo. Supuesta esta innata desidia, los antiguos destinaron las horas del placer para el estudio: es decir, quisieron que lo árido de la enseñanza desapareciese entre lo agradable de la distraccion, y de ahí provino el que en todas sus comidas habia un lector que recitaba con voz alta pasajes históricos, fabulosos ó morales. De este modo, como todos procuraban tener tiempo para comer, todos le tenian para instruirse. Y hé aquí la oportunidad de la digresion: desde que los gastrónomos han desterrado los lectores de sus mesas, los hombres se han vuelto á encontrar sin tiempo oportuno para calentarse los cascos con un libro de modo que el haber degenerado los gastrónomos, sin duda porque han desaparecido aquellos hábiles cocineros, es la causa de la decadencia de nuestra literatura. Me parece que no voy descaminado. Habia otra ventaja inmensa para los escritores, que así como dice un refran: «que á buen hambre no hay pan malo....» así se podia inventar ahora un nuevo axioma que dijese: «que á buen pan no hay libro malo.» Vean ustedes si en este siglo en que se escribe tanto, no seria una ventaja para muchos la seguridad de que sus obras se ojearian por sus lectores, hallándose á la mesa, consolado su estómago con las deliciosas viandas y en tan buena disposicion para digerirlas por supuesto las obras, no las viandas, pues estas no son de tan difícil digestion, por pesadas que sean como algunas de aquellas.

Lamentémonos, pues, con que haya caido en desuso tan provechosa costumbre; unamos nuestra voz en elogio de la maravillosa ciencia de la gastronomía: acaso, acaso destinaremos otro artículo, si el público no mira con desden nuestras indicaciones, á entusiasmar el apocado aliento de los cocineros, y á escitar el desordenado apetito de los opulentos señores. Tambien dirigimos desde ahora nuestra voz á nuestros escritores y literatos. La cocina es un grande hornillo en el que pueden condimentarse los mas sabrosos principios, no hay que desdeñarle, pues, porque parezca grosero el asunto: Aristóteles, Platon, Teofrasto, Herodoto, Ateneo y otros mil

privilegiados talentos hablaron de la cocina con encomio. Ea, pues, solo falta el último paso; quizá sea este el medio de acabar de dar un impulso grande á nuestra literatura, consolidando de una vez sus cimientos. Empezemos pues dando el ejemplo, y cada cual en su doméstica vivienda, miéntras se zampa el humilde puchero, procure, si es que tiene fámulo y si no hay el inconveniente de que este ignore el uso de las letras, hacerle leer, y para entusiasmar al mismo fámulo, llámele con el nombre de *Anagnóstes* que era el que tenian los antiguos lectores.

Imitemos á Plinio siquiera en bañarnos y en tener gusto en que nos lean: hagámonos comparar con Atico, quien, segun el testimonio, y no falso, de Cornelio Nepote, como dicen los niños de la escuela, aseguraba que encontraba continuamente en su mesa el placer del espíritu reunido á una buena comida. Jactémonos alguna vez de hacer lo que el emperador Severo, y leamos como él á nuestra familia miéntras come: por supuesto teniendo cuidado de habernos llenado bien ántes la andorguilla, para que no se nos vayan los ojos mas bien que al libro á la comida: y ojalá llegue un dia en que se haya hecho costumbre tan grata, y ceremonia tan obsequiosa y agradable *la lectura durante la comida,* que podamos decir como Juvenal para incitar á un amigo á que nos acompañe á nuestra mesa: «ven y nos leerán los versos de Horacio y de Virgilio.» Entónces la gastronomía volverá á ser la ciencia mas divina de todas porque á ella deberemos el aprecio que se haga de nuestra poco apreciada literatura.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

VENTAJAS DEL QUE NO TIENE PIERNAS O DEL QUE LAS LLEVA DE PALO.

ARTICULO DE INTERES GENERAL.

I.

Con manifestar los malos sin cuento que acarrean las piernas, habré manifestado gran parte de las ventajas que tiene el que de ellas carece, y si á estos datos que se me ocurre llamarles negativos añado los positivos, es decir, los que tienden directamente á probar los beneficios debidos á la carencia de piernas, todas las sutilezas metafísicas con que mis antagonistas tengan á bien argüirme, todos sus sofismas y paralogismos se estrellarán en la fuerza de mis razones y el mas reacio defensor de las piernas se verá obligado á desprenderse de sus errores, y á confesar paladinamente que su opinion opuesta á la mia no ha sido otra cosa que una paradoja ridícula. Para satisfacer mi vanidad esto será suficiente, pero no para satisfacer mis filantrópicos deseos, que solo quedarán colmados el dia en que vea emancipada de las piernas á la humanidad entera. ¿Llegará este dia feliz? ¿Llegará un dia en que convencidos los hombres de que las piernas, á que son deudores de tantos contratiempos, son un mero objeto de lujo, se convengan en pasarse sin ellas mal que les pese á los zapateros, á los medieros y á cuantos tienen una mina en nuestras calamitosas estremidades inferiores? Harto conozco el poder de la rutina, sé bien las dificultades con que tropieza el verdadero filósofo que se empeña en desterrar de la humanidad los defectos y vicios sancionados por costumbres añejas. Confieso que escribo este artículo con poquísima esperanza de obtener el resultado que me propongo. Ni uno solo de mis lectores, por valederas y convincentes que le parezcan las razones que yo alegue, se sujetará á la quirúrgica cuchilla, y alguno quizas se crea con derecho de decirme que este artículo no está dictado por una conviccion profunda, que está escrito sin religion de conciencia, puesto que siendo yo su autor no confirmo lo que en él digo con mi propio

ejemplo. Sí, lo conozco, para probar la fe que tengo en mis doctrinas, yo deberia el primero esponerme á los dolores de una amputacion sangrienta; pero no lo hago porque por una parte no tengo necesidad de ello para dar fuerza á mis datos que son por sí solos bastante robustos, y por otra para dirigir á las piernas la catilinaria que se merecen, quiero tenerlas presentes, tenerlas conmigo mismo como un testimonio vivo y palpitante de mis penas y evitar de este modo que disminuya el horror que justamente me inspiraron. Suele decirse que el que está ahito no se acuerda de los que no han comido, y esto me sucederia tal vez si yo careciese de piernas, no me acordaria de los desgraciados que las tienen, y á quienes trato de libertar de esta calamidad diciéndoles lo que Jesucristo á los apóstoles: «Haced lo que yo os diga, y no lo que yo haga.»

Antes de pasar adelante es necesario que mis lectores y yo acordemos bajo qué acepcion vamos á tomar en este artículo la palabra *piernas*. Todos sabemos lo que por piernas entienden los anatómicos y los amigos de que se hable siempre con toda propiedad, pero á mí me conviene en esta ocasion dar á esta palabra la significacion colectiva que á menudo le da el vulgo, quien con ella suele designar las estremidades inferiores desde el tercio inferior del muslo hasta las últimas falanges de los dedos del pié. Despues de esta advertencia me parece que puedo entrar en materia sin esponerme á malograr mi tinta, ni á fatigar mis livianos en meras cuestiones nominales. Tambien debo advertir que á pesar de tener en mi casa un diploma de médico y cirujano que á mi padre le cuesta bastante dinero y á mí no pocos exámenes, en cuanto me sea posible me abstendré de hacer uso de los términos técnicos del arte, porque yo quiero que me entiendan fácilmente todos los que en el mundo tienen piernas, aunque en su vida hayan respirado los fétidos miasmas de una sala de diseccion, ni hayan visto mas cadáveres que el del cordero de la Pascua y el del pavo de Navidad, ni hayan gastado un adarme de sebo consagrado á la lectura del Juan de Dios, del Nadal y Lacaba, ni de ninguna otra de las obras clásicas de anatomía descriptiva.

Si para rebatir á los piernófilos se me antojara echar mano de todos los argumentos que ponen á mi disposicion las piernas consideradas en estado patológico, es seguro que llenaria veinte números de *La Risa*, invadiendo hasta el sagrado terreno que para su ambigú se reservó el docto Don Abundio. Las piernas constan de huesos, de músculos, de nervios, de arterias, de venas, etc., etc., y no es necesario decir mas para que el mas topo se haga cargo de cuán inmenso debe ser el número de enfermedades que son las piernas susceptibles de padecer. Yo no ocuparé de ellas á mis lectores, no les hablaré de las cáries, aneurismas, várices y demas dolencias de que las piernas á menudo son víctimas, lo mismo que las demas partes de nuestro cuerpo que gozan de tejidos análogos; haré solo mencion de las enfermedades que ademas de ser muy frecuentes son propiedad casi esclusiva de las estremidades inferiores, y aun procuraré hablar de ellas muy someramente, porque estoy seguro de que consideradas en su estado normal ó fisiológico las piernas son por sí solas una calamidad terrible, aunque por una escepcion casi milagrosa se hallen libres de sabañones, de callos y demas plagas que á tantos hijos de Adan hacen avinagrar el gesto. Y si las piernas sanas y robustas que, sea dicho de paso, difícilmente se encontrarian dos en Europa, son ya una calamidad terrible ¿qué nombre daremos á las piernas averiadas, como generalmente lo son todas?

La dolorosa comezon que causan los sabañones deberia ser suficiente para declarar á los piés una guerra sin tregua ni cuartel. Bien es verdad que los habitantes del mediodía de América y otros países que se puede decir que no tienen invierno, desconocen esta impertinente dolencia, pero gracias á sus piernas no les falta por esto con qué rascar, no les faltan niguas y jejenes mas molestos si cabe que los sabañones, y que como estos fijan con predileccion en los piés su funesta residencia. Hasta ahora han sido ineficaces todos los remedios que la medicina, ó por mejor decir, que el empirismo y charlatanismo han preconizado para curar los sabañones; el agua de las lluvias de abril, aplicado en el momento mismo que acaba de caer, es lo que mejores efectos ha pro-

ducido; pero yo afirmo que para la curacion de los sabañones de los piés la amputacion de las piernas es de un éxito todavía mas seguro. Esta es una curacion radical, con la que nunca tiene lugar la recaida.

Mas terribles aun que los sabañones son seguramente los callos, porque son mas dolorosos, invaden un número mayor de individuos, se aclimatan en todos los países, y no ceden al influjo de ninguna de las estaciones del año. La curacion radical de estas molestas abolladuras, debidas principalmente al calzado, se obtiene tambien con la amputacion de las piernas. ¡Y todavía se ven piernas en el mundo!

¿Y qué diré de los uñeros que la propia esperiencia no le haya hecho observar á mis lectores? Las uñas de los piés crecen y se prolongan sin cesar, sin cesar destruyen medias y mas medias, hasta que por fin encuentran en los zapatos un obstáculo que se opone á su curso invasor y las obliga á replegarse. Entónces las uñas se doblan y contramarchan, y sus bordes libres vengándose en los dedos de la derrota que deben al calzado, se introducen en la carne de los infelices donde hacen un estrago sangriento. Esto es lo que se llama uñero que solo se evita oponiendo con frecuencia las tijeras al rápido progreso de las uñas. Pero esto de cortarse las uñas del pié no es una operacion tan trivial como algunos se figuran; es operacion que para practicarla debidamente en ambos piés, es casi indispensable ser ambidextro, que requiere tijeras muy duras y de muy buen temple, y que aun así á muchos les obliga á tomar pediluvios para reblandecer la sustancia córnea que debe cortarse. Y no es esto lo peor. Se necesita tener algo de culebra, se necesita una organizacion particular como la de Auriol, se necesita casi estar dislocado para no morirse de fatiga cortándose las uñas de los piés. Los hidrópicos, las embarazadas, en una palabra, todos los que están dotados de voluminosa barriga deben fiar esta operacion á manos ajenas, y como los piés en general son una cosa no muy limpia, no siempre se encuentra quien quiera encargarse de practicarla. Y si por casualidad se encuentra, nos esponemos á que la frialdad de la mano del operador ó su tacto indiscreto nos haga cosquillas ó nos cause alguna otra impre-

sion desagradable que, no pudiéndola resistir, nos obligue á retirar el pié casi convulsivamente, y á que dejemos alguna vez en este movimiento brusco el dedo en lugar de la uña entre los filos de las terribles tijeras.

Los límites de este periódico me obligan á separarme del campo patológico y á llamar la atencion de la humanidad entera hácia los males que ocasionan las piernas, aun admitiendo la hipótesis de que estén dotadas de una salud perfecta. Creo que todos mis lectores tienen la costumbre de ponerse en camisa ó cuando mas en calzoncillos ántes de acostarse, y que esta impertinencia diaria les sujeta á otra no ménos molesta cual es la de tener todos los dias que vestirse! ¡Desnudarse y vestirse! ¡Terribles calamidades que el estado social ha legado al hombre para hacerle envidiar la suerte de los indios bravos, de los hotentotes y hasta de los mismos irracionales, que sin desabrocharse el corsé ni quitarse la levita, y que sin calzarse las botas, ni hacerse el lazo en la corbata, apénas se levantan están dispuestos á salir á la calle seguros de que sus semejantes no les han de poner en ridículo. ¿Por qué al nacer no nos otorgó la naturaleza una concha como al carey, una piel como al oso, un plumaje como al águila ó una cubierta escamosa como al cocodrilo? ¡Inútiles quejas! Estamos condenados á desnudarnos y á vestirnos todos los dias, y seríamos muy criminalmente orgullosos si intentásemos revocar este terrible fallo de la civilizacion. Pero al ménos ya que el desnudarse y el vestirse es un trabajo ímprobo de que no nos permite la sociedad eximirnos ¿por qué no procuramos en lo posible simplificar tan engorrosa operacion? La amputacion de las piernas la simplificaria considerablemente. Ella nos evitaria la molestia de ponernos las medias y los zapatos, ella nos emanciparia de la tiranía de las ligas, que han dado alguna vez motivo á catástrofes sangrientas; ella en fin desterraria de nosotros las esclavizadoras trabillas, que con mucha razon ha incluido el señor Manzano en el catálogo de las calamidades públicas al mismo tiempo que el señor Casilari las ha celebrado como una cosa escelente. Yo creo como el señor Manzano que las trabillas son un mal grave, pero creo como el señor Casilari

que miéntras hay piernas debe haber trabillas. Quítense las piernas, y las trabillas caerán, como suele decirse, por su propio peso.

Mirando la cuestion bajo un aspecto económico, creo que no habrá un solo padre de familia que no considere las piernas como uno de los objetos que mas contribuyen á aumentar el presupuesto de los gastos domésticos. El que tiene muchos hijos y les ha de alimentar con el sudor de su rostro, es imposible que quede bien con el zapatero si come algo mas que sopa y cocido. Y agréguese á esto el limpiabotas ó un criado que haga las veces de tal, pues de uno ú otro hemos de valernos, so pena de estrenar calzado de todos los dias, lo que es muy gravoso, ó de limpiárselo uno mismo, lo que es muy molesto, ó de llevarlo sucio, lo que si bien es lo mas fácil es tambien lo ménos decente. Y luego las medias. Dios sabe al cabo del año cuantas cifras ha añadido al presupuesto el jabon con que se han lavado y el algodon con que se han remendado.

Tambien las ligas cuestan dinero, pero no es en verdad el dinero que cuestan lo que tan odiosas las vuelve á los ojos de todo hombre filantrópico, sino la dificultad de mantenerlas en su justo término de suerte que no se escurran por estar flojas ni sieguen la pierna por estar demasiado apretadas. Yo, lo confieso, soy enemigo irreconciliable de las piernas, pero no por esto quiero que se las martirice, que se las dé continuamente garrote; condéneselas á la última pena, pero no se las ponga en tortura como á las víctimas de Torquemada. El espíritu del siglo proscribe tamañas atrocidades. Por lo demas conozco que son altamente criminales. ¿Qué castigo imponen las leyes vigentes á los que encubren malhechores? Por terrible que sea debe aplicarse á las ligas. ¿No dan acaso guarida á los atroces vichos que de sangre y solo de sangre se alimentan? Todo el mundo conoce que aludo á las pulgas, cuyo nombre no me parece decente mencionar en este grave artículo.

Pero de las ligas debe decirse como de las trabillas que son un mal, pero un mal necesario, un mal que durará tanto como nuestras medias, como nuestras piernas. ¡Abajo pues

las piernas!..... ¿Te horrorizas, lector? Me parece que estoy oyendo los argumentos con que tratas de defender á esas enemigas del género humano. *¿Cómo andaríamos sin piernas? ¿qué pareceríamos sin piernas? Cuánto padeceríamos si nos cortasen las piernas!* ¿No son estos los argumentos capitales con que piensas reducir á polvo todas mis pruebas, y cuya solucion esperas seguramente ántes de llamar al cirujano para que proceda á la amputacion? Pues ya puedes llamarle desde luego, porque tus argumentos van á quedar bien pronto desvanecidos. *¿Cómo andaríamos sin piernas?* ¿Y qué? ¿crees acaso que trato de reducir á los hombres á la triste condicion de reptiles? Nada de eso: quiero reemplazar sus piernas naturales ó de carne y hueso con piernas de palo, cuyas inmensas ventajas prometo manifestarle en otro artículo. *¿Qué pareceríamos sin piernas?* ¡El hombre siempre el mismo! ¡Siempre sacrificando su bienestar á la vanidad y al capricho! ¿Crees acaso que cuando todos nos hayamos acostumbrado á prescindir de las piernas naturales, las echaremos alguna vez de ménos? Sucederá con ellas lo mismo que con los pelucones. Todos sabemos el sentimiento con que nuestros abuelos se desprendieron de sus empolvadas coletas; muy ridículos debian parecer los primeros que parecieron en Europa con el cabello raso, pero la moda fué cundiendo, la práctica tardó muy poco en confirmar la bondad de la teoría coleticida del grán Bonaparte, y en la actualidad las coletas tan decantadas en otros tiempos son un objeto que toda la Europa culta ridiculiza. Porque todo se dobla al imperio de la moda; todo al fin y al cabo lo resuelve el gusto de la mayoría. Si casi todos los hombres fuesen jorobados, los que hasta ahora han tenido fama de bien formados parecerian ridículos y se les llamaria contrahechos. Si casi todos tuviesen un solo ojo en la cara, dos ojos seria una imperfeccion, así como ahora lo son tres. No hay pues que darle vueltas. Perfeccion será el no tener piernas el dia en que nos vengamos todos en pasarnos sin ellas. Todo depende del hábito de ver las cosas de este ó del otro modo. A nosotros nos parecen hermosas las mujeres que tienen un cútis fino y delicado, y en algunos países salvajes se las aplican instru-

mentos cortantes y cauterios para llenarlas el rostro de cicatrices y desigualdades. A los europeos nos parecen bien los pendientes colgados del lóbulo de las orejas de las mujeres y al efecto se las agujereamos; á los indios les parece bien que ostenten sus mujeres una sortija en la nariz y al efecto taladran la ternilla que forma el tabique. ¿Y todo por qué? Porque á menudo los gustos son hijos de la fuerza de las costumbres. Cuando casi nadie tenga piernas, ¡cómo nos burlaremos de los pocos que las tengan!

Terminaré este artículo que se va haciendo demasiado largo allanando la última dificultad que me presentas. *¡Cuánto padeceríamos si nos cortasen las piernas!* Si estas palabras fuesen valederas, en verdad que todos los cirujanos serian superfluos, porque ¿cuál es la operacion quirúrgica que no causa dolores mas ó ménos atroces? Pero al practicarse una operacion, se comparan los dolores con los resultados que por su medio obtienen, y es así como los enfermos se sujetan á ella. El que tiene un labio ó un pecho cancerado consiente que le corten el labio ó el pecho; el que tiene una mano gangrenada consiente que le amputen el brazo; el que tiene una muela cariada consiente en quedarse con una ménos. Lo mismo con mucha mas razon debe aplicarse á las piernas. Por cruda y dolorosa que sea su amputacion, ¿quién no la sufre gustoso haciéndose cargo de las inmensas ventajas que con ella reporta para todo el resto de su vida? Estas son razones indestructibles que han de convencer á cualquiera, por lo que, lector, repito que llames desde luego al cirujano y que sufras con resignacion los tormentos que te ocasione su mano salvadora. Armate en seguida de unas piernas de palo, cuyas ventajas probaré en mi siguiente artículo, y verás lo que es bueno. —

II.

Por mas que los optimistas se persiguen escandalizados, es necesario convenir en que debemos á la naturaleza muchos males y que este mundo está muy léjos de ser el mejor de los posibles. Tal vez la Providencia ha tenido á bien hacerle

tal como nos le encontramos para que no nos encariñemos demasiado con las cosas mundanas y aspiremos con mas ardor á buscar la felicidad verdadera en un punto distinto del que los moradores de la tierra tenemos la desgracia de habitar. Si no fueron estas las miras de la Providencia, habrán sido otras ó ninguna; no nos toca á nosotros, débiles mortales, levantar el velo con que ha querido el Supremo Hacedor ocultar á nuestras profanas miradas sus incomprensibles misterios. Pero lo cierto es que á lo que nuestra pobre razon alcanza, el universo está plagado de cosas que á nosotros nos parecen imperfecciones, aunque segun el fin que al formarlas se propuso el Creador acaso no lo sean, y deber nuestro es corregirlas y perfeccionarlas ya que el mismo Autor de todas ellas ha dotado á muchos hombres de deseos y medios de conseguirlo. En esto la voluntad del Omnipotente se manifiesta de una manera bien esplícita. Si Dios hubiera querido que el mundo permaneciese tal como salió de sus manos hasta el dia del juicio final, se hubiera guardado bien de dar á los hombres este espíritu de innovacion que incesantemente altera la superficie del globo sublunar. Es necesario que convengamos en que el mundo es no mas que un borrador sin corregir, un imperfecto bosquejo, una obra á medio hacer y que para concluirla la Providencia ha dotado á algunos seres privilegiados de un genio fecundo, activo y emprendedor que es un verdadero destello de la Divinidad. Reflexiones son estas de muchísima importancia y que he creido conveniente hacerlas para que nadie diga que el querer sustituir con piernas artificiales las que debemos á la naturaleza, es rebelarse contra la obra de Dios. Al contrario, me consideraria criminal á los ojos del Señor si no siguiese en esta ocasion la línea de conducta que me parece trazada por su misma mano, si por mas tiempo resistiese los filantrópicos impulsos de mi corazon que no son otra cosa que una especie de partes telegráficos con que Dios me comunica sus órdenes, si por mas tiempo en fin dejase de conocer y cumplir la sublime mision que la Providencia me ha encargado poniéndome de manifiesto los defectos y vicios de que las piernas adolecen y los medios que debo revelar á la humanidad para corregirlos completamente.

Los defectos y vicios de nuestras piernas naturales y los males sin cuento que las debemos, quedan bien manifestados en el artículo anterior, en que probé con argumentos irrecusables la necesidad de desprendernos de ellas, si queremos de una vez para siempre destruir el mas fecundo manantial de nuestras calamidades. En la actualidad no es posible que haya uno solo de los que leyeron mi artículo precedente tan rebelde á la sana lógica, ni tan refractario á la razon, que no esté convencido de que la amputacion de las piernas es una cosa precisa. Pero las piernas, á pesar de sus defectos, nos prestan servicios á que la humanidad entera les debe estar agradecida; sus usos son de un interes tan esencial para la mayor parte de los actos de nuestra vida relativa, que desterrarlas del mundo seria poner á la humanidad el epitafio. No es esto decir que un individuo no pueda pasarse sin piernas, pero la humanidad entera no podria sin ellas existir. Así pues, nada tendria que agredecérseme y sí mucho que reconvenírseme por mis doctrinas; si despues de haber demostrado la importancia de la amputacion de las piernas, no manifestase los medios de sustituirlas con otra cosa que al mismo tiempo que gozase de las ventajas de aquellas, no adoleciese de sus defectos. Las piernas de palo, que son el objeto de este artículo, allanan á mi entender todos los inconvenientes.

Es una verdad conocida, evidente, confirmada por la autoridad de todos los bienaventurados que, debiendo á una bala de cañon, á la mano de un cirujano, ó á cualquiera otra causa accidental ó congénita el envidiable privilegio de no tener piernas naturales, las han sustituido con otras de palo, que estas últimas son inaccesibles á los uñeros, á los callos y á los sabañones. ¡Uñeros, callos y sabañones! ¡Ahí es un grano de anis! Me parece que esta sola circunstancia las recomienda suficientemente, y que no habria necesidad de otra para preferirlas á las de carne y huesos. Tampoco la gota ejerce en ellas su funesto influjo. De esta terrible enfermedad que con tanta frecuencia se fija en los piés y que como rabiosa demagoga ataca con predileccion á la gente de mas alto copete, se hallan libres las piernas de los que las llevan de palo. ¡Y cuántas mujeres están opiladas y cloróticas y

sufren un sin fin de enfermedades propias de su sexo que las deben á la humedad en los piés! ¡Cuántos deben á esta misma causa violentos dolores reumáticos que les hacen odiosa la existencia! Pues bien, la humedad no produce ninguno de estos terribles efectos en el que tiene las piernas de palo, como que otra de las grandes ventajas de estas piernas es no tener piés, y cuenta con que los piés desde tiempo inmemorial por sanos que hayan sido se han considerado como una cosa mala. ¿A qué deben la preferencia que sobre todas las europeas se han merecido las andaluzas, sino á la pequeñez de su pié? ¡Cuánto mayor pues seria su mérito si ni siquiera piés tuviesen! ¿Hay quién ignore que cuando se trata de envilecer ó ultrajar á una persona con frecuencia se la llama cuadrúpeda? Si fuesen los piés una cosa digna de aprecio con este dictado, se la encomiaria en lugar de ultrajársela. Es pues incontestable que en todos los tiempos el vulgo ha profesado á los piés una antipatía que debemos considerarla justa, porque no hay que darle vueltas: *vox populi vox Dei.*

¿Y cómo podria el mundo simpatizar con los piés cuando son seguramente lo mas vil de nuestra organizacion, motivo sin duda por el cual ha querido Dios colocarles en la parte mas inferior en los animales que los tienen? De sus abiertos poros sale á menudo este sudor hediondo que atropella todos los olfatos, que pudre todos los calcetines, que destroza todas las botas, que acibara en verano las delicias de las tertulias, y cuya supresion da orígen á muchas y muy graves enfermedades. Puede decirse que el hombre en quien esta transpiracion es muy abundante, lleva en los piés el sello de reprobacion que llevaba Cain en la frente. Entre él y sus semejantes, á instancia de todas las narices, se establece un rigoroso cordon sanitario; la sociedad le rechaza, le asila, le proscribe, para él es el mundo entero un lazareto, donde solo y sin comunicacion de ninguna especie se ve obligado á hacer una penosa cuarentena que dura al ménos tanto como los ardores de la canícula; no se le acercan mas que sus herederos y sus acreedores si los tiene, y aun esos miéntras dura la entrevista, respiran muy de tarde en tarde, y ensanchan la distancia que les separa del fétido interlocutor cuanto lo permite la capacidad

del aposento en que se encuentran. Esto es bochornoso y atroz. El sudador, como tenga pizca de vergüenza, y como no sea muy inhumanamente egoista, está privado de ir al teatro, porque de otra suerte es seguro que todas las lunetas que se hallen comprendidas en el radio de dos varas de la que él ocupe, quedarán desiertas desde luego, á no ser que sean los espectadores bastante magnánimos para pasar toda una funcion con ambas manos aplicadas á las narices. ¡Ay de ellos si destruyen casualmente esta solucion de contigüidad establecida entre las manos y el órgano olfatorio! ¡Ay de ellos si dejan un momento abierta las ventanas de la nariz! Este descuido puede costarles la vida. Los pestilentes miasmas están en acecho, y cuando ménos se piensa se introducen como ladrones hasta el mas recóndito rincon de la pituitaria. Y como un sudador de piés no por ser tal ha de ser un Calígula ó un antropófago, es de aquí que nunca va al teatro como no pueda tomar solo para él un palco entero, ya que no se le consienta tomar todas las localidades del patio ó de la cazuela. Yo en verdad tengo en esos desgraciados mucha confianza; creo que en obsequio á sí mismos y á sus semejantes serán los primeros que reemplazarán con piernas artificiales las que sacaron del vientre de su madre, apénas se hayan hecho cargo de las razones que alego en este y en mi anterior artículo.

Las pedradas y porrazos en la espinilla que tan vehementes dolores ocasionan, tampoco producirian ninguna sensacion desagradable si las piernas fuesen de palo. Dios sabe con esto las dolencias de que nos libraríamos y las visitas de médicos de que podríamos prescindir; lo que seria una segunda ventaja, porque á los ojos de todo hombre sensato los médicos son una segunda enfermedad con frecuencia mas peligrosa que la que nos obliga á llamarles.

Pero no es solo como medida higiénica que aconsejo á mis semejantes el uso de las piernas de artificio. La mayor parte de los actos que nuestros deseos y necesidades nos obligan á ejercer reclaman imperiosamente esta sustitucion que sujeto al buen criterio de mis lectores. En primer lugar las bellas teorías de igualdad de que tanto se ha hablado desde que el

mundo es mundo y que al cabo todos los hombres pensadores las han abandonado y proscrito como otra de las muchas utopias que embellecen los sueños de los poetas, empezarian á realizarse por medio de las piernas de palo, al ménos con respecto á la estatura. El ridículo que derraman los satíricos sobre los hombres de poca talla, no heriria á nadie absolutamente. Los enanos, esos infelices á quienes ha condenado su mala suerte á no poder participar con los ojos de ningun espectáculo ni de ninguna diversion que atraiga mucho gentío, esos infelices que treinta años despues de haber nacido podrian sin encontrar obstáculo volverse al seno de su madre y allí permanecer en estado de feto tan á sus anchuras como en una plaza pública, desaparecerian desde luego de entre nosotros; con el auxilio de las piernas todos lograrian agigantarse y se pondrian al nivel de los mismos á quienes ahora solo pueden hablar al oido por medio de una escalera de mano. Entónces estos desventurados, que no por ser pequeños dejan de estar hechos como nosotros á la imágen de Dios, disfrutarian tambien de las fiestas públicas, y se conseguiria ademas estinguir las rivalidades sin cuento á que dan orígen las diferencias de estatura. Por otra parte esta nivelacion seria muy ventajosa á la generalidad. Como una vez verificada, á nadie eximiria la diferencia de talla de caer soldado, porque no habria tal diferencia, la desgracia se repartiria entre un número mucho mayor de individuos, y el riesgo de cada uno en particular seria de consiguiente mucho menor. ¡Y cuán hermoso pareceria un ejército con piernas de palo! El primer soldado de cada compañía no discreparia del último una sola línea, las cabezas de un regimiento formado en masa presentarian una superficie tan lisa é igual como la de un callado estero ó la de un puerto bonancible, y las de un regimiento formado en batalla se asemejarian á una guarda-raya ó pedestal de boj de un delicioso pensil acabado de recortar por la diestra mano del mas hábil jardinero. ¡Qué tallas tan gigantescas é imponentes serian entónces las de nuestros soldados! ¡Ojalá el gobierno haga adoptar pronto al ejército las piernas de palo ya que se trata de llevar á cabo la expedicion de Marruecos! El éxito será

seguro, creerá el tingitano que tiene que habérselas con una nueva raza de titanes, y despavorido nos abandonará la victoria, sin siquiera disputárnosla.

Todos los hombres, pero mas especialmente los traperos y los mendigos contra quienes los perros han concebido un odio tan profundo que al parecer se va dilatando de generacion en generacion, reportarian de las piernas de palo grandes beneficios. Podrian entónces reirse de los ladridos amenazadores del mas espantoso alano, y cebar impasibles la voracidad de la fiera dándole á roer la pierna luego que intentase el animal pasar á vias de hecho. Como el perro no mordiese mas que la pierna, es seguro que ningun daño causaria á su pretendida víctima aunque estuviese atacado de hidrofobía.

Ni serian menores las ventajas que de las piernas de palo reportaria el peregrino. Sin lastimarse los piés recorreria los mas dilatados desiertos, podria sin necesidad de alpargatas ni sandalias caminar entre zarzas y abrojos; ni tendria jamas que sentarse al pié de una oásis ó de una antigua esfinge por impedirle seguir su camino la arena interpuesta entre su calzado y sus piés. Si quisiera hacer uso de unas piernas muy largas, de un solo paso cruzaria los rios mas caudalosos, ó de otra suerte podria vadearlos sin sentir ninguno de los fatales efectos que produce la humedad en la máquina animal.

Los vejigatorios, los sinapismos, el torvisco, en una palabra, todos los medicamentos que designa el arte con el nombre de epispásticos, aplicados á las piernas de palo no causarian tampoco ninguno de los dolorosos resultados que tanto molestan á los enfermos. Ni la potasa cáustica, ni el mismo cauterio actual harian prorumpir al paciente en un ay que revelase sus dolores.

Para viajar en diligencia nada hay seguramente mas incómodo que las piernas que en la actualidad usamos. Las de palo son levadizas; pueden colgarse miéntras uno viaja lo mismo que el paraguas ó la sombrerera, procurando tenerlas á mano para todos los casos en que sea preciso apearse. Y no es solo el bienestar del individuo, sino la sana moral la que reclama imperiosamente que para viajar en diligencia se sustituyan las

piernas naturales con piernas de artificio. ¿Hay cosa que ponga mas en peligro la castidad de una mujer, que el largo y forzoso contacto de sus rodillas con las de otro individuo del sexo feo? Muchas derrotas debe á este roce el honor de los maridos y de los padres de familia.

Algunos me objetarán diciéndome que las piernas de palo ofrecen tambien graves inconvenientes sobre todo para la marinería que no podria encaramarse con ellas donde lo reclaman las maniobras.

Este argumento muy forte en apariencia es realmente muy fútil. Los marineros para llegar aunque fuese al tope de un navío no necesitarian moverse de la cubierta procurándose unas piernas de palo que podrian ser tan largas como el palo mayor, y si este método no pareciese el mas oportuno ¿no podrian hacerse con unas piernas especiales distintas de las de la gente de la tierra que fuesen ahorquilladas y rematasen en una especie de dedos como las patas de las gallinas? Esas hendiduras se amoldarian perfectamente á los flechastes y demas cuerdas de la jarcia, y harian tal vez las piernas de palo mucho mas propias al efecto que las que ahora se gastan.

¡Quién lo diria! Hasta para los bailes de máscara son las piernas de palo de una utilidad inmensa. Me hace pensar en esto un caso horrible que se me refirió y que usándose las piernas de palo no hubiera seguramente tenido lugar. Habia en no sé qué ciudad una señora hermosísima que por su desgracia era la mas alta de todas las ciudadanas. Ocurriósele ir á un baile de máscaras sin consentimiento de su marido. Este, que era celoso como un gato, no hallándola en casa á la hora regular, adivinó la treta y se fué inmediatamente al baile con el objeto de encontrarla. En vano se habia la infeliz disfrazado lo mejor que pudo para no ser de nadie conocida: su estatura la hizo traicion y la descubrió al celoso marido en el momento en que se hallaba la infeliz chichisveando con una máscara que no era de su sexo. Creyóse el esposo ofendido y no pudo reprimir su cólera; todos los concurrentes se alarmaron; oyeron dos tiros, y bien pronto aquel lugar de recreo presentó manchas de sangre. Se sacaron dos cadáveres. El uno era el de la esposa, el otro el

del marido. Este arrebato cruel redujo á la miseria á tres hijos de los desgraciados esposos. Si se hubiesen usado piernas de palo ¿hubiera sucedido esta catástrofe? ¿Hubiera la estatura revelado la realidad al iracundo marido? No hemos de suponer tan poca prevision en las mujeres. La desdichada de que me ocupo no queriendo ser conocida hubiera tenido buen cuidado en armarse para el baile de unas piernas menores que la de costumbre, y hubiera conseguido el objeto. ¿Qué responderán á esto mis adversarios?

Si este artículo no se hiciese demasiado largo, manifestaria muchísimos otros inconvenientes que solo las piernas de palo pueden allanar. Pero creo que las ventajas mencionadas bastan para reducir á la razon al mas obstinado piernófilo, y dejo por tanto que la práctica universal revele las que yo he pasado en silencio. Sin embargo no me es lícito concluir mi tarea sin ántes hacer observar á las naciones civilizadas los inmensos recursos y eficaces medidas que de las piernas de palo podria derivar un gobierno protector para sostener el órden, garantir la seguridad individual y aumentar considerablemente las riquezas del tesoro. Es innegable que cuanto mayores son las piernas tanto mas largos son los pasos, y que la estension de estos no es una cosa indiferente para la velocidad de la marcha. Conocido esto, podria el gobierno establecer una medida de piernas general para todos los individuos, no permitiendo á nadie traspasar el *máximum* establecido sin una autorizacion previa que solo deberia obtenerse mediante una retribucion, como se hace con las licencias de caza. Dios sabe con esto cuán grandes serian entónces los ingresos en las arcas públicas. La autorizacion de piernas que escediesen á la marca, no deberia concederse jamas á hombres de sospechosa conducta ó poco amigos de la situacion. Disponiendo al mismo tiempo que los individuos del ejército y los agentes de seguridad pública hiciesen uso de piernas mucho mayores que el resto de los ciudadanos, al menor síntoma de alarma podrian caer numerosas fuerzas encima de la poblacion disidente, y de este modo en un santiamen se ahogarian las revueltas. No veríamos entónces como ahora un malhechor á menudo mas ágil que un hombre de

bien. No se burlarian los bandidos de sus perseguidores, y muy pronto la faccion del Maestrazgo sabria lo que es bueno.

Las piernas de palo son de quita y pon, y de esta circunstancia sacaria inmensas ventajas un jefe militar, pues cuando querria sostener un punto á todo trance mandaria recoger las piernas de todos los soldados y de este modo evitaria con seguridad la desercion, la dispersion y la fuga. Por otra parte el número de bajas en tiempo de guerra seria muchísimo menor; las heridas de piernas á nadie obligarian á pasar á un hospital de sangre, y teniendo piernas de repuesto en los carros de los bagajes, sobre el mismo campo de batalla podrian los heridos hacerse con una pierna nueva. ¿Te parece, lector, pequeña esta ventaja?

No es pequeña esta ni ninguna de las otras que he mencionado. A pesar de todo tengo un triste presentimiento. Para que este artículo produjese los resultados que mi filantropía me hace desear, seria necesario que los españoles tuviesen mas patriotismo, ó que fuesen los estranjeros ménos esclusivistas. Basta que el pensamiento de sustituir las piernas naturales con las de artificio, haya sido concebido por la cabeza de un español para que mis compatriotas le desechen y los estranjeros no le adopten en la práctica. Apuesto que ni se crea una cruz especial para premiar los esfuerzos de mi genio, ni tampoco se me confiere ninguna de las creadas. ¿Pero qué importa? ¿Dejará por esto de ser grande el mérito que con esta teoría he contraido? Si la generacion actual no me hace justicia, acaso sean ménos inicuas las venideras y ¡dichoso yo si algun dia consagran lágrimas á mi memoria y flores á mi tumba algunos hombres agradecidos que se acerquen con piernas de palo á mi última morada!

A. Ribot y Fontseré.

UN HOMBRE CELEBRE.

En otros países un *hombre célebre* es un monumento precioso, es una joya que los estranjeros buscan con avidez, y los convecinos señalan con el dedo en todas partes, como diciendo: tengo la satisfaccion de conocer á fulano ó mengano ó perencejo, literato consumado, artista notable ó aunque sea picapedrero con tal que su mérito sea sobresaliente; porque el orgullo de conocer y mas bien de hablar, y mejor de ser amigo de una notabilidad, se tiene en tanto casi como el participar de su genio ó de su habilidad; así como el haber visitado la Grecia, la Rusia y la Turquía parece que le coloca á un hombre á la altura de los Demóstenes y de los Aristóteles en talento, ó de los Muhamedes y los Nicolases en dominio. De ahí nacen todas las fanfarronadas y mentirotas de los que viajan mucho y tambien de los que viajan poco, cuando hablan con los que no hemos viajado nada. El que ha pisado los umbrales de Paris, mas que de Roger Bauboir habla de Lamartine, mas que de Lamartine del mariscal Soult, mas que del mariscal Soult de la familia Orleans y ni ha visto á Luis Felipe, ni á Soult, ni al poeta Lamartine, ni al borracho de Bauboir, ni ha salido de una mala fonda situada en el rincon mas olvidado de la capital. Hombre hay en Madrid que me ha dicho á mí muy serio (delante de testigos) que ha comido con el lord Wellington y el príncipe Talleyrand; que en el piso segundo de su casa vivia Meyerbeer, en el bajo Rossini, enfrente Rubini y tenia á Bellini por compañero de posada. Milagro es que no añadió que Strauss le servia el chocolate y que Victor Hugo le limpiaba las botas.

Nada de esto me sorprende cuando recuerdo la idea monstruosa que yo tenia de Madrid por las noticias que en mi lugar me daban. Tanto me exageraban la longitud de las calles, que creia yo que para andarlas de punta á punta era menester ir en posta y echar merienda para dos ó tres meses. La riqueza de los edificios que me pintaban me hacia creer, si en las minas de Almagrera habrian sacado, entre otras vetas, una corte de oro y brillantes. Los barrios bajos, al

contrario, me los pintaron tan melancólicos y oscuros que parecia necesario para visitarlos una linterna de gas á las doce del dia, y gracias si se escapaba con bien de las trampas y lazos de que los judíos malhechores tenian inundado el piso. En suma, la parte mala de Madrid me daba á mí una idea exacta del infierno, y en todo lo demas pensaba encontrarme con una ciudad de Jauja.

Pero lo que yo tenia gana de ver, como suele decirse *por mis propios ojos*, eran esas notabilidades políticas, científicas, literarias y artísticas, cuyos nombres habia estendido hasta el rincon de la última aldea la trompeta de la fama. Los Esparteros y los Lopez, los Varas y los Listos, los Espronceda y los Zorrillas, los Madrazos y los Esquiveles, los Saldonis y los Sorianos eran nombres que por distinto lado me hacian cosquillas en el tímpano y deseaba de todas veras echarles la vista encima, para saber si eran imágenes angélicas ó tenian figura corporal como nosotros. Tal era la idea gigantesca que yo traia de las personas célebres, cuando atravesando una de las calles principales de la corte en compañía de un amigo antiguo que ya estaba mas instruido que yo en las cosas de Madrid; mira, dijo apuntando con el dedo, allí en frente tenemos un *hombre célebre*. Ni una liebre cuando siente las pisadas del galgo que corra tanto como yo á satisfacer mi anhelo mas vehemente; pero ¡cosa singular! aquel hombre estraordinario en nada se diferenciaba de los demas hombres: tenia dos ojos en la cara, las cejas sobre los ojos, la frente sobre las cejas, el pelo sobre la frente; la misma nariz, los mismos brazos, todo, todo idéntico al sacristan de cualquier pueblo si le daba la gana de vestir sobrepelliz ó al mayoral de una diligencia si se ponia sombrero calañes y chaqueta de alamares. Descubria yo no obstante ese aire de gravedad y orgullo que da la ciencia, y decia para mí: este hombre se conoce que frecuenta bastante las sociedades de buen tono y que gasta pocas palabras, y efectivamente partí de allí sin verle despegar los labios. La necesidad de vestirme á la usanza madrileña nos obligó á entrar en una tienda de mala muerte que habia en una calle inmediata: estábamos en si habia de ser el real ó los ocho

cuartos, cuando dándome la ocurrencia de volver la cara, encuentro á nuestro *hombre célebre* arrinconado como chico delincuente demandando perdon á sus superiores. Iba yo á darle un abrazo de amistad; pero me lo impidió el mozo de la tienda que limpiándose las sudosas manos en la cara de tan respetable individuo, le arrojó al suelo despiadadamente. Compré mis géneros y me salí de aquella casa horrorizado de la bestialidad del mozo y de la cobardía del *hombre célebre*.

Meditaba yo profundamente en mis soledades en la susodicha escena, y mas me maravillaba recordando que de estas *personas célebres* me habian encarecido tanto la intrepidez que al que no juzgaba un maton, le tenia por un espadachin. Hay muchos valientes en la corte, segun he visto despues, que buscan lances de probabilidades ventajosas, rompen un brazo ó la cabeza á dos ó tres barbilampiños y quedan asegurados de incendios para lo sucesivo: porque nadie les dice esta boca es mia creyéndolos unos Bernardos del Carpio nada ménos. No hay cosa mas cierta que el refran: cobra buena fama y échate á dormir. Pero volviendo á mi negocio, han de saber ustedes que yo tenia todos los vicios del mundo, pudiéndoseme muy bien aplicar aquella redondilla de Salas:

Aquí yace un currutaco
que jamas se llegó á ver
sin dinero, sin mujer,
sin naipes y sin tabaco.

Dióme efectivamente la humorada de visitar los lugares ménos santos y que por esta razon son los mas concurridos de la gente vagabunda. Los *hombres célebres*, decia yo, comen en la fonda y beben en el café; yo no soy célebre ni tengo esperanza de serlo, con que bien puedo hacer lo uno y lo otro en la taberna; y con la desvergüenza que ustedes pueden imaginarse me colé en la del *Pelado* que está en la plazuela de Santa Ana, pedí una chuleta asada y me la trajeron cruda, pan de flor, y me lo sirvieron del color de mi tez, es decir negro muy subido. Pedí por último vino puro, y me lo dieron mas *aguado* que el primer profesor de guitarra

de nuestros dias que es otra de las notabilidades españolas. ¡Si me viera un *hombre célebre* en estos trapicheos, cómo se lamentaria y filosofaria sobre la degradacion de la especie humana! esclamaba yo chupando el ya descarnado hueso de la chuleta. Pero dame la tentacion de mirar detras de mí como reprendiéndome de haber hablado tan fuerte sin acordarme de que *las paredes oyen,* y ¡oh vírgen de Cobadonga! el *hombre célebre,* de la calle y de la tienda que ya referí á ustedes, espiaba todas mis acciones. Miraba si comia, si bebia, si andaba; á todas partes acechaba el centinela vigilante cuya aparicion en la taberna pegaba tan bien como si Mahoma se presentara el dia del juicio á los cristianos. ¡Un *hombre célebre* en la taberna! ¡y luego se desatarán en máximas morales si escriben comedias ó esplican en alguna cátedra ó dan alocuciones al público! Lo mismo hacian los frailes; se esforzaban en el púlpito contra la relajacion de las buenas costumbres, y eran unos *cógelas al ruelo y mátalas callando* de primera tijera; pero ellos decian lo que dirán los moralistas de ahora: «haz lo que yo te mando, y no lo que yo hago.»

Las niñas han sido siempre mi ojo derecho, y tambien mi ojo izquierdo; que, vive Dios, si por algo quiero á mis ojos es porque tienen niñas. No soy yo de los que hacen versos tan sentenciosamente frívolos cómo el que dijo:

Tabaco, vino y mujer
echan al hombre á perder.

No señor, auque sean peores, aunque carezcan de rima, aunque sean media legua mas largos ó mas cortos, quiero decir mejor:

segun el refran antiguo
que sigue al pie de la letra;
tabaco, vino y mujer
secan á mayo florido y hermoso.

Con estos principios sentados nadie se sorprenderá de que en la taberna del Pelado hallase alguna de esas deidades condescendientes, tan accesibles al amor de los paletos como

al de los *Usías y Escelencias*: ni dudarán que admitiese un obsequio mio previo el ¿usted gusta? y como todo en el mundo tiene su correspondencia, no es inconcebible que ella me brindase su casa y que yo no me anduviese en chiquitas, pudiendo andar con chicotas. Así sucedió para que ustedes lo sepan, y al poco rato me hallaba muy posesionado de uno de esos hospitales de sanos incurables, inclusas de niñas con barbas, inquisiciones de vengan tormentos y paraísos de *mea culpa*. ¡Ah! decia yo mas que satisfecho de mi seguridad, aquí no vendrá ese fatal *hombre célebre* que me persigue tanto: ¡María! ¡María! proseguí abriendo de par en par la puerta del gabinete, y ¡Oh desesperacion! ¡oh afliccion; ¡oh maldicion! ¡oh todas las palabras acabadas en *on*! frente por frente á la puerta estaba el *hombre célebre* y lo que es mas sensible, estaba al lado de mi ingrata María, de quien me despedí con los modales bruscos dignos de su clase y de sus malas acciones. No hay remedio, iba yo murmurando por la calle, esos *hombres célebres* tienen pacto con el demonio y por eso hacen cosas superiores á las inteligencias comunes. Como que hubiera yo querido hallar á Satanas para entrar en tratos y hacerme *notabilidad* á costa de la salvacion eterna, y si es que no vi al demonio, por lo ménos creo que me tentó para lanzarme desde allí en una casa de juego donde se batia el cobre, como se pueden batir yemas en una confitería, y cataratas en el hospital general. Ochenta y cinco cuartos que hacen medio duro ó sean los ochenta y cinco cuartos, puse á una sota que tuvo por conveniente chasquearme, como todas acostumbran. Cuando mas fiaba en la tal sota vino á darme un par de coces con el rey de bastos; para que se vea que no son solo los caballos los que tiran coces. Tan cargado me hallaba yo del *hombre célebre* que le hubiera creido autor de todas mis desgracias si no estuviera persuadido de que los *hombres célebres* no deben ir á las casas de juego: porque, como llevo dicho, los grandes talentos deben ser la norma de las virtudes grandes y es imposible que la moralidad se beba en la fuente de los vicios. Esto se observa en otras partes: entre nosotros por el contrario basta ser estravagante en las costumbres, insolente en

el trato, beber muchas copas de rom y jugar la vida al monte, para pasar por hombres de pro y moralistas, con solo publicar despues en prosa ó en verso cuatro de esas vulgaridades y sentenciotas que tienen olvidadas los mozos de cordel. Yo no sé si nuestro *hombre célebre* tendria lances de moralista; lo que sé únicamente es que observando al grupo de la mesa de juego, allí me lo encontré tan peripuesto y pintiparado que no habia mas que ver. Admiróme mas que todo el que cada uno que perdia me lo sacudiese un sopapo de aquellos que retumban, y que él se aguantase sin decir lo mas mínimo de tan malos tratamientos. Este hombre, dije yo á los demas, en todas las casas de prostitucion se le ve; debe ser modelo de corrupcion y de inmoralidad. Este hombre, me respondió uno de los oyentes, es universal; lo mismo se le halla en los círculos bajos que en los altos círculos. En las tabernas está bien visto, en las sociedades de etiqueta es casi necesario, y yo le aseguro á usted que sin su compañía no saldré á la puerta de la calle. — Cada palabra de estotro hombre me sorprendia mas, y miéntras él hurgaba los bolsillos para buscar no sé qué documento justificativo, yo le conté como la primera vez que vi al *hombre célebre* fué en la calle retratado en una estampería, que despues le vi retratado en un pañuelo en la tienda de que he hablado á ustedes; en retrato le vi en la taberna, retratado estaba en casa de aquella ciudadana que acompañé rendido, y como hasta en los hules se hacen ahora retratos de *hombres célebres*, retratado estaba tambien en el tapete de la mesa de juego. Faltábame solo que su apasionado me esplicase el sentido de sus palabras enigmáticas; pero este sacando las manos del bolsillo del gaban me ofreció un cigarro de los muchos que tenia en una lindísima petaca en cuya tapa estaba tambien el retrato de aquella notabilidad.

A este tiempo pasaba una fosforera cantando como todo Madrid estará cansado de oir:

«Yo llevo en este cajon
á la fama y á Cervántes
y fósforos fulminantes
de cerilla y de carton.»

Efectivamente hasta en los libritos de fumar habrán ustedes visto hombres célebres estranjeros y nacionales, antiguos y contemporáneos tan perfectamente retratados que sin hacer con ellos lo que con la levita del Toledano, que queriendo darse á conocer por ella, cuentan que el sastre le puso un letrero en la espalda que decia: *el señor es de Toledo*, lo cual no advertido por él, le causó gran sorpresa al ver que todo el mundo que pasaba por su lado repetia: *el señor es de Toledo.* Es decir que si debajo de los retratos no dijera *Cervántes, Napoleon* etc. se iria uno tan satisfecho de que lo que habia visto era algun lobo ó alguna cigüeña, verificándose casi aquello del epígrama que un servidor de ustedes hizo en otro tiempo.

Un escultor no afamado
pero de genio travieso
hizo un San Anton de yeso
poniendo su cerdo al lado.

Y entrambos en un renglon
esplicó prudente y cuerdo,
cuál de los dos era el cerdo
y cuál de ellos San Anton.

Lo cierto es que á la fosforera me dieron ganas de darla un bastonazo; pero esto lo dejé para otra clase de gentes. Cuando sea necesário dar una severa leccion á algun poeta *chirle* como dice Quevedo, pienso aplastarle los hocicos con la cabeza de mi baston que para que ustedes lo sepan es la de Cervántes. Con eso no seré yo quien se la dé y no se dirá que la cabeza que digo sea incompetente en materias literarias.

Por mi parte si en algun tiempo tuve deseos de adquirir celebridad, ahora pondré todos los medios para no conseguirla siquiera por no verme tantas veces en caricatura. En unas partes le ponen á uno mofletes de monja boba, en otras sumamente chupado; ora narigudo siendo romo, ora romo siendo narigudo: ya serio como un senador, ya risueño como un tonto de Coria. ¡Qué demonio! buena ó mala bien está cada uno con su fealdad, y no le hagan veinte caras feas al

que solo tiene una que no es poca belleza en estos tiempos en que el que ménos es hombre de dos caras.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

MODAS.

Traje de baile. La sencillez es hija del buen gusto, así es que toda suerte de perifollos están desterrados de la alta sociedad. El peinado consiste en dos lindos moños atados con una liga de Albacete en la que se lee:

Quejas da mi corazon,
suspiros solo por verte,
y mis ojos por tu amor
se deshacen á quererte.

El trípili es el baile de gran tono. Al presentarse á bailar, las señoras se aligeran de ropa, se quitan el corsé y quedan solo en enaguas para poder ejecutar los pasos con mas gracia y desemboltura.

Los caballeros usan una gorrita de paño oscuro, peluca de cáñamo con coleta, levita corta de muselina rayada, calzon negro de seda, medias amarillas, zapatos verdes, y guantes de papel de estraza.

Traje de lluvia. Gorrita, frac abrochado, pantalon ajustado y botitas rusas, todo de hule para que no penetre la humedad. No se estilan ya paraguas; pero conforme aprieta el chuvasco se corre mas ó ménos segun los brios de cada elegante.

Traje de paseo nocturno. Para señoras: manton con capucha de barragan. Vestido abierto de lienzo crudo guarnecido de pieles de conejo, otro debajo de damasco carmesí y el ridículo de vejiga charolada, con provision de pan y queso.

Para caballeros: sombrerito de suela, casacon á la antigua de tafetan inglés, chaleco de raso con higos secos por botones, banda y baston de tambor mayor, calzon corto de

estambre, medias de terciopelo azul, zapatos de grana con evillas de barro, y espadin de caña sobre el muslo derecho, porque los elegantes, ó no se baten ó lo hacen con la zurda. Es indispensable el manguito para preservarse del sereno. El paseo mas de moda para estos elegantes es el de la plaza de Oriente conocido con el nombre de *Paseo de las tinieblas.*

A.....

EL MAXIMO Y EL MINIMO.

I.

Es en todas partes inmenso el número de hombres estravagantes, y aun seria fácil probar que no hay ningun hombre que estravagante no sea. Todo en este mundo son estravagancias, y á menudo lo son hasta los crímenes, hasta las virtudes. El heroismo no es mas que una estravagancia ó que una serie de estravagancias muy ruidosas ó de mucho calibre, de suerte que el que mira con ojos filosóficos al loco de Cervántes, ve en sus hechos la personificacion del heroismo de todos los tiempos. Héroe y loco son sinónimos, y de aquí es que con uno ú otro de estos dictados se designa á todos los hombres que tienen grandes pretensiones, y que se sienten con ánimo de acometer grandes empresas. El resultado de sus actos es únicamente quien legítima esta ó la otra calificacion, haciéndoles acreedores á una corona de laurel ó á una casa de orates. Y como la vida del hombre es un conjunto de actos diferentes que no todos tienen un resultado propicio, es raro el héroe que no merezca á la vez el título de loco, y rara la biografía de personajes célebres en que no resalten muchas y muy grandes estravagancias. Napoleon, aun prescindiendo de las calaveradas de su juventud y de la obstinacion en guiarse por los consejos de Talleyrand, que él mismo conocia que tarde ó temprano habian de ocasionar su ruina, fué un héroe en Austerlitz y en Marengo, pero fué un loco de atar haciendo con su ejército irrupcion en Moscou

y mas loco todavía tratando á los españoles á baqueta, con el caritativo objeto sin duda de acostumbrarnos á los buenos tratamientos que previó habíamos de esperimentar en lo sucesivo. ¿Y puede haber locura comparable á la de Colon, que porque se le puso en la cabeza que allende el Océano habia un Nuevo Mundo, se le antojó irle á buscar, como quien va á buscar un real de vellon en una inmensa playa, porque se le ha ocurrido que en una inmensa playa puede haber un real de vellon? Si sus tentativas hubiesen salido infructuosas, friolera es el rídiculo que hubiera caido sobre la famosa reina que tripuló tres carabelas para que se llevase á cabo la espedicion del que ahora llaman un héroe y entónces hubieran llamado un loco. ¿Y qué diremos de Hernan Cortés? ¿Podia ocurrírsele mas que á un héroe ó que á un loco, abordar á un país desconocido con un puñado de héroes ó de locos como él, y luego destruir sus propias naves para inhabilitarse los medios de una retirada que no sabia si habia de serle forzosa? Esto fué un gran golpe no tiene duda, fué un pensamiento que acredita el genio del que le concibió, fué una proeza que basta por sí sola á inscribir el nombre del valiente que la hizo en el catálogo de los héroes, ¿pero quién desconoce que fué tambien una estravagantísima barbaridad? ¿Y el señor Don Pelayo? ¡qué otro bárbaro! ¿Pues no le pasó por las mientes al hijo de Favila hablar recio al poderoso moro, porque queria hacer cosquillas á su hermanita? Vuelva ahora por acá el señor Don Pelayo y diga una palabra descompasada á cualquier mandarin moro ó cristiano, pues de todos los tenemos en España, eche ternos á las barbas de una autoridad porque haga cocos, no digo á su hermana, sino á su misma mujer en persona, y el diablo me lleve en cuerpo y alma si en cuerpo y alma no se lo llevan á él á la cárcel ántes de haber yo concluido este artículo. Y todo el mundo dirá: «bien merecido lo tiene; ¡si es un loco!» Y dirá bien. Se conoce que los moros que mandaban en aquellos tiempos en España eran mas flemáticos que los de ahora.

Haciéndose cargo de cuanto llevo escrito como por via de intróito, á nadie debe admirar que un país tan fecundo en

héroes y hombres de genio como la patria de Nelson, de Newton y de Byron, lo sea tambien en hombres estravagantes. En efecto, de ningun hijo de Adan se cuentan las rarezas y caprichos que de los nacidos en Inglaterra. A cada paso se encuentran en el otro lado del canal de la Mancha filósofos estrafalarios que no tienen donde caerse muertos, y que heredando de pronto y sin pensarlo inmensos bienes de fortuna, en lugar de darse una vida de sibaritas, se mandan construir una goleta ó un brick, se embarcan desde luego sin saber á dónde van, sin rumbo fijo ni direccion proyectada, se entregan á la voluntad del viento, se echan al cuerpo media docena de botellas de rom, se acurrucan en un camarote, confunden con el de las olas el ronquido de sus narices, y no se acuerdan de dispertarse hasta que estrellándose el buque en un bajío, la humedad del Océano les advierte que es ya hora de pensar en no dormir. De un inglés sé yo que era mas pobre que un subteniente español retirado, y mas codicioso que un ropavejero; si un dia lograba recoger dos cuartos, guardaba uno y medio para lo que pudiese tronar, y con el ochavo restante procuraba satisfacer todas sus necesidades. Ayudado de un habilísimo perro de Terranova, á quien queria como á un hermano, salvó la vida á la hija de un lord que se zambulló en el Támesis, y diez años despues, cuando ni siquiera se acordaba de su generosa accion, recibió del padre de la hija del lord (que todo el mundo conoce que habia de ser el mismo lord) un legado de doscientas mil libras esterlinas. No produjo en el ánimo del libertador esta fausta noticia ninguna alteracion que se descubriese en la alegría de su semblante; al dia siguiente fueron todos sus deudos á darle la enhorabuena, y ¡cuál fué su sorpresa al verle en el suelo anegado en su propia sangre! A medio paso de donde él se hallaba se encontró una carta concebida en los siguientes términos: «A nadie se acuse de mi muerte, ni á mi mala fortuna tampoco. Yo era feliz en el acto de suicidarme; tenia salud y dinero. Sin embargo, me ha dado la gana de matarme, en primer lugar porque me ha dado la gana, y en segundo lugar porque yo deseaba desde niño un capital de cien mil libras esterlinas, y me he encontrado con

cien mil mas de las que deseaba. Dejo la mitad de mis bienes á mi perro de Terranova, para que se invierta en atun que le gusta muchísimo, y la otra mitad al que tenga á bien encargarse de comprar el atun para mi perro. Firmado. — Grey.»

Es inútil decir que cuantos tuvieron noticia de la última voluntad del difunto, quisieron encargarse de darla cumplimiento, sin mas filantropía que recoger la recompensa. En cuanto al perro, que se hallaba allí presente cuando se leyó la carta de su amo, que tan directamente le atañia, no dió la mas mínima muestra de regocijo. Esta indiferencia del perro llamó mucho la atencion en Lóndres, y movió bastante ruido, sobre todo en la Bolsa. El testamento del difunto quedó invalido, y se dispuso para evitar dimes y diretes, que las doscientas mil libras esterlinas regresasen á las arcas del noble lord. Este, que se vió de nuevo con unos fondos de que se habia despedido para siempre, quiso emplearles en satisfacer un capricho que en todo el reino unido le dió fama de travieso y de calculista. Apostó á un opulentísimo comerciante que no venderia trescientas libras esterlinas dándolas á sueldo cada una, aunque al efecto se colocase por espacio de seis horas en uno de los puntos mas concurridos de la capital. Esta proposicion alucinó al comerciante, como hubiera alucinado á cualquiera, y admitió la apuesta, que era nada ménos que de doscientas mil libras esterlinas, profundamente convencido de que le era imposible perder. Era un dia festivo, dia de corte, dia en que era inmensa la concurrencia que dirigiéndose á San James, atravesaba el Támesis por el puente de Westminster. El comerciante y el lord se sentaron á un lado del puente, poniéndose delante abierta una grandísima arca llena de libras esterlinas. «A sueldo libras esterlinas, á sueldo» decia el comerciante á voz en grito, y el lord á su lado no hacia mas que reir. Estas eran las condiciones estipuladas. Ni al lord le era lícito otra cosa que reirse, ni podia el comerciante decir otras palabras que «á sueldo libras esterlinas, á sueldo.» La gente pasaba y decia: «¡qué estafa! ¡válgame Dios qué estafa! Libras esterlinas á sueldo ¿qué tal serán ellas?» El comerciante estaba

desesperado. Mas de un transeunte cogió una de las libras esterlinas, y la miró y la remiró, pero luego advirtiendo las risas que el lord afectaba no poder contener, soltaba la moneda diciendo: «Están bien imitadas, pero á mí no me la pega nadie.» «A sueldo libras esterlinas, á sueldo» gritaba sin cesar el comerciante, y cuanto mas se esforzaba en repetir estas palabras, mas manifiesto creia el público ver el engaño con que se trataba de escurrirle las faldriqueras. Así permanecieron desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, el lord riendo y el comerciante gritando. El resultado fué perder el último la apuesta. Solo dos libras esterlinas se vendieron, y aun estas las compró un estudiante persuadido de que eran falsas, pera con la confianza de darlas curso en un lupanar ó en un garito. Luego que vió que se las admitian, volvió á todo escape al puente de Westminster para hacer nueva provision, pero llegó tarde; el lord y el comerciante habian ya desaparecido. No sorprendió esto al estudiante, porque conoció que tan buena y tan barata mercadería debia haberse despachado en un momento; pero sintió en el alma haber dejado pasar la ocasion en que á poca costa podia haberse hecho todo un hombre. ¿Pero qué son todos esos estravagantes comparados con Thompson y con Kinster, médicos ambos que florecieron en Cantorbery á mediados del siglo pasado? El primero era el hombre del mas, el segundo el hombre del ménos; aquel no conocia en aritmética mas reglas que la de sumar y multiplicar, este no conocia otras que las de restar y partir; Thompson en todas partes veia poca existencia, poco ser; todo le parecia pequeño, todo simple, todo reducido, y era en esto como en todo el antípoda de Kinster, que buscando en todas partes la simplicidad, y creyendo que la existencia es el mayor mal de los males, trataba de reducirlo todo á lo mas indispensable, á lo mas justo, á lo mas exiguo, y su vida era una larga serie de trabajos consagrados á buscar el mínimo de todas las cosas. Los sistemas de Thompson y Kinster estaban en tan diametral oposicion como el abismo y el cielo, como la profundidad y la elevacion.

Cada cual revelaba el espíritu de su sistema hasta en los actos mas insignificantes de su vida. Thompson hablaba siempre

con perífrasis; espresaba todas sus ideas por medio de circunloquios y rodeos, y no contento de emplear el mayor número de palabras posible, escogia los vocablos mas largos, y hasta en su conversacion habitual daba la preferencia á los términos compuestos. Sus visitas en el ejercicio de su profesion mas parecian de enamorado que de médico; pocas veces echaba mano de remedios heróicos, porque no podia prescribirlos en una cantidad exorbitante, y si alguna vez sujetaba á dieta á algun enfermo, lo hacia de manera que ponia ahita su víctima en manos del sepulturero. Porque el buen doctor echaba esta cuenta: ¿cuál es el enfermo, cuya situacion, por aguda que sea su dolencia, pueda agravarse comiendo un grano de arroz ó una diminutísima fibra de gallina? ¿y cual es el enfermo que despues de haber comido impunemente un grano de arroz ó una fibra de gallina pueda ponerse en peor estado por comer otro grano ú otra fibra? Y quien come dos, bien puede comer tres, y quien come tres, bien puede comer cuatro. Y así de grano en grano y de fibra en fibra consentia que el enfermo condenado á la mas estricta dieta acabase por saciar su hambre con una libra de arroz ó con una gallina entera. Hacia un cálculo análogo cuando se trataba del número de individuos que pueden coger en un recinto. ¿Caben en una parte catorce hombres? pues apretándose un poco mas pueden coger quince, y si cogen quince, pueden coger diez y seis, y así sucesivamente estivando un hombre tras otro llegaba á persuadirse de que el mundo entero es susceptible de encerrarse en una miserable guardilla. La reduccion á la práctica de esta teoría no dejó de causarle alguna vez serios sinsabores y menoscabos en su fortuna de alguna consideracion. Un dia quiso ir á solazarse en el campo con algunos de sus deudos y compañeros que formaban juntos un total nada ménos que de diez y siete. Empeñóse en que todos habian de entrar en su coche, en que con dificultad cabian seis, y contestó á cuantas reflexiones físicas se le hicieron sobre la impenetrabilidad de cuerpos con su acostumbrada cantinela de donde cogen seis pueden coger siete y donde siete ocho, y así uno tras otro les introdujo á todos y á otros tantos que hubiese habido. Todos se hallaban en el

maldito coche estivados, prensados, embutidos, sin poder hablar, sin poder respirar, y hubieran sido seguramente víctimas de la obstinacion del estravagante médico, si á poco de haber salido de Cantorbery el coche, de puro lleno, no hubiese reventado como una granada.

Apénas esto sucedió todos prorumpieron en un larguísimo resoplido; los que se hallaban mas inmediatos al punto por donde se rompió el coche, salieron por la abertura con mas ímpetu que el agua de una jeringa, y lo mismo ellos que los demas, en el poco tiempo que permanecieron en aquella prensa, crecieron tanto en longitud á espensas de la latitud, que difícilmente les hubiera conocido la madre que les parió. Apesar de esta catástrofe quiso el doctor llevar á cabo su escursion campestre; pero el caballo que era uno solo y bastante flaco, no podia con tanto peso segun manifestó el cochero. «¿Cómo que no puede?» dijo Thompson. Si puede llevar seis, puede llevar siete, y si siete ocho y si ocho nueve y quinientos y mil, si fuere menester; con que arréale, cochero, y adelante. Hizo el cochero lo que su amo le mandaba, pero el caballo rebelde á las teorías de Thompson, se hubiera dejado matar mil veces ántes que dar un solo paso. En vista de esta obstinada resistencia, resolvió el doctor apearse, hacer apear á los demas y seguir á pié la espedicion. Para esto era necesario andar algunas leguas, y no todos tenian en sus piernas la suficiente confianza; sin embargo nadie se atrevió á ponerse en abierta lucha con los caprichos de Thompson, porque todos sabian que era un hombre tan bárbaro como temerario, y que seria capaz de regalar á su amigo mas querido un pistoletazo con la misma frescura que recitaria á un enfermo media onza de cremor tártaro. Una legua la anduvieron perfectamente todos los de la comitiva, pero luego empezaron á desfallecer sus fuerzas; lo que advertido por Thompson, hizo que se dirigiese á los mas rezagados animándoles con su habitual *cúralo todo.* «Un pasito mas: un paso mas es nada, y si nada es uno, nada son dos, y un paso y un paso y otro paso son tres pasos, y quien anda tres puede andar cuatro, y con uno mas son cinco, y un paso ya sabemos que es nada, y con uno tras otro andaremos

eguas y llegaremos donde debemos llegar.» El por su parte se sentia tambien fatigado, pero la fe que tenia en sus doctrinas le daba ánimo de sobra para hacer un viaje á pié alrededor del mundo.

Llegó un momento en que el cansancio habia agotado todas las fuerzas. La comitiva se detuvo y resolvió no pasar adelante. *¡God damn!* dijo el doctor enojado por esta determinacion; y dando una patada en el suelo que levantó un torbellino de polvo, se metió una mano en cada faldriquera. Todos palidecieron y rezaron un credo viendo llegada su última hora. Hubo un momento de angustia, de agonía mortal; pero bien pronto se serenaron todos los semblantes al ver á Thompson sacar de sus faldriqueras las manos tan desocupadas y limpias como las habia metido. «¡Maldicion! reclamó, ¡me he dejado las pistolas olvidadas en el pupitre! Sin embargo, tengo brio para suplir la pólvora, y puños para suplir las balas.» Esta bravada no intimidó á nadie, porque al cabo ¡qué podia lograr á *trompis* uno contra quince! El doctor se vió bien pronto atacado en todas direcciones, los unos le acometieron de frente, otros por los flancos, otros por la espalda, y le fatigaron, le rindieron, y quitándose todos las corbatas, le amarraron con ellas como á un Nazareno. Descansaron un rato y tomaron tole, dejando á Thompson en medio del camino sin poderse mover, y echando cada maldicion como un templo. Dos dias tardó en regresar á Cantorbery, donde le dejaremos por ahora; porque supongo que no les vendrá mal á mis lectores descansar de las estravagancias con que les he estado fatigando. Otras mayores les guardo para el próximo artículo.

II.

No era Kinster con su teoría del *mínimo* ménos estravagante que Thompson con su teoría del *máximo*. Habia registrado con frecuencia el diccionario para aprender de memoria los vocablos mas cortos, y convirtió su cabeza en un almacen de monosílabos. Con monosílabos hablaba, con monosílabos escribia, y aun estos en los escritos los usaba en abreviatura.

Sus visitas facultativas eran breves como las de un cartero ó las de un repartidor de periódicos; apénas entraba en una casa, se le veia salir y entrar en otra y volver á salir casi al mismo tiempo. Prescribia los remedios mas inocentes en fraccionadísimas dósis, de suerte que se le puede llamar el fundador de la medicina homeopática, si bien la consideraba bajo un punto de vista distinto que los homeopatistas del dia. Estos prescriben los medicamentos en pequeñísimas cantidades para que el todo de la máquina no se resienta de la accion medicamentosa, como si tratasen de aplicar á nuestra organizacion el sistema político de Bentham y de otros que, siendo reformistas pero no revolucionarios, pretenden conseguir las reformas sin destruir de una manera sensible los intereses creados por los mismos abusos que se deben reformar. Kinster no queria esto; no era el respeto á la constitucion del hombre quien le hacia prescribir en cortas fracciones las substancias medicinales, sino la conviccion en que estaba de que un grano de cualquier cosa es tan eficaz como una libra. Porque él hacia este cálculo: Si á un enfermo atacado de una terciana se le suministran cada doscientos veinte minutos dos granos de sulfato de quinina ¿dejará de cumplirse la indicacion que el facultativo se propone por suministrarle dos granos ménos una milésima parte de grano en doscientos veinte minutos y una milésima parte de minuto? Y si nada son una milésima parte ménos de grano y una milésima parte mas de minuto ¿qué inconveniente hay en cercenar del grano ménos una milésima parte otra milésima parte, ni en prolongar el intervalo de dos horas y una milésima parte de minuto otra milésima parte de minuto? De este modo disminuyendo la cantidad de milésima parte en milésima parte de grano y dilatando los intervalos de milésima parte en milésima parte de minuto, acababa á menudo por dejar á los enfermos sin medicina; lo que en verdad desearia que en obsequio á la humanidad lo hiciesen con frecuencia muchos médicos que yo conozco. Con respecto á las enfermedades esternas era Kinster un operador atroz. Convencido de que es la existencia el peor mal de los males, y deseando reducirlo todo hasta á los hombres á la menor cantidad posible, por

un simple divieso ó por un insignificante rasguño procedia á la amputacion de cualquier miembro. Su sistema estuvo algun tiempo en voga, y el forastero que á la sazon visitaba Cantorbery, retrocedia horrorizado viendo en todas partes mutilacion, en todas partes hombres sin ojos, sin orejas, sin brazos, en todas partes señales funestas, deplorables vestigios del sistema asolador del doctor Kinster. Mas de dos estranjeros preguntaron si en Cantorbery habia una raza particular de hombres que nacian con ménos miembros que los demas que pueblan el universo. Afortunadamente el sistema de Kinster cayó en un descrédito completo, por lo que el buen doctor no teniendo á quien visitar, como por via de pasatiempo se consagró á la caza, siendo con esto mas desgraciado todavía que en el ejercicio de su profesion. Cargaba la escopeta con poquísima pólvora y con solo un perdigon pequeñísimo; todo á consecuencia de las estrafalarias máximas de que estaba atestada su cabeza. Cogia un puñado de perdigones y decia: ¿qué importa para matar un ave que ponga uno ménos? Y si uno ménos es nada, otro ménos será tambien otra nada, y esto diciendo iba uno tras otro volviendo al frasco todos los perdigones, hasta dejar la carga reducida á uno solo y con frecuencia á ninguno. Esto no impedia sin embargo que disparase su escopeta contra una águila real, y que se tirase de los cabellos viéndose todos los dias obligado á regresar á su casa sin un solo trofeo venatorio.

Tiempo hacia que Thompson y Kinster se habian casado, pero entendámonos, lector, no creas que se hubiese casado el uno con el otro: ellos sabian lo mismo que todos los hijos de Adan que pan con pan es comida de tontos y eran por otra parte bastante escrupulosos y concienzudos para no cometer pecado contra natura. Thompson se casó con una mujer y Kinster con otra, y ni uno y ni otro al contraer matrimonio perdieron de vista sus estravagantes máximas. Así es que Thompson, partidario del máximo, se casó con la mujer mas alta de Inglaterra; y Kinster, partidario del mínimo, se casó con la mas pequeña. La del primero era conocida en todo el reino unido con el apodo de *la Elefanta*, y la del segundo con el de *la Pulga*. Diciendo que tiempo hacia que Thompson

y Kinster se habian casado, se da á entender fácilmente que eran ya viudos en la época á que esta crónica se refiere; porque ¿qué mujer por alta ó pequeña que fuese habia de resistir mucho tiempo sin morirse las impertinencias de nuestros médicos, que es de creer aplicaban todo el rigor de sus exageradas teorías hasta á las cosas domésticas mas insignificantes y hasta á los mismos actos esencialmente matrimoniales? *La Elefanta* y *la Pulga* murieron: pero no sin dejar cada una de ellas en la tierra un testimonio vivo de su fecundidad. Murieron el año de haberse casado, y por uno de esos raros caprichos de la naturaleza, por una de esas raras combinaciones que el hombre llama casuales ó providenciales no pudiéndoselas esplicar de ninguna manera, *la Elefanta* dió á Thompson una hija que á los quince años era tan pequeña que parecia hija de *la Pulga*, y esta dió una hija á Kinster que á los quince años era tan alta que parecia hija de *la Elefanta*. Y véase por qué medios, por qué combinaciones tan sábias y tan superiores á todos los cálculos humanos supo la Providencia colocar las unas al lado de las otras, para que mas resaltasen en el contraste las estravagancias diametralmente opuestas de Thompson y de Kinster. Thompson al perder *á la Elefanta*, no confiando poder hallar jamas otra mujer de tan gigantescas dimensiones, resolvió permanecer viudo todos los dias de su vida, y la misma resolucion hizo Kinster al perder á su mujer, no considerando posible encontrar otra tan pequeña como *la Pulga*. Pero Thompson vió á la corpulentísima hija de Kinster, y este á la diminutísima hija de aquel, y desde luego trocaron ambos su primitiva resolucion en la de hacerse recíprocamente yernos y suegros. Por parte de las hijas fué esta idea acogida con un entusiasmo difícil á esplicar. Naturalmente dengosa la hija de Thompson y obligada por la sistemática conducta de su padre á ingerir en su estómago mas alimentos de los que la capacidad de este permitia, la comida era para ella un suplicio del que á toda costa deseaba libertarse, y esto indudablemente debia conseguirlo dando la mano á Kinster. La hija de este, al contrario, naturalmente comilona y voraz, y sujeta á la rigurosa abstinencia á que la condenaban las doctri-

nas de su padre, veia en Thompson su ángel libertador, sin preveer que para evitar un escollo iba á estrellarse en otro igualmente funesto. ¡Triste condicion la nuestra, que no sabemos huir de un estremo sino para colocarnos en el opuesto, y que raras veces nos detenemos en el término medio, único en que se encuentra la virtud y la felicidad! El que ha sido muchas veces engañado, en lugar de volverse cauto se hace suspicaz, y acaba por no dar crédito ni á lo mismo que le conviene creer. En el rigor del invierno nos parecen apacibles los ardores de la canícula, y cuando esta llega nos consideraríamos felices si estuviésemos tiritando de frio. Un sabio ha dicho, y si no lo ha dicho un sabio lo digo yo sin serlo, que los demonios sacan del invierno y de los países frios la mas abundante cosecha de condenados. La razon es obvia. Los deseos del hombre que no se encuentra bien son siempre estremados, siempre opuestos á lo que causa su malestar, y como el infierno dicen que es un fuego eterno, los que están helándose en lugar de temerlo lo desean, y de consiguiente no vacilan en mancharse con el pecado. La hija de Kinster tenia hambre ¿podia haberse hecho cargo alguna vez de los tristes efectos de un hartazgo? ¡Allá voy que se come! dijo, y se casó con Thompson. La hija de Thompson estaba inapetente ¿sabia ella cuánto hace padecer el hambre? ¡Allá voy que se ayuna! dijo, y se casó con Kinster. ¡Desgraciadas!!!!!!! con siete admiraciones.

Verificado este doble enlace, Thompson y Kinster para no separarse de sus respectivas hijas resolvieron vivir juntos y formar una sola familia. Aquella casa tardó pocos dias en convertirse en infierno; los dos médicos que se encontraban mutuamente mas estravagantes de lo que parecian á un hombre racional, se disputaban á líneas el *máximo* y el *mínimo* y la verdad de sus ridículas teorías; la hija de Thompson empezaba á sentir hambre canina y á echar ménos los hartazgos de antaño, y la hija de Kinster se sentia ahita y pedia al cielo la sujetasen nuevamente á sus antiguas dietas. Afortunadamente de vez en cuando los sistemas de Kinster y de Thompson se neutralizaban mutuamente, y hacian ambos una especie de transaccion en obsequio á sus pobres mujeres. Pero esto solo

sucedia despues de haber habido la de Dios es Cristo; despues de haberse armado rifirrafes y escarapelas que no eran de ñiquiñaque, y que casi siempre se desenlazaban de una manera trágica.

Generalmente era la mesa el campo en que se daba la accion. Fuese arroz ó cualquiera otra cosa la que comiesen, el doctor Thompson con un grano tras otro grano y una tajada tras otra tajada se atracaba de tal manera y de tal manera obligaba á atracarse á su mujer, que alguna vez se vió á ambos salirles la comida por los ojos, y esto daba tal grima al doctor Kinster que no podia abstenerse de llamar bárbaro y soez á su suegri-yerno, á pesar de que conocia demasiado su carácter irascible y camorrista. Tratábanse recíprocamente los dos médicos de visionarios y de locos, y despues de una retahila de apodos con que imitaban perfectamente un fuego de guerrilla, pedian á los puños que saliesen en auxilio de la lengua. Habia cada puñetazo que temblaba el mundo, y entónces las mujeres, en lugar de poner el caduceo entre sus padres y esposos, aunque les viesen con el credo en la boca aprovechaban estos momentos para hacer su santísima voluntad: y desde luego la mujer de Kinster devoraba como un lobo cuanto en la mesa habia, y la de Thompson se iba corriendo á descargar su repletísimo estómago con sendas tazas de agua caliente que tenia al efecto prevenidas.

Los rigurosos límites en que Ayguals [1]) circunscribe este y los demas artículos, no me permiten referir una multitud de curiosidades y de anécdotas hijas de las estravagancias de Thompson y de Kinster. Solo una escena voy á presentar que creo basta por sí sola para retratar perfectamente el carácter de los dos médicos. Un dia, despues de una pelotera algo mas séria que las de costumbre, en que hubo de una y otra parte narices ensangrentadas, carrillos hinchados, arañazos y contusiones, quedaron los dos combatientes sentados el uno al lado del otro, cabizbajos y taciturnos, y al parecer entregados á muy profundas meditaciones. Thompson despues de una

---

[1]) El director de La Risa.

hora de silencio sacó á Kinster de su enajenacion con una pregunta que dió orígen al siguiente diálogo.

— ¿En qué estás pensando, Kinster?

— ¿Y tú en qué estás pensando, Thompson?

— ¿Yo? dijo Thompson, estaba buscando una cosa mas inmensa que la inmensidad, mas infinita que la infinidad, mas eterna que la eternidad.

— ¡Siempre loco! dijo Kinster entre dientes.

— ¿Y tú qué estabas buscando? preguntó Thompson.

— Estaba deseando hallar la nada, la misma nada, una cosa que fuese ménos que la nada.

— ¡Qué locura! esclamó Thompson ¡la nada! ¿pues no la tienes desgraciadamente en todas partes? ¿Crees que tú eres algo, que yo soy algo, que es algo cuanto ves, cuanto oyes, cuanto tocas; que es algo este mundo que habitas, que son algo las generaciones que pasaron? De la nada se formó el mundo, y de nada no podia formarse mas que nada. Y así fué en efecto. Yo me vuelvo loco buscando algo, y nunca encuentro algo; á la nada sigue un punto imperceptible como la misma nada, y á este punto otro punto y otro punto hasta que reuniéndose muchos forman lo que tú llamas algo, y este algo como ves es siempre nada. Todo es nada. Las generaciones pasan, se convierten en polvo, y al cabo hasta este polvo desaparece. ¡Oh! ¡quién pudiera de todas las generaciones que pasaron formar una sola generacion, y de esta un solo hombre, un solo individuo! Y con todo, este individuo colectivo y sintético me pareceria tambien pequeño, me pareceria tambien nada, y seria nada en realidad.

— Sobraria todo, Thompson, este individuo que quisieras ver realizado, porque todo en el mundo es superfluo, y hasta lo es el mismo mundo. Dios formó el mundo de la nada, porque hasta la nada es algo. Tú ves morir á las generaciones, y yo las veo sucederse. Todo se regenera y no se estingue; lo que tú crees que perece no hace mas que mudar de forma. El hombre se reproduce, y cuando no le queda mas que el cadáver, todavía se convierte en una infinidad de generaciones. ¡Y hay quien embalsama los muertos para conservarlos! Esto es destruirlos, esto es quitar la vida á la materia, esto es

matar á los muertos. Se quiere que el cadáver no se corrompa, y sin embargo la corrupcion es la vida que le queda. De cada fibra, de cada átomo suyo se levantan generaciones infinitas que mueren tambien á su vez, pero no se estinguen, toman otra forma, pero no se anonadan. ¡Oh! si yo no supiese que la muerte y el anonadamiento no son términos sinónimos, hace tiempo que me hubiera suicidado. Pero al ménos he de existir lo ménos que me sea posible; no acortaré el tiempo que me tiene señalado la Providencia para vivir en este mundo en cuerpo y alma, pero me disminuiré, me cercenaré cuanto dado me sea, me reduciré, si puedo, á un punto indivisible.

Hubo un momento de silencio solo interrumpido por una carcajada de Thompson. Luego Kinster se levantó de la silla, asió á Thompson de una mano, y le dijo: sígueme.

Thompson le siguió.

Los dos entraron en un gabinete, del cual salieron á sus órdenes sus respectivas mujeres que se hallaban en él, la una atracándose de pan y la otra tomando un vomitivo. En el semblante de Kinster notaron marcadas señales de una agitacion singular. Ambas se quedaron clavadas junto á la puerta por la fuerza de la curiosidad. Oyeron algunos ayes capaces de despedazar el corazon de un tigre, y luego el rechino de una sierra; luego otros ayes y luego otro rechino, y todo esto lo estuvieron oyendo por espacio de tres horas, al cabo de las cuales salió ensangrentado y sudando el doctor Thompson, cargado de brazos y piernas y otros mutilados despojos. El doctor Kinster se habia hecho amputar y estirpar todo lo que creyó no ser indispensable á su existencia para reducirse al mínimo posible; se hizo amputar las dos piernas y los dos brazos; se hizo practicar la estirpacion de la nariz, de un ojo y de las conchas de las orejas, y arrancar la mitad de los dientes de cada quijada. Se conoce que esta serie de operaciones terribles se practicaron sin desnudar al paciente, pues los miembros de que Thompson iba cargado conservaban todavía el habitual vestido de su dueño. La hija de la *Pulga* y la de la *Elefanta* reconocieron de este modo la tan espantosa realidad, y cayeron ambas desmayadas.

Parece imposible que Kinster no sucumbiese bajo este

peso de los atroces dolores que debió ocasionarle la cuchilla quirúrgica. Kinster lo mismo que Thompson fué víctima de una pulmonía, ó por mejor decir, de la aplicacion que hicieron á su enfermedad de su ridículo sistema. Kinster en el acto de sangrarse se hizo sacar gota á gota toda la sangre del cuerpo y murió desangrado, degollado como un cochino. Como no tenia brazos le sangraron por el cuello. Thompson, al contrario, quiso que le sacasen una libra de sangre, pero como para él una gota era nada, y si nada era una, nada eran dos, y si nada eran dos, nada eran todas las que necesitan para formar una libra, acabó por no dejarse sangrar, y le sucedió lo que no podia dejar de sucederle. Las dos esposas les sobrevivieron, y aunque nada de ellas menta la crónica, puede asegurarse que no sintieron mucho la muerte de sus maridos.

Despues de Thompson y Kinster no se han conocido otros hombres tan estravagantemente estravagantes, como no sea este cronista que con tales estravagancias ha querido ocupar á sus lectores.

A. Ribot y Fontseré.

MEDITACIONES DE UN HOMBRE SIN DINERO.

Erase un español sentado en un baul lleno de malos versos que heredó de su abuelo materno, lo único que poseia, y lo ménos que uno puede poseer, á no ser que herencia tan aérea perteneciese á dos en partes iguales. Y noto la desastrosa circunstancia de ser español el que *era*, porque todo ciudadano contribuyente concebirá la idea de que, en igualdad de escasez, en igualdad de no tener, no hay hombre en ningun país tan superabundantemente pobre como un español pobre. Este, pues, como decia, y el baul, estaban únicamente solos en la elevada posicion de una jaula humana, ó lo que se llama guardilla, es decir, que en ella no habia mas dije ni mueble, que el baul y el español; y me ocurre esto del mueble con la mas exacta propiedad, porque no hay en la actua-

lidad cosa mas mueble, mas movilizable que un español y un baul, aunque de baqueta ó cuero sea, en cuyo caso se llamará maleta, entiéndase, el baul, que si esta advertencia no doy, algun estranjero iria á creer que lo del cuero ó baqueta lo aplicaba yo al español, y no al baul; pues segun el estado de España no seria un barbarismo que en tierras lejanas se creyese que los españoles somos de baqueta, segun á la baqueta nos dejamos llevar.

Despues de lo dicho parece ocioso añadir que mi español no tenia un maravedí: sin embargo gastaba frac, sombrero, pantalon con trabillas, y botas charoladas; porque el vestir como si uno tuviese dinero, no es en el dia algun inconveniente para estar sin un cuarto. Lo único que conservaba de cuanto tuvo en toda su vida, era su nombre: llamábase Don Proto Pobre de Prieto; y filosofando acerca de lo que mas léjos tenia, que era *dinero*, se abismó en estas profundas y espantosas meditaciones.

¡Oh fortuna!!! ¡fortuna para mí tan insaciablemente intratable y soez, como bárbara y brusca y caprichosa!

Tan caprichon y tan brusca
cual sombra de Satanas,
que al que no te busca vas,
y huyes de aquel que te busca!

¡Oh fortuna! ¡cuán lacónica
fuiste siempre para mí!
pues solo harto me vi
de sufrir un hambre crónica.

Pero ¿qué digo? Me lamento gruñendo cóntra la fortuna. ¿y no me pronuncio desaforadamente contra eso que llaman destino, desgracia, fatalidad, sino suerte y desdicha? No, no me da la gana de ir á pescozones con tanto ente invisible: bastante acibara mis rabiosas meditaciones la negra fortuna. Con ella me sobra para que me falte todo, y casualmente lo que mas necesito como urgente, urgentísimo y ganando momentos.

Porque, señor, estoy harto,
estoy mas que muy repleto,
estoy ya mas que de parto,
estoy sin ver dó me meto,
de tanto estar sin un cuarto.

De hombre soy un elemento
que al hambre de frente ataco;
en hombros me lleva el viento;
y de verme ya tan flaco,
no sé cómo no reviento.

Y no se crea que en mi hambrienta situacion me consolaria el recordar aquella idea romántica de cierto poeta que decia:

Siempre es tan extemporáneo
estar sin una peseta,
que sin alma de poeta
ya me hubiera roto el cráneo.

Podré reventar de flaco; pero no estoy por semejante brutalidad, ni deseo que ningun dromedario vaya á esculpir con carbon sobre mi sepulcro premaduro, aquellos cuatro versos que un alma de ministro fué á trazar sobre el de un médico que de puro malo jamas encontró á quien tomar el pulso.

Decia el epitafio:

Aquí vino á zambullirse
un médico de lugar,
que no hallando á quien matar,
hizo muy bien de morirse.

Repito que no estoy por esto; yo hago por la vida; no me da la gana de morirme, y maldito si en mis famélicas meditaciones me ocurre jamas tan enorme barbarismo: esto será todo lo que se quiera, mas yo no puedo remediarlo; estará tal vez en la masa de la sangre: lo cierto es que estoy atrozmente decidido á no morirme en toda mi rabiosa vida, ni aun de real órden, como aquel ciudadano de la federacion chuchurupiana, que recibió el siguiente decreto: «El gran consejo federal decreta: que se muera el ciudadano Marco Antonio Riquichí.» Y él contestó: «El ciudadano Marco Antonio

Riquichí no quiere morirse, y protesta que no se morirá en toda su vida.»

Pero tampoco es esto lo que yo quiero decir: lo que mas me achicharra, lo que mas me fosforiza la sangre, lo que mas me romanticida, lo que mas me despeluzna de cólera, lo que mas ferozmente me aplasta el estómago, es esta meditacion que medito á todo meditar como si tuviera prisa de no acabar de meditarla nunca. Pero señor! me digo ¿tengo alguna necesidad de no tener dinero? ¿Es algun sacrificio infalible para la salvacion de mi patria el estar yo siempre sin medio maravedí? ¿Me habia tomado de ojo algun Mendizabal? O se creerá que soy algun militar, ó fraile cesante, ó algun cura? Pues qué? ¿Tengo yo estampa de monástico ó de párroco? ¿Se me habrá clasificado entre los ecónomos, porque vivo con toda la superior economía de un hombre que jamas gasta un cuarto, por la sencilla razon de no tenerlo nunca? ¿Y no hay y sobra para barrenarse sacrílegamente los oidos de oreja á oreja por no verse en tan ridícula posicion, puesto que no hay facha mas ridícula que la de un hombre sin dinero? ¿Será indispensable que permanezca mi ventrículo en anarquía para que no se trastorne el órden público? ¿Será indispensable que se perpetúe la revolucion de mis tripas para asegurar la paz del género humano, ó será efecto de alguna medida económico-política, que mi bolsillo esté mas esprimido que limon de café para que tomen incremento las arcas del erario? ¿O será tan preciso que yo bostece sin parar un instante para que los demas coman? ¿Nunca ha de terminar mi crísis metálica?

Esta interminable crísis
que me da esplínico tedio,
en mí, sin ningun remedio,
va á degenerar en tísis.

Pues al ver mi rostro herético,
que poco tiene de magro,
diria cuálquier profético
que ha de ser un gran milagro
si pronto no paro en ético.

¡Yo boquear de puro ético! ¡Y de qué tísis! Esto me rellenaria de la desesperacion mas inaudita que nos trasmitieron los siglos bárbaros. Ni Calígula, ni Neron, ni Lucrecia Borgia, ni Sila, ni el Tirano de Padua, ni Margarita de Borgoña, ni Cain, ni el mismo diluvio universal podrian compararse conmigo. A bien que mejor meditado, tanto me daria morir de *tifus*, como de tercianas; pero haber vivido de hambre fulminante, y no echar el último resbalon ó el postrer bufido de una comilona, de una atragantada, seria cosa que me haria cometer los mayores desafueros contra los médicos, contra los quirúrgicos, y hasta contra toda la farmacía en globo, por mas que se armase de interminables espátulas.

Aun no es esto lo que yo deseo meditar con todo el entusiasmo español bien nacido y mal comido, declarado en estado de sitio por una hambre despótica. Lo que yo quiero es anatomizar á un hombre sin dinero; es decir, analizar lo que es un habitante del globo social *inmetalizado*, sin cosa que pueda escasamente *metalizarle*. Esto es espantoso, esto es horrendo, es inquisitorial, es .... no quiero decirlo, no quiero mentarlo; pero es otra cosa peor.

Un hombre, pues, sin dinero es el espectáculo mas lamentable: es la esclavitud personificada del sufrimiento español, es un pleonasmo humano, es la parálisis de la voluntad, puesto que no tiene voluntad propia; es el toro de Maraton que arrojaba fuego por las narices, porque todos huyen de él; es el padron de la injusticia constitucional, porque no goza los derechos de ciudadano, es la fisiología de la calamidad en un tomo ó volúmen, es una plegaria ambulante, es la efigie de la humildad; y la humildad de la desesperacion es un solitario entre la multitud; es un eco que todos oyen y nadie escucha; es la sarna de la paciencia; es la cantárida del prójimo, y el sinapismo de la amistad; es un caracol sin cuernos; es la víctima de la policía; es la sinrazon en los pleitos, el escorpion de los escribanos, la mariposa de los alguaciles, la pública espiacion de los delitos ajenos, y el *atras* de los porteros; es el cebo de la hambre, y el catálogo de las necesidades humanas; es el cáos de la envidia, y la opresion del deseo; es el desden de las hermosas y el espantajo

del amor; es la estampa de la herejía; la carabina de Ambrosio; es la agonía en infusion; es un náufrago en seco; es un soliloquio á oscuras; es..... ¡Oh desdicha desastrosa! Es.... ¡Oh interminable horror! Es....

Aquí llegó el bostezante meditador, cuando oyó una voz convocatoria que decia: Proto! Amigo Proto! baja al momento, de cabeza, que vamos á almorzar por mayor en los Andaluces.

— ¡Ah!!! ¡Oooooh!!!! Estas dos esclamaciones ahulló el escuálido Don Proto, exhalando un profundo bostezon. Precipitóle escalera abajo como de piston su hambre romántica, repicando los talones con inconcebible entusiasmo: él desapareció de la guardilla, y se quedó el baul.

José Maria Bonilla.

EL COCINERO DEL AMBIGU A LOS ESPAÑOLES.

A *La Risa*, españoles, á *La Risa*. Cuando la patria está en peligro, *La Risa* es su única áncora de salvacion. Por eso ya los romanos que eran gente de buen humor y muy aficionados á la gastronomía, ostentaban en sus victoriosos pendones estas iniciales: S. P. Q. R. que constituyen la divisa de los héroes. Hé aquí lo que significan: *Suscriptores Placidi Quaerite Risam*, alegres suscritores buscad la risa. No lo dudeis, ciudadanos, esos entes desnaturalizados que agitan la tea de la discordia, están vendidos á los taciturnos. El oro estranjero, el oro del tétrico inglés se derrama á manos llenas para entronizar en España el imperio del *esplin;* pero Dios salvará al país y á La Risa. Apiñáos todos, valientes hijos del Cid, en derredor de nuestro inespugnable *Ambigú*. ¿Por qué fué siempre el Cid vencedor? Porque á su carácter zambrero y bromista unia la mas noble adhesion á los pollos con tomate. Al gran Pelayo le gustaban mucho los sesos fritos y el bacalao á la vizcaína. Corra á torrentes si necesario fuere el vino de Jerez y la sangre de los pavos y perdi-

ces; pero no consintais nunca que el llanto se entronice entre nosotros. Alistáos todos bajo mi bandera vencedora. *Suscriptores Placidi Quaerite Risam.* Empuñemos los tenedores y defendamos palmo á palmo la redaccion de *La Risa.* Solo pisando cadáveres hacinados en nuestro *Ambigú*, invadir podrán nuestros enemigos el jovial terreno de la gastronomía y del placer.

La Risa os enseñará en su *Ambigú* el modo de hacer toda clase de *turron*, ya que en España es el talisman de todos los partidos. Por un cacho de *turron* se hace el exaltado moderado, por un cacho de *turron* se hace el moderado demagogo, y por un cacho de *turron*, en fin, hemos visto no hace mucho á ciertos republicanos ahogar por la mayoría de la reina y consolidacion de su trono. Y supuesto que la política es todo farsa, todo mentira.....supuesto que no hay verdad mas positiva que *comer bien y reirse de todos*, dejáos de tiquismíquis y engañifas, y venid á suscribiros á la *Enciclopedia de extravagancias. Suscriptores Placidi Quaerite Risam.*

Españoles, levantáos todos como un solo hombre para suscribiros á *La Risa*, pero que no se haga la suscricion como de un solo hombre, porque produciria poco y me veria privado de poder ofreceros los sabrosísimos guisos que os preparo. Cuando todos los españoles nos desternillemos de risa, se acabará el mal humor que no engendra mas que resentimientos y venganzas; y el íris de la reconciliacion pondrá término á los males que nos aquejan.

¡Antes mascar que morir, compañeros!.... y siendo el morir una reaccion en sentido retrógrado, juremos perder la vida mil y mil veces primero que morir. ¡Viva el ambigú! ¡Viva la *colacion* de todos los partidos! ¡Vivan las carcajadas patrias!

El cocinero en jefe de *La Risa.*
Abundio Estofado.

ESCENA PATETICA.

ENTREGA DE UN CUCHARON DE HONOR A DON ABUNDIO ESTOFADO.

Se ha presentado en el Ambigú de La Risa una comision de notabilidades, compuesta de un ciudadano sin defecto físico, de un ciego, de un tuerto, de un bizco, de un mudo, de un tartamudo, de un jorobado, de un sordo, de un gangoso, de un narigudo, de un chato, de un cojo, de un manco, de un perlático, de un flaco, de un gordo, de un gigante, de un enano, de un vivo y de un difunto, en representacion de todas las clases de la sociedad; y avanzándose el mudo hácia nuestro nunca bien celebrado Don Abundio Estofado, ha tomado la palabra y presentándole un hermoso cucharon de palo, le ha dicho:

«Excmo. Señoron: Esta comision en representacion de los sabios de la nacion que tienen hecha suscricion á La Risa en cuestion, tiene la satisfaccion de rendir en oblacion á vuestra veneracion este insigne cucharon como justo galardon de vuestra aplicacion, y como demostracion de la grata sensacion que siente en su corazon. Bien conoce la comision la pequeñez de este don; pero basta en conclusion que esprese la estimacion en que os tiene la nacion, por la docta discrecion con que guisais el salmon.»

El patriarca de la gastronomía no ha podido ménos de afectarse al oir el acento de gratitud, y se ha dignado contestar en los términos siguientes:

«Con un contento sin fin acepto este regalin, grato como el violin de celestial querubin, que en el etéreo confin, delante de San Fermin, toca alejando el esplin de cualquiera mallorquin. Y si se alzan en motin las masas de gente ruin, caballero en un rocin, con corbata y peluquin ó peluca y corbatin, saldré con el cucharin como si fuese espadin, y sabrá todo malsin que á cada puerco á la fin llega su San Martin; y á vosotros un pudin os haré de rechupin, grande como un bergantin, con sesos de puerco espin, bizcocho, arroz, langostin y cuanto invente el magin de un cocinero arlequin, que sabe aunque chiquitin, donde le aprieta el chapin.»

Estas breves pero sentidas y elocuentes palabras enternecieron á todos los concurrentes que prorumpieron en los mas afectuosos vivas, y la comision se retiró satisfecha de la amabilidad y talento del docto Don Abundio, inapreciable joya de las cocinas españolas.

A.....

UN DIA EN EL PARADOR DEL SOL.

ENSAYO GASTRONOMICO.

Desde las memorables bodas de Canaan, celebradas con aquella famosa cena en que el Redentor del género humano convirtió el agua en vino para complacer á su Santísima Madre, ningun dia como el de San Julian, 9 de enero, se presenta tan en relieve en los fastos de la historia gastronómica. Tiempo hacia que algunos cofrades de la comunidad de *La Risa*. hombres de accion y positivistas por escelencia, deseaban reducir á práctica las beneficiosas teorías de Don Abundio Estofado; y este habilísimo cocinero deseaba tambien por su parte sujetar á un rigoroso exámen á sus amados discípulos, para convencerse de sus buenas ó malas disposiciones, y escoger entre todos á los que mas han de acreditarle en el certámen público que se está preparando. Al efecto, el venerable director de la *Sociedad literaria* Don Wenceslao Ayguals de Izco señaló dia, hora y punto en que debian reunirse los candidatos, y despues de una discusion ligera como la de las actas en un Congreso, se resolvió por unanimidad celebrar la sesion en el *Parador del Sol,* dia 9, á las nueve de la mañana. Esta resolucion se tomó el dia 8, á hora bastante avanzada, y no es necesario decir mas para hacerse cargo de la actividad que la premura del tiempo requeria. Improvisóse un programa, y se trató de llevarlo á efecto desde luego, siquiera para que no se pareciese á los programas ministeriales.

Los grandes actos, las grandes fiestas, las grandes revoluciones, en una palabra, todo lo que en este mundo es ver-

daderamente grande, se insinúa con síntomas precursores, que son muy grandes tambien. El interes que debe tener una legislatura se deduce de antemano del empeño con que los ciudadanos se disputan la victoria en el campo electoral. El estrépito de los cañones señala la víspera de una gran batalla. Las colgaduras, los arcos triunfales, las fuentes de leche y de vino revelan con anticipacion el dia de una jura. La agitacion de las masas, la sonrisa de los cesantes y la conducta ambigua de los empleados, que se ponen al pairo mirando de donde viene el viento para hacer con acierto sus viradas, manifiestan que la atmósfera está cargada, que se acerca un temporal político, que son de temer grandes mudanzas. Así tambien los grandes sucesos gastronómicos se dan á conocer el dia de su víspera con síntomas inequívocos. Plaza Mayor, plaza de la Cebada, plaza de Santo Domingo, si ojos tuvieseis para hablar, este pobre cronista os preguntaria qué es lo que visteis el dia 8 á las once y á las doce de la mañana, á la una y á las dos de la tarde, y me relevariais, respondiendo del terrible castigo que por no haber sabido dirigir un arroz á la valenciana me ha impuesto Don Abundio, obligándome á describir detalladamente los accidentes de la grande jornada, precursora de otra mas grande todavía.

Era en efecto una perspectiva sorprendente y hasta cierto punto sublime y majestuosa la que ofrecian los hermanos *risueños*, recorriendo con lentitud y ordenadamente todos los mercados de la corte, despachos de vino y tiendas de comestibles, deteniéndose á cada paso ya delante de una lechuga, ya delante de un magnífico salchichon ó de un reverendísimo pavo. El objeto de esta escursion fué bien pronto conocido de los penetrantes vendedores y revendedores de ambos sexos; pues no hubo verdulera ni tendero que no se pusiese delante de la comitiva como una inaccesible barricada, impidiéndola seguir su curso vago é indeterminado, hasta haber cambiado en dinero algunos de sus géneros peninsulares ó ultramarinos. Don Abundio, aunque guardó una neutralidad absoluta, marchaba á la cabeza de sus discípulos, y una sonrisa de desprecio que se desprendia traidoramente de sus labios, reve-

laba á menudo que se habia equivocado en el concepto que se habia formado de algunos de sus alumnos. El señor Manini, jefe de otro de los primeros establecimientos tipográficos de la corte, era el comprador, y se sujetó estrictamente á las bases del programa que tenia en sus manos el señor Ayguals (Don Sergio), á quien se le nombró intendente en comision, sin que hasta ahora nadie haya tenido motivos de arrepentirse del nombramiento.

Hechas las provisiones, y despues de haber ensayado la fuerza de sus mandíbulas y de su estómago en un salchichon, pan y queso, y en una botella de vino seco de Jerez, los candidatos precedidos de su maestro, y seguidos de una mujer con un pavo y un asturiano con una canasta, se dirigieron á casa del señor Manini, donde por ser el punto mas céntrico se estableció el cuartel general. De allí debia partir la espedicion á las nueve del dia siguiente. El pavo tenia mas años de los que la ley exige para ser senador: y es seguro que como hubiese llegado á serlo, hubiera ocupado en las juntas preparatorias la silla de la presidencia. Era un pavo patriarca, el Adan de los pavos. Algunas investigaciones cronológicas nos hubieran manifestado tal vez que era el mismo que Noé encerró en el arca para perpetuar la raza. Los años habian encallecido hasta sus músculos, y osificado todos sus tendones. Necesario hubiera sido para enternecerle, esponer su cadáver al contacto del aire cinco ó seis dias ántes de mandarle al horno, y de este modo los primeros períodos de descomposicion hubieran relajado sus fibras tupidas y apretadas por la edad. Pero la escasez del tiempo no permitia emplear este método bien conocido de todos los iniciados en el arte, y puso en un conflicto á los noveles cocineros.

Alentados, sin embargo, con el refran que dice: en tiempo de hambre no hay pan duro, y por otra parte persuadidos de que por duro que fuese el pavo, no lo seria tanto como el esmalte de las dentaduras que debian mascarle, resolvieron sujetarle á diseccion al dia siguiente, aunque en este exámen de anatomía práctica se espusiesen á mellar la misma espada de Roldan, que diz hendia los gigantes y los peñascos como

si fuesen de mazapan ó de chocolate. Esta atrevida resolucion amostazó á Don Abundio, quien en un tono de lástima que revelaba la que tenia á sus discípulos, les dijo: ¡Jóvenes inespertos! ¡Miserables novicios! bien se conoce que las tenazas y el asador no han encallecido vuestras manos, y que vuestras cabezas no han encanecido como la mia alrededor de los hornillos y debajo de las chimeneas. Bien se conoce que no habeis todavía ceñido el noble delantal de cocinero, que vuestros ojos no se han acostumbrado aun al humo de la leña, ni al tufo del carbon vuestras potencias. *¡Oh terque quaterque beati!* pudiera deciros yo si supiese latin. ¿Con que no conoceis otro medio que una putrefaccion incipiente para reblandecer el pavo? ¡Bárbaros! dadle aguardiente y mañana se os derretirá en el paladar como manteca. Habló Don Abundio, todos sus discípulos quedaron confusos, y el señor Manini á mas de confuso quedó horrorizado. «Aguardiente! dijo ¡qué lástima de aguardiente!» Sin embargo, él mismo se encargó de dárselo; pero miéntras se lo daba parecia envidiar la suerte del infeliz, á pesar de que estaba condenado á la última pena por el inexorable tribunal del ambigú, y veia brillar junto á su garganta la terrible cuchilla de la ley gastronómica.

El señor Manini es catalan, hijo de Reus, y es sabido que los estómagos catalanes son en general á prueba de bomba como el corazon de los jamancios. Algunos anatómicos aseguran que los fieros habitantes del Principado tienen molleja como los avestruces. No sé si esto es verdad, pero los fisiólogos todos confirman el aserto. Lo cierto es que los catalanes digieren hasta la arcilla y el cobre. En el campo de Tarragona, sobre todo, se destetan los chiquillos con vino, se neutraliza la bílis con vino, y hasta con vino se curan las inflamaciones. Los hombres de buen criterio y de sana razon apagan su sed con el añejo del Priorato; y durante la canícula, cuando mas aplomados y perpendiculares caen los rayos del sol, toman por único refresco dos cuartillos de aguardiente de 25 grados. Son muchos los que en lugar de bizcochos mojan en el chocolate guidillas, y cuyos postres habituales son dientes de ajo, que los comen á pasto como

si fuesen almendras. Por bien indicadas que parezcan las aplicaciones de mostaza, no se ordenan jamas en aquel país á enfermos que estén en dieta, porque es seguro que se comerian los sinapismos. Cuando una comitiva de reusenses entra de noche en una fonda, el dueño se da por dichoso si no se le zampan mas que las velas. Con frecuencia ve desaparecer y abismarse en aquellos estómagos heróicos los candeleros, los platos, las fuentes y algunas veces hasta los cuchillos y tenedores. Uno hubo que se engulló la mesa y no murió de indigestion. Sabido esto, nadie tomará por exageracion cuanto se diga del paladar y del estómago de un hijo de Reus.

La filantrópica esposa del señor Manini se ofreció á rellenar, mechar y poner el pavo en disposicion de llevarlo al horno. Todos aceptámos con singular placer tan generoso ofrecimiento, y solo Don Abundio refunfuñó un instante, diciendo que las preparaciones que tomaba á su cargo la señora de Manini eran propias de sus discípulos, cuya idoneidad trataba de probar. Pero algunos síntomas de alarma que notó entre sus subordinados le hicieron desistir de sus justas pretensiones; lo que no dejó de menoscabar algun tanto la fuerza moral del maestro y la disciplina de los discípulos.

Luego se discutió una proposicion gravísima y de trascendentales consecuencias. Tratábase nada ménos que de optar entre dos hombres y un burro para llevar la comida con sus accesorios al *Parador del Sol.* Quien dijo que dos hombres valian mas que un burro, quien que un burro era preferible á dos hombres: ingeniosos argumentos se presentaron en pro y en contra de los dos estremos que abraza la proposicion; pero al cabo los *defensores de la humanidad* salieron victoriosos. El burro quedó postergado .... ¡Cosa sorprendente en España, donde rara vez quedan postergados los *burros!*

Disolvióse la reunion, y al dia siguiente á las ocho de la mañana los hallábamos ya algunos en casa del señor Manini, aguardando las nueve, que llegaron una hora ántes que los señores Ayguals y Flores. Damos un voto de gracias á la hora por la puntualidad con que llegó. Sin embargo, los morosos afectaron no considerar á la hora digna de nuestro

reconocimiento, pues á los cargos que por su demora les hicimos, contestaron que no era culpa suya si las *nueve*, poco condescendientes, no se habian tomado la molestia de aguardarse hasta las *diez*.

Reunida la comitiva se rompió la marcha con marcialidad en medio de un inmenso gentío que embarazó nuestro paso hasta llegar al Portillo de Embajadores. El entusiasmo se veia pintado en todos los semblantes. Salímos de la coronada villa seguidos del rico convoy, que parecia cosido á nuestras espaldas. Marchámos á paso de camino, atravesámos el canal y luego un magnífico puente de madera, digno y muy digno del *caudaloso* Manzanáres. Antes de llegar al *Parador del Sol* nos salió al encuentro una música, que siguió obsequiándonos hasta mucho despues de haber llegado. Un alano sochantre, un podenco tenor y una infinidad de cantores de menor categoría nos aullaron una aria coreada tan nueva y tan armoniosa, que hasta entónces no conocimos lo mucho que debemos al Criador por habernos dotado de un aparato acústico. Algunos acompañaban sus cánticos de una música tan espresiva, se deshacian de tal modo en complacernos, que mas de una vez les suplicámos que fuesen con la música á otra parte, pues llegaban á avergonzarnos aquellos cordiales agasajos, á que nosotros no nos considerábamos acreedores.

Los señores Ribot y otro, ambos catalanes, hicieron prodigios de cocina. La prontitud con que desempeñaron la importante mision que les confió Don Abundio les valió un abrazo de este, y acabó de acreditar los títulos que de activa é industriosa ha sabido adquirirse Cataluña. Otro tanto debemos decir del señor Manini. Encargado del *ali - oli* (ajo arriero), lo hizo con tanta maestría que llegó á engendrar celos en el corazon del mismo *nunquam bene laudatus* Estofado. Desde ahora le auguramos que en el certámen público obtendrá el primer premio.

A la una en punto nos sentámos á la mesa. Abrióse la sesion con una cazuela de *arroz á la valenciana* hecho por mis manos pecadoras, que descollaba majestuosa entre un brillante estado mayor compuesto de variadas y magníficas ensaladas escelentes anchoas, bravas guindillas y robustas

aceitunas sevillanas. *Laus in honore proprio vilescit.* Este principio no me permite hacer del arroz los elogios á que le considero acreedor. A mí me pareció escelente, sin embargo (¡lo que puede la envidia!) todos mis condiscípulos dijeron que era detestable. Afortunadamente sus propios hechos desmintieron sus palabras, pues al mismo tiempo que decian que era estremadamente malo, lo engullian con tanta ansia como si fuera soberanamente bueno. Y á los hechos me atengo: obras son amores y no buenas razones.

Bretones fritos sucedieron al arroz. (Movimiento general. El señor Breton de los Herreros pide la palabra para contestar á una alusion vegetal.) Vinieron acompañados del *ali-oli*, con quien contrajeron, en el plato de cada cual, una amistad mas y mas íntima. El *ali-oli* es á las coles lo que á la Constitucion las leyes orgánicas. Merecieron la aprobacion de todos; solo yo para vengarme de la manera impropia con que habia sido calumniado mi benemérito arroz, me permití contra los bretones algunos denuestos que fenecieron ahogados en la rechifla de la comunidad manducante.

Entró en seguida el pavo con gallardo y marcial continente. El olor que despedia embelesó todos los olfatos. Hubo un movimiento silencioso parecido al que se nota en el Congreso cuando se levanta para hablar Don Joaquin María Lopez y al que se observa en el teatro cuando aparece la encantadora Matilde. Es indecible la prontitud con que aquel tremendo cadáver fué descuartizado y engullido. La asamblea resolvió por unanimidad dar un voto de gracias á la señora de Manini, y Don Abundio ademas la nombró socia honoraria del ambigú, á cuyo efecto se estendió el correspondiente diploma. Despues de aquel pavo esquisito, de aquella obra maestra del arte, nada podia llamarnos la atencion. Comimos, es verdad, chuletas y queso y salchichon y qué sé yo cuantas otras cosas; pero las comimos automáticamente, sin entusiasmo, y como quien dice para no hacer un papel ridículo. Lo que nos admiró fué que el señor Manini, positivista por escelencia, malgastase el tiempo atracándose de almendras. Vivamente interpelado por esta accion, indigna al parecer de tan acreditado gastrónomo, dijo que las almendras

son escelentes agujas para enhebrar vino. En efecto, cada almendra apénas habia llegado al estómago recibia una visita de una botella del de Toro.

En los bríndis, si no se improvisaron muy buenos versos, se apuraron al ménos muy buenas botellas.

Empezó el célebre y nunca bien ponderado Don Abundio Estofado en los términos siguientes.

Es una cosa precisa
el vino, voto á Luzbel,
de manera que sin él
no se puede decir misa.
¡Viva La Risa!
Llenad la copa,
que nos contempla atónita la Europa:
y á mi ejemplo
coged todos un lobo como un templo:
y manchada de vino la camisa,
repetid sin cesar: ¡Viva La Risa

El señor Bonilla dijo:

Yo, Abundio, soy valenciano,
y como bebedor fino
gran partidario del vino
en invierno y en verano.
No gasto en invierno en vano
vino puro en vez de estufas;
y en verano es, si me atufas
y en provocarme te empeñas,
el sabroso Valdepeñas
mi única orchata de chufas.

El señor Ayguals de Izco (Don Sergio):

Oh! mi estar Strafor-Canning! . .
mi estar borracha! . . .
mi querer mas copitas
de la garrafa.
Y al estribillo
Oh! . . mi estar Strafor-Canning! . . .
mi querer vino.

El señor Ribot:

Se queja este mundo indino
de que salado es el mar,
y á mí me importa un comino:
lo que sí es de lamentar
que el mar no sea de vino.

El señor Manini:

Brindo al bravo que cual yo
atacado de hidrofobia
el vino tiene por novia,
y el agua nunca probo.
Dios Omnipotente dió
á cada cosa un destino,
gástese pues, si el divino
pensamiento ha de acatarse,
el agua para afeitarse
y para beber el vino.

El señor Príncipe:

¿Que quereis que os diga ó cante
con esta copa en la mano,
cuando soy un ciudadano
espuesto á quedar cesante?
Mas si *ceso* en adelante
como empleado en lucir,
en memoria del Visir
que me quiere remover,
no he de *cesar* de beber,
ni he de *cesar* de reir.

El señor Villergas:

Miéntras un poder caribe
me busca el bulto, señores,
apropincuadme á un algibe
de confortables licores,
que el que mas bebe mas vive.

El señor Ayguals de Izco (Don Wenceslao):

Tras tres tragos y otros tres,
y otros tres tras los tres tragos,
tragos trago, y tras estragos

trepo intrépido al traves.
Travesuras de entremes,
trápalas tramo, y tragon
treinta y tres tragos de ron
tras trozos de trucha estremo.
¡Tristes trastos; truene el trueno!
¡Tron ... trin ... tran ... trun ... torrotron!!!

Se dió un voto de gracias al docto Don Abundio Estofado, y levantóse cada uno como pudo de la masa para dar principio á los juegos gimnásticos.

El Parador del Sol tiene una especie de colgadizo bastante espacioso contiguo á la carretera. Allí los hermanos risueños, hechos cada uno un tonel de vino, fueron á solazarse de mil maneras, absorviendo con sus ingeniosos juegos la atencion de todos los transeuntes. Muchas y muy variadas fueron sus travesuras; pero ninguna hizo desternillar tanto de risa á actores y espectadores como la de la *olla*. Púsose en una orilla de la carretera un puchero en que metió cada uno de los hermanos la exorbitante cantidad de diez y seis maravedises. La suma de todas estas cantidades era el premio del afortunado que con los ojos vendados y un garrote en la mano rompiese la olla. Al efecto á veinte y cuatro pasos de esta se colocaba el actor, allí se le vendaban los ojos, daba tres vueltas, y rompia la marcha. En las vueltas se perdia el tino de tal manera, que en lugar de dirigirse hácia la olla, no faltó quien marchase á lo largo de la carretera hácia Toledo, quien hácia Madrid, y hasta uno hubo que marchó dando completamente la espalda al objeto que creia arremeter. La avidez, el furor con que el pobre ciego descargaba el garrote, arrancaba una carcajada á coro de todos los espectadores. Algunos accidentes sobrevinieron, que condimentaron no poco la diversion. Yo tuvo la desgracia de pisar una cosa que no puede mentarse, y que me mantuvo encolado en mi puesto mas de un minuto. Cuando pude leventar el pié, noté que el peso de la bota se habia centuplicado. El señor Manini se metió en un charco, del cual salió despues de haber caido de bruces en el mismo. El olor que despedia al salir, probaba evidentemente que el líquido que

chorreaba de su vestido estaba compuesto de algo mas que de oxígeno y de hidrógeno. Un químico que habia entre nosotros lo analizó con solo el olfato, y encontró en él muriato y fosfato de sosa y de amoníaco, amen de algunos otros principios que constituyen cierta escrecion animal. A estos accidentes cómicos sucedió uno que tuvo algo de trágico. El señor Príncipe, luego que tuvo los ojos vendados, rompió precipitadamente su marcha, cuidándose poco de los riesgos á que se esponia. Apénas hubo dado el número de pasos que creyó le separaban del blanco, dejó caer el garrote resollando como un leñador, y quiso su mala fortuna que entre el garrote y el suelo hubiese una cabalgadura. Desbocóse el caballo, que era asaz espantadizo; dió dos saltos de cabra, y el jinete se apeó por las orejas. Todo esto sucedió en mucho ménos tiempo del que se necesita para contarlo. Un perro, que era sin duda del mal parado caballero, tomó inmediatamente la defensa de su amo, y tan bruscamente interpeló al señor Príncipe, que este buen cofrade á pesar de la destreza y fuerza lógica con que contestaba al interpelante, hubiera sido derrotado sin el oportuno auxilio de todos nosotros. Nuestras palabras lograron no sin alguna dificultad aplacar la cólera del derribado, y le obligaron á participar de nuestro vino y de nuestras diversiones. El terrible perro que tan antipático se manifestó al señor Príncipe viéndole armado de un palo, acabó por acariciarle apénas le vió en la mano un zoquete de pan. ¡Vil egoista! ¡Rastrero adulador!

El espectáculo terminó con una escena colectiva, con una escena que venia á ser el resúmen de todas las demas. Vista la infructuosidad de nuestros esfuerzos aislados, convenímos en dar una batalla decisiva, en vendarnos todos los ojos y acometer á la vez á aquel Aquíles de las ollas, á aquel invulnerable puchero. Apénas me vi armado de un garrote, seguro de que lo mismo que yo tenian todos los demas los ojos vendados, me quité la venda para asegurarme el premio sin riesgo de que fuese conocida mi mala fe, pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver que cada uno en particular habia concebido la misma idea! Parodiámos perfectamente el famoso epígrama de las tajadas del amigo Villergas:

Varias personas cenaban
con afan desordenado,
y á una tajada miraban
que habiendo sola quedado
por cortedad respetaban.
Uno la luz apagó
para atraparla con modos;
su mano al plato llevó,
y halló las manos de todos,
pero la tajada no.

Pero no sé si achacarlo al rubor que causa una mala accion, ó si á las muchas docenas de botellas que se habian vaciado, fué tal nuestra falta de tino, que á pesar de hallarse desvanecidas todas las cataratas, la olla, como si fuese un misterioso talisman ó como si poseyese un amuleto que realmente la hiciera invulnerable, salió ilesa de los terribles golpes que contra ella descargámos todos á la vez. En seguida desapareció como por encanto, pero alguno sabe el paradero de los maravedises que contenia. Buen provecho le hagan.

Así como hemos dado las gracias á la hora por la puntualidad con que llegó, debemos dársela á todo el dia, pues realmente fué un regalo que hizo la primavera al invierno. El sol desapareció de nuestro horizonte, porque era la hora en que siguiendo su curso natural le tocaba desaparecer, y no, como diria algun clásico moralista, para no ser testigo de los escesos de la orgía que se preparaba. Sus moribundos rayos querian al parecer reanimarse con un cordial, y rielaron en una fuente de ponche que para dar fin á la funcion se habia dispuesto sin mas objeto que el de mitigar los efectos del vino y otros licores.

Las cariñosas pléyadas nos anunciaron desde el cielo la hora de regreso á esta corte. Perdimos en la espedicion todo el convoy. Nosotros nos salvámos por milagro, pero los dos gallegos que escoltaron nuestros víveres quedaron prisioneros del vino. A uno de ellos le dejámos revolcándose en la márgen de un camino, y al otro le vimos dirigirse á escape hacia Toledo. Le preguntámos que á dónde iba, y nos dijo que á Madrid. Esta respuesta nos llenó de incertidumbre, pues no estábamos tan seguros de nosotros mismos, que no pudiésemo

creer que éramos nosotros los que andábamos desacertados. Sin embargo, seguímos nuestro camino y dejámos al gallego que siguiese el suyo, porque al cabo un borracho no habia de saber mas que diez. El pobre hombre dió una prueba positiva del valor que comunica el vino á los genios emprendedores. El rumbo que seguia para venir á Madrid nos manifestó que habia concebido una idea mas sublime que la de Colon. Con ansia esperámos volverle á ver, pero es seguro que tardaremos todavía algun tiempo, porque aunque el vino le dé alas, tendrá necesidad de algunos meses para dar la vuelta á este pícaro mundo.

A. Ribot y Fontseré.

¿QUE ES UN JAIQUE?

Si hubiera justicia en el mundo, los primeritos que no verian mas luz que la colada por los hierros de su jaula serian ciertamente los figurines, y todo mequetrefe (al Panléxico), cuya única mision parece ser la de cundir sus desatinos, sus modas y sus sayos improvisados; alborotando las ciudades y las aldeas, y sacando de quicio á los hombres mas sesudos y estacionarios que se conocen. Y para que vean nuestros lectores la razon con que hablamos: ¿tienen la bondad de decirnos lo que es un jaique? pensaréislo bien si teneis la cabeza para análisis y analogías, pero no daréis pié con bola.

Este traje se conocia en la antigüedad, pero no es ahora lo que era ántes, pero no es el espíritu de aquellos remotos siglos el mismo que en el presente ha imperado su resurreccion; pero no lo usan ahora los que lo usaban ántes; pero el nombre con que ahora lo conocemos ni es nuestro, ni es voz inventada nuevamente, ni es de aquellos, sino de otros, y de otros ménos antiguos... ¡Ya tiene alma la ensalada que hemos hecho con los jaiques! Lector mio, averíguate como puédas con mis períodos; que yo veré por dónde salgo.

Pues como iba diciendo (si es que á esta hora he dicho algo), el jaique es un traje *judío* (spiritus sancti gratia etc.)

llamado *taleth*, que quiere decir *sobre todo;* y así se usa ahora, aunque el *todo* sobre que lo llevan suele ser una camisa buena ó mala, ancha ó estrecha, larga ó corta, que yo no me meto en camisas tengan las varas que tuvieren. Eran de una sola tela cabal; eran largos, crecerán tambien: en el año pasado no pasaban del muslo, y ahora pasan de la rodilla: el jaique seguirá la ley de los graves. El taleth judío era de una sola tela y con pocas costuras, justamente: una hilera de botones de alto á bajo, no hay mas que pedir; las trenzas y cordones del jaique no son otra cosa que el *zizit* rabino, que aumentaban al gusto si querian parecer mas religiosos, así como tambien se añaden ahora estos adornos por los que quieren parecer mas elegantes. Un español es ahora cristiano en el nombre, y judío por la corteza: quitadles el corazon y quedará la cáscara: hay hombres que por nada se tendrian sino tuvieran jaique.

Sin embargo, es menester conocer que la evocacion del taleth rabino merece las simpatías de todos; y no se crea que podemos hablar con calor, cosa que no es posible en el mes de enero. Pero cuando la atmósfera se *pronuncia* en fuego, y Réaumur se encarama á los 25, y de ahí para arriba el jaique es una necesidad. El cuerpo humano reclama en el estío la anchurosa libertad y la independencia de las capas y de todo paño, con el fervor mismo que el cuerpo social pide la abolicion de la tiranía. El jaique ¡quién lo creyera! es para el cuerpo humano, lo que para el social, por ejemplo, una prensa periódica con libertad, una representacion, un derecho electoral; á saber, el contrapeso del despotismo y el entibo de la independencia. Tan exacta es la comparacion, que hemos visto en nuestros dias apalear á los usufructuarios del jaique con el apéndice de un sombrero albino.

Lector mio, si de noche ó por la mañana, en la calle ó en el paseo te preguntaren ¿qué es un jaique? dirás conmigo: ese nombre es árabe, ese traje es judío, y el que lo lleva .... espérate, pacientísimo lector, que no te lo puedo decir ahora. Se han puesto los hombres en una disposicion, se visten de tantos colores, hablan tantos idiomas, que no es fácil conocerlos tan de

pronto. Esa mirada te parecerá de un asesino, esa barba de un conspirador, su continente de un filósofo, y su traje de un judío neto .... como que lleva jaique .... Si será, si no será, ¿si habrá venido este israelita de la otra parte del rio *Sabbático* donde diz que tienen organizada su tribu? ... Con mas exactitud que un buen hipomoclio da á conocer los quilates del oro, y un pesalicores la fuerza del vino, y un agente de candidaturas la suma de sus votos, puedo yo dar á los curiosos una seña inequívoca con que podrá conocerle, una seña que es lo mismo que un desengaño, caro por supuesto, porque nada se hace *grátis*. Ea, pues allá va .... *los judíos se circuncidan*: ya es tan caro el desengaño, que nadie querrá averiguar lo que pasa de botones adentro.

M. Muñoz y Garnica.

¡¡MI SUEGRA OTRA VEZ EN CASA!!

DRAMA HISTORICO EN MINIATURA.

Entran en la accion los personajes siguientes.

Un Esposo } Recíprocos.
Una Esposa }
El Alcalde.
Un Corchete, *álias alguacil.*
Un Majo.
El Cura.
El caldero del agua bendita con su correspondiente hisopo.
Un Soldado.
Un ... (Este *un* ... saldrá cuando convenga.)
Comparsas de todas clases, edades y condiciones, gente que mira y calla.

Pasa (ó mas bien pasó) la accion en 1843.

(En una cocina con sus útiles y chismes correspondientes, incluso el pozo de sacar agua, aparecen los dos esposos sentados á una mesa y concluyendo de almorzar.) (Algo clásico se presenta el escenario, pero no es mia la culpa.)

Esposa. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ... (Se santigua por supuesto.)

Esposo. (Despues de apurar un vaso de vino.) Amen.

Esposa. Por el alma de mi madre. Padre nuestro que estás en los Cielos....

Esposo. En los infiernos habias de estar tú y todas las que no sabeis mas que rezar. Cállate con mil diablos, que tu madre para maldita la cosa necesita nuestros rezos.

Esposa. Pero hombre.

Esposo. Lo dicho.

Esposa. ¿Y si por ventura?...

Esposo. ¿Temes que vuelva?

Esposa. No digo tal. Pero....

Esposo. Es que entónces rezaré.... ¿Entiendes? Rezaré hasta que se me sequen las fauces. He quedado lleno, muy lleno de suegra. Oh! son una canalla malísima, amiga mia; los peores vichos que viven en este pícaro mundo! Mil veces felice nuestro padre Adan, que tuvo la dicha de encontrar una mujer sin ascendientes! Debió pasar el buen señor una vida deliciosa, envidiable en toda la estension de la palabra!

Esposa. (Quitando la mesa, y con cara de vinagre.) Pues tú no puedes tener queja.

Esposo. Ciertamente. En el dia me hallo completamente satisfecho.

Esposa. Si fuera tu madre! ... Pero la mia ... (Medio llorando.) Dios la tenga en su santo reino!

Esposo. Mi madre ... mi madre era una madre preciosa, de las mejores madres que puede tener un hijo. Pero en tocando á suegra .... era una suegra tan maldita como todas las suegras del mundo. Yo soy franco, amiga mia, soy franco, la mayor desgracia que puede suceder á un casado, es tropezar con su suegra. Si llego á enviudar algun dia... ¿Estás?

Esposa. (Llevando el pañuelo á los ojos.) Bien sé que lo deseas.

Esposo. No es eso, mujer. Si llego á enviudar algun dia .... ¿á qué no sabes con quién me caso? ... Con una inclusera.

Esposa. Con una inclusera!

Esposo. Sí señora, con una inclusera. Son muy hermosas las incluseras para mujeres casadas!

Esposa. (Sentándose junto á él con aire placentero.) Déjate de esas cosas, bien mio.

Esposo. (Aparte.) Bien mio! . . . peticion al canto!

Esposa. Vamos. Qué adusto te pones! Y yo que te quiero tanto. (Acercándose mas.) ¿Cuándo quieres que se digan esas misas?

Esposo. (Aparte.) ¿No lo dije yo? (Alto.) Misas! Si sabes que no tenemos un cuarto! . . .

Esposa. Pues es preciso aunque . . .

Esposo. Ciertamente, soy del mismo parecer. Aunque haya que vender alguna cosa superflua . . . . Un collar por ejemplo . . . . Esto es, el collar de perlas . . . .

Esposa. (Con viveza.) Pues mira: yo creo que las misas tan solo sirven para engordar al que las dice. Podremos dejarlas, y en cambio . . . doblaremos el rezo, ¿qué te parece?

Esposo. Primoroso! Se entiende . . . con tal de que seas tú sola la rezadora. (Aparte.) Antes dejará darse azotes con la suela de un zapato que vender su collar de perlas. Pues no faltaba otra cosa!

(Se oye un quejido muy lastimero: la esposa se levanta sorprendida, y el esposo sin hacer el menor caso de tal accidente, se dirige al fogo con ánimo de encender su cigarro.)

Esposa. ¡Qué es esto!

Esposo. Alguno que se queja en la calle. (Se oye nuevo quejido: crece la sorpresa en la esposa y la calma en el esposo.)

Esposa. No señor, no es en la calle!

Esposo. (Concluye de encender.) Será en otra parte.

Esposa. (Al oir otro quejido.) Parece que la voz sale de muy cerca! Atiende, atiende y verás . . .

Esposo. (Oyendo otro quejido.) No hay duda. (Nuevo quejido. Se pone á la ventana.) ¿Quién eres? ¿En dónde te hallas? . . . ¿No respondes? Tanto peor para tí. (Se sienta á fumar con grande calma.)

Esposa. Es muy original! (Otro quejido.) Dios mio! Parece que la voz sale del pozo!

Esposo. No lo creas. (Otro quejido.) Pues á fe que voy entrando en aprensiones! (Se levanta.) ¿Quién entró aquí, mujer?

Esposa. Nadie que yo sepa.

Esposo. Míralo bien. Apostamos á que estabas con alguno cuando yo entré, y se zambulló en el pozo por no caer en mis manos. (Acercándose al pozo.) Hola! El de adentro! ¿Estás sordo? (Otro quejido.) Voto á cribas! Esto no parece persona!... ¿Quién eres? (Suenan dos quejidos á cual mas lastimeros.)

Esposa. (Dejándose caer en una silla.) Dios mio, Dios mio!

Esposo. ¿Qué tienes, mujer?

Esposa. ¿No la conoces?

Esposo. ¿A quién?

Esposa. A esa voz.

Esposo. ¿De quién es? (Otro quejido.)

Esposa. (Mesándose los cabellos con desesperacion.) San Antonio de mi alma!

Esposo. ¿A qué vienen esos lamentos? (Otro quejido.)

Esposa. (Se acerca al pozo como apoderada de un delirio.) Madre mia!... Madre mia!... Madre de mi alma!...

Esposo. ¿Has perdido el juicio?

Esposa. Aquí estoy.... Respóndame usted...

Esposo. No comprendo una palabra. (Otro quejido.)

Esposa. ¿Oiste?.... Es el alma de mi madre!

Esposo. Su madre!... Pues estamos frescos!

Esposa. (Cada vez mas exaltada.) No hay duda... Ella es! Ahora mismo á llamar al cura... Madre de mi corazon!... A decirle todas las misas.... Fuí la hija mas ingrata del mundo!.... Que se vendan todos los collares..... ¿Entiendes? todos....

Esposo. Pero, mujer, no puede ser eso.

Esposa. No te detengas. Pronto, pronto.... La pobre no estará en el cielo por falta de misas! Y no se las hemos dicho!

Esposo. ¿Quién habia de pensar?

Esposa. Corre... No te detengas.

Esposo. Voy al momento.

Esposa. (Deteniéndole.) Pero no... no te vayas por Dios... Me voy á morir de miedo! (Acercándose á la ventana y gritando con

todas fuerzas.) Vecinos!... vecinos!... Nadie responde!... Vecinos! (Suena otro quejido.) Dios mio! Y qué penas está pasando! Vecinos! Por Jesucristo que venga alguno!....

(Salen el alcalde y un corchete, dando un porrazo en la puerta que dejan temblando á la pobre mujer. O somos ó no somos.)

ALCALDE. ¿Qué es esto, señores mios? ¿A qué viene tanto alboroto? Todo el barrio se halla escandalizado con sus gritos.

ESPOSA. Oh señor alcalde!

ALCALDE. Sí señores; es una vergüenza....

ESPOSO. Soy muy desgraciado!

ALCALDE. Pero ¿qué hay? ¿Qué sucede? Esplíquense ustedes con mil diablos.

ESPOSO. ¿Qué ha de suceder? Que el alma de mi suegra se halla dentro de este pozo!

ALCALDE. Están ustedes locos! Cómo es posible!....

ESPOSO. Vea usted!... Despues que yo creia haber salido de trabajos, salir ahora...

ALCALDE. No puedo creerlo.

ESPOSA. Sí señor, yo misma la conozco por la voz. Ahora mismo estaba dando unos ayes que partian el corazon. Ay madre de mis entrañas!

ALCALDE. Es una equivocacion de ustedes. Los muertos nada tienen que buscar por acá.

ESPOSA. Eso dicen los herejes, los que no creen en Dios. No lo dude usted, señor alcalde.

ALCALDE. Tranquilícese usted, señora....

ESPOSA. No hay duda que vienen. Sí señor; el año pasado se murió el novio de una amiga mia, y porque ella no quiso perdonarle un abrazo que le habia dado, no pudo el pobre entrar en los cielos, y todas las noches aparecia en la ventana dando unos suspiros, señor alcalde, qué suspiros!.... Hasta que al fin le conoció, se hablaron, le perdonó y...

ALCALDE. Esos con cuentos de viejas.

ESPOSO. Bien se ve que usted no la conocia! Es capaz de abandonar la corte celestial, y mil cortes celestiales que hubiera, por venir á darme que hacer.

Esposa. Tú tienes la culpa por no haber pagado las misas que dejó mandado se le dijesen.

Esposo. Tienes razon, soy un torpe, un salvaje incapaz de sacramentos. Se la dirán cuantas quieras, pero que se vaya, que se vaya al momento.

Alcalde. Vamos claros. ¿Desea ustedes burlarse de mí? Hace que llegué un buen rato y no escuché todavía quejido alguno. O están ustedes locos ó... (Apunta para una botella que quedó sobre la mesa.)

Esposo. Que diga usted eso, señor alcalde, cuando todo el mundo sabe que despues de muerta mi suegra, es esta la casa mas pacífica del barrio.

Alcalde. Pero ¿y la voz? ¿A dónde está la voz?

Esposa. (Llamando á la boca del pozo.) Madre mia! (Suenan res quejidos.) Y que no quieran creerme!

Alcalde. (Acercándose.) ¿Quién es? (Otro quejido.) Cosa mas original!.. ¿Y nada mas contesta?

Esposo. No señor.

Alcalde. Es muy estraño! Y dicen ustedes que la voz....

Esposo. Es la de mi madre, sí señor.

Alcalde. Me choca sobre manera... (Al alguacil.) ¿Quieres bajar?

Alguacil. (Retirándose algunos pasos.) Vuesa mercé perdone; no sirvo para eso. Ni una jota entiendo de escalar paredes.

Alcalde. ¿Tienes miedo?

Alguacil. Le diré á su mercé: lo que es miedo ... que sé yo; pero esto de tropezar en tales profundidades con el alma de una vieja... Vamos, le digo á su mercé....

Alcalde. ¿Bajas ó no?

Alguacil. No puedo remediarlo; pero les tengo un horror á los muertos!.... (Otro quejido.) Y querian que yo bajase! Pues no faltaba otra cosa!

Alcalde. ¿Qué hacemos pues?

Esposa. Llamar al Cura; no hay otro remedio, señor alcalde, no hay otro remedio.

Alguacil. Tiene razon la señora; los curas y los muer-

tos son gentes muy aficionadas unas á otras, y será fácil que se entiendan. Si su mercé quiere....

ALCALDE. ¿Sin saber?

ALGUACIL. Por sabido. Es la madre de esta señora; la conozco como si la hubiera parido.

ALCALDE. Pues señor, que venga el Cura. Anda listo.

ALGUACIL. En un santiamen estoy de vuelta.

ALCALDE. Que venga vestido en regla, y que traiga el libro de los santos evangelios. No le digas lo que hay aquí.

ALGUACIL. Muy bien, señor. (Entra á paso redoblado.)

ALCALDE. Atiende: cuidado con traer agua bendita.

ALGUACIL. (Desde afuera.) Voy al momento.

(Profundo silencio en la escena. A poco se ven ir llegando varias comparsas entre los cuales viene un guapo con cara de perdona-vidas, cigarro puro en un ángulo de la boca, manta terciada y calañes, cuya punta forma un ángulo de 40° con la vertical; grande garrote colgado de un boton.)

MAJO. (Saliendo.) Es un collon de siete suelas el tal alguacil... No hay que asustarse, señores... Eso no vale tres cominos.

ALCALDE. ¿Qué, te atreves á bajar?

MAJO. Aunque fuera á los mismísimos infiernos. Cuerpo de Cristo! En sacando yo mi navaja... (La saca, la abre y la pone atravesada en la faja.) En preparando yo estos chismes... (Saca dos pistolas, las carga y atraviesa tambien en la faja.) ¿Quién se atreve á escupir en mi presencia?

ESPOSO. No sea usted por Dios un temerario.

MAJO. Calle usted, so mandria.

ESPOSO. Mire usted que es un alma en pena.

MAJO. ¿Nada mas? De un resoplido echo yo á volar todas las almas que están en el mismísimo purgatorio. Voto al santo cielo! Y una alma sola basta para asustar tanta gente!

ALCALDE. ¿Con que baja usted?

MAJO. Al momento. Venga una cuerda. (Se la dan.) Esto es. (Se amarra por la cintura con uno de los cabos, y despues de pasar el otro por la roldana, no sin mirar ántes el estado en que esta se hallaba, entrega á las comparsas mas fornidas.) Cuidado con no soltarla! (Se introduce en el pozo.) En cuanto yo lo mande, arriba con brio. (Empezando la descension.) Ira de Dios! Cuidado con tenerla fir-

me! ... Poco á poco. (Suena un quejido.) Dios mio! Vírgen de la O!.... Arriba... arriba por Jesucristo.... Mas aprisa ... (Otro quejido.) Que me muero! (Asoma la cabeza; su semblante está pálido y sus ojos desencajados.)

ALCALDE. ¿Qué es eso? ¿Para qué sirven esos chismes?

MAJO. (Saliendo.) Oh! vengo horrorizado!.... Le tiré tres tajos y... nada; lo mismo que si diera en un bronce! No puede ménos de ser el mismo diablo!

ALCALDE. Al fin, ¿qué viste?

MAJO. Cosas espantosas!....¿Quién decian ustedes que se hallaba dentro?

ESPOSA. El alma de mi madre.

MAJO. La misma. No he visto cosa mas igual!.. Está envuelta en una sábana. Me miró con unos ojos!... Oh, es cosa muy horrible el alma de un difunto! Bastan las uñas que tiene.... Y qué brazos! Parecen las aspas de un molino. Y qué barbas!....

ESPOSA. Barbas mi madre!

MAJO. Sí señora. No sabe usted lo que se transforma un difunto despues de estar por allá quince dias. Cuerpo de Baco! Si no me suben ustedes al momento me engulle sin remedio. Uf! No quiero acordarme....

(Salen el Cura y el alguacil; este con el caldero del agua bendita. Quizá no hallaron á mano el sacristan.)

CURA. Dios guarde á an buena gente.

ESPOSA. Oh señor Cura de mi alma, cuanto tardó usted!

CURA. ¿Qué tiene usted, hija mia? Si un pobre capellan puede servir á usted en algo...

ALCALDE. Es el caso, señor cura, que de este pozo salen unos ayes muy profundos.

CURA. ¿Algun pobre que reclama los auxilios de mi ministerio?... Es muy estraño en los tiempos que alcanzámos! La religion está por tierra. La fe de nuestros padres se halla completamente estinguida.

ALCALDE. No señor. Segun parece, es el alma de la madre de esta señora.

CURA. El alma de su madre!

ESPOSA. No lo dude usted, señor Cura.

Cura. Inmenso es el poder de Dios, é incomprensibles sus altos juicios.

Alcalde. ¿Con que segun eso cree usted?...

Cura. Que bien puede ser. El Todopoderoso se vale de mil medios para tornar hácia sí las ovejas descarriadas. Pero ¿la conocen ustedes? porque á veces suele tomar Lucifer distintas formas para tentar á los mortales.

Alcalde. La señora...

Esposa. Es ella misma, señor Cura.

Majo. Ira de Dios! Y si eso no es suficiente, basta que yo asegure haber....

Cura. No jure usted, por Dios, hijo mio.

Majo. Es que me voy atufando con tanta duda.

Cura. ¿Y no sabe usted, señora, lo que la trae por aquí?

Esposa. Oh señor Cura!

Cura. Dígalo usted sin miedo. Nosotros somos en la tierra los ministros del Altísimo, y ay de aquel que rehuse abrirnos su pecho!.. ¿Quiere usted decirlo en secreto?

Esposa. Sí, señor Cura.

(Se apartan á un lado, por supuesto á la vista de todos: no hay que tomarlo por mal camino. Despues de hablar algun rato se reunen al grupo general.)

Cura. Oh! En ese caso, ella es, ella es sin duda.

Esposa. Dígale usted algo por Dios; asegúrele usted...

Cura. (Tomando ántes el hisopo.) Silencio. (Se acerca al pozo.) O tú que te hallas en lo profundo de tales profundidades! Si eres el espíritu de Satanas, te conjuro en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo á que dejes estos lugares y desciendas á los profundos abismos.

Todos. Amen.

Cura. Si eres el alma de alguno, en nombre de Dios te pido que me digas ¿quién eres, de dónde vienes y qué buscas?

Esposa. No se canse usted, señor Cura; es ella misma. (Suenan dos quejidos agudísimos.) ¿Ve usted?...

Cura. Si por falta de algunas misas no puedes entrar en el santo reino de los Cielos, te se dirán cuantas necesitas. (A la esposa.) ¿No es verdad?

Esposa. Sí señor, sí señor.

Esposo. Pero dígale usted que se vaya.

CURA. Y para que puedas marchar mas tranquila, yo mismo seré quien las diga. (Al esposo.) ¿No es verdad?

ESPOSO. Sí señor, sí señor. Y de pronto tome usted....

UN SOLDADO. (Saliendo de un grupo general.) Ustedes disimulen...

CURA. ¿Qué quiere usted hijo mio? ¿Hay por hoy otra alma en pena?

SOLDADO. No señor; pero si ustedes me permiten quisiera...

CURA. ¿Bajar al pozo?

SOLDADO. Sí señor. (Asombro general.)

CURA. O hijo mio! eso fuera demasiado escitar la ira del Cielo. (Al esposo.) ¿Con que para cuántas hay?

ESPOSO. Para cincuenta. (Le da un bolsillo que el cura no se demora en recoger.) Doscientos reales justos. Despues se le dirán...

CURA. Están bien contados, ¿no es verdad?

SOLDADO. No se enfaden ustedes si les interrumpo; pero yo quisiera.... (Mal gesto en el semblante del cura.)

ESPOSO. Lo está usted oyendo....

SOLDADO. Con todo si ustedes me permiten....

MAJO. Bajas tú! Cuerpo de Cristo! si llegas á verte dentro, se apodera de tí un terror que acabará con tus dias en ménos de tres semanas. Vean ustedes.... bajar el señor cuando yo!...

SOLDADO. Apesar de todo si el señor alcalde....

ALCALDE. Muchacho, tu alma tu palma; pero advierte que tú solo serás el responsable de lo que te pueda suceder.

SOLDADO. Yo no creo que haya peligro alguno.

ALGUACIL. ¿Con que no hay peligro?...friolera es! Y el hallarse mano á mano con el alma de una vieja?

SOLDADO. No me hacen miedo.

CURA. Es una temeridad, hijo mio; y se espone usted á que Dios, que por mi boca le advierte el atentado que trata de cometer, le castigue severamente.

SOLDADO. ¿Con que, señor alcalde, me permite usted bajar?

ALCALDE. ¿Estás resuelto?

SOLDADO. Enteramente.

ALCALDE. Haz pues lo que te parezca.

ESPOSA. Por Dios, militar, no se esponga usted...

SOLDADO. No pasa usted cuidado, patrona.

MAJO. ¿Se ha mirado usted bien, camarada?

SOLDADO. Sí señor. A mí no me asustan las sábanas, ni las uñas, ni los brazos como aspas del molino, ni....

MAJO. Cómo! Se atreve usted....

ALCALDE. Haya paz, muchachos.

MAJO. Si no fuera que usted lo manda...

SOLDADO. (Al esposo.) ¿Cuánto tendrá de fondo?

ESPOSO. Diez ó doce varas.

SOLDADO. Poca cosa. ¿Y de agua?

ESPOSO. Ménos de vara y media.

SOLDADO. Eso no es nada. Bajen ustedes el pozal.... ¿Ha llegado al agua?.... Bueno.... Ahora sujetar la cuerda ... Eso es. (Se introduce en el pozo.)

ESPOSO. ¿Ne se amarra usted?

SOLDADO. (Bajando.) No hay necesidad.

CURA. (Haciendo ademan de marchar.) El cielo te defienda, hijo mio.

ESPOSA. ¿Se va usted señor Cura?

CURA. Sí hija mia, no puedo presenciar estas cosas. Es un atentado!.... (Entra. Suena un gemido, á poco otro y luego tres ó cuatro; asombro general, todos se santiguan.)

SOLDADO. (Dentro.) Ya cayó el pájaro. (Crece el asombro.) Subir un poco mas el pozal.... Bien está.

VARIOS. Pero ¿qué es?

SOLDADO. Ahora lo verán ustedes.

ESPOSO. No haga usted, tal cosa por Dios. ¡¡¡Mi suegra otra vez en casa!!!

ESPOSA. (Dejándos caer en una silla.) Ay madre mia!

ALCALDE. (Viendo asomar al soldado.) ¿Qué traes?

SOLDADO. (Saliendo.) ¿Qué traigo?... (Sube el pozal, saca de él y arroja en el suelo un...)

UN... (Sacudiéndose y regando la cocina y á todos los actores mejor que lo hiciera el mas diestro jardinero.) Guau, guau, guau!

Todos. Un perro. (Aquí está el un ... de márras. Por supuesto que el escenario queda casi desierto en un abrir y cerrar de ojos.)

Esposo. Un perro! y mis doscientos reales!...

Esposa. Mi madre en figura de un perro!

Soldado. Diga usted patrona ¿cuánto hace que murió su madre de usted?

Esposa. Mes y medio.

Soldado. En ese caso tranquilícese usted porque hace mas de nueve que este animalito me pertenece. El bribon quiso largarse; pero al fin pude dar con él, que no fué poca fortuna. Queden ustedes con Dios.

Baldomero Menendez.

LA SITUACION.

EPISTOLA A MI AMIGO DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

No hay que asustarse, Ayguals, del título de este articulillo, que indudablemente hará abrir grandes ojos á los fiscales (Q. D... G.) porque la situacion que voy á pintar nada tiene de política, limitándome á hacer ver lo que me parece cierta situacion; y si no te gusta, das mi retrato en tu periódico, para que se rian los suscritores; mi figura está descrita en estos cuatro estravagantes versos.

Fantasma descomunal
con los ojos de cristal,
y una nariz colosal,
mi retrato es imparcial.

Hé aquí como yo sin ser *caricato*, soy una perfecta *caricatura* que no debe desperdiciar La Risa, porque en estos tiempos no todos sirven para el caso. No creas que en esto divago, pues al describir mi persona, describo mi *situacion*, que tan situacion es como otra cualquiera, pero no es hoy mi idea entretenerme con mi persona, no solo porque no quiero se sepan *ciertas cosas*, sino porque necesitaba muchos plie-

gos de papel para tan gran tamaño. *¡La situacion!* hé aquí una palabra que en general no podria yo definir, como no podrás tú tampoco comprender, por qué te llamo amigo, pero en *la situacion* del dia todos somos amigos con solo saludarnos en la calle, pues es nombre que vale mucho, y allá van unos versos *estravagantes* que no se sujetan (porque son libres) á metro conocido, pero que no por eso deja de ser metro.

En su triste *situacion*
el cesante ó el mendigo,
esplota el nombre de amigo
para lograr el turron,
(Aquesta no es alusion,
Ayguals de Izco),
y esta aclaracion que ves
la hago porque no me des
un pellizco.

¿Qué tal?... Pero sigamos con *la situacion* á cuestas, que por Dios me pesa mas que al Cirineo la cruz, pues ya no es posible volver atras porque la situacion mia, es decir la que describo yo, no es como la del cangrejo, y veremos si es la peor de las situaciones de España.

El mísero artesano, el pobre enamorado, el cesante, el desterrado de su patria (esta no es alusion á mi amigo Villergas), los gobernantes y todas las malas situaciones, creo, Ayguals, que no son comparables con la del escritor en nuestra patria. Infiero que en todo estarás acorde conmigo; de lo contrario rebáteme cuando á esta me contestes.

Héme aquí con la pluma en la mano para *escribir* del *escritor,* sin que en este número me cuente yo, pues aunque yo escribo, recuerdo aquel epigrama de Príncipe:

De escribir sale escribiente,
escribano y escritor:
¿de dónde has salido tú,
miserable escribidor?

Estos cuatro versos no juzgo se compusieran para mí, aunque algunos me los aplicarán, como yo se los aplico á otros,

y así es el mundo, pero déjense de epigramas porque les [illegible] mas que á una paliza.

[illegible]

Aquí debiera decir *recibo*, pero el consonante aprieta mu[illegible] que un escritor cuando no ha cobrado una obra y mas a[illegible] (es todo lo que se puede decir) que el editor cuando ha p[illegible]gado una obra adelantada; esto (entre paréntesis) sucede p[illegible]cas veces.

El escritor, como ha dicho muy bien un poeta, es *[illegible] planta maldita*, y hoy que tan estraordinariamente se repr[illegible]duce mucho peor, llevando todos por idea principal, el e[illegible]gañar á los editores, aunque sucede siempre que son ellos los engañados: aquí viene bien aquel refran español: *[illegible] lana y volver trasquilado*. (Si Villergas no se hallase e[illegible] San Petersburgo, pediria la palabra al leer este refrancillo.) El escritor pues cuando vierte sus primeras inspiraciones solo ansia que salga su nombre impreso y cuando lo consi[illegible]gue se recrea observándole horas enteras, como una jóve[illegible] contempla el primer billete de amor, que le conmueve. Co[illegible] este paso principian ambos su carrera, y sus sentimientos de[illegible]ben ser iguales. Aquel dia va al prado y mira de reojo á lo[illegible] que pasan, creyendo que le señalan con el dedo para deci[illegible] *aquel es el novel poeta*, y á todos sus amigos pregunta s[illegible] han leido aquel número para regalarles de lo contrario uno de docena y media que lleva en el bolsillo. El poeta en cier-nes hace incontinenti tantas composiciones como periódicos hay en la corte y sin mas recomendacion que el mérito de la obra envía cada cual á su destino: unas se publican y otras se arrinconan, sin que esto desanime á su autor.

Los *ratos perdidos* los emplea en componer un drama, y aquí empiezan las desgracias. Despues de consultar veinte historias que destroza á su modo, y de trabajar quince dias (no necesita mas *el genio*), se presenta en uno de los teatros donde le reciben muy bien, pero no sabe el infeliz que su obra

va á confundirse con un millar que tiene el empresario en su bufete.

Si busca recomendaciones que le *recomienden* de veras, suele suceder que la produccion se admite y el pobre diablo aguarda meses y meses, miéntras que ve poner en escena otras que habian sido leidas despues: el editor no quiere pagarla hasta que comiencen los ensayos y ninguno quiere hacer el papel, y el que hace el papel presta todas sus fuerzas para sacarlo mal y lo saca mal, y silban al pobre autor para hundirle su porvenir contribuyendo á que renuncie á escribir.

Si por una casualidad se aplaudiese la obra, el escritor recibe en las tablas una ó muchas coronas que habia repartido á sus amigos para que le rindiesen este tributo. Sin hacer caso de las críticas de los santones que quieran echarlo abajo porque es jóven, escribe otra infinidad de producciones y ya puede contar con su subsistencia segura, con una *situacion* de las mas brillantes.

Desde este momento vomita su pluma poemas, novelas, tragedias, dramas, sátiras, comedias, poesías y demonios, que le producen algunos reales... pero de cien suscritores tiene uno esta suerte y es preciso figurárselo arrinconado, á ménos que no aprenda por principios á adular, renegando de sus creencias y convenciéndose de que come á costa de los editores, porque no conoce que los editores son los que comen á su costa siempre.

Muy difícil es en el dia adquirir nombre y por eso la mayor parte renunciamos á él, conformándonos con estar á *oscuras* en el siglo de *las luces;* yo no deseo reputacion á costa de infamias, y si escribo es por divertirme dando motivo á los lectores de La Risa para que se rian de mí, pero nada me importa, caro Ayguals, porque si se rie de mí el mundo entero yo me rio de todo él y vamos bogando en esta vida que es lo principal.

Mas, ¿que digo? Ayguals querido,
¿para qué otro nombre quiero
si el de *Teodoro Guerrero*
es nombre y es apellido?

y así es el mundo, pero déjome de epigramas porque les temo mas que á una paliza.

Y si por desgracia escribo
algun desgraciado drama,
temo mas un epigrama
que una silba que recibo.

Aquí debiera decir *reciba*, pero el consonante apremia mas que un escritor cuando no ha cobrado una obra y mas aun (es todo lo que se puede decir) que el editor cuando ha pagado una obra adelantada; esto (entre paréntesis) sucede pocas veces.

El escritor, como ha dicho muy bien un poeta, es *una planta maldita*, y hoy que tan estraordinariamente se reproduce mucho peor, llevando todos por idea principal, el engañar á los editores, aunque sucede siempre que son ellos los engañados; aquí viene bien aquel refran español: *ir por lana y volver trasquilado.* (Si Villergas no se hallase en San Petersburgo, pediria la palabra al leer este refrancillo.) El escritor pues cuando vierte sus primeras inspiraciones, solo ansia que salga su nombre impreso y cuando lo consigue se recrea observándole horas enteras, como una jóven contempla el primer billete de amor, que le conmueve. Con este paso principian ambos su carrera, y sus sentimientos deben ser iguales. Aquel dia va al prado y mira de reojo á los que pasan, creyendo que le señalan con el dedo para decir *aquel es el novel poeta*, y á todos sus amigos pregunta si han leido aquel número para regalarles de lo contrario uno, de docena y media que lleva en el bolsillo. El poeta en ciernes hace incontinenti tantas composiciones como periódicos hay en la corte y sin mas recomendacion que el mérito de la obra envía cada cual á su destino: unas se publican y otras se arrinconan, sin que esto desanime á su autor.

Los *ratos perdidos* los emplea en componer un drama, y aquí empiezan las desgracias. Despues de consultar veinte historias que destroza á su modo, y de trabajar quince dias (no necesita mas *el genio*), se presenta en uno de los teatros donde le reciben muy bien, pero no sabe el infeliz que su obra

va á confundirse con un millar que tiene el empresario en su bufete.

Si busca recomendaciones que le *recomienden* de veras, suele suceder que la produccion se admite y el pobre diablo aguarda meses y meses, miéntras que ve poner en escena otras que habian sido leidas despues: el editor no quiere pagarla hasta que comiencen los ensayos y ninguno quiere hacer el papel, y el que hace el papel presta todas sus fuerzas para sacarlo mal y lo saca mal, y silban al pobre autor para hundirle su porvenir contribuyendo á que renuncie á escribir.

Si por una casualidad se aplaudiese la obra, el escritor recibe en las tablas una ó muchas coronas que habia repartido á sus amigos para que le rindiesen este tributo. Sin hacer caso de las críticas de los santones que quieran echarlo abajo porque es jóven, escribe otra infinidad de producciones y ya puede contar con su subsistencia segura, con una *situacion* de las mas brillantes.

Desde este momento vomita su pluma poemas, novelas, tragedias, dramas, sátiras, comedias, poesías y demonios, que le producen algunos reales... pero de cien suscritores tiene uno esta suerte y es preciso figurárselo arrinconado, á ménos que no aprenda por principios á adular, renegando de sus creencias y convenciéndose de que come á costa de los editores, porque no conoce que los editores son los que comen á su costa siempre.

Muy difícil es en el dia adquirir nombre y por eso la mayor parte renunciamos á él, conformándonos con estar á *oscuras* en el siglo de *las luces;* yo no deseo reputacion á costa de infamias, y si escribo es por divertirme dando motivo á los lectores de La Risa para que se rian de mí, pero nada me importa, caro Ayguals, porque si se rie de mí el mundo entero yo me rio de todo él y vamos bogando en esta vida que es lo principal.

Mas, ¿que digo? Ayguals querido,
¿para qué otro nombre quiera
si el de *Teodoro Guerrero*
es nombre y es apellido?

Pero concluyo porque *la situacion* es ya...muy larga y me despido, aconsejándote que me contestes para saber tu parecer acerca de esta triste *situacion*, y adios: por conclusion te digo que en el Parnaso nos veremos; y esta si no es buena conclusion, lo será poniendo un punto final.

TEODORO GUERRERO.

DEFENSA DEL CHOCOLATE.

Provocar á un reverendo á hacer la defensa del chocolate, presentándole por rival un par de huevos fritos con tomate, ¡vive mi pádre San Francisco que es un insulto capaz de encender en ira, si no fuera hecho por el autor de La Risa! Porque es como poner en parangon la sidra con el néctar de los dioses, el chacolí con el *lácrima Christi*, la rústica patata con el tocino del cielo, la innoble cebolla con la pechuga de ángel, la prosa con la poesía, lo humilde con lo elevado, lo rastrero con lo sublime, el zueco con el coturno, la cañaheja con el cedro, la estameña con la púrpura, la porra con la laticlavia, el gorro con la corona, el plebiscito con el senadoconsulto, la hebetud con la sublime inteligencia, el tugurio con el alcázar, la cotorra con la sirena, el grajo con el fénix, el almuerzo en fin del cavador Bartolo con el desayuno que usaba el emperador Motezuma, segun refieren las crónicas.

En buena ley el chocolate no necesita de cantores de sus escelencias: las escelencias y virtudes del chocolate se recomiendan por sí mismas, son axiomas sólido-líquidos que no necesitan demostracion.

Sí, pocion divinal, reina de los desayunos, consuelo de los enfermos, confortativo de los convalecientes, recreo de los sanos, placer de los jóvenes, rechupete de los viejos, golosina de los niños, delicia universal de paladares, abrigo de estómagos viajeros, confortante de los débiles, despejo de imaginaciones estudiosas, repulsiva de flatos, regalo de los clérigos, agasajo de los confesores, lauticia de los prelados, oblectamento de todas las clases, heroina en fin de ambos

mundos, que desde las regiones mejicanas donde tenias asentado tu imperio, viniste á estender tus dominios por la culta Europa. Sí, sabrosa y tónica y estomática bebida, que con el nombre de *chocolate* [1]) eres conocida y honrada por toda la haz de la tierra; tus gracias, tus glorias, tus virtudes, tus benéficos efectos no hay nadie que los pueda desconocer, ni argumento que los pueda destruir, ni nube que los pueda eclipsar.

En efecto, el chocolate es sin disputa el desayuno mas conveniente y ménos nocivo de todos los desayunos hasta ahora descubiertos, y creo que de todos los desayunos posibles. Y si las pruebas no abonaran el aserto, bastaria la consideracion de ser el que adoptamos los frailes, que en el ramo de higiene doméstica, y en el conocimiento de la perteneciente á la bucólica, hemos merecido siempre y no se nos ha negado nunca un voto de mayor escepcion. Pero dejemos el fundamento de nuestra adoptada y nunca interrumpida práctica y costumbre, y vengamos á las pruebas.

Levántase de su cama el hombre de letras; entra en su despacho; toma su pocillo de chocolate; bebe en seguida un vaso de agua pura y cristalina: y en el *hic et nunc* de hacer esto, siente el estómago confortado, los sentidos espertos, la imaginacion despejada, la parte física y la intelectual adquieren una entonacion admirable, y si á esto le sigue el apéndice de un polvo ó la posdata de un cigarro, segun el gusto del consumidor, el hombre, si es letrado, se encuentra en disposicion de tragarse tras del chocolate, no digo la Novísima y las Partidas, sino todos los tomos de Reales Decretos, que en España constituyen una racioncita decente: si es poeta, se siente en aptitud de trasportarse en cuerpo y alma á la glorieta mas céntrica del Parnaso, y de jugar con las nueve hermanas, á esta quiero, á esta no quiero, con la mas desembarazada familiaridad; si es periodista, se halla esperto y avispado para poner un artículo de fondo contra el lucero del

---

[1]) La voz chocolate diz que se deriva de la palabra mejicana *atle* que significa *agua*, y la voz *choco*, espresiva del ruido que hace el molinillo cuando bate *choco, choco, choco*.

alba, probando que su ministerio debe ya caducar, porque todos los dias sale y no vemos que progrese mas un año que otro.

El chocolate pues despeja los sentidos, y conforta el estómago sin cargarle; al que es sobrio le alimenta; al gastrónomo y gloton le prepara convenientemente, y le da aptitud y disposicion, y le sirve de base y de preámbulo y cimiento para otras cosas mas sólidas y de mas mantener. El no embota como las tajadas, ni achispa como el vino y el licor, ni soporiza como la leche, ni irrita como el café, ni hace sino oler bien, saber mejor, y sentar á las mil maravillas. Abriga en el invierno, refresca en el verano, vigoriza en primavera y otoño. Se acomoda y adapta á todas las naturalezas. Es tónico, estomacal, refrigerante, demulcente, laxante, analéptico y lenitivo.

Así no es estraño que se haya generalizado tanto en España, que hasta los sabios enciclopedistas de la Academia de las Ciencias de Prusia, de la de las Bellas Letras de Paris, y de la Real de Lóndres hayan consignado esta máxima honorífica para mí defendido, á saber: «*manquer de chocolat chez les Espagnols c'est être réduit au même point de misère que de manquer de pain parmi nous.*» Y despues: «*Il y a longtemps qu'on a appelé le chocolat le lait des vieillards: on le regarde comme très nourrissant et comme très propre à réveiller les forces languissantes de l'estomac. Effectivement le cacao, etc.*»

Ya veis, hermano *Ayguals de Izco*, ya veis cómo se han esplicado los sabios estranjeros acerca del chocolate: allí diciendo que el faltar el chocolate á los españoles indica un grado igual de miseria y de pobreza al de faltarles á ellos el pan; prueba irrefragable de la universal conviccion de su necesidad y de su utilidad: aquí llamándole *la leche de los viejos* (cuyo dictado algunos de entre nosotros han aplicado erróneamente al vino), y encomiando su cualidad nutritiva y la mas propia para reparar las desfallecidas fuerzas de estómago; pasando despues á especificar con recomendacion las virtudes del cacao y de los demas ingredientes. ¡Y á vista

de todo esto hay todavía quien se atreva á ponerle en parangon un par de huevos fritos con tomate!

¡Oh deshonor! ¡oh vilipendio! ¡oh mengua! podria yo esclamar aquí con el inmortal Jovellanos.

Hasta la posicion supina del que toma chocolate tiene no sé qué de elevado y sublime. Figúrese mi contendiente á un padre provincial antiguo, ó bien á un Fr. Gerundio moderno, repantigado en su poltrona, embaulando un canjilon del rico de Carácas, probada y concluida ya la primera parte, que consiste en los fragmentos del esponjoso bollo empapados en el aromático líquido, y que pasa á la segunda, que llamo yo de los sorbos. Represéntesele elevando á cada sorbo mas y mas la cabeza, hasta el punto de clavar los ojos en las estrellas del firmamento, como quien dice: »desde aquí á la gloria«. ¡Oh! esto tiene una sublimidad, que comparada con la manera plebeya é innoble que suele usarse para comer un par de huevos fritos, operacion que muchas veces en España se ejecuta (vergüenza da decirlo) con los dedos, constituye un contraste de elevado y rastrero como el que hay entre el »*tendimus ad alta*« y el »*descendit ad ima.*«

Por todo lo cual no es maravilla que el buen Don Ermeguncio, el *Filosofastro* de nuestro Moratin, se pusiese tan contento y alegre y tan fuera de quicio cuando el poeta le presentó como él dice:

> ancha bandeja con tazon chinesco
> rebosando de hirviente chocolate
> (racion cumplida para tres prelados
> benedictinos), y en cristal luciente
> agua que serenó barro de Andújar,
> tierno y sabroso pan, mucha abundancia
> de leves tortas y bizcochos duros,
> que toda absorben la pocion suave
> de Soconusco, y su dureza pierden.

Don Ermeguncio, que era hombre entendido y aficionado,

> altos elogios hizo del fragante
> aroma que la taza despedia . . .

Y luego dijo:

. . . . . Por este
sorbo llenamos de miseria y luto
la América infeliz: por él Europa,
la culta Europa en el Oriente usurpa
vastas regiones, porque puso en ellas
naturaleza el cinamomo ardiente:
y para que mas grato el gusto adule
este licor, en duros eslabones
hace gemir el atezado pueblo
que en Africa compró, simple y desnudo.
. . . . . Dijo y llorando
lágrimas de dolor, se echó de un golpe
cuanto en el hondo canjilon quedaba. [1])

Vea el hermano retante si es de importancia el sorbito este, cuando por él conquistan unas naciones á otras (aparte la cuestion del derecho de gentes y el internacional): y vea cómo confortaba á Don Ermeguncio el solo aroma que despedia.

Ya lo creo que se sentiria confortado; pues de mí sé decir, que desde el momento que oigo á Tirabeque batir la chocolatera empiezo á sentir un consuelo inesplicable. Consuelo de oido, que conforme se aproxima se va haciendo progresivamente consuelo de narices, de paladar y de estómago.

Tal seria (aunque un poco mas sospechoso) el que esperimentaba el citado emperador Motezuma, que segun refiere Diaz de Castillo, cada vez que visitaba su harem se sorbia un decente tazon de chocolate á la vainilla. Tal seria tambien (aunque tambien ménos inocente) el que sentia el regente de Orleans, que al decir del mariscal de Bellisle en su *Testamento político,* se refocilaba con un jicaron cada y cuando se levantaba de la cama, á cualquier hora que fuese. Y tal en fin el consuelo que con el chocolate sentirian las damas de Chiapa, cuando hasta en la iglesia no se abstenian de tomarle.

---

[1]) Moratin, epístolas.

Y ya que la iglesia he tocado, no puedo dejar de recomendar á mi adversario otra de las virtudes del chocolate, y no insignificante á fe mia, á saber la de no quebrar el ayuno eclesiástico, con tal que se haga con agua. Sobre lo cual puede leer el hermano *Ayguals de Izco* las razones que para ello hizo valer el cardenal Brancaccio, y la correspondencia que sobre este importante punto siguieron la princesa de los Ursinos y madame de Maintenon.

En fin, por no cansar hoy mas, y porque creo que basta para demostrar las escelencias de mi defendido, solo añadiré que si bien ha habido poetas que han cantado las virtudes del vino como Horacio y otros: si bien los ha habido que han hecho el panegírico del café como Delille, no tengo noticia que ninguno haya cantado las virtudes de un par de huevos fritos, como Metastasio compuso una bella cantata al chocolate, que siento no tener á la mano para acabar de confundir con ella al autor de La Risa que me ha provocado.

Debo sin embargo hacer una advertencia; y es que todo lo dicho se entiende del chocolate bueno: bueno por la calidad de sus ingredientes, bueno por la obra de manos del chocolatero fabricante, y bueno por la habilidad y tino del que le da la última mano y el inconveniente punto en la chocolatera. Sin estas tres bondades, que siento no poder detenerme á esplanar, declaro al chocolate indigno de la defensa que acabo de hacer. Entiéndase pues que hablo de un chocolate como el que toma Fr. Gerundio, chocolate de Astorga, junto al cual el chocolate de Madrid es un género abyecto, vil y bajo, indigno de este nombre; y que pienso lleva tambien muchos puntos de ventaja al de Burgos, y aun al mismo tan decantado de Aragon.

Y como á las pruebas de razon, y á las pruebas históricas, y á las pruebas de autoridad, es conveniente y aun pudiera ser necesario añadir la prueba mas concluyente y positiva de todas, á saber, la de la esperiencia; por la presente invito y convido á mi contendiente á que se acerque cuando guste á la celda gerundiana á convencerse por sí mismo de la bondad y escelencia del chocolate, y estoy seguro de oir

juego, sé la cantidad de bola que debo tomar para el *doblete*, para el *recodo*, y en fin para lo que buenamente quede. Voy á la ejecucion y pego exactamente en el polo opuesto al que yo queria dar; y si por casualidad apunto bien, la pifia viene tan segura, que ni dé encargo. Cuando doy bola, y la mia entra por los palos, me contento con uno ó lo mas dos; cuando me paso sin bola, suelo derribar todos los palos. Hay veces que tiro una carambola de aquellas que se presentaban á Fernando VII; y con toda la sal del mundo me paso de fino; y si no meto gato por liebre, meto un *conejo* como una casa.

A caza de pájaros de mi cuenta andan siempre los mozos de billar, y esta es una de las presas en que mas luce la sagacidad del astuto cazador. No se va en derechura á la liebre, poco conocedora del terreno para librar por trancos ó barrancos, marcha por el atajo, y espera en los atolladeros, donde descarga á boca de jarro, y mete los *tacos* hasta el corazon, y cuando calcula á la primera ojeada la velocidad del gazapo, como buen perro viejo, detiene su marcha lo posible para dar algunos minutos de vida á su antagonista. Entónces suele presentarse una mata donde pueda agazaparse la presa burlando los piés del galgo, y lo que conviene es un ataque brusco para echarse encima, ó una treta para que el enemigo se entregue á discrecion.

Efectivamente, el mozo de billar al primer golpe de vista conoce el juego de su contrario, que en el mero hecho de jugar con el mozo del billar, suele ser lo que llaman los inteligentes un *chambon*, que es un hombre que juega mal, ó un *chambonazo*, que es el que juega peor. Si puede el mozo darle seis tantos, le contenta con dos ó mano á mano, y dé gracias si no le saca tantos, que suele suceder con frecuencia, porque como tenemos tanto amor propio los chambones, es fácil convencernos de que lo hacemos bien; y por no desmentir al que nos hace favor, somos capaces de cualquier sacrificio. Lo cierto es que para cada golpe del chambon, hace dos el mozo de billar hasta plantarse en veinte y ocho ó veinte y nueve. Entónces si hay golpe le hace, y si no tambien, sea por *tabla*, sea por *retruque*, sea por el infierno,

pero siempre de modo que el golpe parezca casual. En viendo el chambonazo que ha llegado á veinte y nueve, y el mozo le gana la mesa por un inconcebible retruque, dice satisfecho: ¡Me ha ganado por un *chiripon!* Chiripon es superlativo de chiripa, chiripa quiere decir casualidad, y esto en el billar tiene diferentes sinónimos, como *bamba*, *esperpento*, *barbaridad* y *San Bruno*. Pero la del mozo no es *barbaridad*, ni *San Bruno*, ni *esperpento*, ni *bamba*, ni *chiripa*, ni *casualidad*, que es un golpe tirado á ciencia cierta, aunque el mozo se haga de chiquitas, y diga que es jugada de *trancazo ó tamborilazo*, que quiere decir fuerte y al buen tun tun. Para eso cuando el *chambon* saca una *bamba*, se da tono y jura por lo mas sagrado que aquello es tirado y muy tirado, á lo que el mozo (que todos son truanes y decidores) suele contestar: *El que tira eso puede tirar de una carreta.* Si juega á la treinta y una tiene mas probabilidades de ganar, porque conociendo bien la mesa y manejando la *suela* perfectamente, tumba, cuando quiere, el palo *uno*, el *dos*, el *tres*, el *cuatro* ó el *cinco*, y saca, cuando le hace falta, el *doblete* del *nueve* ó el del *once*, como los *recodos* del *cinco*, y del *diez* por un lado y los del *tres*, del *ocho*, del *cinco*, del *siete*, y del *doce* por el otro. Pero no es esta la principal ventaja del mozo en la *treinta y una*, sino el poder llevar, como acostumbra, dos bolas cubiertas que coloca en distinto bolsillo. ¿Tira el golpe y le hace? pues saca la bola del bolso del chaleco. ¿Se pasa? Sigue jugando hasta poder plantarse en treinta ó hacer la treinta y una con la bola del bolso de la chaqueta. Si vuelve á pasarse, reniega de la suerte, mas no por eso se aflige, que todavía tiene repuesto de bolas en el pantalon.

Esto de esconder la bola cuando es alta como el diez y seis, produce mejor efecto en lo que llaman el *punto*. Miéntras el mozo canta como un moscon ¡el uno! ¡el dos! ¡el tres! ¡el cuatro!... pasean los jugadores ó dan yeso á la suela, y por consiguiente no ven al mozo quedarse con una bola en la mano. Luego que reparte otra vez, esclama: *¡medio duro al punto!* El que ha podido traslucir el catorce ó el quince, pone sin dificultad, porque hay pocas probabili-

dades de que salga precisamente el diez y seis, que es el número mayor; pero como el mozo le tiene ya en la mano, hace que saca bola del cantarillo, y no la saca porque ya estaba fuera el diez y seis, que tira en la mesa diciendo: ¡Tambien ha sido suerte! ¡Dios protege á la inocencia!

Eso sí, el *mozo de billar* mira mucho por la casa; y si hay quien juegue *treinta y una*, *guerra* ó chapó, no se divierte nadie en jugar mesas; porque ademas de que la utilidad en este caso es mejor para el amo, tambien suele serlo para él por los empréstitos no reintegrables que hay, y por el derecho de la *sisa*. Todo el mundo le llama de tú y se divierte con él, hace burla de sus patillas ó de sus narices; pero el mozo no se pica ni se corre: sabe que muchas veces juega con los que le insultan, que ó porque tienen dinero, ó porque quieren aparentarlo, le pagan cuando pierde, y no cobran cuando ganan, y el mozo dice y dice bien: dáme pan y llámame tonto.

Con este modo de vivir, gana lo suficiente para comer y vestir, y aun le sobra porque no gasta lujo. Una chaquetita corta de paño pardon, un pantalon ancho de ídem, babuchas ó zapatitos que no oyen aunque tienen orejas, chaleco abrochado, pañuelo al cuello á lo calesero, y una gorrita de medio lado que sienta en aquella cara de pillo como pedrada en ojo de boticario. Cualquiera le entregaria la bolsa en un camino. Unos mozos serán casados y otros no lo serán; respetemos la vida privada de cada uno, y allá se las haya y se las busque por donde pueda, de mujeres está el mundo lleno, toda la tierra es altar para quien tiene devocion, y el que no aspira á ganar el cielo no necesita bendiciones.

El mozo de billar trabaja generalmente por la tarde y por la noche. La mañana la ocupa en cepillar la mesa, pulir los tacos y arreglar los quinqués; y despues de todo esto, para matar el ocio, ensaya grandes jugadas y posturas difíciles. Ora tira doblete de maza, ora palos y á cubrir, y ora á pegar la bola para dejársela siempre al contrario debajo de la baranda, y entónces le dice con mucha socarronería ¿quiere usted la *larga?* Tira hasta por debajo de pierna; pero la mayor dificultad que tiene que vencer, es tirar á lo cadete

con la mano izquierda con un gran puro en la boca, que es cuanto se puede apurar.

Cuando llegue su habilidad á este estremo, ya no teme á nadie; ya llegó al *non plus ultra;* ya puede rivalizar con los genios privilegiados del arte como los Riaños y los Bermudos y los Peret y los Espinos y los Alzamoras, que casi casi lo hacen todos tan bien como yo.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

MI CRIADO Y HERMOSILLA.

CARTI-EPISTOLA EN PROSI-VERSO.

Pues La Risa es enciclopedia de estravagancias, ahí va una de gran calibre, señores lectores; pero tengan ustedes entendido, en primer lugar, que yo no respondo de que les guste; y en segundo, que ora les parezca bien, ora mal, la estravagancia no es mia, sino de un doméstico que Dios me dió, hombre por cierto de los mas estrambóticos y estrafalarios del mundo. Es el caso, señores leyentes, que entre la numerosa y dilatada familia que hace años se me come por los piés, tengo un individuo que no pertenece á ella sino por la tangente, es decir, en clase de criado; cualidad que no quita que yo le quiera, como se merece, por lo bien que me sirve; lo que no se opone tampoco á que sea un bárbaro de piés á cabeza, como ustedes verán bien pronto. Cuando yo no era autor, ni me habia pasado por las mientes ponerme á escribir, teníale en casa para que me limpiase las botas, y para otros usos igualmente humildes; pero desde que me dió por hacer versos y por esplicarme en prosa, y por otras cosas, que, con licencia del gran Molière, no son prosa ni verso, hubo una variacion total en mi casa. Mi mujer se echó á literata, mi suegra se hizo marisabidilla, el abuelo de mi suegro, que aun vive, comenzó á aprender el frances; el marido de la madre de mi esposa se dedicó á representar comedias; mis cinco hermanas pusieron sus veinticinco sentidos

en leer folletines de periódicos; mi sesto sobrino se metió á corrector de pruebas, y de los nueve hijos que tengo, cuatro se hicieron editores responsales de otras cuatro publicaciones periodísticas; y los cinco restantes, con los otros cinco sobrinos que se me quedaban en el tintero, resolvieron tomar la única y esclusiva ocupacion de leerme á mí, proporcionándome de ese modo un pequeño público, compuesto de diez individuos; fortuna que no tienen acaso todos los autores de la época. Mi padre y mi madre habian muerto ya por aquel entónces; pérdida irreparable para mí, y sobre todo para la literatura contemporánea, la cual, á haber ellos vivido, hubiera contado con dos notabilidades, ó por lo ménos con dos apasionados mas, segun la comezon literaria que se apoderó de mi familia desde el momento en que, como dijo arriba, me dió la humorada de echarme á escritor.

Natural era, señores lectores, que en semejante metamórfosis doméstica le cupiese tambien su correspondiente mutacion de vida á mi criado Juan; y así fué en efecto, perteneciendo como perteneció desde aquel dia al círculo literario, si bien siempre en sentido humilde, dado que su ocupacion única y esclusiva fué ir y venir á la imprenta diariamente llevando original y trayendo pruebas; tarea que en sus dolencias ha compartido mas de una vez con la criada, permitiéndolo así el cielo, sin duda alguna, para que no quedase ningun ser racional, entre todos los que me rodean, que dejase de pertenecer á la noble aristocracia del talento. Mi criado se mostró altamente satisfecho con su nuevo oficio, y comenzó á armar tan terribles peloteras con los cajistas, que me rió de las discusiones de tantos literatos de café como brillan en todas partes. La fortuna fué que por aquellos dias no sabia el buen Juan ni leer ni escribir, que á no ser eso se echa desde luego á literato lo mismo que yo, y no me deja tiempo para lucirme solo. Pero el diablo que todo lo enreda, quiso mas adelante criarme un rival, y el bribon de mi criado comenzó poco á poco á hacerse hombre de provecho, acabando por saber escribir una carta en ménos de seis años. Yo no habia notado su aficion á las letras, ni podia pasarme por la imaginacion que pudiera remontarse tan

alto. ¿Cuál no seria mi sorpresa por lo mismo, cuando le vi en estado de corregirme las pruebas y de corregírmelas bien? Yo debia alegrarme de sus adelantos, pero la ruin envidilla y un vago temor de que con el tiempo pudiera subírseme á las barbas, pudieron mas en mi corazon, que el deseo de fomentar sus progresos, y le dejé abandonado á sí mismo. Con esto y con llamarle zopenco con mas frecuencia que ántes, creí evitado el peligro, y mi susto se calmó poco á poco. El ha aprendido á leer y á escribir, me decia yo en mis adentros; pero de eso á bambalearse como hombre de letras, va un paso de gigante. Y cuando quisiera echarla de escritor, ¿qué daño podria hacerme á mí? El no me ha de lanzar de la altura en que me veo, ni ha de ser un genio como yo. Todo lo mas que el pobrecillo podrá hacer, será escribir una mala carta á su muchacha, ó suponiendo cuanto hay que suponer, desempeñar alguna que otra chispilla en este ó en el otro periódico, para tener la satisfaccion de decir una desvergüenza á todos los que valgan mas que él.

Así decia yo para mi capote, pero mi criado pensaba de un modo mas avanzado que yo, y todos mis cálculos vinieron á tierra. Ojeando periódicos por aquí, leyendo poesías por allá y llevando y trayendo pruebas por acullá, ha ido poco á poco adquiriendo tan notable desarrollo en su genio, que aun cuando es un bárbaro como tengo dicho, me da ya quince y falta en materia de literatura. Para que ustedes se convenzan de esta verdad, oigan ustedes la conversacion que tuvimos anoche, y vean ustedes si el ex-zopenco de mi criado lo entiende.

— Amo mio, me dijo, entrando con unos papeles: ahí tiene usted esas segundas pruebas que acabo de traer de la imprenta.

— ¡Malditas pruebas! contesté amostazado. ¿Es posible que han de venir siempre cuando uno tiene otra ocupacion? ¡Bueno saldrá ahora el artículo de La Risa, teniendo que interrumpirlo á lo mejor del cuento!

— ¡Hola, señorito! ¿Con que estaba usted escribiendo para La Risa? Pues lo que es por interrumpir la tarea, no debe darle á usted cuidado, porque .... aquí para los dos,

señorito .... ¿sabe usted que me ha ocurrido á mí escribir unos versos, que mejorando lo presente....

— ¡Cómo! ¿Qué es lo que dices de versos?

— Nada, señor ... sino que como he oido que sentia usted dejar interrumpido su artículo, me ha ocurrido ofrecerle una epístola poética que acabo de escribir, con la cual podria salir usted de su compromiso, enviándola al director de La Risa.

Oir la propuesta y echarme á reir como un bárbaro, vino á ser todo uno.

— No hay que burlarse, señorito, me dijo él con cierto gesto un sí es ó no es avinagrado. Cada cual tiene el alma en su almario, y cuando otros hacen versos, no sé porqué no los he de hacer yo.

— Convengo en ello, le contesté; pero ¿sabes que me has dejado patitieso? ¿De dónde sacas ahora esa habilidad, tú tan majadero y tan...

— Pues! Siempre con que soy un zopenco, y siempre con la misma cancion. ¿Sabe usted, señorito, que eso es una horrible injusticia? ¿Sabe usted que si le presento las composiciones que tengo hechas, se muere usted ahí de repente? ¿Sabe usted, que si le leo mi primera imitacion de *Zorrilla* ...

— ¿De *Zorrilla?* ¡Ay, Dios mio, y qué bien parado habrá quedado el modelo!

— Poco á poco señor ... que se me acaba ya la paciencia, y si no quiere usted dispensarme el favor que le pido, voy yo solo al director de La Risa, y estoy seguro que al ver una composicion tan original...

— Oh, lo que es original ya me figuro que no podrá ménos de ser... Pero en resumidas cuentas, ¿qué es ello?

— Eso es ya otra cosa, señorito; y puesto que se aviene usted á la razon, iremos por partes. En primer lugar, ya sabe usted que estoy perdido por mi antigua compañera de profesion.

— ¿Y qué compañera es esa?

— ¡Toma! ¿Quién ha de ser? La criada.

— ¡Cómo, bribon! ¿tú tienes trapicheos con...

— ¡Eh! que yo no digo mas sino que la quiero, pero como ella no me quiere á mí...

— Es decir que no hay peligro de...

— Sí, buen peligro! Y es mas áspera que una zarza, y por eso cabalmente he ideado el medio de ver si la puedo hacer mas accesible, escribiendo la poesía en cuestion.

— ¡Jesucristo! Y me buscas para...

— ¡Dále! Si yo quiero casarme con ella, y ella no quiere casarse conmigo, ¿es acaso pecado que trate de...

— ¿Con que tu fin es honesto?

— Pues ya se ve que lo es: pero es el caso que ella no me puede tragar, como digo á usted: y como tengo otra muchacha que me quiere, y como no es mi vocacion estarme soltero toda la vida, he determinado decirle que si persiste en su trece, me caso con la otra, y se acabó. A esto se reduce todo.

— ¿Con qué ese es el asunto de tu composicion? Pues lo que es hasta ahora, no veo en la idea maldita la originalidad.

— Es que lo original no está en la idea, señorito, sino en la ejecucion. Oiga usted.

Y diciendo y haciendo, me leyó la carta siguiente, no sin mirarme en cada uno de sus apartes, como para observar en mi rostro el efecto que su lectura me hacia.

Querida Melchora: Me alegraré mucho que al escribir la carta que te estoy escribiendo, te encuentres libre de mal.

Yo estoy bueno, gracias á Dios primero, y luego á Don Roque el médico, que me ha sacado libre de la última sofocacion.

Sofocacion que, si bien se mira, se debe á tu terquedad maldita en mostrarte ingrata con quien te quiere mas que al Perú.

¿Será posible que los ojos tuyos nunca se han de volver á estos dos ojos mios? ¿Nunca nos hemos de unir? ¿Y por qué?

Tú sabes que tengo un corazon tan muerto por tus gracias, que no hay ningun hombre, hablando así comunmente, que tenga mi amor.

Tú en tanto te burlas de mi paciencia, y juro á San Antonio, que si ahora te burlas tambien, ya no he de escribirte á fe de Juan.

Casémonos luego, ó por Jesucristo ó por su Madre, te digo que no espero mas, pues van ocho años que me haces el bu.

Leonarda me quiere, y todos los dias está diciendo á todos que si me caso con ella, mi dicha está resuelta ya.

Piénsalo, pues, porque te digo otra vez (y va con la formalidad que me caracteriza), que te dejo si haces el huron.

Espero respuesta sin tardanza, porque es ya tan dura mi suerte, que á fin de acabar el retintin concluyo diciendo:

JUAN.

— ¿Qué tal, señorito? preguntóme mi criado lleno de satisfaccion, apénas acabó de leer su misiva. ¿Qué la ha parecido á usted mi composicion?

— Me ha parecido, le contesté, que ó careces de sentido comun, ó has debido traguear hasta dejártelo de sobra. ¿No me has dicho que ibas á leer una composicion poética?

— Sí señor.

— Pues ¿á qué viene leerme esa estravagante epístola en prosa?

— ¡En prosa dice usted! Ya veo que tiene usted orejas de ganso, y que el que carece de sentido comun es usted.

— ¿Cómo es eso, insolente?

— Como que veo que habré de tomarme el trabajo de darle á usted una leccioncilla de poética, puesto que desconoce la clase de metro en que se halla escrita esa carta.

Yo estaba como quien ve visiones, y hasta llegué á dudar si el que habia empinado el codo era yo.

— Dígame usted, prosiguió mi criado: ¿ha leido usted á *Hermosilla?*

— Este animalote se ha empeñado en examinarme de bellas letras, dije yo para mí; pero deseoso de ver en qué venia á parar la interpelacion, ¿á qué viene esa pregunta? le contesté.

— Repito que me responda usted categóricamente.

— Y bien; le he leido: ¿qué tenemos con eso?

— Que si lo ha hecho usted con la debida detencion, no podrá usted negarme que en la obra titulada *Arte de hablar en prosa y verso*, ha compendiado su autor todo lo mejor que en materia de preceptos se ha escrito; y que esto supuesto, la autoridad de esa obra es sin disputa de lo ménos irrecusable que puede darse desde *Aristóteles* á *Horacio*, desde *Horacio* á *Boileau* y desde Boileau hasta nuestros dias.

— Sabes, Juan, que estoy aturdido con las citas que acabas de hacerme? ¡Cuerpo de Dios con el nuevo literatillo! Pero dejando chanzonetas á un lado, digo, querido Juan, que cuando *Hermosilla* se limita á esponer pensamientos ajenos, no hay duda que lo hace muy regularmente; pero cuando se empeña en discurrir por sí, casi siempre lo echa á perder. ¿Qué apostamos ahora á que vas á citarme alguna majadería Hermosillesca? Porque yo te veo venir, y ese de invocar la autoridad de ese preceptista en apoyo de tu epístola...

— Pues ya se ve que la invoco, y usted me dará la razon. Y si no, dígame usted: la primera cláusula del Quijote ¿está escrita en prosa ó en verso?

— Mira si decia yo que ibas á citarme alguna majadería.

— Poco á poco con eso, señorito, que la cláusula en cuestion tiene tantos versos cuantos son los renglones en que *Hermosilla* la distribuye. Y si no, mire usted.

En un lugar de la Mancha
de cuyo nombre no quiero
acordarme, no ha mucho tiempo
que vivia
un hidalgo
de los de lanza
en astillero,
adarga antigua, rocin
flaco y galgo corredor.

¿Negará usted que los dos primeros renglones son dos versos octosílabos, el tercero uno de nueve sílabas, el cuatro y el quinto dos de cuatro, el sesto y el sétimo dos de cinco, y el octavo y el noveno dos heptasílabos agudos, que equi-

valen por lo mismo á octosílabos? ¿Qué dice usted á esta prueba *sin réplica?* [1])

— Digo *que me he quedado estupefacto*, como dice el autor á que aludes; *al encontrar nada ménos que nueve versos en la primera cláusula del Quijote.* No lo esperaba yo ciertamente....; pero es el mal, que para que resulten los tales versos, es preciso ante todo tener orejas de ganso, como dices tú, para no conocer la violencia que se hace al sentido; lo cual no quita que si yo me pongo á hacer anatomía de esa cláusula de otra manera distinta, resulte otra combinacion de versos distinta tambien; versos empero, que en el mero hecho de ser de diversas medidas, se destruirán como los de arriba, los unos á los otros, quedando por consiguiente reducida la cláusula en cuestion á prosa y purísima prosa, pese al magin de *Hermosilla* con toda su erudicion y con todas sus cavilosidades. Con que oido lo que tenia que contestar á la prueba *sin réplica*, dígote que me dejes en paz porque no tengo el tiempo para oir disparates; y si todo el mérito de tu composicion consiste en haber hecho una *ensalada* como las de que habla *Rengifo,* ó como la que *Hermosilla* quiso hacer de la primera cláusula del Quijote....

— ¡Victor! esclamó mi criado saltando de gozo. Usted va á caer de su asno, y...no hay remedio! Mi epístola tendrá el honor de figurar en las columnas de La Risa!

— ¿Y por qué?

— Porque he dado un paso más que *Hermosilla*, y la originalidad de mi composicion consiste cabalmente en constar de versos simétricamente iguales, y en rigorosa consonancia á mas de eso. Lea usted, lea usted: cada aparte de mi carta es una estrofa, y cada estrofa una quintilla.

— Me dejas aturdido con esa relacion. Versos ... estrofas ... consonantes ... quintillas ... Pero ¿será violentando tambien el sentido?

---

[1]) Así la llama el preceptista citado. Véase el *Arte de hablar en prosa y verso,* tomo 1., página 390.

— Pues! como violentaba *Hermosilla* el de la primera cláusula del Quijote. ¿Oye usted?

— En efecto ... es verdad. ¿Habrá diablura como ella? ¿Sabes, Juan, que tu ocurrencia es graciosa? ¿Pero sabes tambien que si la envío á La Risa, no faltará quien crea que has hecho esa composicion para ridiculizar...

— ¿Y qué me importa á mí que crean las gentes lo que quieran? Lo que á mí me interesa es que acceda usted á mis ruegos, á ver si leyendo Melchora su nombre en letras de molde ....

— Oh! Melchora seria un estuco, si viendo la agudeza de tu ingenio y la ternura de tu pasion, dejase de coronar con su cariño las amorosas ansias de quien tan gallardamente se espresa. Tu epístola irá á La Risa: no tengas cuidado.

Y en efecto, señores lectores, la carta de mi criado existe ya en la página anterior; pero para evitarles á ustedes la molestia de hacer por sí mismos la consabida operacion anatómico-hermosillesca, procederemos á insertarla otra vez en los términos en que debe leerse. Abran ustedes las orejas, y oigan:

A MELCHORA.

Querida Melchora; me
alegraré mucho que al
recibir la carta que
estoy escribiendo, te
encuentres libre de mal.

Yo estoy bueno, gracias
Dios primero, y luego á Don
Roque el médico, que me ha
sacado libre de la
última sofocacion:

Sofocacion que, si bien
se mira, si debe á tu
terquedad maldita en
mostrarte ingrata con quien
te quiere mas que al Perú.

¿Será posible que los
ojos tuyos nunca se
han de volver á estos dos
ojos mios? ¿Nunca nos
hemos de unir? ¿Y por qué?

Tú sabes que tengo un
corazon tan muerto por
tus gracias, que no hay ningun
hombre, hablando así comun-
mente, que tenga mi amor.

Tú en tanto te burlas de
mi paciencia, y juro á San
Antonio, que si ahora te
burlas tambien, ya no he
de escribirte, á fe de Juan.

Casémonos luego, ó
por Jesucristo ó por su
Madre, te digo que no
espero mas, pues van o-
cho años que me haces el bu.

Leonarda me quiere, y
todos los dias está
diciendo á todos que si
me caso con ella, mi
dicha está resuelta ya.

Piénsalo, pues, porque te
digo otra vez (y va con
la formalidad que me
caracteriza), que te
dejo si haces el huron.

Espero respuesta sin
tardanza, porque es ya tan
dura mi suerte, que á fin
de acabar el retintin
concluyo diciendo: — Juan.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

EL SOMBRERO.

Yo, aquí en donde ustedes me ven, soy un cristiano como una loma, aunque mi padre es el moro *Abenamar*. Pero ¿qué tiene que ver toda esta algarabía con el sombrero? dirá el lector en sus adentros. Tiene que ver, y á verlo vamos. El susodicho *Abenamar* (estilo que huele á fiel de fechos que trasciende) cantó en uso de su soberanía moruna la invencion ridícula del *corbatin*, las atormentadoras *ligas* y las *medias* agarrotadas por esta. De aqui se desducen dos consecuencias: primera, que ya no son solos los verdugos los que dan garrote; y que tampoco son solos los reos los que son agarrotados. Un verdugo mas ¡qué horror: las *ligas*: una víctima mas de tantas inocentes como se sacrifican en holocausto de la patria y de la libertad; ¿quién dirán ustedes que es? ¡qué lástima de criaturas! .... las *medias*. Segunda consecuencia que mi señor papá, en vez de *progresar*, ha *retrogrado* en sus cánticos risueños; pues desde el pescuezo ó cuello, ó como lo quieran ustedes llamar, ha descendido nada ménos que á las pantorrillas de la especie humana. Yo, como hijo suyo, y *heredero de su gloria* quiero remontarme á mas altura, y ascendiendo de las pantorrillas, me soplo de un brinco en la parte alta del cerebro, de tal manera, que me coloco en una posicion que domina el hombre. ¡Tal es el afan de dominar en nuestros tiempos! Pero en mi ascenso *sombreril*, ruego al dios Momo que no me suceda lo que al compadre Icaro, y me rompa la crisma en el santo suelo, aunque yo no llevo alas de cera, como reza la señora Fábula (que, entre paréntesis, es una señora muy embustera), ni aunque no haga un sol que se achicharra los gorriones. Bien: se me ha puesto en el magin que mi pobre articulejo no vaya en verso; en primer lugar, porque es mas original en La Risa, en donde las celebérrimas odas á las *Judías*, *Salchichon*, *Tabaco*, *Ajos* (¡vaya un potaje!) merecen justamente la fama europea de que disfrutan; en segundo lugar, porque estoy harto hasta el esófago de versos; no se oye otra cosa: «el drama, nuevo, original y en *verso*: la comedia, nueva, original y en *verso*: el picaruelo del muchacho ya hace versos;

pero ¡cuánto verso trae el periódico A ó la revista B!: y versos y mas versos, que es seguro que si se encontrara una máquina, que por medio de una operacion química redujese los versos á líquido, nadaria la generacion actual en un piélago de sonetos, décimas, epígramas, endechas, octavas reales y epitafios. Tampoco quiero jugarla de rigorista, ni de *machacon*; en mi artículo habrá de todo, sapos y culebras, como suele decirse, pues que no es conveniente escribir con *arreglo* á las *reglas* en toda una *enciclopedia* de estravagancias.

Me encajo pues en cuerpo y alma en el sombrero; no es decir esto que se zampe de patas mi humanidad dentro del sombrero, sino que voy á tratar de él.

No voy á cantar las glorias del sombrero,

> le tengo un odio mortal,
> y es odio tan fulminante,
> que lo ponia al instante
> en *estado escepcional.*

Esta no es una alusion política, es una alusion estravagante. No cogeré yo la trompa de Homero, ni de Virgilio para hacer de mi artículo «el sombrero» una *sombrereida* ó una *sombreriliada.* Nada de eso, ni entonaré vertiendo por las narices á quintales el tono magistral:

> . . . . . .
> y con acento fiero
> las glorias canto del primer sombrero.

Tampoco escribiré á lo *clásico*, siguiendo el cómputo cronológico de los tiempos, encabezando mi artículo con una cita correspondiente, y encajando despues por via de instruccion profunda, cinco ó seis inscripciones en latin, halladas en los sepulcros del rey Carrion y de la reina Doña Urraca; deduciendo de ellas que en tiempo de sus majestades se usaban ya sombreros en figura de paralelepípedos prolongados, con cada cerda de media para.

Tampoco seguiré la pauta de los señores *románticos*, ni cantaré las ridiculeces del sombrero, como ellos lo hicieran, en esta chocante cuanto estrafalaria forma:

FRAGMENTO.

EL SOMBRERO.

I.

. . . . . .

. . . . . .

Allá de las nubes el rayo resbala
rompiendo los aires cual ángel de luz,
y en hilos de niebla plegados al viento
esconde la noche su negro capuz.
De antiguo castillo poblado de buhos
los ecos salian de opaco rumor,
y el trueno á lo léjos rodando entre peñas
allá en los sepulcros causaba pavor.

. . . . . .

II.

El triste sombrero en tanto
flotaba allá en la laguna,
y el dueño sumido en llanto
entona lúgubre canto,
maldiciendo su fortuna.

. . . . . .

. . . . . .

III.

. . . . . .

Ya han visto ustedes que no me peta ninguno de los géneros de escribir, arriba citados, y que por consiguiente mi lema constante es el de «*independencia y sopas.*» El artículo del sombrero parecerá que lleva sobrado exordio; así como así á los sombreros les sobra copa y les falta ala, luego en algo nos hemos de parecer. Basta de prolegómenos, y vamos al grano. Sin ir muy léjos, nos encontramos de manos á boca con los *chambergos*, que fué una de las frutas que nos vinieron allende del Pirineo. Siempre nos hemos pirrado por imitar. ¡Viva el españolismo neto! Sombreros de suyo ridículos y estravagantes, que nos regalaron los flamencos. Ala, un paraguas ambulante; copa, una taza puesta boca abajo, y una pluma que remataba la ridiculez, pues parecian gallos ingleses los caballeros de la corte de Felipe IV. Así los bautizó *Lope de Vega*:

Y ¿qué es ver tanto maton,
muy erguido y puesto al olio,
con *sombrerazo de á folio*,
ostentando el espadon?

Sombrerazos de á folio eran, sí señores mios, los que quisieron resuscitar los estudiantes de la M. H. V. de Madrid. Ni al mismo demonio en figura humana se le ocurre semejante atrocidad. Y digo yo, comentando á Lope de Vega, al recordar aquellas máscaras estudiantinas:

¡Qué era ver en esta villa
tanto colegial al alio,
con sombrerazo de á folio,
cual raton bajo escudilla!

Dejando aparte estas semi-embarcaciones, que yacen postradas en las aguas del rio del Olvido, pasemos á otras no ménos estrafalarias que estas. ¡Oh sombrero de *tres candiles*, que posaste, cual mosca en calavera de calvo, en la empolvada y enmelenada cabeza de Fernando VI! ¡Un rey, todo un Rey con *tres candiles* en la cabeza!

Gran Federico, el Valiente
no contando veinte abriles,
llevó su correspondiente
sombrero de tres candiles.

No debo hablar mas de él, porque lo de tres candiles es suficiente para calificar de malo, no digo á un sombrero, sino á un hombre que tenga exactamente las tres virtudes teologales, que son: *fe*, *esperanza* y *caridad;* es el símbolo de hacer á tres palos; y el de soplar el aire por tres partes, es decir, por norte, mediodía y saliente, que en ese caso es el hombre una torre de Santa Cruz con tres veletas.

Y aunque es cosa algo alegórica
lo que acabo de decir,
siempre es justo permitir
una figura retórica.

Los sombreros llamados de *tres picos* ocupan en nuestra historia un lugar importante. Yo... casi me dan tentaciones

de defenderlos. Su orígen, sin embargo, es sangriento, es revolucionario. Cansados los *picos* de estar horizontales, se *pronunciaron* contra sí mismos, que el *pronunciarse* contra sí mismo es el peor de los *pronunciamientos*. Hubo aquello de andar al morro que era una bendicion de Dios, y el resultado de la refriega fué que salió vencedor el de mas fuerza, cosa que sucede muy á menudo, quedando perpendicular y alzando la cabeza al cielo como quien dice: «aquí estoy yo.» Los otros dos *picos* quedaron horizontales como antiguamente, y con la humillacion del que sale vencido, parece que están diciendo «perdon». No puedo asegurar el dia de la batalla, conocida con el nombre *de los picos;* pero sí puedo decir que sucedió mil años ántes del nacimiento de nuestro señor Jesucristo; la hora permanece ignorada, pues todavía no se habian inventado los relojes.

Hé aquí el orígen de los sombreros de *tres picos*. Sombreros que pululaban por entre la sabiduría en las universidades, en donde eran el símbolo del hombre. Yo saco de aquí una consecuencia un poco hambrienta: que los libros y las cucharas de palo han estado unidos siempre en este pícaro mundo, luego *hambre* y *sabiduría*, sinónimos. Pulularon.... hasta en la tauromaquia ¡qué horror! un torero con sombrero de tres picos, es lo mismo que un coracero con enaguas. El ver en la plaza de toros de Madrid al tio Pedro Romero (y no á Don Pedro Romero) dar una limpia estocada á *volapié*, con un sombrero de *tres picos* encasquetado hasta los ojos, era el anacronismo mas atroz que han visto los nacidos. ¡Qué cosas tenian nuestros abuelos! ¿Y dónde me dejan ustedes

ver á tantos muchachones
que bien pobres ó bien ricos
con sombreros de tres picos
parecian ya *ochentones?*

Los tales picos fueron ruines y miserables hasta en el número, eran tres solamente, no pudieron llegar á cuatro. Verdad es que los llevaron Moratin, Melendez, Floridablanca y otros muchos sabios, que, perdóneme su ausencia, á pesar de su sabiduría y su talento, eran ridículos y estravagantes.

El capitan del siglo, se me dirá, el grande Napoleon, el vencedor de Austerlitz y de Marengo, llevó sombrero de *tres picos*. Cierto, certísimo, y á fe, á fe que no me dejarán mentir las aleluyas. Pues á eso respondo yo *mal* imitando á Iglesias:

¿No veis á Napoleon
con la cara de guerrero?
Pues con su rostro, sombrero,
su carácter de leon
y sus sesos de elefante,
era un hombre estravagante.

Basta de sombreros de tres picos; y vamos á otros que se pasan de *chatos;* miéntras rezo á aquellos el siguiente

EPITAFIO.

ajo esta losa se estén
requiescant in pace. Amen.

Los sombreros de *copa alta* se presentan á nuestra vista. ¡Cuántas variaciones ha inventado la pompa vana de los hombres! Qué de ridiculeces en los sombreros! ¡Oh necedades mundanas! Pero... no señor, esto va muy triste, no me acomoda seguir como lo podria hacer un esclaustrado hambriento, que son dos gracias divertidas.

Ya sombreros en forma de alcuza boca abajo, ó hablando geométricamente, de figura cónica. Estos no los llevan ya mas que los cesantes, quienes los sacan del polvo del olvido, de entre muebles viejos, de algun desvan lleno de telarañas, y que permanecian jubilados. Ya sombreros á lo setembrista; copa baja, ala ancha y sus borlas correspondientes, que no parecia sino que llevaban el progreso colgado de las borlas. Ya sombreros en forma de morrion, derechos como husos. En fin, sombreros á la dernière. Estos son unos sombreros en miniatura, propios de gente menuda, de jovenzuelos chiquilicuatros y de personas de cabeza redonda, son por decirlo así, escrúpulos de sombreros. No se apuren ustedes, que ya inventarán *les français* otra clase de sombreros como los de los maragatos, y váyase la una por la otra.

Tambien hay sombreros con ... (no me atrevo decirlo) ...

con .... *con grasa!!* Traslado á la oficina de Don Abundio. Los *calañeses*... ¿para qué hablar de ellos? si de cualquiera manera que consideren usted al *sombrero*, les parecerá ridículo.

Y ya cargándome están
que su moda es tan *cargante*,
que tentaciones me dan
de encasquetarme un turbante
como el que lleva el sultan.

EDUARDO LOPEZ PELEGRIN.

MARIQUITA LA PELONA.

CRONICA DEL SIGLO XV.

Vituperable cosa paresce traer de contino palabras en la boca, de las cuales la sinificacion no se cala, como quier que mancilla seya del home de seso fablar de aquello que non entiende. Dígovos esto á los que la presente relacion hobiéredes á las manos, por cuanto bien os habrá veces fartas acaescido mentar á *Mariquilla la pelona*, é yo tengo para mi sayo que ansí quien fué Mariquilla la pelona sabredes, como sé yo quien se hobo de comer el gallo de la pasion, magüer barrunto que seria certamientre una boca. Quiérovos por ende tirar de inorancia sobre tal subjeto, é vos aviso que la tan remembrada María fué nascida en tierras de Segovia, et en la villa de Sant-García, llamada villa asaz famosa por la fermosura de las mancebas que cria, las cuales tan gentiles é donosas caras han de ordinario, que tales véalas yo en torno de mí á la hora de mi muerte. Padre fué de María un honrado labrador, de nombre Joan Lanas, cristiano viejo é bien quisto é non mal heredado, é de bien poca sal en la mollera, cosa que al padre é á la fija mucho de mal andanza trojo, ca en los tiempos que alcanzamos, Dios me perdone si non es fuerza mas haber de bellaco que non de bendito. Fué ansí que Joan Lanas, por malos de sus pacados, hobo de haber una litigacion con un su vecino sobre un parral que valdria fasta cincuento maravedís; é habia razon Joan, é diéronjela los jueces, en guisa que ganó la lite, salvo que non duró

ménos de diez años nin le montó de costa menos de cinco mil maravedís, amen de un mal de ojos de que vino á fincar ciego á la postre. Como se topó menguado de facienda é sin la vista de los ojos, aborrido é desconortado fizo dineros lo que del heredamiento de sus mayores leijárale la afambrida grey de letrados é de curiales, é tomó la via de Toledo con la su fija que entrada en los disiseis años, habíase fecho una de las mas garridas, apuestas é apetescibles doncellas que se pudieran fallar en Castilla é reinos allende. Ca ella era blanca al par de la azucena é colorada al par de la rosa: derecha é alta de estado, enjuta de talle é recia de cuadriles: otrosí habia la mano et el pié á maravilla pequeños é redondicos, é una mata de pelo que le decendia fasta las corvas. E yo conoscí á la viuda de Sarmiento que fué ama de llaves suya, la cual me contaba como cuasi non podia abarcarle el tronco del pelo con ambas las manos, é que non de otra guisa podia peinarla, sinon puesta la doncella de pié, é sobida el ama en una tarima; ca si María se asentara, barrerleia su luenga cabellera el suelo, et ansí enmarañaríasele toda.

E non vos figuredes que por ser tamaña su beldad é donaire pecase grandemientre de soberbiosa é casquilucia, segund que las rapazas de ogaño suelen: homildica era como una lega de caostra, é callada como si mujier non fuese, é sofrida como la corderilla que mama, é afanadora como la hormiga, limpia como el arminio, é honesta como una sancta del tiempo en que por la misericordia del muy Alto nascian sanctas en el mundo. Fiduciarvos he empero en amistanza que habia nuestra Maricuela vanidat non poca del su cabello, é folgaba de lo mostrar; é por ende, oras en la calle, oras en visita, oras en misa fuese, diz que soltar el manto sotilmente solia fasta lo derribar en los hombros, facendo de la olvidadiza é mal cuidosa: tocas no traia nunca so la montera, ca decia que la ponian congoja é afogo; é cada que su padre reprochábala por algun fecho punicion meresciente, é amenazábala de le toller el cabello, júrovos que se dolia tres tantos mas que una vuelta de zurriaga, et estonce era buena tres semanas arreo; á tanto que Joan Lanas catando la enmienda reia á so capa, é fablando su fabla con los sus

compadres decíales que la su fija ganar habia, como la otra sancta de Secilia, el cielo por los cabellos. Leijado este tema, conviene que sepades que Joan Lanas el ciego con trocar de tierra é posada non trocó de meollo, é si mentecapto era en Sant-García, mentecapto fincó en Toledo, consomiendo hi los sus dineros con físicos é zurujanos roines que non le sanaban la su ceguera é le empobrescian cada dia mas; que á non haber seido su fija tan ducha en labrar é guarnir paños de lino, lana é seda, yo vos prometo que el cuitado de Joan verseia mas de cuatro disantos sin alcandora que se poner nin bocado que yantar, fueras ende que non lo demandara de puerta en puerta. Años pasaban, é María cada vegada mas fermosa, é su padre cada vegada mas ciego é mas ganoso de ver; fasta que la pesadumbre é coíta le acució en cuer é magin tan fuertemientre, que María hobo de conoscer claro como la lumbre del sol que si el su padre non cobrase la vista, finara de pena. A la hora María tomó á su padre é levólo en cas de un físico arábigo de grand saber que moraba en Toledo, é dijo al moro de catar si el viejo habia cura de su malatía. El arábigo cató é tentó á Joan é fizo con él esas et esotras probaduras, é todo paró en que el físico ficiese juras por el zancarron de Mahoma de que habia certinidad de guarir á Joan facendo que tornase á ver á su fija, á tanto que se le pagase la guaridura con quinientos maravedís de oro en oro ¡asedo cabo de tan sabrozo comienzo, ca los dos lacerados de Joan é María no habia en hucha nin maravedí nin blanca! Fuéronse dende mohinos, é María non cesaba de orar al señor Sanct-Illan é al señor Sanct-Jego que les quisieran acorrer en tan áspero trance. «¿De dó, cavilaba ella en sus adentros, de dó tirar quinientos maravedís para ser quitos con el honrado moro que tonarleia la vista de los ojos al triste de mi padre? A la he, yo garrida moza é amartelados de sobra cuento, pecheros é hidalgos, que me endilgan quillotros é gentilezas; mas todos son mancebillos pitofleros que de al non curan que de sus garzonías é buscan barraganas é non dueñas segund la ley de Don Jesu-Cristo. Mémbrome non obstante que frente de casa mora el espadero maese Palomo, que de contino me mira é

remira é nunca me fabla; é ansí la Vírgen me ayude que me paresce el home de asaz buena masa para marido; pero ¿cuál mochacha, no seyendo tuerta nin gibosa, podelleia querer con aquello nariz tan chata, con aquella color de dátil maduro, con aquellos ojos de beserro mortecino, é con aquellas manazas que mas aína semejan de animalia bruta que de persona que en las folguras de amor falagar blandamientre debe á la fembra que la suerte le depare para la su compaña? Diz que non seya nada embriago nin apaleador nin doñeador nin mintroso, é que seya otrosí grandemientre cabdaloso é rico: lástima que tales partes adune quien es tan grandemientre feo é tozudo.»

Dando é tomando en esto llegaron Joan é María á su posada onde atendiéndolos un escudero estaba con loba de luto; el cual dijo á María que su tia del corregidor de la cibdad era muerta en estado honesto et en la flor de su edad, ca non habia complido los setenta, é que habiéndose de facer las obsequias de la doncellica setentañona al otro dia, fuerza era que el su atahud fuese levado á la iglesia por doncellas, é veníale á pescudar á María si plazríale de ser una de las porteadoras de la finada, é daríajele nn hábito blanco é de yantar é un ducado é las gracias por añididura. María, á fuer de manceba bien endotrinada, respondió que si el su padre venia bien en ello, ansimesmo vernia ella: Joan acetó, é María regodeóse de poder andar á facer alarde de su cabellera, ca sabido es que las mochachas que levan á soterrar á otra van desmelenadas. E cuando á la otra mañana las dueñas de la corregidora aderezaron á María con el hábito blanco como el ampo de la nieve é fino como piel de cebolla; é cuando rodeáronle al cenceño talle una faja carmesí de seda cuyos cabos pendian fasta el ancho ruedo de las baldas; é cuando cingiéronle una corona de blancas flores por la su tersa é candidísima frente; dígovos que con el hábito é la faja é la corona, é la fermosa cabellera tendida, é la muy mas fermosa faz é continente suyos, non semejaba fembra de carne é de hueso formada, sinon sobrehumana creatura ó bienaventurada moradora de los lucientes cercos onde asisten las célicas hierarquías. Saliéronla á ver

á la sala el corregidor é los del duelo, e todos de contino loaban á Dios á quien tan miraclosas obras plega facer para consolacion é solaz de los en el mundo vivientes. E allá en un rincon de la sala yacia inmóvile, come bulto de peña labrado, uno de los del mortuorio con el capuz de la loba echado, que non se le cataban mas de los ojos, los que habia de hito en hito enclavadas en la garrida doncella, la cual traia los ojos honestamente abajados al suelo, é un poco doblegada la cabeza, é un poco coloradas de vergüenza las mejillas, magüer la sabia farto bien oir los loores que de su gentileza facian. Abrióse á deshora un cancel, é comenzó de asomar una grande comba de saya, que al non era que la tripa de la corregidora, la cual paresció al cabo de dos brazos de vientre, ca estaba en dias de parto; é como vido á María fincó hi parada, desanchó los ojos de un jeme, mordióse los bezos é llamó á su marido: departieron juntos una buena pieza, é fuéronse dende, é cuando tornaron, ya los del mortuorio eran idos.

En tanto que dan tierra á la defunta, quiérovos decir, curiosos leyentes, como el corregidor é la corregidora eran desposados luengos años habia sin haber fijos; é cobdiciábanlos como el campero la pluvia de mayo, é por fin habíale tocado su hora de bendicion á la corregidora con grande contentamiento del su marido. Sonrugíase que la tal dama siempre habia picado en antojadiza: ¡juzguedes si serloia en el tiempo de su preñedad! E como frisaba ya en los cincuenta, era ya mas que medianamientre calva é sin pelo, é mismamente aquellas dias habia encomendado á una barbera que vivia en olor de bruja que le adobase una cabellera apostiza, salvo que non habia de ser de fembra defuncta, ca sesudamente decia la corregidora que si el cabello era de defuncto que gozaba de la superna gloria ó lastaba sus pecados en el purgatorio, profanamiento era levar prenda suya; é si yacia en el infierno, espantable cosa era traer en somo de la persona reliquias de un cuerpo damnado. E desque vido la corregidora la cabdalosa melena de María, antojósele para sí, é por eso llamó en poridad al corregidor, é rogóle afincadamientre de reducir á María á dejarse pelar, en tornando que tornase del mortuorio. — «Afírmovos, decia el corregidor,

que pretendedes cosa bien peliaguda de recabdar, ca en tal guisa idolatra en su cabello la moza melenuda, que mas aína endurará que la manquen de un dedo, que leijarse toller un mechon de la crencha.» — «Yo vos aseguro, respondia la corregidora, que si hoy en este dia no finca por mi mano rasa é monda como un melon la cabeza de esa rapaza, lo que albergo en el vientre tiene de sacar una cabellera pintada en el rostro, é si acertase á ser fembra, catad ¡qué donosa fija se vos apareja!» — «Parad mientes en que María demandará quizáves por el trasquileo muy buenos escudos.» — «Parad mientes en que si non, malograr habedes vueso heredero ú heredera tan á duras penas generado, é remembrad de pasada que non sodes tan mancebo que debades fiduciar de reponerlo con otro.» Tornóle con eso al corregidor la espalda é partió para su aposento gritando: «cabellera pido, cabellera quiero, é si cabellera non he, para mi santiguada si nunca pariere.»

Habíase en tanto fecho el entierro sin mas novedad que de mentar fuese, si non que cuando por las calles algun maleante queria entre la multitud urgar á la fermosa María, el encapuzado de quien ayuso mencion ficimos, tiraba con prestedumbre una correa de so la loba, enderezaba un gentil zurriagazo al descomedido sin le decir palabra, é seguia cabadelante cual si non hobiese acontescido. Tornado el acompañamiento del duelo, el corregidor trabó de la mano á María é díjole: «ora bien, honrado doncella, menester es que departamos los dos un poco en esotra cuadra», é diciendo é faciendo metióla en el camarin de su mujier é asentóse en un sitial et inclinó la cabeza é manoseóse la barba en ademan de quien estodia el comienzo que conviene dar á la plática. María, un tanto abobada é confusa, fincó de pié frontera del corregidor, é abajó tambien homildemente los sus ojos negros como la endrina; é por facer algo, meneaba blandamente sobre la falda los cabos de la faja que le apretaba la cintura, non sabiendo qué se prometer del gravedoso gesto é silencio largo del corregidor, quien alzando la vista é catando á María de suso ayuso, como la vido en positura tan modesta, priso dende motivo para saltar diciendo: «pardiez,

María, que traedes un porte tan recatado é sanctimonioso, que á tiro de ballesta se conosce que vos criades para monja tocanegrada; é si esto ansí fuere, cual me presumo, yo vos ofrezco de negociar como entreis en caostra sin dote, á trueco de que me regaledes cosa que va en somo de vos é que estonce non vos será necesaria.» — «Prométovos, señor corregidor, repuso María, que non creo me llame el Señor por aquese camino, ca estonce mi pobre padre fincaria sin el báculo de su vejedad en el mundo.» — «Agora pues, yo vos quiero dar un consejo sano, hermana María; vos ganades el pan con sobrada fatiga, é debríades aprovechar el tiempo tanto como posible vos fuese. Hame dicho una vuesa vecina que para facer el vueso tocado perdedes cada dia mas de una hora: valiera mas que esa hora la emplegárades en vuesa labor que en las tejeduras é moños que facedes con vuesa cabello.» — «Así es verdad, señor corregidor, contestó María tornándose roja como unos claveles, pero catad que non es culpa mia si he una madeja de cabellos que para peinarlos é tranzarlos necesito un luengo rato cada mañana.» — «Dígovos que sí es vuesa culpa, redarguyó el corregidor, ca si vos cortárades esa madeja, vos ahorrábades aquesos tranzados é peinaduras, é trabajariádes mas, é ganaríades mas, é non daríades ocasion á que se vos tache de vana, é digan que aun vos ha de levar el enemigo por las guedejas. Non vos acuitedes, ca ya columbro como vos asoman las lagrimillas, que las habedes en verdad farto someras; yo vos amonesto por el vueso bien sin interese ninguno: motiladvos, desmochadvos, rapadvos, buena María; é para tollervos el amargor del desmoche, yo vos endonaria cincuenta maravedís, siempre que me entriegárades la vuesa caballera.» Cuando María oyó de buenas á primeras el ofrescimiento de tan razonable cuantía por el su cabello, parescióle todo una burlería del corregidor, é sonriyóse muy graciosamente alimpiándose las lágrimas é repitiendo: «¡cincuenta maravedís me endonades porque me pele!» Al corregidor (que diz non habia toda la trastienda de Ulíxes) hóbole de parescer que aquella risa sinificaba que la moza non se pagaba de tan poco preció, é añadió: «si non vos contentárades con cincuenta mara-

vedís, darvos he ciento.» Estonce María vido moverse cabadelante una cortina del camarin facendo una grande bamba, é comprendió que hi acechando estaba la corregidora, é que la bamba facíala su desaforada tripa; é como fuese María de buen engenio, calóse luego la entencion del corregidor é que seria un antojo de su oislo, é puso su firmedumbre en non sofrir el tresquilamiento si non tiraba dende los quinientos maravedís necesarios para pagar al físico arábigo que habia de descegar á su padre de ella. Sobió el corregidor los cient maravedís á ciento cincuenta é despues á ducientos, é María proseguia sus risas, cabeceos é mohines; é cada que el corregidor facia una puja é María contrafacia la dengosa, cuasi cuasi cobdiciaba ella que el corregidor se retrayera del su propósito, por lo mucho que le dolia se despojar de aquel preciado ornamiento non embargante que granjear habia por él la salud del su padre. En soma, el corregidor ganoso de cerrar el trato: ca veyendo estaba las idas é venidas de la cortina, é conoscia por ellas la comezon é ansiedad que traeria la su velada, remató clamando: «ea, rapaza, quinientos maravedís se vos dan: catad noramala si vos acomoda.» — «Norabuena, respondió sospirando María como si fugiérajele el alma de las carnes con aquesa palabra; norabuena, siempre que no se haya de saber que finco pelona.» — «Yo vos lo fio», dijo la corregidora entrando en la cuadra con unas aguzadas tiseras en la mano é una fasaleja al brazo. Como vido María las tiseras tornóse amarilla al par de la cera; é cuando la mandaron asentar en la silla del sacrificio, sintióse descaecer é hobo de pedir un sorbo de agua: é cuando cingiéronle la fasaleja en torno de la garganta, cuéntase que hobiera partido de carrera á non haberle fallido los espíritus; é cuando á la primer tiserada sintió el frio del hierro, dígovos que le paresció que le atravesaban el cuer con una daga buida. Posible non fué que mantoviese la cabeza queda un momento durante la tonsuracion se facia; desviábase mal su grado á un lado é otro fugiendo las mordedoras tiseras, cuyo fuerte golpeo é crujido ferríale acerbamente las orejas; nada empero valian sus meneos é trajin á la mezquina tresquilada, ca la pertinaz tresquiladora, con el ansia é cobdicia de una

mujer en cinta que satisfaz un antojo, tomábale bien ó mal á puñados los cabellos é íbaselos bravamente cercenando, é caian en la blanca fasaleja escorriéndose dende fasta pervenir en el suelo.

A la fin rematóse la facienda, é la corregidora que non cabia en sí de gozo, trújole é retrújole á la motilona falagüeramiente la palma de la mano desde la frente al colodrillo diciendo: »por el siglo de mi madre que vos he tonsurado tan igual é á raíz, que non vos rapara mejor el mas polido barbero: recogedvos é tranzad la mata miéntras que mi marido vos trae las monedas, é yo vuesa ropa, para que de casa vayades sin que nada se barrunte.« Salieron el corregidor y la corregidora, é María desque se topó sola partió á se catar en un espejo que hi habia, é como se vido calva perdió el sofrimiento que hobiera fasta destonce tenido, é gimió de rabia é abofeteóse, é aun estuvo por se arrancar las orejas que parescíanle á la sazon desaforadas de grandes, magüer non lo fueran: pisoteó los cabellos é renegó de haber consentido en los perder, sin se remembrar agora de su padre como si tal padre non hobiera. Mas como seya propio de la humanal natura conortarse cuando al non se puede facer, asosegóse poco á poco la sañosa María, é alzó del suelo la cabellera, é atóla é trenzóla en gruesos ramales, non sin la besar é plañir sobre ellas muchas vegadas. El corregidor é la corregidora tornaron, él con los dineros et ella con el hábito de María la cual desnudóse é metió en un pañizuelo el sayo blanco, vistióse el suyo, tapóse con el manto fasta los ojos é caminó gimiendo para casa del moro, sin facer cabdal de que el home del capuz echado iba en pos de ella, é que abajando ella el manto en un momento de olvido por la maña que habia de mostrar el tranzado, vídosele estonce claramientre la cabeza mocha. Recebió el moro los quinientos maravedís con el buen talante con que siempre es recebido el dinero, é dijo á María que le trajese hi á Joan Lanas para que hi posara en tanto que duraba el riesgo de la cura; María fué por el viejo é callóle lo del esquileo por non le dar pesadumbre, é miéntras que Joan permanesció seyendo huésped del físico, non osó María salir de su posada sinon de noche

é bien encobierta: eso non embargaba empero que la siguiese siempre un embozado. El moro cierta noche avisóla en poridad que á la mañana siguiente alzaria á Joan las vendas de los ojos: acostóse esa noche María con grant regosijo, é para sí pensaba que cuando su padre la catase (que seria con asaz contento), seria ese contento tres é cuatro vegadas mas complido si podiésela catar con el gentil tocado que ella solia se facer en su pueblo. En tal cavilacion andaba al otro dia al se poner la mejor saya é prendero para ir en cas del arábigo, é como se hobiese asentado para se calzar, sopitaneamente sintió que le encajaban una como caperuza en la cabeza; é revolviéndose, vido tras de sí al embozado de márras que derribando el embozo se falló ser el espadero maese Palomo, el cual sin fablar, presentó á María un espejillo de Venecia onde catándose vídose con su mesmísima cabellera en tal forma guisada que dubdó una buena pieza si era sueño que la corregidora la hobiese rapado. Era el caso que maese Palomo, gran compinche de la barbera, visto habia é conoscido en su casa la crencha de María la mesma tarde del dia en cuya mañana veyera á María pelona, é calándose la facienda, sonsacó á la vieja para que guardara para él la crencha de María, leijando para la corregidora otra de igual color que la barbera habia de una finada: trueco por el cual la taimada vieja fízose contar muy lindos escudos. E dice la estoria que tan cedo como María topóse con su tan plañida é sospirada cabellera por mano del galan espadero, parescióle el maese muy ménos feo que de ántes, é non sé si diga que comenzó de tal punto á le catar con buenos ojos: ello es que rogándole él de le prender por su escudero fasta cas del moro, permitiójelo ella, é partieron los dos mano á mano levando ella sin rebozo la cara. En entrando los dos en el aposento del físico, lanzójele á María su padre en los brazos gritando: «gloria á Dios, ya te veo, fija mucho amada: ¡qué fornida é fermosa te has fecho! Vale la pena de cegar por cinco años á trueco de ver á su fija en tal guisa medrada! Ya que torno á ver la claridad, razon es que no me hayas mas á tu cargo: yo trabajaré para mí, ca respeto de tí ya es hora de que te cases.» — «A eso vengo, prorompió á al

sazon el callado espadero. Yo, como ya conosceréis por a voz soy vueso vecino maese Palomo: yo quiero á Maria é vos pido su mano.» — «A la he, maese, que la vuesa pinta non es muy cobdiciadera que digamos; empero si María vos aceta, yo soy contento.» — «Yo, repuso María, toda vergonzosica é atusándose el pelo apostizo (que pesábale estonce en somo de la cabeza y del alma como un fardo de veinte arrobas), yo ansí Dios me alumbre, como non atino que respondervos.» Prísole Palomo la diestra mano sin le decir cosa; é al prendérjela cató María la muñeca del maese, é reparó en los puñetes de la su camisa polidamente labrados, é con algo de suspicion é latimiento del cuer le dijo: «por lo que mas querades, mi buen vecino, que me declaredes de qué labrandera es aquesa labor.» — «Obra es, (respondió con yocundidad el maese), obra es de una donosa manceba que há cinco años trabaja para mi persona magüer ella nunca fasta agora lo sopo.» — «Agora caigo en la cuenta, departió María, de que todas las mujieres que venido han á me dar lienzos que coser é labrar eran por vos enderezadas é por ende pagábanme muy mas que se usa.» El maese non respondió; mas sonriyóse, é tendiendo á María los brazos, María echóse en ellos embracijándole muy falagüera, é Joan ansimesmo, diciendo á los dos: «pardiez que sodes nascidos para en uno.» — «Mia fe, adorada mia, repriso el espadero á cabo de rato, que á ser esta la mi faz ménos desplaciente, non hobiera seido yo mudo convusco tan luengos dias, nin hobiérame satisfecho con cataros de lueñe; hobiéravos fablado, me hobiérades vos fecho sabidor de las vuestras coítas, é hobiéravos endonado yo los quinientos maravedís, para la guaricion de vueso buen padre.» E fablándole pasito á la oreja, añadió: «estonce non hobiérades habido aquel tan mal rato en manos de la corregidora; empero si temedes que ella quebrante el prometimiento que vos fizo de callar vuesa motiladura, partiremos si vos place á Sevilla onde nadie vos conosce, é ansí....» — «Calledes, clamó María tirando resolutamente al suelo la cabellera que Joan alzó todo atontecido; mandad esa cabellera á la corregidora, pues esa é non la de la defuncta es la que pagó tan cara; que yo por guarirme

de mi vanidad, voto vos fago, si me lo permitides, de ir rapada toda la vida; mal asientan á mujieres de mecánicos oficiales aquesos apostizos arreos.» — «Contad, replicó el maese, que desde el punto que vos sepan pelada las mozuelas de la cibdad envidiosas de vuesa fermosura, van á endilgarvos el apodo de *Mariquilla la pelona.*» — «Ansí mesmamente lo creo, respondió María; mas para que entiendan que non se me dará un figo de aquese nin cualquier otro mote, afírmovos que de hoy para adelante non he de sofrir que nadie me nombre de otra guisa que *Mariquilla la pelona.*»

Tal aventura fué la que tan remembrada en las Castillas fizo á la fermosa fija del buen Joan Lanas, la cual casó en efecto con maese Palomo, é fué una de las mas honradas é parideras mujieres de la per-ilustre cibdad de Toledo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

Selection

Checked by

PQ 6263 H47

Herrmann, A.

Composiciones jocosas en prosa

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 04 01 011 5